



SOMBRAS SOBRE LA TIERRA

VOLUMEN V

EDICIONES DE LA
SOCIEDAD AMIGOS DEL
LIBRO RIOPLATENSE

ES PROPIEDAD

**Reservados todos los
derechos de reproduc-
ción y adaptación.**

**Copyright by "Sociedad Amigos del Libro Rioplatense"
MONTEVIDEO - BUENOS AIRES**



Froelich


863.6
Esp
som

FRANCISCO ESPÍNOLA (HIJO)

S O M B R A S SOBRE LA TIERRA

NOVELA

Uru 863.6 ESP som
Sombras sobre la Tierra /



FHCE/059175

39175



BUENOS AIRES • MONTEVIDEO

I. - CUENTOS URUGUAYOS, S. XX

I. - Dpto. Lit. Hisp.

II. - Título

A CARLOS REYLES.

SOMBRAS SOBRE LA TIERRA

*Y como llegó cerca, viendo
la ciudad, lloró sobre ella.*

SAN LUCAS.

Dobla a la izquierda porque, en un rancho, a la media cuadra, vive un perrazo malo y salidor. Pero en la primera bocacalle tuerce a la derecha y sigue descendiendo.

Es alta noche. Marcha por una de las sendas que el tránsito mantiene entre los yuyos y guijarros. De cuando en cuando, hundidos en el fondo de los predios, ranchos quietos. El callejón, delante, a unas cuerdas, se puebla apretadamente en un trecho de ochenta metros a ambos lados, hasta morir al pie del alto terraplén de la vía férrea. Se constituye entonces en la calle principal de una barriada. Casuchas bajas, algunas. Otras, ni eso. De ladrillo, de barro. Recompuestas con latas y madera. Apenas recortándose en la noche, validas de la propia luz que sale hacia la calzada a obscuras. La primera de estas casas tiene una puerta en la ochava que la evidencia entre todas desde lejos. . . En esa lleva clavados los ojos cuando oye un ladrido.

Se detiene.

Silencio.

El ladrido se repite, pero ya no inquieta.

Continúa.

Hay un aire fresco con olor a tierra húmeda. Va dejando a los lados cercas de alambre que rompió en

portillos el abandono de años. Altos como hombres se destacan yuyos.

En el pedregal hay un resonar de cascos. Un caballo cruza el callejón. Solo. Hacia abajo. Hacia el río. A paso largo y lento, abatida la cabeza. . . Como un hombre.

Lo deja pasar. Sigue la marcha.

Croan sapos, ahora. Están en una charca que la última lluvia aproximó hasta el camino llevándole fulgores pálidos entre el pasto.

—¡Milonga! ¡Milonguita!

Llama así una voz aguardentosa; voz de una sombra desembocada tambaleante a pocos pasos.

—¡Milonguita!

Se aproxima sin recelo. Pero el cariñoso, al inclinarse, trastabillea y casi se le cae encima.

Después de repetidos esfuerzos, él desiste de pararse. Se sienta. Vuelve a llamarla:

—¡Vení, no tengás miedo!

Ella vacila un instante. Ladra.

—¡Después que me caí por vos!,—echa en cara el del suelo, al verla alejarse al trote.

Se ve mejor la iniciación de la barriada. Al frente, el callejón abre dos brazos también con luces tendidas a la noche. Tienen, calle por medio, cañaverales que las ocultaban. Por la puerta del edificio en ochava, medio derruido, se distinguen formas humanas. Enfrente hay otra casucha, a la que se sube por un alto escalón de piedra. En el escalón, un bulto se acurruca escasamente alumbrado por detrás. Delante, a ambos costados, en la obscuridad, chorros débiles de luz. En algunos se mueven sombras densas.

Alguien se desprende del mostrador que ahora se advierte bien por la puerta ochavada, se tambalea en

el rectángulo amarillo y se hunde en la calle negra.

Milonga saca el cuerpo, de un brinco, para que el encandilado no se la lleve por arriba. Y queda plantada.

Nadie duerme en estas casas. Todas tienen los portales abiertos y más o menos iluminados.

Se oye estrépito de latas a tumbos. Y un camión aparece doblando en el callejón.

—¡Pare en la luz, nomás!

Del camión se descuelgan siete hombres dando un gran salto. Visten prendas criollas y puebleras. Es gente de las chacras circundantes que viene por un rato y regresa en la madrugada.

Surgen mujeres entre las luces de los portales, componiéndose los vestidos y el cabello.

El lugar se surca de voces.

Milonga sube los dos escalones del bodegón.

Hay olor a caña. De la que beben todos: los que están junto al mostrador; un hombrecillo cabizbajo sentado en un banco con una guitarra; dos vareadores de caballos, pequeños como monos; un indio oculto bajo gran sombrero, en el rincón más lejano.

Quien despacha es un gigantón en camiseta, con larga melena entrecana y con un solo ojo. Visto de perfil, por el lado del ojo, parece un santo. Por el otro, algo feroz. Porque, además, de la órbita vacía sale una cicatriz que termina con la mandíbula. De frente, el lado malo prima sobre el bueno; el ojo que no existe sobre el de dulce mirar.

—¡Mir'a Milonguita!—exclama.

Tres pardos que beben acodados sobre el mostrador se tornan, entonces.

Milonga gana el interior del despacho. Acariciada por el tuerto meneaa el rabo. Es de pelambre blanca

la cachorra, con una como corbata renegrada alrededor del cuello.

—¿Qué li ha pasao? ¡Tres días, amiga!

—Dele un medio'e masitas, si tiene. ¿Tiene masitas?

—¡Y a lo mejor es fina!

Al tuerto esto le parece sin sentido.

—¿Y eso qué tiene?—replica sacudiendo un tarro de vidrio sobre el mostrador, junto a la media cara bondadosa.

Van cayendo pequeños bizcochos de formas diversas con coloreados ornamentos de azúcar.

Los pone en el suelo. Vuelve a acariciarla.

Al incorporarse, se dirige al extremo del salón donde el hombrecillo y la guitarra se han quedado dormidos.

—¡Héle!,—reconviene al sacudirlo, dándole el lado tuerto—. ¿Cómo es eso?

El borracho, antes de abrir los ojos, ha estrechado contra sí el instrumento como para huír juntos. Pero lo coloca en seguida en las rodillas. Y tiende una mirada inyectada en sangre, tristísima.

Puntea un poco. Cuando se compone el pecho le viene un golpe de tos. Se estremece todo. Recuesta la guitarra a la pared. Se incorpora trepidando.

Pasado el acceso, vuelve a su lugar enjugándose los ojos con la mano.

Su voz, que ha sido bella, surge ahora:

Cuando la suerte que es grela
fallando y fallando
te largue parao...

Los pardos se vuelven, porque mirando se oye mejor.

Cuando estés bien en la vía,
sin rumbo, desesperao...

Milonga, que ha husmeado las masas sin probarlas, se escurre por entre piernas. Sale en dos saltos y atraviesa la calle. Sube el escalón de enfrente donde ya no está la mujer acurrucada. Han cerrado la puerta.

Escucha.

Una cama comienza a crujir.

Desciende, entonces. Sabe por experiencia que, mientras cruje una cama, la puerta no se abre aunque rasguñe.

Viene uno de poncho, a caballo. Pero no dobla en el callejón, sigue de largo. Seguro a lo de Agueda, que está a la vuelta. O al boliche de "El Perro", que queda un poco más hacia afuera.

—¡Milonga! ¡Milonguita!

Acude.

Surge de un portal una mujer delgada y rubia en cuyo rostro mariposean las sombras. La alza en brazos y se mete con ella por un pasadizo que ilumina un farol desde el techo.

—¡Tres días! ¡Tres días, pícara!, — reconviene oprimiéndola contra el corazón.

La perra ha entornado los ojos.

La muchacha tiene un largo traje blanco, sin mangas.

Verás que todo es mentira,—

llega de la borrachería perdiendo palabras en el trayecto—.

verás que nada es amor.

Que al mundo nada le importa.

¡Yira, yira!...

Aunque te quiebre la vida
aunque te muerda el dolor...

En otra habitación interior se oyen voces. Una se destaca bronca:

—¡La plata tampoco tray la felicidadá! ¿A qué decir que la plata...?

Por la acera, que hace años fué de ladrillo, como lo denuncian todavía cuatro o cinco fáciles aún al tropiezo, un hombre ha seguido a la joven y a la perra. Y entra en pos de ellas.

—¿Qué hacés? ¿Querés pasar?,—pregunta la muchacha al advertirlo, siempre abrazada a la perra, que ha abierto los ojos.

Trasponen la puerta de una alcobita con piso de madera hundido en partes. Hay, además de la cama, un ropero de espejo, dos sillas, una mesita. Junto a ésta, en el suelo, una palangana y un calentador a media luz con una caldera encima. Sobre la mesa, sentado, un rollizo muñeco de celuloide. En la pared, un cuadro de San Isidro, cuyo arado guía un ángel resplandeciente.

Se aspira una atmósfera de paja mojada.

El hombre pone el saco sobre una silla y ella la perra en el suelo.

Se oyen voces en la calle. En seguida, pasos de mujer, presurosos, por el pasillo del zaguán.

—¿Cómo te llamás?

—Margarita, ¿por qué?,—responde, ya desde la cama.

—Y... pa nombrarte...

Milonga decide echarse bajo la mesa.

—¡Bueno, pero sacá la perra, mujer!

Discuten. Luego Milonga es empujada afuera.

La puerta se cierra.

Milonguita, en la calle, otea la noche. La hunde al trote.

...Buscando un pecho fraterno
para morir abrazao...—

clama el tango desde el boliche—.

Cuando te dejen tirao
lo mismo que a mí
después de cinchar;
cuando manyés que a tu lao
se prueban la ropa
que vas a dejar...

La llaman desde los portales. Ella, buscando el medio de la calzada invadida por el pasto en grandes trechos, continúa imperturbable. Hay ventanas que han sido alargadas hasta abajo y ahora son puertas donde las prostitutas se independizan de sus patronas. Por una entreabierta, ve una mujer acostada. Debe de hallarse enferma porque, si no, a estas horas, no estaría bajo las cobijas y sola.

Llega al terraplén que limita el callejón, lo trepa. Se para entre los rieles de la vía. Suben de los campos vahos frescos, perfumados. Un ojo enorme avanza, retrocede, avanza entre jadeos. Un poco a la izquierda, el pueblo se puntea de focos amarillentos. A su derecha, las grandes sombras del Molino y de las barracas, más negras que la noche. Y de los bosques que ocultan el río.

Lanza un ladrido. Se escucha. Vuelve a ladrar... Ladra al silencio. Como quien escupe hacia abajo desde un puente.

Ahora descende al callejón por donde vino.

Tendido entre una casucha y un rancho de mate-

rial y zinc hay un corralón con un hueco al medio. Dentro, a unas varas, se levantan dos piezas aisladas en el campito, bajo un ombú que ha rajado las paredes soliviantando los cimientos. Una de las piezas, con la puerta abierta de par en par, tiene dos bancos largos y una rinconera que soporta una lámpara como único moblaje.

La perra se asoma allí. No ve a nadie. Oye una voz conocida en el otro cuarto. Parándose sobre dos patas, rasguña la puerta que los comunica.

—¡Esa es Milonga, en fija!

Chirría una llave. El pelo en desorden, una mujer abre. Milonga se escurre hacia el interior. Hermosa golilla blanca se anuda al cuello un hombre, frente al espejo.



Ya ha dejado atrás la barriada. Va a quedar también a sus espaldas la charca de los sapos. Al trotecito, camino del regreso, su fino oído percibe de pronto un extraño rumor en la calma nocturna.

Se detiene.

Son como ronquidos, allá, entre el obscuro yuyal.

Husmea. Se aproxima sin recelo. Rodea el bulto tendido a lo largo en el pasto. Torna agitada al callejón. Regresa. En eso escucha un trote y un golpear metálico, isócronos, del lado del pueblo. Milonga sale al encuentro del sargento de recorrida. Se le cruza ladrando, corre hacia el yuyal, ladra, vuelve trabando casi al caballo, huye de nuevo y ladra, enloquecida.

El soldado detiene su cabalgadura. Vacila. Endereza al yuyal, la diestra sobre el revólver.

—¡Ah, mamao de los diablos!

Desmonta. Sacude al caído.

—¡Arriba! ¡Esto no es fonda!

—¿Qué hora es?,—arrastra el de abajo.

Abre los ojos. Ayudado, se incorpora. Recién entonces, con creciente abrumamiento, va comprendiendo el error padecido.

—¡Vamos! ¡Marchá!

El soldado monta.

—¡No, p'al Bajo, no! ¡Pa la Comisaría! ¡Cuidao con las piedras!. . . ¡Firme! ¡Firme he dicho!

El borracho se cuadra un instante y luego abre las piernas hasta mantener el equilibrio.

El soldado retrocede hacia el yuyal seguido por la perra. Allí descabalga. Encendiendo fósforos rebusca en el suelo.

Cuando el prisionero lo siente llegar, se pone tieso, cuadrándose. Y siente algo fresco, reconfortante en su afiebrada cabeza. Es el mustio sombrero chorreando agua.

—¡Marchá!

Milonga se pone junto al trastabillante despertado, dispuesta a un lindo paseo con los tres. Con su amigo, con el sargento y el caballo. No advierte que, entre el croar que se acentúa para luego irse debilitando hasta apagarse, los van arreando por el callejón.

—¡Juera! ¡Juera le digo!

Con estas palabras, en la puerta de la comisaría, el soldado de guardia le ha prohibido la entrada. Y allí se planta ella, perpleja. La raída vestidura de su compañero brilla a la luz, ahora, húmeda de sereno.

—¡Pa que saldrá, si güelve en seguida!

Esto lo reflexiona en voz alta el que, puro casco, espada y pantalones, hace guardia.

Rechinan trancas de hierro.

—¡Juera, le digo!

Como saca el machete, ella huye perseguida por un casco que ha rodado al inclinarse el enardecido usu-fructuante.

Tuerce, ya sola, a la derecha, veloz. Y a la cuadra se escurre por la cuneta de desagüe de un alto muro.

Da en un patio espacioso con un enorme ombú. Bajo un corredor bastante iluminado, hay tres puertas cerradas y una más pequeña entreabierta. A ésta se dirige. Corresponde a una cocina. Hay una mujer ya entrada en años que, sentada en un sillón, lee un libro lejos de los ojos.

—¡Che, Nena!,—grita al ver a la recién llegada—. Ahí tenés a tu hija!

—¿Eh? ¡Ya voy!

La voz que contesta, agrega, más bajo:

—¡Bueno, adiós! Y ya sabe la casa. ¡A ver si no se pierde!

Pasos enérgicos que se alejan por el corredor. Y pasos breves que llegan.

Surge una joven en la puerta de la cocina, arreglándose aún el pelo.

—¿Adónde andabas, mala? ¡Mire qué horas!

Y recibe de la mujer sentada un pequeño disco de lata a cambio del billete de a peso que le tiende.

Es hermosa. Tiene los ojos y los cabellos negros, la faz pálida, los labios acentuados con "rouge".

Ruído del gancho que mantiene entreabierto el zaguán.

—Hay gente. Póngale la bolsa en el cajón, así se duerme, ¿quiere?

La muchacha se inclina, pone el disco de lata entre la media y la carne, bajo la liga, y sale apresurada.

—¡Adelante!,—se oye su voz alejándose por el corredor—. ¡Pasen, señores!... Sí, está. Pero está ocupada.

Milonga observa el arreglo de su cama. El corazón le palpita con violencia, todavía. El casco aquel, rodando, era verdaderamente impresionante.

Se mete dentro, tranquilizándose. Y cierra los ojos, dichosa.

La mujer sonrío, Coge el libro, lo retira aún sonriente. . . Pero se pone seria, de golpe, al recobrar el hilo de la lectura. Y echa atrás la cabeza para alejar más el libro, ávida.



Junto al mostrador de lo del Tuerto, un gigantón habla del mundo en tono amargo. Es Bonifacio, el peón del Molino, ya duro de caña. Un mulato retacón, echada atrás la cabeza, no pierde palabra, asombrado y conmovido. En medio del pequeño salón, alrededor de una mesa llena de copas, hay un grupo de hombres de golillas negras, envueltos en sus ponchos. Son dolientes que han llegado de un velorio próximo. Allí también se bebía fuerte. Pero tomar siempre en un mismo sitio, aburre. Todos, menos uno, están achicados, silenciosos; como si, ateridos, se estuvieran calentando alrededor de un fogón. Alto, cubierto el rostro por una barba inculta, el “doliente principal” preside el grupo con aire grave, circunspecto. Desde dos días atrás, desde que llegó de su “puesto” del Cautivo llamado con urgencia, nada se ha hecho sin consultársele. Y esto satisface una oscura aspiración. Su sombrero tiene una cinta de merino negro más ancha que las de los otros, como que es de cuatro

dedos. También más que los otros está borracho. De cuando en cuando da una palmada en la mesa y exclama:

—¡Sí, señor!

Hace un momento el viejo de la guitarra cantó un tango. Los enlutados, acomodándose en sus sillas, habían quedado de cara al cantor.

Vida cruel y cobarde,
traicionera y feroz,—

reconvenía amargamente la voz cascada—

me has basuriao el alma...
Y después dicen que hay Dios!

El doliente principal experimentó un clarear en su conciencia. Como cuando cesa de pronto un viento fuerte y las cosas adquieren de nuevo su quietud. Su hermano, aun después de ser tendido en el cajón y de encendidas las velas, lo mantenía indiferente. Pero ahora, ahora sí, de golpe, comprende que está inmóvil para siempre. Que la tapa recostada verticalmente a una de las paredes del rancho, va a adaptarse justo al cajón. Y que ya no le verá más pasándose el dorso del índice por el bigote canoso. Un dolor profundo le estrujó la garganta.

—¡Sí, señor!,—repitió dando un golpe en la mesa. Luego agregó, compungido:

—¡Pobre el finadito mi hermano!,—achicándose al igual de los otros.

Pero se rehizo como si de su actitud dependieran muchas cosas importantes. Golpeó con fuerza las manos. Y mandó servir otra vuelta. Mas la música, no ya las palabras cuyo sentido perdía, los sonos de la guitarra, el acento del cantor, le provocaban una

tristeza infinita. Un catre de tientos, unos bancos en el "puesto" del Cautivo, extraviado en la inmensidad del campo. ¡Ah!, y un perro y un caballo... Y cincuenta años arriba del lomo. Eso era su vida, eso era todo...

—¡Sí, señor!

En una mesa próxima ha quedado cavilando el trovero, apoyado en su guitarra, entredormido. Arrinconado en lo más obscuro hay un indio bajito, hundido todo bajo un gran sombrero. Este indio está desde temprano de la noche, bebiendo. Empecinada, se le ha aparecido una imagen en la mente. Es la de una flor. La de una flor azul.

Era una flor azul...

Y su espíritu gira alrededor y no arranca.

...Él tuvo una flor en el ojal del saco. Era una flor azul...

—¡Güenas! Medio litro de caña. A devolver la botella.

...Era una flor azul. Tenía al medio una cosita blanca. Era...

—¿Cuatro riales? ¡Ta bien, güenas!

...Era una flor azul en el ojal del saco. Él se la fué quitando despacio. Hasta que ella alargó la mano. Pero al ir a agarrarla...

—¡Y cómo pudo ser de lindo el mundo!,—clama Bonifacio desde el mostrador—. ¡Pero todo está perdido! ¡No hay salida! ¡A ver, eche otra güelta pa todos! Y p'aquel de allí. ¡Usté, mozo!

...Era una flor... ¿eh, yo?... Caña chica... Era una flor azul... ¡Grande no, chica! ¡Salú!... Era una flor azul. Y ella tenía también azules los ojos. Y él un caballo de ancas...

—¿Hay guindao del güeno? Güeno, un cuarto litro... ¡Ay!, ¡y fósforos!

...Era una flor azul junto a aquellos ojos azules, llorando inmóviles, abiertos. Tenía un tallo largo... Y siguió hacia el arroyo, la sacudía en la bombacha al caminar. Cuando la alzó a los ojos...

—¡Sí, señor!

Y una mano cae suave, casi acariciante, sobre la mesa de los enlutados.

...Era una flor azul quebrada casi toda. La dejó caer... Cayó de la barranca... Iba hacia abajo, hacia el gran río, tendida sobre las aguas veloces, tirando de su tallo, la flor azul.

El de la guitarra se compone el pecho con antigua, inconsciente prestancia.

Y tiene que dejar la guitarra e incorporarse, trepidando. Se sacude. El pecho resuena a latas viejas encerradas en un cuero. Pasado el acceso toma asiento lleno de lágrimas. Rasga con un golpe seco.

Decí por Dios qué me has dao,—
canta,—

que estoy tan cambiao.
¡No sé más quién soy!

—¿No convidás? ¡Parecés un ombú!

Una fina mujercita, de verdes ojos vivaces, se le planta delante al solitario sombrero. Tiene un largo traje blanco, sin mangas.

El indio se acomoda en la silla.

—A pagar lo que guste.

—A ver, un anís. ¡Uff, estoy tan cansada!

Quedan mirándose en silencio un rato. Después,

—¿Qué decís?—le dice ella sin preguntar, con una sonrisa iluminada.

—... era una... Aquí andamo.

—¡Tenés una cara triste...!

Él fuerza una sonrisa.

El tango trata de elevarse, cauteloso, entre el catarro siempre en inminencia.

Ayer por miedo a matar
en vez de peliar
me puse a correr.
Me vi a la ombra o finao.
Pensé en no verte y temblé.

El tango gira en sus espíritus como viento entre hojas. Los ha juntado a todos menos al del indio. Cuando, sin saberse cómo, termina, el silencio se mantiene cual si aguardaran el eco.

—¿Vos has visto flores azules?—pregunta lento, casi con la garganta, él.

—¡Uff! ¡De todos colores!

—Son lindas, ¿eh?

Ella comprende que su compañero va a “quedarse” de caña. ¡Si lo pudiera arrastrar a su cuarto! Una “dormida” así casi no es “dormida”. Y paga lo mismo. En cuanto se acueste quedará como piedra. Y ella puede ir a otra pieza a trabajar allí. O descansar, dormir ella también... Como piedra.

—... Era una flor azul... ¿Pa tu cuarto? Ya anduve con una, ricién.

Ella no insiste. Apura el resto del vaso. Se incorpora.

—¡No te vayás! ¡Toma otra, pues!

—No. Hay que trabajar. No hay más remedio. Adiosito.

El indio queda solo. Pide otra caña. Y le parece que las conversaciones hubieran subido de tono. Le llega todo lo que dicen. Y el ruido de las copas que

se enjuagan en un tarro. Se ha alejado de sí mismo y no consigue volver. Todo se ha ido con la mujer a quien no desea, sin embargo. No la desea pero se hace preciso estar con ella; acostarse con ella si es necesario. Ella tenía razón. ¿Si no se le acuestan cómo va a vivir?

Se incorpora con trabajo. Paga de pie. Tambaleando, las piernas abiertas, sale.

—¿En cuál de aquellas luces estará?

Recorre, ansioso y dándose contra las paredes, el callejón. Escudriña. Inquieta. Vuelve.

—¿Una toda de blanco?—repite en el portal, a carcajadas, la mujer. Y grita hacia el interior:

—Ché, Margarita, a ver si sos vos, vení.

Se abre una puerta.

—¡Oh!, ¡quí andás haciendo!

¡Es ella!

El indio entra penosamente, los ojos como pescado.

Lo mima ella.

—¡Se ha cargao el hombre! ¡Bueno, entre!

La puerta se cierra. Ella coloca la caldera sobre el calentador. Sin querer ha movido la mesa, y el muñeco de celuloide se cae de costado. La joven lo sienta hablándole como a un niño.

—¡Pobre m'hijito! ¿Se pegó fuerte? ¿Eh?

Después de quitarse las botas lo demás es fácil.

Se acuesta por fin. Y bien junto a él se tiende la muchacha.

Al cabo de un momento ella se sorprende a pesar de sus previsiones. Él no se mueve. Como si se hubiera quedado dormido al abrazarla, al pegarle la cara contra la cara, con los ojos abiertos, de pescado. ¡Y sin embargo, dentro del ropero, bajo llave, están los cinco pesos...!

... Era una flor azul. Era una... ¡Era un amor inmenso! ¡Era una mujer que no era india!

—¡Ay, querida,—dice el indio sin moverse ni presionar los brazos—. ¡Ay, mi querida!



¿Cómo es que, a pesar de ser lunes y ya cerca de las once, andan aún dos muchachas por la plaza principal del pueblo? No hace frío, la noche es serena y alta, pero, aún así, ¿es posible que dos mujeres, ni en el mejor de los casos, acompañadas por un hombre, paseen en la plaza, los lunes, cuando las once se acercan? ¿Quiénes son la rubia esbelta, la regordeta y morena que exteriorizan con tanta audacia su rebeldía?... Pero, ¡ah!, no. No es por oposición a las tradiciones que, ya cerca de las once de la noche, andan dos jóvenes hoy lunes. Se advierte bien ahora porque, si bien están violando una costumbre inflexible, no caminan alrededor de la plaza, como lo haría un verdadero iconoclasta, sino en un espacio en ángulo recto de treinta metros de lado que limitan avenidas laterales. Esa norma ineludible que, en los días festivos, cuando la gente apiñada se estorba, obliga a anchas filas fuera de la vereda, sobre el balasto rojo de la plaza, esa norma es respetada. Además, ¡si están nerviosas! Sobre todo la regordeta. A cada momento, cuando lo permiten los plátanos que bordean la acera, ella ojea furtiva el reloj de la torre de la iglesia enfrentada a la plaza. Dentro de cinco minutos este reloj, demasiado tremendo para el pueblo, —tanto que en tiempo calmo desensimisma a varias leguas,—dará las once.

Las dos muchachas apresuran el paso. Llegan has-

ta donde hay que llegar en la vereda, vuelven sobre sus pasos hasta el otro extremo establecido, tornan. . .

—¡Y nos vamos! ¿Qué vamos a hacer? ¡Ya van a ser las once!

Es la gordita quien habla. Le parece que los plátanos son compasivos monstruos con los brazos alzados de desesperación al verlas allí ya cerca de las once, ¡hoy lunes!

—¡Pero Martín dijo que lo hallaría!

—Sí, pero. . .

Y en eso se escucha un alto ruido como de cadenas. Y se abren en el silencio tremendos campanazos.

Un hombre cruza la calle hacia las abrumadas. Es alto. No tiene treinta años.

—¡Por Dios, Juan Carlos! ¡Ya son las once y nosotras, por tí, en la plaza, todavía.

—Pero, ¿qué pasa, Lala?

Mientras pregunta, ha estrechado la mano de la regordeta, que está muda.

—¡Que has dicho que no irás mañana al cumpleaños!

—¿Y?

—Y Olga lo supo. ¡Y está!. . .

—¡Será puro mujeres! ¿Qué voy a hacer allí?

—No se trata de eso. Que los amigos no vayan, está bien. Pero tú. . . ¡Eres malo con ella, Juan Carlos!

—¿Y me quieres hacer creer que soy su novio?

Ha alzado la cabeza y los ojos le fulguran.

Pero los ojos de la rubia, claros ojos, arden también.

—¿Y me vas a hacer creer que no la quieres?,— repregunta con rabia.

Ha erguido enfurecida su cuerpo turbador.

La mirada del hombre se atempera. Permanece un momento silencioso.

—La quiero, sí,—dice después, triste—. ¡O yo qué sé! Pero...

Ella da a sus palabras un tono mimante.

—Bueno,—interrumpe—. ¡No seas así! Yo le diré que irás. Y tú, mañana, eres el primero en llegar. ¡Acompáñanos!

—Pero es que yo...

—Usted tiene que ir. Ya lo dijo. Y un hombre debe tener palabra. Y a otra cosa...

Ya han salido por fin de la plaza. Puertas cerradas a la calle vacía. Duermen.

—... ¡Anoche te peleaste con uno! ¿Estás loco, Juan Carlos! ¡Qué dirá la gente! ¡Mira si Olga se entera!... ¡Hay que tener más juicio!

—¡Ah sí! ¡Me iba a dejar provocar!

—¿Y para qué andas por ahí? ¡Eso es muy feo!

La calle por donde van tiene, ahora, árboles en la acera, oscureciéndola en círculos.

—Es mejor que andar por aquí...

—¿Por el Centro?

—¡Claro que sí!

La voz de la joven tiene una extraña resonancia cuando dice, entrecortada, al cabo de un momento:

—¡Me parece que tienes razón! Mira, Juan Carlos, si yo fuera hombre...

—¿Qué, Lala?

Por primera vez en lo que llevan caminado él mira a conciencia aquella espléndida hembra.

—¡Ay, Juan Carlos, si yo fuera hombre sería como tú!

—¿Y pelearías con indios?—bromea él por alejar el silencio que está a punto de hacerse.

En vez de contestar ella reconviene:

—¿Por qué te apuras?

Él saca un cigarrillo. Se detiene al encender. Y aminora el paso.

Lala guarda silencio. Juan Carlos se dirige a la otra.

—¿Usted va mañana al cumpleaños?

—¡Sí, cómo no!

—Y su novio, ¿ha venido a verla?

—¡No, pobre! ¡Tan lejos!

Concepción ha llegado del campo a pasar una temporada con su prima. Allá, en la lejana estancia, se hizo de un novio estanciero. Y, ahora, todos los hombres le parecen mejores que su novio, a quien quería y quiere, sin embargo. Por eso, la regordeta está tan triste desde que llegó, y acoquinada.

Lala lleva erguida su rubia cabeza, prietos los labios ligeramente abultados aún así. Como camina aproximando los omóplatos le surgen más los senos firmes.

Van callados ahora hasta que llegan.

Lala sólo dice al abrir el zaguán:

—¡Bueno, adiós!

Juan Carlos desanda. Meditabundo. Cada vez más sombrío. Entre chatas casas cerradas.



Ya se desvistieron. Concepción, sentada en la cama, espera que la otra termine por fin de despeinarse. Está frente al espejo. Es innecesario el lento y largo pasar del peine. Pero continúa. Aparece a intervalos la mancha de la axila, el nacimiento de los senos bajo la camisa de noche. Se ha lavado y el rostro está más pálido. Pero los labios apenas si han perdido el color. Se contempla, fijos los ojos, el alma au-

sente aunque atada a la imagen. Cuando, bruscamente, comprende que ya no es posible despeinarse más, revuelve aún entre los botecillos del tocador. Luego abre su cama y se acuesta, también.

—Concepción, ¿tienes sueño?

—Regular.

—Yo también. Buenas noches.

Y mueve la llave de la luz.

Al momento funda un codo y apoya la cabeza en la mano.

—Olga está loca por Juan Carlos,—oye Concepción en la obscuridad.

—¿Sí?,—exclama entonces.

—¡Sí, loca! Y él... él, en el fondo la quiere. Pero, ¡yo qué sé! ¡Es tan extraño! ¡Ah, es extrañísimo! Cuando se enoja es un león. Y tiene... mujeres, ¿sabes? ¡Claro que eso no lo sabe Olga!... Ahora vive con una que le dicen la Nena.

La gordita experimenta un interés consumidor.

—¿Es linda?

—¡Lindísima! ¡Esa sí es linda!

—¿Y quién te cuenta eso?

—¿Quién va a ser? ¡Pancho! Yo le saco cosas... Pancho sabe todo porque también hace de las suyas. Pero Juan Carlos las hace en grande. Todo en él es así. Es más bueno que todos. Es más malo que todos.

—¡Oh! ¿Es malo?,—salta Concepción acuciada por la curiosidad, mientras la imagen de su gaucho amor se cae de espaldas.

—¿Estás loca, muchacha? ¡Qué va a ser malo si es un santo!

—¡No, ya sé!... Yo quería decir...

—Y no es que lo diga yo. Todos, todos lo dicen.

Pero... ¿Sabes?... ¿sabes?... se enoja... ¡y adiós! Se lleva todo por delante. Entonces da miedo verlo. Se le arruga la frente, se le ponen los ojos como brasas...

—¿Tú lo has visto?

Concepción está sedienta de asombros.

—¡Yo no! Pero me lo imagino...

Y agrega en brusca transición:

—Yo tengo que arreglarlo con Olga... ¡Ella es tan buena! ¡Yo la quiero tanto! Y él... me hace mucho caso.

—¡Y es linda Olga, ché!

—Buena, más que linda. Lo que se dice linda... linda... no es. Pero ese aire... esa bondad...

Comienzan a rodar por sobre el pueblo, hacia los campos, recónditas campanadas.

—¡Jesús! ¡Mire qué horas, y nosotras todavía despiertas!

Exclamado esto, Concepción se tapa hasta la cabeza.



Erguido el cuerpo, gacha la frente, Juan Carlos entra al café.

Un jorobadito, al verlo, se levanta sonriente de la mesa en que está con varios indios.

—¿No precisa nada?,—pregunta estirando la garganta para mirarlo.

—Andate con tus amigos. Quiero estar solo. Pidan de tomar.

Se sienta en un rincón, en la penumbra. Una mueca va acentuándosele. Retira del bolsillo un ajado papel. “Me despido como aquél que tú conoces:

¡Adiós, soy ahora un ser inmortal!", vuelve a leer.

Es la última carta del joven que, allá en Córdoba, se abrió la frente de un pistoletazo.

—¿Y con esto qué hago yo, eh?,—pregúntase rabioso.

Le han traído un vaso de caña. Se lo vuelca. Se ha puesto iracundo. De buena gana descavaría la fosa y sacudiría al muerto. Este deseo, al nacer, antes de concretarse en imágenes, ya lo amarga y lo amilana. Pero, como por inercia, bajo el influjo de un envión, la escena se le representa. Y saltan a un tiempo un seco sollozo suyo y la cabeza del cadáver. . .

No lo han oído. Inseguro, sin embargo, no atreviéndose a mirar en derredor, tose, carraspea.

—¡Soy una bestia! ¡Pobrecito!

Una niebla sedante va envolviendo su pensamiento. Bajo tragos ahora espaciados, comienzan a surgir en la mente visiones pasadas. Cuando, después de años de estudios en Montevideo, regresó al pueblo, estaba vacío, laxo y sin madre, ya. Luis María era un niño al salir él. Ahora se había transformado en un adolescente con cara de marfil antiguo y grises ojos febriles. Reconoció en su campaña el Bajo, las "cachimbos". Lo siguió hasta los garitos, donde el muchacho hacía temblar el corazón de acero de los timberos avezados. Cuando el mal que en secreto iba minando el pecho hizo crisis en el joven, Juan Carlos lo acompañaba todas las tardes. Se sentaba a su lado y lo veía morir. Su piedad acrecentó el cariño. Por distraerlo, narraba imaginadas, estrafalarias aventuras en las tabernas y los callejones del Bajo. Para suplir la imaginación comenzó a llevar libros. En los alces del muchacho hasta llevaba discos. Quería envolverlo en una atmósfera pura y esperanzada. Y trató de recor-

dar lo que, en sus años de estudio, había aprendido y no del todo olvidado, aunque no pensaba ya nunca en ello. Como era honrado e inocente, había dado fe, sin examen, a cuanto le enseñaron. En la actitud de aquel noble mozalbete de Francia que decía a su profesor de matemáticas: "No os comprendo, señor. Pero os creo porque sois un caballero". Además, ¡eran cosas tan bellas! Las revivía con nitidez junto al muchacho. Tenía éste una extraña acción, ahora, tendido en el lecho, exangüe, silencioso y ávido. A su presencia, le subían a la memoria evocaciones claras. Habían estado dormidas en su conciencia sin que él se introdujera allí a despertarlas. Y abrían puras y cristalinas las alas a su alrededor. Las veía flotar, las sentía contempladas por el muchacho arrobado y ya casi sin voz. A veces se complacía en improvisar sobre ellas, y se alejaban en corazonados desarrollos hasta la más aguda tensión del espíritu. El dulce moribundo cerraba los ojos. Para seguirlo mejor, para no perderlo. Pero más tarde, en los bodegones del Bajo, en la soledad desamparada de su casa, frente al retrato de su madre, en ocasiones, esas ideas, esos sentimientos a los que había abierto de par en par, con candidez, el alma en su extrema juventud, fueron encarados por primera vez. Y otras experiencias, otras meditaciones hundidas también, sin el menor contacto jamás con aquéllos, comenzaron a surgir furtivas y a oponérseles. Comprendió que, en otros tiempos, había descubierto cosas en las que no creyó, sin embargo, o en las que no quiso creer y olvidó pronto porque era en aquel entonces demasiado joven y fácilmente horrorizable para soportarlas. Se habían hundido, todos, en un pozo, perdiendo su sentido. Para irrumpir ahora como exigiéndolo, como

obligándolo a decidirse. Eran fantasmas tétricos, desoladores, manchantes. Sacudían aquellas construcciones armoniosas que antes amara con fe, las zamarreaba cual si hubieran estado asentadas en el aire. Y había un desmoronamiento de blancuras. La Verdad negra y yerta no dejaba nada en pie. Y se escurría ella, ella también, ya sin formas, dejándolo solo, hacia un pozo insofrible cuyos bordes son más anchos que la conciencia humana. Claro que, junto al adolescente encendido de fiebres y de ansias, se libraba muy bien de contar lo que pasaba en su espíritu. Mantenía el engaño. Seguía desde abajo agitándole ante sus ojos visiones espléndidas. “El amor es una escala por la cual ascendemos,—decía haciendo dulce su voz—. Dios está cerca cuando estrechamos la mano de un amigo, cuando el hijo mira a la madre, cuando los amantes juntan sus labios. Pero hay más, todavía. Y el alma sigue, de amor en amor, hasta allí donde se entrega en cándida e infinita beatitud”. Así hablaba hasta desvanecer al muchacho en una amorosa, ciega languidez. A veces, con esa irascibilidad que le ha hecho dar y recibir muchos golpes, sentía arranques de echarse sobre él y gritarle en los oídos: “¡No creas lo que te digo! ¡Es mentira, idiota! ¡Yo por mi cuenta puedo inventarte cosas tan lindas como éstas...! Una cosa es el deseo y otra la verdad. Mientras se piense con el deseo no es posible conocer nada, porque el deseo toma la delantera”. Entonces, remordido de su impulso, compadecido o necesitando creer a su vez, aunque fuera un instante, se impulsaba en una idea hermosa y se cortaba solo. “Dios es el Bien, es la Belleza...”. Y ponía un disco en la ortofónica. “Dios va a surgir de aquí, de junto a Beethoven. Cierra los ojos. Yo también cerraré los

ojos. Y subiremos juntos". Entonces Beethoven le parecía más desolado y abandonado. Aquel amor que brotaba de la música, subía, bajaba, giraba y no conseguía aproximarse a nada. Y tan intenso amor posábase en la tierra, la abrazaba llorando y se quedaba mudo. O estallaba en coros de alegría que eran el nuevo renacer de los deseos, el empecinamiento en la esperanza. Pero Juan Carlos distinguía entre lo que era ansia creadora y lo que puede ser verdad. Subiendo, girando, descendiendo como la música, andaba su alma otra vez anhelante. Y posaba también en el mundo. Él se sentía besar la tierra como se besa a alguien en medio de hostil soledad: en un recíproco compadecer, en una mutua representación del fin de ambos. Y, mientras, su memoria traíale las frases más luminosas para el muchacho agonizante, como quien, a medida que se hunde, va estirándose hacia arriba y subiendo las manos. En varias oportunidades vió a su amigo en el límite mismo de la vida y la muerte. Y emerger como buzo. Abriendo la boca para juntar más aire. Entonces, ante la inminencia del fin, hasta los tétricos fantasmas de su espíritu temblaban de angustia. Hasta ellos mismos dejaban de ser algo negador para abrazarse también gemebundos, a las blancas visiones maltrechas. Pero Juan Carlos mentía como un actor. Se paseaba por el cuarto, acentuando sus palabras con ademanes armoniosos. Hacía lleno de matices el timbre de su voz. Y cuando las angustias físicas de la falta de oxígeno pasaban, el muchacho bello y pálido, de espaldas en el lecho, entreabiertos los labios en actitud de entrega, daba su espíritu a la inculcada idea de la muerte. Y gozaba con ella febriles delirios. Entonces Juan Carlos se apresuraba con cualquier cosa de las que tenía

a mano. “¡Oh, mira cómo el Dante va ascendiendo a través de las esferas!” Y una voz, ya cada vez más fuerte en su conciencia, le gritaba: “¡Sí, en el deseo! ¿Por qué te olvidas que él murió rabiando?”. “¡Mira cómo asciende!”—seguía él—. “Allá los coros de ángeles, la Rosa Mística y la beatitud!”—decía dando al rostro un aire transfigurado, al tiempo que se le helaba el corazón.

Y ahora, desde el sanatorio de Córdoba donde se operaba el milagro del restablecimiento, la carta atroz como un marronazo en la cabeza; como otro pistoletazo en la cabeza.

“Yo ya estuve al lado de la Muerte, en las orillas de la Muerte. Ahora, en la vida, me siento un desterrado. Nada tiene ya objeto para mí. La ausencia no me hizo olvidar lo que me enseñaste. El trasmundo que me abriste, me llama. Te quiero más ahora que nunca, al perderte. A tí te debo todo. Siento en este instante, repetidas con tu acento, aquellas palabras aladas de tus lecturas: “Huyamos hacia esa patria divina”. Para peor, mi salud mejoraba en forma definitiva. Y podría vivir muchos años, como los otros. No, quiero volver a “admirar aquellas esencias divinas”, de que me hablabas,—“aquellas esencias llenas de calma y beatitud que se desenvolvían en el seno de una luz tan pura como nosotros mismos”. Juan Carlos, me despido como aquél que tú conoces: “Adiós, soy ahora un ser inmortal”. Y te digo, al partir: “¿Cuándo estarás conmigo en el Paraíso?”

Juan Carlos bebe la caña. *Elí, Elí, ¿lammá sabachthani?*, (1) recuerda. Y el frío le cala los huesos.

(1) En sirio-caldeo: Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?

—¡Pero querido! ¡Si Jesús se asustó!

Los ojos se le agrandan.

Él es el culpable. Ahora, recostado a la pared del café, lo ve. Por un hueco negro de la frente le sale un chorro negro sobre la cara. Y le habla. Le dice sin rencor y con amargura: “¡Me has muerto, Juan Carlos!”. No dice más. Pero eso tiene muchos significados para el que está vivo: “¡Me robaste!” “¡Me has estafado!” “¡Quiero volver atrás!” “¡Quiero vivir, llorar, amar!” “¿Qué es esto tan estrecho?” “¿Qué es esta tan horrorosa soledad!” Significa: *¿lammá sabachthani?*

Una mano que se le posa en el hombro, lo hace estremecer.

—¿Qué tal, Juan Carlos?

Es un joven de su misma edad. Toma asiento a su frente. Y pide de beber.

—¡Oh, Martín!

Y aferrándose a otra idea que le cruza, aunque es asimismo dolorosa, pregunta, con tal de salir de lo que lo ahoga:

—¿No has ido a ver a la Nena?

—Estuvimos con Pancho esta tardecita.

—¡Pobre Nena, tan buena! ¡Ay, Martín, yo soy una bestia!

—Yo no sé si volverme a arreglar con la Coca. Me mandó buscar, ¿sabías?

Lo dice el recién llegado por cambiar la conversación. Pero, en seguida, siente necesidad de hablar de eso.

—Y... arreglate.

—En el fondo ella me quiere. Yo estoy seguro.

—Y...

—¿Te parece que no será feo... después de tantas cosas? ¿Que no estará mal que...?

De la mesa del jorobadito, agraciada con otra vuelta, llega un triple ¡Salú! a copa alzada.

—¡Salú!,—contesta Martín levantando su vaso.

Juan Carlos bebe un trago. Enciende un cigarrillo. Echa una humada y se queda mirándola.

Martín no osa hablar.

Al cabo de un rato, Juan Carlos, que entre sus pensamientos halla sin querer el hilo de la conversación, arguye:

—A la Coca le hacés un bien arreglándote con ella. Y el bien siempre está bien aunque esté mal. . . ¡Digo yo!

Luego, cambiando el tono.

—¿No tiene machucones?

A pesar de lo extemporáneo de la pregunta, Martín sabe a quién se refiere.

—¡No!,—dice sin pensar. Y luego, ya consciente: —No le ví,—agrega.

—Quizá se peló los codos. . . ¡Y la alcé! Así, con una mano. La alcé del pelo. ¡Qué bárbaro!,—continúa doliente—. ¡Soy una bestia! ¿Y se tiene derecho a leer algo, a pensar, a inquirir algo cuando se pega así, ¡ves!, y después se enreda el pelo entre los dedos y se alza? ¿Quién ha de responder a un corazón sucio?

Se yergue agitando los brazos, enfurecido. Parece, así, más alto, muy alto.

Vuelve a caer en la silla. Sus palabras, ahora, al otro muchacho le parecen pronunciadas en un idioma desconocido que sólo consiguiera estremecerle, crecientemente, una inquietud opaca y dolorosa. Igual a una fuerza que lo sacudiera de abajo como una vara.

—¡Y soy bueno, sin embargo!—gime al rato, hun-

diendo la cabeza en el pecho, tal cual si una mano gigante le agarrara desde la cabeza a la espalda oprimiendo hacia abajo. Pero se libera. Se estira.

—¡Me estoy matando! ¿Dónde está mi sentido, mi sentido, mi sentido!

Su brazo se alarga hacia adelante. Y se vierte en la boca el vaso de caña sin tocarla con los labios, la cabeza tendida hacia atrás como quien se degüella.

—¿Qué vida es ésta, Martín! ¿Qué hay que hacer, Martín!

El otro se debate como atado a un potro.

—¡Pobre Martín!—exclama asaltado por una súbita compasión—. Te entristezco más con estas cosas, ¿verdad?

Sus ojos están húmedos.

—¡No digas eso! Yo estoy triste, sí, pero no por mis cosas. Por todo eso que dices y que no entiendo. Por lo mismo que no soy capaz de . . . de comprender bien . . . tendría que agradecerte de rodillas que me hables como si fuera igual a tí.

—¡No, si yo sé que no debo hablarte de esta manera! ¡No debo! ¡No debo! Pero necesito hablar, hablar a alguien . . . Y tiene que haber algo que mantiene nuestra esperanza. Pero eso de tener esperanza sin saber en qué, es más horrible que no tenerla. ¡Ay, Martín, a veces yo quisiera que todos los que amo se murieran de golpe!

En el corazón de Martín un monstruo hace con su puño lúgubre badajo.

Y en ese instante, del extremo de la taberna, llegan los sonos de una guitarra. Por la atmósfera cargada de caña y humo se abre paso un huaino. Tímido, inocente, azorado. Hace la idea de una presencia candorosa que se ha enfrentado, sin comprenderlo, a una

presencia irremediable como la muerte. O cual si un recién nacido por llorar sonriera.

Juan Carlos trata de contenerse. Hasta que no puede más.

—¡Ay, vamos, que me ahogo!

Salen mudos.

—Yo voy hasta lo del Tuerto,—dice de pronto, deteniéndose, ya entre las últimas luces del pueblo—. ¿Por qué no vas a acompañar un rato a la Nena, si no hay gente?

Después de un trecho se separan.

—¿Nos vemos más tarde?

—¡No, no! Quiero estar solo, ahora... Me iré temprano a casa.

Juan Carlos avanza aún. Luego dobla a la izquierda, sintiendo los ladridos de un perro que sus pasos despertaron en un rancho a oscuras.

Enfrente, ahora, a lo lejos, el callejón del Bajo, la puerta amarillenta del boliche del Tuerto. Y algún fulgor más débil.

Hacia los campos invisibles cruzan el aire recónditas campanadas.



El Bajo es el desahogo del pueblo. En sus prostíbulos se desvían y se extinguen las llamas de la pasión que, de otra suerte, podrían causar estragos. Allá, arriba, en el Centro, las muchachas pasan, sin peligro de su honor, los mejores años, los que bullen en las venas como enjambre, mirando sus días solitarios y sus faldas vacías; con la imagen del novio al que penoso ahorrar va acercando lentamente, tan lentamente, de manera tan extraña al amor, que lo transforma en vulgar cosa acostumbrada.

El Bajo es el vaciadero. Se desprenden los mozos de una moneda y un ansia y suben hacia sus moradas ya apaciguados. Para seguir en medio de sus cuatro sueños cortos y su vida larga.

Esto asquea. Este pagar e irse, este saldarlo todo con cinco reales o un peso! La vida de la prostituta se hace vida recién con el "macho". El "macho" es el semejante con quien la soledad se prolonga; que permite pensar en alta voz; ante el que no se está obligada a ocultar una pena; con el que es posible ser débil, digna, más femenina: ¡sentirse ella misma alguna vez! No es imposible verla enrojecer ante su amante al sacar un preservativo exigido por el cliente escrupuloso que espera en el otro cuarto; apartarse de él para arreglar la liga, después de haberse desnudado diez veces en la noche ante ojos siempre renovados; dar un rodeo para no pronunciar una palabra infame... Además, él constituye su apoyo frente a la patrona, siempre ávida de ganancias, al Comisario enamorado, al milico extralimitante y al "patotero" compadrón. Allí donde la Ley no la ampararía, está otra Ley, la del cuchillo, que ha hecho siempre menos víctimas porque es más humana, ya que para ser juez no se sube a un estrado sino que hay que pararse frente a otro cuchillo. Lo que hace la sanción más digna; lo que le da ingerencia al Juicio de Dios.

Y por sobre todo, el "macho" significa esa preocupación por alguien, necesaria al ser humano. Restituye criatura lo que los otros vuelven bestia. ¡Tener por quién llorar, por quién escrutar el destino; hacer mil sobrecogientes conjeturas ante su demora; sentir violentos pálpitos al ruido de unos pasos... ¡compadecer la vida! Vive recién, entonces, puesto que

ama, gracias a él, el único. ¡Y con qué dicha que la amiga consigo misma espera en el lecho donde él no se ha de levantar en seguida, como los otros; donde lo contemplará dormido, donde lo despertará con un beso alguna vez!

¿Algún golpe? ¿Algún arrastre del pelo?

No es condición de una clase. Es condición humana. También con gritos y con miradas se golpea y se arrastra. Y para esta clase de víctimas no existe la salvadora oportunidad de una fuga o de un cambio de hombre. Porque están atadas por un documento ante testigos. A veces, también, por unos ojos infantiles.

El sentimiento meramente sexual se atenúa en la prostituta hasta casi atrofiarse, en ocasiones. Cuando el amor nace en ella es más espiritual que el de allá arriba. Porque más que a su hombre, es al alma de su hombre lo que abraza quien vive “vendiendo la vida”, como dicen aquí.

Y no puede afirmarse que este amor es menos duradero. Porque las mujeres de otra condición sienten seculares mordazas cada vez que piensan en estas cosas.

El Bajo es un vaciadero, sí.

Pero, también, es un refugio.



Las patronas Iracema y Zulema, calle por medio sus prostíbulos como protegiéndose recíprocas, son las únicas que se atrevieron a asentar sus reales entre el caserío del pueblo. A pesar de eso, arrastraron con sus usos y costumbres la descendida región de donde llegaron. Para los pueblerinos, las dos casas enclavadas en la falda de la colina siguen perteneciendo al

Bajo. Se está, pues, en el Bajo, sin pisarlo, con sólo tocar en algunas de las dos "pensiones". Y hasta las gentes honestas que viven aún más próximas que ellas a la barriada infame, si miran hacia arriba y distinguen las fincas de las dos patronas, se dicen: Mirá el Bajo.

Milonga duerme en el para ella mullido lecho de una arpillera doblada en un cajón de fideos. A Zulema, siempre leyente lejos de la lámpara y del libro, acompañan la Nena y otra joven. Ésta es muy delgada. Y la palidez de su tez resalta gracias al traje negro que la ciñe. Sólo tiene pintados los labios. Se llama Julia. Zulema, de cuando en cuando, gesticulante, ha detenido la lectura.

—En los libros,—reflexiona en alta voz,—cuanto más triste más lindo. En la vida, más feo. Es una cosa muy tremenda. Sólo Juan Carlos puede explicarme esto.

Torna la cara hacia la Nena.

—Haceme acordar,—recomienda.

Ya va a entregarse otra vez a leer. Pero la Nena, aun sabiendo el alcance que la otra da a su recomendación, pregunta lo mismo, ansiosa.

—¿Cómo dijo?

—Que me hagas acordar.

—¿Pero cuándo, si estamos enojados?

—¡Cuando te arregles, mujer!

Y reanuda la lectura.

—¡Ah!, sí, entonces sí!...

—¡Boba!,—salta la otra joven al verle la expresión—. Ni que no se fueran a arreglar más!

—Sí... porque total... ¡me pegó por nada, no más!

Su pecho palpita. El llanto contenido le brilla en los ojos.

—La culpa tiene una,—dice Julia, la pálida, la ceñida de negro—. Arreglarse con un hombre sabiendo que no se puede llegar a un fin. . . Somos unas bobas. Nosotras no. . .

—Sí, pero una quiere y ¿qué va a hacer?

—Por eso digo. Yo también una vez. . . ¡Ay, qué cariño, Nena!

Y posa la manita sobre el seno aun túrgido. Entorna un momento los ojos.

—Fué en Santa Rosa del Cuareim. Él era argentino. . .

—Juan Carlos tiene ya veintiocho años.

—¡Ay, qué cariño, Nena!

Suena la media hora en el reloj del pueblo. La pitada de un soldado rasga el silencio.

—Y aunque nos quieran, al fin, nos dejan,—prosigue Julia—. Y ana siempre con ese miedo; siempre con el Jesús en la boca!. . . Se llora más de amor en el Bajo que en el Centro, esa es la verdad.

Zulema, que está con la atención repartida entre el libro y lo que conversan, interrumpe:

—¿Amor? ¡Ya no hay amor! ¡Todo es materialismo!

Las jóvenes rameras se han quedado sorprendidas de afirmación tan rotunda.

—Yo las veo a ustedes,—continúa la patrona—, las veo y me río. ¡Amor! ¡Amor había antes! ¡Y qué hombres antes. . .! ¡Se mataban por nosotras! Andaban siempre a puñaladas. Y la policía no se atrevía a acercarse, de noche, al Bajo, sino en partidas. Ahora, un guardia civil lleva preso al marido, al amante y a la mujer. . . ¿Pero qué saben ustedes de amor? . . . ¡Hay gente en el zaguán!

—¿Pero usted cree, señora, que. . .!

—¡Ya no hay amor, he dicho! ¡Y se acabó! ¿No están sintiendo que les dije que había gente?

Recién entonces perciben claro rasco de espuelas en el corredor.

Detrás de Julia se asoma la Nena. Hace un gesto contrariado porque, sin saberlo, esperaba a Juan Carlos. Se sobrepone. Y le sale con la otra al encuentro.

Es un joven de poncho, de ojos pequeños y vivos, lampiño como un indio. Debe de tener el caballo en la puerta porque trae rebenque en la mano.

—¿Querés pasar a la pieza?

Ambas hacen la misma pregunta. Él, que ha clavado los ojos en la Nena, le asiente con la cabeza, sin dejar de mirarla. Comprende que esta mujer es más hermosa que todas las que ha visto en sus recorridas por el Bajo. En vez de perder el tiempo, se debe venir derecho a las "pensiones". ¡Qué bien le sienta el pelo negro derramado sobre los hombros, enmarcando esa mirada tan dulce! Parece...

—¡Qué lujete,—piensa emocionado—, andar con una mujer así!

Ella le ve el rebenque en la diestra.

—¿Querés entrar el caballo y atarlo al ombú?

—No. Ta maniao. Vengo por un momento, nomás.

Sigue a la Nena y entra a una alcoba débilmente iluminada. Ella mueve el mechero de la lámpara y la luz se difunde.

La habitación tiene una ventana a la calle. Pero debe permanecer siempre cerrada porque la policía no la consiente abierta. De día y de noche. Siempre. Hace ya tiempo, cuatro años a lo menos, durante toda una primavera y un verano se abría esta ventana y aparecía en ella una mujer hermosa y pálida. Tenía los cabellos negros, los ojos azules, ojeras muy hon-

das. Al llegar el otoño, tras los cristales, veíasela aún, cada vez más blanca. A su lado, a veces, surgía un hombre todavía joven, de cejas contraídas y rictus apenado. Una noche, quien pasaba por la calle pudo advertir ese perfume penoso que adquiere el olor de las flores al fundirse con el de los cirios. La casa fué deshabitada. Trizaron sus vidrios las pedradas del chiquillerío. Hasta que cierta mañana, muy temprano, abrióse de par en par la casa. Pintores hicieron su tarea. La ventana ostentó alegre color verde. Y uno a uno fueron colocados nuevos cristales. Pero tras ellos ya no se vió otra cosa que los postigos, también verdes, ahora. Porque la casa había sido alquilada por Doña Zulema. Y sobre todas las casas que ella ha alquilao desde hace veinte años, es decir: desde cinco después de huír de la suya, pesa terminante prohibición policial de abrir las ventanas. Entre las rejas y los balcones floridos y con muchachas, siempre los postigos verdes.

A los lados del lecho de dos plazas hay sendas mesas de luz con floreros muy cucos, desde los que, sobre tallos de alambre, asoman corolitas de papel. Al medio de la pieza, una mesa cubierta por un tapete. Allí el cliente sin prisa y con dinero puede beber a solas con la mujer. En un rincón, otra mesa más pequeña. Sobre ella, una botella, un calentador a kerosene... Y frascos, cajas, botes de uso femenino. En otro extremo un biombo verde evita ver una palan-gana y un balde. Un gran rópero con espejo y dos sillas completan el mobiliario. Y por sobre todo cae la luz de la lámpara que una pantalla suaviza en celeste.

A esta habitación ha conducido la Nena al joven domador. Como está acostumbrado a su rancho pau-

pérrimo y al prostíbulo de cinco reales, como por primera vez viene a una pensión, este cuarto relativamente confortable le provoca sensaciones que lo conmueven.

—¡Si uno pudiera llevarse a un cuarto así a la hija'el capataz Echagüe!—piensa comenzando a desvestirse.

En verdad, parece una habitación como para quedarse siempre. Sin embargo hay que entrar y salir de prisa. Diez o doce minutos. . . a lo sumo quince. O toda una noche. Pero esto, claro está, no es para todos. Aun esperando a las dos de la mañana, cuesta caro. Además, después de gozar da ganas de irse. No se sabe por qué, pero da ganas. Cierto es que, si se lucha consigo mismo durante un rato, vuelven otra vez ansias de permanecer. Y cada goce trae un descontento. Y cada descontento un nuevo como renacer de imprecisas esperanzas.

Sentándose en la cama el domador se dice con arrobo:

—¡Quién la viera conmigo n'este cuarto a la hija'el capataz Echagüe!

Y como ella está obligada a tener un novio rico,—“chapiao” de plata y oro, “tirador” hinchado, casi ahoga a la Nena al arrojarse furibundo sobre ella.

Cuando la Nena sale, el corredor está solitario. Acompaña al gaucho hasta el zaguán. Éste desmanea un tordillo.

—Buenas noches,—dice muy grave, montado.

—Adiós. . .

Ni lo mira, con la vista hundida en la calle que se pierde en lo obscuro. Vuelve al interior. Alguien conversa en el cuarto de Julia, a puerta cerrada. En la pieza siguiente, la “sala”, está doña Zulema con un hombrecillo.

—Ché, te voy a presentar a este señor.

La Nena le da la mano. Y después de canjear con la patrona un billete de un peso por una "lata", toma asiento, mesa por medio, buscando ensimismarse.

—¿Dónde estará Juan Carlos? ¡Si por lo menos viniera Pancho, o Martín, o alguno!...

El recién llegado está borracho. Viste traje ciudadano con cuello duro y ufana corbata en moña. Del lado derecho levanta un poco el negro bigote y deja entre los dientes un sonreír fijo que corta como vidrio.

—...Juan Carlos puede ser que a estas horas esté...

—Vení. ¿Qué vas a tomar? Sentate aquí.

Ladeando el cuerpo saca las piernas de abajo de la mesa.

Ella se le sienta en las rodillas mientras doña Zulema sale a buscar de beber.

—Yo me tomo esta otra, ¿eh?—dice la peliforra cuando regresa con vasos y dos botellas de cerveza.

Destapa a su vista la que traía en la otra mano a fin de que él vea que no hay engaño.

—Pero me la tomo en el comedor, ¿eh?—agrega en seguida.

El de la sonrisa asiente ya muy preocupado con los encantos de la Nena.

Doña Zulema, que ha recogido la tapa metálica, torna a la cocina. Por el camino, con mucho cuidado, vuelve a tapar la botella para ponerla en su casillero.

Acomodándose en el sillón, coge después el libro. Cierra los ojos. Piensa un momento. Y los abre y los clava.

La Nena ha bebido apenas medio vaso. Por suerte él está urgido. Tanto que, cuando entran al dormitorio

rio, sin llegar al lecho, la abraza y trata de besuquearla, pronunciando palabras incoherentes y sucias, con la sonrisa creciendo. Ella gana el otro lado de la cama, se desviste y lo espera. Al acostarse, mientras él se le tiende encendido de lujuria, recobra al fin el hilo de su melancolía. De tal manera se disocian en la prostituta cuerpo y espíritu. El hombre la goza. Sus besos apasionados recorren las mejllas, el cuello de la muchacha, cuya boca está prieta y esquiva. Ella, abstraída, contempla el juego de su imaginación en serenos recuerdos venturosos. Y cuando él se le desprende y rueda a su lado, tiene que hacer un violento esfuerzo para incorporarse e ir a coger la palangana. De buena gana se quedaría así, tendida boca arriba. Que los hombres entraran a gozarla y salieran sin perturbar su ensoñación de esfumadas imágenes, que le consiente el verse mirar silenciosa hacia el ombú del patio, a través de los vidrios, junto a su amante, oyendo cómo el primus donde hierve el agua llena la habitación de un suave rumor . . . Pero no es posible. Hay que levantarse, acompañarlos fuera del cuarto, atender a otros . . . Maquinalmente, a medias absorbida en su fantaseo, sonámbula, conduce a éste hasta el umbral de la puerta.

Entra Julia.

—¿Querés llevarle a la vieja? ¡Estoy tan cansada!

Julia sale con el dinero. Cuando regresa a entregarle una "lata", halla a la Nena tendida en la cama. Se reclina ella, a su vez, hacia los pies. Se acoda. Cualquier cosa que digan aviva más en Julia el deseo de contar lo que oyó a su cliente. Por necesidad de identificar con el de alguien un obscuro dolor que le ha nacido. Hasta que no puede más. Y suelta:

—Juan Carlos peleó con un indio la noche anterior,

en el Bajo, en lo del "Perro". Él estaba borracho. A pesar de eso, en cuanto el indio quiso manotear la daga, ya tuvo a Juan Carlos encima. . .

A la Nena se le achica el corazón. Como si una mano yerta, subida del fondo del pecho, se lo fuera apretando.

Y se levanta de la cama porque alguien está en el umbral.

Julia también se incorpora, diciendo:

—¡Entre, señorcito!,—a un hombre bajo y gordo, con un flamante traje claro.

Pinta un pulpero de campaña. Rebosa alegría ingenua. Está algo ebrio. Entra con la mano tendida y una sonrisa ancha.

—¡Ah, muchachas!, yo. . . siempre me gusta pasarme un rato con buenas muchachas cuando vengo al pueblo. Yo. . .

Lo hacen tomar asiento.

Se escuchan pasos. Julia se asoma. Y antes de desaparecer pide permiso, para no ser menos amable.

—¡Sí, como no! ¡No faltaba más! Atienda, no más.

El del traje nuevo permanece después, un breve instante, silenciosamente sorprendido. Advierte en él un cambio brusco, que lo tiene perplejo. Ahora, sólo con una mujer, su satisfacción es mayor que momentos antes con dos. Más, ahora sí está verdaderamente contento.

—¿Cómo es posible que con una. . .?,—se pregunta.

—¿Querés. . .?

—Todavía no,—se apresura a interrumpir—. Yo tengo plata. Vamos a tomar, primero, como buenos

amigos, mi querida. No hay que apurarse. ¿Para qué si yo tengo plata?

Del bolsillo del pantalón saca un fajo de billetes. Lo vuelve a guardar. Sonríe. Piensa con satisfacción que la joven se ha asombrado al ver en él tanto dinero.

—Yo, cognac. Vos, lo que se te antoje tomar.

Y vuelve a decirse:

—¿Cómo es posible que con una...?

Ella sale. Mira hacia el ombú del fondo cual si algo pudieran hallar sus ojos allí. Aunque ha entrado el otoño y el fresco de la noche no permite sentarse bajo de él, hay todavía un farol colgado de una rama. En la cocina, donde están depositadas las bebidas, entera a Zulema para que vaya a aumentar el gasto. Pero ésta hace un gesto de impaciencia sin sacar los ojos del libro lejano. Mas las palabras importunas la han distraído y le permiten darle un alce a la vista.

—¡Qué cosa!,—exclama aprovechando la oportunidad—. ¡Al revés! ¡Cuanto más triste más lindo!

La Nena regresa a su cuarto con una botella de cognac, la de la cerveza ratos antes vuelta a tapar por Zulema, y los vasos.

Sirve un vaso grande. El forastero bebe un trago: Paladea.

—¡Uff!, ¡uff!, ¡queridita! Este cognac no es bueno. Yo estoy acostumbrado a tomar, no creas que no. En mi casa... Pero esto no tiene importancia, mi querida, ¿noverdá?,—agrega en seguida, arrepentido, al advertir recién el aire desolado de la Nena y creyendo que se debe a sus palabras—. ¡Esto no tiene importancia! Cuando uno se divierte no es necesario que las bebidas sean buenas. Ahora, claro, cuan-

do uno está solo en la casa... Después que... uno cierra la casa y... se queda... solo... en la casa...

Una ráfaga de tristeza cruza fugaz por su espíritu. Empina la copa. Arma un cigarro grueso. Engancha un dedo en la gruesa cadena de oro que, saliendo de un bolsillo del chaleco, sube, se escurre por un ojal y desciende a perderse en otro bolsillo. Se recobra.

—Mi preciosa, besame...

—¡Ja, ja! Yo tuve novia una vez. ¡Pero era una boba! No le gustaba nada de esto. Se ponía colorada y me miraba con ojos vacunos. Los padres estaban apurados por el casamiento. Ella, sin embargo, decía que... Y yo, yo también, porque... a la verdad... ¡las mujeres así no sirven, mi queridita! ¡Uff! ¡Yo siempre digo que la mujer debe ser cariñosa!

La joven ha llenado de nuevo la copa de cognac. ¡Ah, si ese pañuelo rojo, que tan mal cuelga del bolsillo superior del saco, ella se lo pudiera poner en la boca a aquel buen hombre! No cesa de hablar a pesar de que los ojos se le van achicando con la córnea enrojecida.

—¡La vida es la vida, mi queridita! ¿No te parece? A la pulpería va siempre un quintero de una estancia. Cuando voy del pueblo le tengo que contar todo lo que he hecho y con las mujeres que he estado. Y él dice, siempre: “¡La vida es la vida!” Y tiene mucha razón, ¿no es cierto, queridita?

Ella asiente con la cabeza y,

—Bueno, ¿vamos a la cama?,—propone.

Julia está en el corredor. De pie frente a un hombre de poncho y barba, sentado en uno de los largos bancos. De pie también, junto a él, un adolescente, casi un niño. Quiere decir algo a la prostituta y las

palabras surgen entrecortadas, sin ilación. El emponchado hace una seña intencionada a la mujer. Esta rodea la cintura del muchacho.

—¿Vamos a conversar a mi cuarto?

—¿Y usted?,—inquire el mozalbete angustiado, como queriendo que su compañero lo siga. Sus ojos imploran.

—Yo me quedo aquí nomás.

Así responde el otro mirándose las puntas de las botas.

Se estremece y pisa en la habitación. Va a hablar y las ideas no acuden. Ella comprende. Hay que iniciarlo. ¡Cuánto hace que inició al último!. . . ¡Cuánto!

Es delgado y trigueño. Calza botas altas. Viste bombachas, chaquetilla corta, de finísimo paño negro. Al cuello, un pañuelo también negro. Le asoma un cinturón con hebilla de plata.

De ajustarse en palabras lo que la mujer siente al contemplarlo, se expresaría así: Es bello y misterioso como un Dios.

Él, que ha tomado asiento junto a una mesa idéntica a la del cuarto de la Nena, se incorpora bruscamente cuando oye el chirriar del cerrojo. Trata de dominarse. Da unos pasos y vuelve a sentarse. Traiga abundante saliva. Baja la cabeza. Y los latidos de su corazón aumentan a medida que ella se aproxima. Pero se ha sentado frente a él, sonriendo dulcemente, apoyando un codo sobre la mesa.

—Me parece que te he visto aquí otras veces. . .

—¡No, no!,—exclama, ahogándose.

—¿Y ése que estaba con vos, quién es?

Se anima un poco. Alza la vista y mira a la mujer. Cuando las miradas se encuentran, él desvía la suya.

—Es capataz de casa.

—¿Qué te hicistes en la mano? ¡Qué cicatriz!

Él va a sacar el pañuelo porque tiene que sonarse.

—¡Dejá la mano, no seas bobo! ¡No me querés nadita!

Se la abandona. Con un esfuerzo angustioso se sobrepone. ¡Pero tiene una pena tan amarga! Sin mirar sigue viendo las dos hojas pegadas de la puerta.

Le está besando las manos. A su vez, trémulo, él posa sus labios en la nuca ofrecida de la prostituta. La mujer permanece inclinada, inmóvil... Siente los labios del joven besar sin fuerza, aun con temor y sin deseo.

—¡Vos sos muy bueno!,—dice sin alzar la cabeza.

Y le arde el ansia de incorporarse y estrechar entre sus brazos el esbelto cuerpo virgen.

Ahora él le alisa los cabellos casi dorados. Querría pedirle un beso en la boca. Pero lo turban los ojos de la mujer. ¡Si no hubiera tanta luz!

Se oyen pasos en otra habitación. El arrastrar de una palangana. El rumor de agua que se vierte. Y pasos más sordos...

Julia siente, ahora, el deseo de estar siempre así; toda la vida así, bajo una mano que la acaricie con tanta dulzura. Se reinicia en olvidados misterios, a su vez... En su antigua vida pura de la que, a veces, flota algún recuerdo en la conciencia, entristecedor como un niño ahogado. Pero comprende que es necesaria otra cosa. Además, vuelven a su corazón ganas de morder los labios inocentes.

Alza la cabeza. No finge. Es sincera esa expresión de entrega que dan al rostro los párpados caídos y la boca entreabierta.

—¡Besame en la boca!

Se juntan los labios. Llega hasta la médula del jo-

ven como una corriente eléctrica. Abraza, ahora, también.

—¡Qué lindo sos!

Y lo sienta en sus rodillas, le muerde la boca, le aprieta la cara entre las manos. Lo desea ya, como muy pocas veces se puede desear a alguien allí.

—¡Qué lindo sos! ¡Qué lindo así, todo de negro!



Ha quedado tendido sobre el lecho. Julia, acodada, le sonrío con ternura; decaída, laxa ella también. Él está triste, desalentado. Antes, allá en el campo, se imaginó otra cosa...

La muchacha lo besa por última vez.

—Bueno, ¿vamos a vestirnos?,—propone.

Calza lentamente las botas, mirando distraído una estampa de Jesús Crucificado que pende delante de él. Se anuda el pañuelo al cuello, frente al espejo. Del cinto, cuya plateada hebilla resalta, saca unos billetes.

—Agarrálos.

—¡Pero es uno, nomás!

—Te regalo los otros, pues.

Preocupada en cosas obscuras, que cada vez ia embargan más, olvida dar las gracias, Y pregunta:

—¿Cómo es que me dijistes que te llamabas?

—Juan Manuel...—contesta con imprevisto tono de imperio.—¡Abrí la puerta!

El corredor está solitario. En la "sala" no hay nadie.

—¿Se habrá ido?

—No, debe de estar en el comedor... Espérame

El estancierito da unos pasos. Mira tras el ombú la noche azul.

En el otro cuarto, la Nena hace como que gime, como que suspira. Para apresurar al hombre.

En efecto: éste rueda a su lado, entornados los ojos.

Se viste. Paga. Ella ordena rápidamente el lecho, la habitación. Abre la puerta. Salen. El del traje flamante va un poco atontado. Siente sueño. Desearía ya estar en la fonda para tumbarse de una vez. En la calle, bajo un farol, una idea súbita lo detiene. Mira hacia atrás. Saca el dinero. Lo cuenta. Y continúa la marcha, tambaleándose.

Al volver del zaguán la Nena advierte al gauchito bello y agotado. Va a hablarle cuando ve a Julia salir de la cocina. Y al capataz detrás, acomodándose en el poncho.

—¿Y los muchachos vinieron?,—le pregunta ansiosa.

—¿Vámonos?

—Vamo.

—Sí, está Martín,—contesta Julia, sin mirarla, pues se ha quedado con los ojos fijos en uno de los que se alejan.

Lo de irse así, fríamente, sin saludar, la está apenando.

La Nena irrumpe en la cocina:

—¿Y Juan Carlos?

Conserva aún en la mano cerrada dos billetes y varias monedas. Al advertirlo, los entrega a Zulema. Menos unos níqueles que, situándose de espaldas al recién llegado, los pone en la media, bajo la liga, con un nuevo disco de lata recién recibido de la patrona.

La pelea no pudo tener la menor gravedad. A Julia

le han exagerado, evidentemente. Y Juan Carlos, que está muy triste, en cualquier momento vendrá. Eso ha asegurado Martín, bebiendo caña con doña Zulema. La Nena, que no quiere beber, se pasea cabizbaja por la cocina. De vez en cuando detiéndose junto al cajón donde, desde hace tres noches, duerme Milonga a pata suelta. Y donde no dormirá muchas noches más. Porque esta perra sin dueño tiene gustos nómadás. Zulema, que se siente de muy buen humor, al punto de haberse distraído de la lectura ante el efecto desolado que sus palabras sobre el amor produjeron ratos antes en sus pupilas, (se distrajo también porque le ardía la vista, y está satisfecha, asimismo, por la tristeza que le provoca la novela), ha dado a la charla un tono de zumba. De pronto, dice acentuando la chanza:

—¿Y... entonces, Martín, la otra mujer lo tiene loco?

—Tanto como eso... ¡Pero le va gustando!

La Nena, mirándolos, se detiene. Y súbitamente exclama, exponiendo el rostro:

—¡Miren si soy boba! ¡Sé que es mentira y se me caen las lágrimas!

Ríen. Ella también. Y su llanto rueda incontenible. Y va empujando sus sonrisa. Hasta borrarla. Hasta trocarla en mueca.

Entonces huye a su cuarto y se arroja sobre la cama.

—Dejala. No vayas. Dejá que se desahogue. Y hay que traerle a Juan Carlos,—repone Zulema—. ¡Yo también lo preciso, lo extraño!... ¡Yo les digo que no hay amor, por verles las caras!

Martín, ya de pié, vuelve a sentarse.

El pobre corazón de Zulema se arrepiente de los conceptos falsamente expresados adrede.

—¡Se quieren, sí! ¡Cómo no se van a querer!

Y este estado de espíritu sirve de propicio campo a las novelescas vicisitudes en que ratos antes estaba enfrascada.

—Martín,—interroga de pronto,—¿qué quiere decir ebúrneo?

—Color marfil, señora.

—¡Sí, bien me parecía! Porque era un manto de novia. Y Ricardo Corazón de León iba a ir al casamiento... En su carroza... Mire que los infieles han dado que hacer! Para imponer la religión ha tenido que correr mucha sangre. Y ahora mismo, hay gente que no cree... ¡Dios mío! ¡El mundo va mal, Martincito! No creen, no creen en nada... ¡Como las bestias!...



A las dos de la mañana, Julia, que temprano había aceptado una invitación, se va hacia el Centro. La Nena cierra el zaguán porque ya Zulema se ha retirado a su domicilio particular, donde una joven hija suya duerme castos sueños, celosamente defendida. Sin desvestirse ni apagar la luz la Nena se tiende en el lecho, boca arriba. Ahora es innecesaria tal posición. Puede acostarse bajo las sábanas. La puerta de calle está cerrada y nadie entrará ya... ¡Pero tanto ha deseado desde horas antes estar tranquila cuando se hallaba así, boca arriba! Además, sin saberlo, espera a Juan Carlos y está pronta a acudir a su llamado. De cuando en cuando un recuerdo más vivo sube consigo una lágrima y provoca par-

padeos. Y algo también va subiendo con ellos, obscuro y denso. Se establece un equilibrio entre el sueño y la vigilia. Imágenes que fluyen casi libres, sólo atadas abajo; que se unen a capricho, que se transmutan y se esfuman. Como si percibiera desde un columpio las siente aproximarse, alejarse hasta la vaguedad... Cuando aparece el monte, el álamo altísimo, el largo puente de enormes pilares, una enramada con algunas mesas,—la del rancho de la picada del río,—y se va envolviendo como una niebla mientras se destaca entre ellos el ombú del fondo del prostíbulo, quiere emerger. Pero la atención la ha abandonado. Flota en el vacío. Sus párpados, que han podido entreabrirse, se vuelven a cerrar. Y ya libre, el ensueño empieza a levantarse en su espíritu como una emanación reminiscente.

La Nena duerme.



—Antes, todo el país era campo y todo el mundo vivía mejor que ahora. Ahora los cristianos no tenemos en donde ganar un pedazo e'carne. ¿Qui hay muchos adelantos? ¿Y pa qué sirven? Cada vez hay más miseria, más fealdá, más maldá! ¡Caray con los sabios, amigo!

Esto profiere Bonifacio, el gigantesco Bonifacio, de pie junto al mostrador, entre cuatro indios también borrachos y pendientes de la bocaza coronada de pelos lacios.

—¡Eso de los sabios está muy bien!,—acota y comenta Florismán en voz baja, con aire de hombre que no se sorprende por nada.

Él, el mejor guitarrero del contorno, está sentado en un rincón, con dos mulatos y el Mellizo Juan.

—¡Eso es verdad!,—continúa—. Cremos que sabemos pero no sabemos nada. El mundo está lleno'e misterios. Y dicen que, cuando uno va sabiendo y sabiendo, se empieza a dar cuenta'e que cada vez va sabiendo menos.

Se echa atrás en su silla. Se pasa la mano por la frente y agrega con solemnidad:

—El sabio más sabio ya no sabe nadita. Esto es otro misterio.

—Héle, ¡loco!,—salta el Mellizo Juan, tan atropellado siempre—. ¿Entonce, nosotros que semo suno sanimales reconocido semo sabios?

—Eso es otro misterio,—sostiene terminante Florismán, en tono confidencial.

—¡Pero cómo vamo a ser sabio nosotros, critiano'e Dios!

Los dos mulatos clavan, suspensos, la vista en Florismán, repitiéndole lo mismo con los ojos.

Alguien se recorta en la puerta.

—¡Mir'á Juan Carlos!

—¡Buenas noches para todos!

—Buenas.

—Adiós, Florismán, ¿y la guitarra?

—Allá está, en casa. ¿Gusta sentarse con nosotros?

Se sienta dando la espalda a la puerta de un pequeño reservado donde se oye la voz de una mujer y otra varonil, cascada.

En la mesa la controversia termina por consideración al recién llegado. Mas, de cuando en cuando, el Mellizo Juan o sus compañeros, con ganitas de seguir, buscan los ojos de Florismán. Y se establece entonces un diálogo de fulgores.

—¿Pero cómo vamo a ser sabio nosotros, cristiano'e Dios!

La bajada de párpados del guitarrero y un leve crispamiento de boca, repiten, empecinados:

—¡Ese es otro misterio!

Juan Carlos ha mandado echar una vuelta general.

En el mostrador, ahora, Bonifacio guarda silencio. La presencia del recién llegado impuso, sin querer, freno a los espíritus.

La puerta del reservado se abre. Sale Luisa, la pupila de Encarnación. Se adelanta hasta el mostrador y hace una seña al Tuerto. Éste retira un candelabro que asoma entre las botellas de la estantería, enciende la vela y se la entrega. La muchacha se aleja hacia el fondo, cuidando de plantar los pies sobre ladrillos dispuestos de distancia en distancia, que la luz va evidenciando.

Cual si quisiera que alguien se enterara de todo su pensamiento, Bonifacio, al principio con voz amarga pero natural, luego enardeciéndose por grados, recommienza:

—¡Antes era tan linda la vida! En cualquier lado uno encontraba. . . Uno llegaba a un rancho. . . Y el trabajo era una diversión. ¡Y eso que nu'era juguete! Píalar, domar, boliar. . . ¡Dios Santo!

—¡Ah, era linda!,—exclaman en coro los indios que lo rodean.

Y las visiones antiguas pasan ante sus ojos.

En la mesa del rincón, Florismán ha callado. Pero aguza el oído aguardando el momento oportuno de discurrir ante un auditor tan comprensivo como el que tiene ahora. El Mellizo Juan y los mestizos, que le adivinan la intención, ya están prevenidos. Y esto, a su vez, Florismán se los descubre. Se atusa confiado las guías del bigote rubio.

—Ahora nos hacen cinchar en cosas feas, nos revientan y nos dejan morir de hambre. . .—prosigue Bonifacio.

De soslayo mira hacia el ha poco llegado. Y continúa:

—Por lo menos a los animales los cuidan, los tienen bien gordos. ¡Seguro! Si se mueren hay que comprar otros. A nosotros no. ¡Hay gente a bocha!

Bebe su caña de un trago.

Los indios también, alzando previamente los vasos a la altura de la vista y diciendo: “¡Salú!” al invitante.

—¡Oh, todo está perdido! ¡Nosotros y el mundo, todo!

Descarga el puño sobre el mostrador.

Uno de los indios, sonriendo tristemente, exclama:

—¡Pero no hay que hacerse mala sangre! Total ya. . .

Bonifacio se estira enfurecido.

—¿Cómo? ¿Y los niños?

Desde su rincón, Juan Carlos se escalofría.

El indio no comprende.

—¿Los niños qué?

—¡Los niños! Ellos son inocentes y pagarán lo mismo. No debíamos preñar más; no debíamos dejar parir.

La muchacha que salió hacia el fondo regresa con la vela aun encendida. Sopla. Se la entrega al pulpero. Y éste la vuelve a su estante y torna a clavar su ojo en Bonifacio; a exponerle su media cara angélica.

Él sigue lanzando miradas provocativas a Juan Carlos, de manera ostensible para todos.

Sin resultado, Florismán invita al joven, con fútiles pretextos, a ir a otro boliche.

Juan Carlos no tiene miedo. La situación le provoca una extenuante tristeza. Con disimulo ha corrido el revólver y desprendido el broche de la canana.

—¡No hay que hacer más niños! ¡Que se acabe el mundo! ¡Que no haiga más hombres arriba'el suelo! ¡O que todos los hombres se corten la lengua pa no enseñar nada a los chiquitos; pa que ellos empiecen solos!

Nadie se atreve a turbar la voz, que ya es rugiente.

—¡Y hasta queremos ser buenos, queremos querer y no sabemos cómo! ¿eh? ¿Quién lo explica? No ustedes, que son una manga de animales, pero otros... ¿Por qué no hablan los que son inteligentes, los que leen libros, ¿eh?

La alusión es directa. El acento provoca más que las palabras. Juan Carlos se contiene, sin embargo.

—En algún libro debe estar todo eso. Y si no está, ¿pa qué sirven los libros? ¿Pa qué enseñar a leer a los chiquitos? ¡Queremos ser buenos y no podemos! ¡Hay que contestar! ¡Y el que no conteste es tan animal como nosotros y mucho más sinvergüenza!

Entonces Juan Carlos se pone de pie. Avanza hacia el provocador.

—Estoy viendo que querés pelear, Bonifacio,—dice con la cara blanca—. Acepto. Salí a la calle.

Los demás, helados, se han echado atrás.

El gigante permanece inmóvil, mudo, más largo aún porque se ha erguido todo. Vacila ante el que avanza. Cuando están ya frente a frente, tartamudea:

—¡Usted sabe que yo no tengo miedo a nadie!

—¿Y a mí qué se me importa?

—¡Pero yo no quería peliarlo! Yo quería... tirarle de la lengua... Yo...

La imprecación que le sale al joven es atroz.

Y caen un puño y Juan Carlos.

Apartando de dos manotazos a los que van a levantarlo, como si su contacto pudiera ofenderlo más, clama Bonifacio:

—¡Yo lo quiero, lo quiero! ¡Yo siempre lo he querido!...

Esto, que dice sacudiéndose con desesperación ante el joven tendido a sus pies, desarma al atropellante Mellizo Juan.

—... ¡Y le he pagao! ¿Quién explica esto?



Juan Carlos sube hacia el Centro. A paso largo y lento, abatida la cabeza, el hombre.

A los lados, casas cuadradas, ya a oscuras, cada vez más próximas. Nadie transita, por ahora. Inútilmente contienen las tinieblas los focos eléctricos en las calles solitarias. Para los que duermen no es preciso. Para los otros, para los que están despiertos en el Bajo, estos focos son un penoso obstáculo. Estos focos alumbrando hacia abajo y los costados, como si la luz se arqueara sosteniendo el peso de la noche. El hombre que sube hacia el Centro parece que va sufriendo también la carga. Ascende con él, de la paz de los campos, un aire suave. Como el huaino que salió de la guitarra, hace un rato, en La Cachimba. A medida que sube aumentan los grandes edificios comerciales. Cerrados ahora, claro, hasta un momento antes de levantarse los de las otras casas para esperarlos prontos. A ellos y a los que vienen de los campos. Son comercios antiguos. Las generaciones se suceden y ellos quedan. Algunos crecen en el transcurso del tiempo. Se ensanchan. Abarcan más espacio,

desalojan habitaciones, hasta voltean casas. Y siguen abriendo puertas. Son puertas distintas de las comunes. Son de madera gruesa y dura, colgadas a sus marcos por poderosas bisagras. Y además de desmesuradas cerraduras tienen, por dentro, cada una, dos ganchos rectangulares donde va a introducirse al anochecer una tranca de hierro. ¡Es extraño! Cualquiera diría que detrás de todo eso está el dueño, la mujer del dueño, los hijos del dueño. O la madre. Pero no. Si uno tuviera la fuerza capaz de hacerlas saltar, encendería la luz y no vería más que las cosas del dueño... Inútiles ya estos faroles, estas cariatides de luz. Los del Centro están encerrados, dormidos. Los otros, los despiertos en el Bajo, esperan, precisamente a que la luz se apague para subir. Por suerte a las dos de la mañana. Entonces la noche se viene más, avanza de golpe. Si los que duermen bajo los techos bajos abrieran los ojos y se asomaran, la verían mirando hacia dentro, esperando en la calle como una madre abandonada. Y la quietud se violenta. Cual si la noche se condensara, hiciera pie en las colinas que respaldan el Bajo, suben sombras entre las sombras. Por los huecos negros y largos de las calles, los que del Centro expulsaron a la luz del sol. A ellos o a sus padres. Pues el castigo perdura sin fin a través de las generaciones. Y hay dos pueblos en el pueblo. entonces. Opuestos como dos hermanos.

Levanta paredes, cierra puertas, escóndete, escóndete Caín, tú, "Centro" de todas las ciudades. El sueño es lo que algún día te hará despertar.

Juan Carlos atraviesa ahora la luz azulosa de una taberna. Esas lámparas del bodegón son estrellas próximas y tibias. Quizá sin las estrellas podamos ver la noche. Pero no podríamos sin ellas sentirnos mutua-

mente experimentar la noche. Misteriosa. Confundible. Las horas de las tremendas preguntas para las cuales un solo gemido ya parece que basta al perdón y a la paz. Se expone allí, bajo las lámparas, cuando la luz eléctrica se apaga, el espíritu rebelde del pueblo, refugiado en el Bajo. Como con el placer de la ronda de los niños cuando el Ogro duerme... Pero sólo un escaso tiempo. Hasta la aurora. Hasta los gallos...

¡Los pobres gallos!

¡La pobre aurora vigilante en los abismos para dar, manchada de luz, sucia de luz, la voz de alarma bajo el horror del lucero inmóvil de espanto!

¡Oh noche, que ocultas al hombre de las leyes de los hombres y haces de cada callejón un seguro camino hacia la burla de los jueces, hacia el descanso y el olvido, mellando la mirada de los de ojos altivos que no te frecuentan! A quien temen los que te duermen, los de los muchos cerrojos, los que te matan en ellos porque les traes de lejos, entre tus pliegues, esos clamores gemebundos que los estremecen sobre la almohada. ¡Oh noche, donde las sombras descienden al corazón del hombre, por donde suben las sombras del corazón del hombre; en donde el hombre envuelve en sombras el corazón!

¡Amor sombrío! ¡Amor ciego!

¡Oh, Jesús negro!

¡Oh, hermana de la muerte!

¡Ay, madre noche!

El hombre que viniendo del Bajo cruza el pueblo, pasa frente a la casa hasta donde, horas antes, acompañó a Lala y a la regordeta Concepción. Piensa entonces en Olga. Ve delante de sus ojos a aquella cuyo corazón, contra su deseo, debe ser salvado de caer en los remolinos de su vida: Olga, crespo el ca-

bello, verdes los ojos, meciendo en los labios una sonrisa triste. . . Dobla a su izquierda. Llega a una casa entre árboles. Allí se detiene.

Abre el zaguán. Busca la llavecilla de la luz. El zaguán y el patio se iluminan. Da un portazo.

Es un patio colonial con habitaciones a tres lados bajo un ancho corredor. En medio, una palma gigante. Y un aljibe de brocal de azulejos.

Abre otra puerta. Enciende luz. Se echa en un sofá, con la barba pegada al pecho. Una sensación de helado desaliento le sube en el alma. Algo se estira en él por sobre sus ideas y no hace mano.

De pronto alza la cabeza. Sus ojos buscan los ojos del retrato colgado en la pared. Una conmoción honda lo invade. Como eso que sacude cuando uno hunde la cara en un seno querido y llora allí. Pero los ojos de Juan Carlos están secos. Se yergue, estira el cuello.

—¡Qué vida ésta, mamá!

Es la imagen de una mujer joven. Le cae sobre los hombros el cabello negro, profundamente negro, como los ojos. De un negro casi sin luz, sin brillo. Por eso más dulce y profundo. Parece fluir de una remotísima tristeza. O alejarse así, de frente, hacia una remotísima tristeza.

Juan Carlos se ha incorporado. Con los ojos fijos en los ojos de dulce y honda obscuridad.

—¡Ay, mamá!,—exclama gemebundo—. Yo no estoy enojado contigo, pero. . . Pero ¿en dónde me encuentro? ¿Qué es esto, mamá?

El rencor ha ido impregnando su acento a pesar suyo. El rencor que, al faltarle el sostén de las palabras, se le salta a la cara.

Y en eso la luz se apaga de golpe.

Y en las tinieblas, encima de su cabeza, resuenan

dos tremendas campanadas que se prolongan como en un zumbido.

Esto abre el cauce cerrado. Primero es un mudo rodar de lágrimas.

A tientas, detrás de las manos, se encamina hacia su cuarto.

Sin encender la veladora de la mesa de luz, se arroja sobre el lecho. Y hunde el rostro en la almohada.

—¡Cómo, cómo es posible que te eche nada en cara!



Lo que está frente a ella es un perro negro, de agudos dientes. Al rozarlos con la mano le producen una sensación vagamente dolorosa... Pero no. Es un piano, es un piano abierto lo que tiene delante. Ella se sienta y queda absorta. Una ramita cae sobre el piano, produciendo leve chasquido. La rama de un árbol. Porque el piano está al lado de un monte, bajo el álamo altísimo. Junto a un río. El largo puente de enormes pilares queda a sus espaldas. Próximo hay un rancho. Al frente una enramada. Debajo, algunas mesas solitarias, con muchos, muchísimos vasos rojeando vino, amarilleando caña. De pronto arranca una melodía. Más que melodía son acordes vagamente dolorosos. Como el clamor de muchas bocas amordazadas... ¿Pero puede caer una ramita? ¿De dónde? No, no hay árboles, no hay álamo, no hay puente... Y... no hay... No, no hay piano. Se echa hacia adelante toda ojos, y es una pared negra. Fría y tan alta que llega al cielo. Juan Carlos está allí, atado a la pared con gruesas cadenas, blanco como el papel. Tiene la vista fija en ella aunque parece no

verla. El corazón de la joven palpita. Corre... va a correr hacia él; mas el pie derecho, ¡ah!, ahora el izquierdo!... ¡Y los brazos que han querido tenderse!... Hace un esfuerzo supremo. ¡No! Nada responde a su voluntad. Está como pegada, como atada. El pie izquierdo...

—¡Olga! ¡Olga!

Abre los ojos.

La luz viva los hiera. Aun así, mira. Es Juan Carlos, de pie, a su lado.

—¿Por qué me miras con esos ojos? ¿Te asustaste?

—¡Ay, mamá!

Es su madre, de pie, a su lado.



Ancha de ropas almidonadas, pelo de ceniza y piel de carbón, pisadas de loro entrando y saliendo bajo la arrastrante pollera...

—¡Niño, el mate!

Juan Carlos despierta. Agarra primero el vaso de agua tibia que ella le tiende y se enjuaga la boca. Después sorbe con avidez por la bombilla.

La negra se sienta en la cama. Desde que Juan Carlos era niño, todas las mañanas la vieja Basilia entraba al dormitorio con el mate. Antes, a las nueve. Después, a las diez. Después, a las doce. Llegó una época en que, a veces, la cama del joven amanecía sólo destendida en la cabecera, como ella la dejó por la noche. Y él no estaba en la alcoba. Y los hechos fueronla acostumbrando a entreabrir todas las mañanas la habitación, a mirar previamente y a aprontar o no el mate, según.

—Traiga la caldera, señora Basilia.

—¡No, que se enfría!

La vieja sale aflojando el cuerpo. Estos pies que se van retorciendo para adentro, duelen.

Juan Carlos enciende un cigarrillo. Se siente descontento. Relampagueante, una idea ha cruzado por su espíritu al abrir los ojos. Nacida del deseo de buscar a Bonifacio y al indio de la pelea de hace dos noches en lo del Perro y provocarlos. Eso le advierte que va a estar de mal humor. Y se apena.

Vuelve Basilia con el mate. Como los pies se le han ido cruzando tanto, tiene que levantarlos más de lo común a cada paso, para no trabarlos. Da la sensación de caminar en el barro. Llega enojada. En la cocina le gastan el agua.

—¡El capitán, que parece que no hay más caldera! ¡Y se ha venido con otro! ¡Como si no hubiera bastante con ellos! ¡Abusan, niño!

—¿Hay otro?

—Él siempre tray alguno. Yo creo que ese, anoche, durmió aquí.

—¡Lindo el mate! ¿Quién es?

—Uno tembleque. Pa tomar el mate tiene que fundar primero la mano en las rodillas. Y recién de allí lu'agarra.

Hace un gesto de desdén.

—Uff!,—repone—. ¡Esos están todos averiaos! Y pa mí que si no está mamao!. . . . Lo que es el capitán, anda duro desde temprano.

—¡Ya sé quién es! Es amigo mío.—Le alarga el mate—. No hay que decirle nada.

—¡Yo nunca les digo nada!

—Ya sé. Digo, no más.

En una silla está colgada su ropa. Busca el reloj. Van a ser las doce. No tiene ganas de comer. Tiene

sed. Desearía tomar mates bien seguidos. Pero lo disgusta contrariar a la negra. Cuando ella vuelve, trata de conseguir que traiga la caldera. Ella interpreta mal.

—¡No! ¡Si ya les dije! ¡Que agarren otra, si quieren!

Y se sienta en el lecho, campante.

Saca de un gran bolsico chala y tabaco. Arma. Luego, un yesquero de pedernal. Lo hace chisporrotear y, aplicando el cigarro, chupa gravemente, preocupada. ¡Se preocupa uno tan bien fumando! Juan Carlos está triste. Ella piensa que andan mujeres en el asunto. ¿Qué será?

—Por mí que vayan comiendo, si quieren. Yo no tengo ganas todavía.

—¡No, si aquí no se puede comer hasta que a los señores se les ocurre! Ni Carlín ni don Mangunga han venido. ¡Abusan, niño!

—¡Pero vieja, si porque les demos de comer hemos de fijarle hora a su apetito!

La anciana se embarulla. Luego, sonriendo:

—¡Yo digo por decir, niño!,—replica. Y cambiando el tono,—¡pero que abusan!,— musita.

Se acomoda gravemente. Va a hablar. Mas el intenso deseo de conocer la causa de la tristeza del joven le atrae en ese instante la atención como al fondo de un pozo. Y de allí no puede salir.

Las palabras de Juan Carlos, al atenderle el mate, alargan un cabo:

—¡Son así! ¡No es por mal!

Pero ha olvidado lo que quería decir.

Él queda solo. Quiere pensar en algo sin saber a punto fijo qué es. Está vacío. Y entonces, desde los ojos, empiezan a surgirle el capitán, Carlín, Mangunga.

ga, el Tuerto, el guitarrero del huaino, Lala, Martín, la Nena . . . Olga.

Su espíritu ancla allí.

—¡Pobre Olga!

Basilisa regresa.

—Carlín me preguntó si estaba levantado.

—¿Vino? Después lo llama. No, no lo llame. Ahora me levanto.

La imagen de Olga ha tenido la virtud de barrer las otras imágenes. Para disiparse ella también, en seguida. Y dar paso a su amigo el nutriero, a quien hace tiempo no ve; a su hermano Yuca Tatú. Juan Carlos piensa que debe de estar, ahora, allá, en el Arazatí, entre los esteros, atendiendo sus trampas. A solas con la soledad. Un deseo le muere al nacer, ahogado. Sin embargo Juan Carlos ha podido retenerlo, aunque ya inactivo. Lo piensa, pues, como quien continuara la detenida historia de un difunto.

—¡Quién sabe no está ahí la solución!,—se dice.

Y se ve solo entre los esteros del campo de los suyos; de sus campos en cuyo contrato de arrendamiento hizo estipular una cláusula por la cual se permite vivir y cazar nutrias en todo tiempo a su amigo Yuca Tatú.

La negra va y viene en silencio y como sobre espinas. En una de las veces anuncia que ha llegado Mangunga y que están todos comiendo, ya.

—¿Y usted por qué no come? Tráigame la caldera, yo cebo.

—¡Pa lo que vi'a comer yo! ¡A ellos se les antoja pura carne y pura carne!

El brazo libre de Juan Carlos se alarga. Le palmea el hombro con mimo.

—¡Pero vieja! ¡Y antójesele a usted otra cosa! Usted manda aquí, usted es la única que manda.

A Basilia se le embrollan las ideas.

—¡No, si yo digo por decir, niño!—Y piensa con rabia—: ¿Quién será la perra que lo tiene triste?

Atraviesa el cuarto, hacia el patio, como a un bañado. Alzando las chatas patitas enfundadas en zapatones de paño.

Juan Carlos salta de la cama. Abre y cierra una puerta. Se oye el agua del baño de lluvia.

Mientras se viste, toma mate, aún.

—Don Mangunga está muy seguro d'ir al cielo. Pero pa mí qu'ese si asa, nomás. Está contando que Dios le dijo a Eva cuando se l'escondía: "Eva, Eva, se ve que tenés colita e'paja!" ¡Eso no puede ser, niño! ¿Cómo Dios v'hablar ansina?

Juan Carlos sonríe sin saber qué decir.

—¿Dios v'hablar ansina?,—insiste ella,—con lo 'e colita e'paja? Que los otros borrachines digan eso... ¡Pero don Mangunga!

La negra se atribula. Ella sabe bien que Juan Carlos a veces viene borracho. Y el dolor de herirlo hace que su ya poco flexible espíritu halle al punto una salida a la embarazosa situación.

—Eso sí, tomar no toma... ¡Es como mujer! Pa mí qu'el viejo es medio maricote. Y... ¡y se roba las servilletas pa pañuelos! Ya le dije a Amalia: en la mesa no hay que perderle pisada.

—Es que no tendrá pañuelos... ¿No hay cuellos limpios?

—¡Pero, niño! ¡Porque no tenga...!

Saca un cuello del ropero.

—¡Pero, niño!,—sigue protestando—. Si todo el mundo juera suyo, usted lo perdía.—Y agrega, entre encías:—Lo perdía más de lo qu'está.

Juan Carlos está alegre, ahora. Ríe con el cuello

en la mano. Ha pasado otra vez el brazo por los hombros de la anciana.

—Vieja, ¿qué harías vos si fueras dueña del mundo?

La ve embrollarse. Ha tomado en serio la pregunta. Juan Carlos se cree entonces en la obligación de insistir. Aunque con el pensamiento en otra cosa, atendiendo al optimismo que sube sin imágenes en su conciencia, repite:

—¡Eh? ¿Qué haría?

—Y... lo primero... resucitar a m'hija...

—¡Que saquen la comida!

Le entrega el mate. Y frente al espejo, se anuda demasiado fuertemente la corbata.

Come despacio, sin ganas. Bajo los ojos de Basilia fumante, acodada en el extremo de la mesa y haciéndola así más larga. Le embarga el ánimo sensación de amargura. Como si estuviera a punto de recordar algo que le allegara ya, anticipadamente, su impregnación penosa.

Un jorobado, Carlín, aparece en la puerta del comedor. Tendrá veinte años. Es de facciones regulares, casi bellas. Un astillazo allá en el rancho en que recogieron al niño gaucho la piedad de Juan Gamarra y las a medias insatisfechas ganas crueles de su mujer, fué lo que lo dejó así. Doblado. Haciéndole borrar la nuez del pescuezo al mirar la cara a la gente de pie. Los brazos no son largos, lo parecen. Si él pudiera erguirse sería armonioso y bello. ¡Y todo por un marlo! Por aquel marlo ardiente que, al conjuro de rápido girar, desataba círculos misteriosos, surgiendo quién sabe de dónde, ante los cuales se fué olvidando del mundo hasta que sintió en la espalda el dolor atroz del golpe. Los ojos castaños tienen una

expresión dulce y afectuosa. Pero si se repara en ellos a la vez que en la boca, entonces se comprende que Carlín pide a todos perdón por su presencia.

Juan Carlos le ordena que lleve a herrar el caballo, por si sale en la tardecita. Ha olvidado la promesa de asistir a la fiesta de Olga. Ya va a agregar algo cuando se contiene mirando a Basilia. Pone el cubierto sobre el plato. La negra se incorpora, lo retira y sale.

—¿No has ido a lo de la Nena, no?

—Como usted dijo que...

—Sí, tenía miedo de que fueras a ir. Cuando yo estoy enojado no hay que ir. Si no dirán que vas mandado por mí.

—Donde estuve jué en lo de la Coca. ¡Lo quiere al joven Martín! ¡Es un rancho!... ¡Pobrazo! Y el compositor de gallos está preso.

—Sí, ya sé. No le vayas a llevar ninguna carta a Martín. Que se arreglen ellos.

—Me quiso dar una, ella.

—¿Y vos?

—Nada. ¡Con lo de la otra vez! Y desconfió en el aire qu'era usted. Me dijo: "Juan Carlos es el que no te deja. Los amigos no quieren arreglarnos. Es que lo quieren más que a mí". Y yo le dije: "Pero, Coca, y si usted lo quiere, ¿pa qué li hace esas cosas?". Y ella me dijo: "Porque lo quiero". Y no habló más. Pero estaba cada vez más triste, la Coca. D'eso estoy seguro. Se le veía a la legua.

—Bueno, allí tampoco hay que ir por ahora, ¿ois? Basilia entra con una dulcera.

—Puede que esté caliente... Lo quería empezar temprano, ¡pero aquí manda todo el mundo!

Saca del trinchante un plato pequeño. Sirve.

—¡Esto es dulce! ¡Esto sí que es dulce!,—aprueba Juan Carlos sonriéndole y cada vez más preocupado, mientras aquello como recuerdo doloroso que no llegaba aún a su conciencia, se la sigue impregnando de amargura.

Carlín lo contempla en la actitud de un perro fiel.

—La quiere a la Nena,—piensa el jorobadito—. ¡Y es que es linda, es que es buena!

Entonces siente el corazón. Lo siente al punto de poder contar sus palpitaciones. La imagen de la Nena alzó otra imagen, pronta siempre a boyar y que ahora le estremece su pecho combo. Ha surgido Margarita, la del Bajo, ante sus ojos. Con sus cabellos rubios, sus ojos verdes. Y es en él, ahora, esa dulce tristeza del amor flotante sobre impresiones dolorosas, hirientes, agrias. Cual si junto a una bordona trémula chasqueara la prima de alambre, mal pisada. . . . Cuando, ya mozalbete, con la moneda bien caliente en la mano, se resolvió a entrar. Estaban todas sentadas en el patio del prostíbulo, con varios hombres, aquella tarde. En un sillón había uno ventrudo que se daba aire con el pañuelo. Al jorobadito le gustó Margarita porque era hermosa y buena. Y por eso eligió a otra. A la más fea, casi vieja. Porque no era linda, porque no parecía tan buena a juzgar por las estridencias de su boca desdentada. La llamó aparte con un ademán. Cuando estuvo a su lado, rojo, hizo-le seña de ir al cuarto. . . . ¡Y adivinó su risa! Se la vió venir. Y apenas si comprendió las chuzonerías de las otras y de los hombres. Todo, todo estaba ya encerrado en aquella carcajada que cortaba en serrucho. Se halló como clavado entre el griterío. Entonces, prorrumpiendo en llanto, se curvó más para ocultar el rostro como grana. Hasta que alguien se incorpo-

ró iracunda. Y una blanca mano de seda, sacudida de sollozos, también, le acarició la frente después del tirón por el brazo y el chirriar de los pasadores de la puerta. ¡Qué silencio entonces en el patio! Y allí, dentro, en el cuarto, ¡qué blanca mano de seda, la mano de Margarita, sobre su cara fría! ¡Qué palabras tan tiernas! Él se sentía como un niño. Ella enjugaba las lágrimas del jorobadito y las suyas. Le posaba los labios sobre los cabellos en desorden. ¡Qué acentos tan dulces! ¡Más reminiscentes todavía que los de las banditas de los circos! Se le acostó encima. Y más que delirio sexual fué beatitud del alma entre el delirio del cuerpo, el suyo. Pero después... Ah, él estaba cegado en aquel cuarto, como si gasas blancas le velaran los ojos; pero después, después, a la salida, al rato, pasado el deslumbramiento, él recordó, de cuando estaba arriba, la boca de Margarita, esquiva, pegada a la almohada. Y entonces comprendió todo. La amó de golpe y para siempre. Y no se hizo ver por ella nunca más.

—¿En qué pensás, Carlín?

—¿Eh?, ¡yo no!

—¡Tenés una cara!

Juan Carlos se incorpora. Saca cigarrillos. Le ofrece uno. Se pone él otro en los labios y, encendiendo los dos, abandona el comedor.

Una voz llega de la cocina, donde comen los protegidos de la casa:

—Está escrito: *morará el lobo con el cordero, y el tigre con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará.*

Llega también una tos grave, acatarrada. Y ruido de loza.

Cuando pisa la calle topa a su amigo Manuel Benítez. Al estrecharle la mano advierte el anillo de oro en la mano de Manuel. Entonces recuerda a Olga. Y, sobre su billetera, escribe una esquila para un joyero, entregándola al jorobado, que acude a su grito.

—¿Adónde vas, Manuel?

—Di aquí agarro pa lo Mansilla.

La límpida luz del día denuncia hasta el detalle las miserias de su interlocutor. Es un indio con cuatro pelos duros, caídos, de bigote. Y un mirar dulcísimo, en ojos eternamente inyectados en sangre. Le cuelga todo: el gran saco, los grandes pantalones desflecados abajo.

Se ha aproximado, también, un cuzco feo. Es el perro Tupambay o Coco. Con su cabeza erguida, contempla al joven, meneante el rabo.

—¡Adiós, Tupambay!

—Está gordito, ¿eh?

—¿Dónde te metés de noche, Manuel?

—Y... por el nenito. Uno llega tarde, hace ruido... El gurí se despierta y llora... Hay que ir a verlo. Siempre dice Ustaquia que vaya.

—Sí, tengo que ir.

—De noche, si quiere, lo mismo. Nos pasamos las horas conversando con Ustaquia después que viene de hacer los mandaos en la "pensión". Compré un mate de café. Cinco riales... Es un ángel de loza. Y el mate arriba'e los aloncitos.

—Tengo que verlo, también.

—La vieja ceba mate. Y el botija no se despierta. A la madrugada ella se levanta, le da leche de yegua calientita en la mamadera... ¡Venga p'aquí, Tupambay!

Manuel llama indistintamente Coco o Tupambay a su perro. Por regla general cuando está irritado, cuando furioso,—como sucede frecuentemente por causas nimias,—profiere palabras atroces,—apenas simbolizadoras de sus atroces pensamientos,—le grita Tupambay. Pero cuando lo llama desde los tristes ensimismamientos que también con frecuencia le acontecen, entonces lo denomina Coco. A veces, hasta Coquito. Juan Carlos, una noche, entre cañas y guitarras, con mucha cautela, pudo adivinar el por qué. Manuel tuvo una vez un perro. Se llamaba Coco, ¡oh!, sólo Coco, ése. Era en un pueblo lejano, allá por la frontera del Brasil. Una noche se le murió sangrando por la boca, entre dolores tremendos. Se murió mirando a su amo que no podía decir nada. No ya el perro, nadie podría comprender las ganas aquellas que levantaban el alma de Manuel Benítez a cada convulsión de su compañero: derrumbar a manotazos las casas del pueblo; ahorcar niños; ir rasgando despacio, con un trozo de botella, el vientre de una embarazada. . . Se murió mirándolo, sangrando por la boca, porque había comido, quién sabe en dónde, bolos de carne con vidrios dentro. Tardó seis meses en saber quién fué el bárbaro, pero lo supo al fin. Como sus propias investigaciones no tuvieron éxito, Manuel Benítez caminó tres leguas una mañana en que el sol abría la cabeza y achicharraba los pastos. Y llegó a un rancho parado todavía sobre la cuchilla, gracias, sin duda, a uno de los sortilegios de la habitante. Era una hechicera, Isabela de nombre, que lucía entre arrugas y mugre dos ojos azulados y estupendos. . . ¡Pero precisaba haber llevado un hueso del perro! Mientras descansaba bebieron caña, conversaron. Regresó por la tarde a su ca-

sa. Al día siguiente desenterró la gusanera. Arrancó un huesito, se lavó bien las manos y salió con los pies como bofe. El sol, allá arriba, empezó a retostarlo.

La vieja lo aguardaba decidida a jugarse entera, porque había cobrado simpatía al recurrente. Humaredas de olor áspero se elevaban en un brasero. Llenaban la única pieza del rancho. Ardían en las narices. Pegábanse a las ropas. Con el hueso en la mano, el brazo de la vieja se elevaba haciendo círculos.

—¡Oíme!... ¡Oíme!...

Arrojaba más en el brasero puñados de hojas extremadamente delgadas y secas.

—¡Estás ahí, Mandinga! ¡Que se le revienten las tripas, ¿oís? ¡Que sangre por la boca! ¡Que se mueran más del dolor que de la sangre! ¡Oí, Mandinga, del dolor, no de la sangre!

A Manuel Benítez le temblaba la mandíbula.

—¡Tanto, tanto, no, Jesús!—fué a gritar, demudado.

Pero algo dentro de sí lo miró con asco.

—¡Sos flojo, Manuel!—parecía decirle.

Y nadie de los del barrio sentía nada. A nadie se le enrojecía de sangre la boca, a no ser a la pobre Asunción, la mujer del milico, incapaz de nada malo, y cuyo cajón llevó él con otros cinco. Era tísica. La sangre venía del pulmón... Seis meses así, pendiente de los de la barriada. ¡Ah!, hasta aquel lunes de tardecita en que, de paso para su casa, bajo la llovizna, sintió los gritos en el boliche del Entrerriano. Y pasó a la trastienda, y siguió hacia el cuarto. Había unos hombres. Pero Manuel nunca supo quiénes. El Entrerriano se revolvía en la cama y echaba sangre por la boca.

—Era una úlcera. Al hospital... Ha perforado el estómago,—dijo el hombrecillo que llegó en el auto, mientras esperaba que volvieran de la farmacia.

Manuel salió abrumado. ¡Si él hubiera podido saberlo de otra manera! Porque lo que él necesitaba tan sólo era odiarlo...

Recién a los dos años recogió un perro. Iba en un carro de basura. Lo echarían con ella, de relleno, en viejas canteras. Lo salvó y le puso Tupambay en recuerdo de la batalla. Pero, al poco tiempo, cuando se le hizo familiar, cuando le agarró cariño, sucedió que trabucaba el nombre. Luchó con eso. Después, se entregó. Dos perros compartieron ya definitivamente el cuerpo del magro Tupambay. Que ahora, en esta tarde plácida, va tras su dueño y Juan Carlos.

—Sí, mañana. Con seguridad mañana de noche. ¿No te parece bien?

—¡Ah! ¡Qué alegrón a Ustaquia!

Un hombre viene en dirección contraria. Viste de gris, el sombrero como semilla de dátil con alas. Tiene por toda la cara esa sonrisa que asoma en las casas del pueblo desde las oleografías de santos. Se detiene a estrechar la mano a Juan Carlos y su sonrisa se le disipa en humildad gemebunda.

—¿Qué me dice, amigo mío? ¿Qué me dice, mi distinguidísimo conterráneo? ¿Ha visto los diarios de hoy?

—No, ¿por?

Están en el medio de la acera. Detrás de Juan Carlos, Manuel. Detrás aún, con la cabeza alzada y el rabo vibrante, Tupambay o Coco.

—¿No vió? ¡Quieren promulgar una ley para rebajar los arrendamientos!

Ha inclinado la cabeza sobre el pecho. Y lo mira por entre las cejas.

—¡Ah! Eso sí sabía...

—¡Su campo, mi campo, todos los campos!

Se yergue. Ha retirado la humildad de sus facciones y la sustituye por una expresión iracunda.

—¡Ese es Lenin, que muerto y todo llega hasta aquí! ¡Ese es Trotzky, ese es Stalin, el bandido!...

¡Pobre Artigas! ¡Qué diría él o alguno de los Treinta y Tres Orientales si contemplara esto!... ¡Ay, vamos andando! Yo no tengo qué hacer. ¿A dónde va el querido amigo?

—Al Club.

—¡Ay, yo no puedo entrar, no soy socio! Pero vamos a un café, mejor. Yo invito, se entiende.

—No, me esperan allí.—Y agrega para obligarlo a olvidar el ofrecimiento:—Sí, habrá que rebajar los arrendamientos.

Román Calero cae en el tema como a un pozo.

—¡Pobre patria!,—dice dando por cada paso de Juan Carlos dos o tres de los suyos—. ¡Ya no hay patriotismo! ¡Ah, perros rusos!—Y cambiando el tono, como si de Juan Carlos dependiera la solución, añade convincente y meloso: —Pero es que en Rusia puede estar bien lo que aquí no puede de ninguna manera estar bien. ¡Allí hay mucho campo, mi amiguito!...

Le da el brazo. Se lo pega al cuerpo. Y sube y baja el otro con la palma hacia arriba.

—¡Pero aquí! ¡Pero en este país pequeñito! ¡Aquí no hay campos, esa es la verdad, talentoso amigo; aquí no hay campos!

Se ahoga. Carraspea. Mientras sobre el desaliento de Juan Carlos se tiende una napa retozona.

—Además, allí todo es distinto. Allí hasta se pegaba. Y aquí...

Se detiene y retira el brazo. Se golpea el pecho a dos puños.

—A ver, ¿quién puede decir sobre la faz de la tierra que Román Calero ha pegado a un arrendatario? ¿Quién es capaz de sostenerlo sin calumniarlo indecorosa e inconcebiblemente? ¿Eh?... ¡Nadie! ¡Mis manos están blancas como la nieve!

La sonrisa no ha retornado. Pero sí el aire inocente. Vuelve a coger al joven por el brazo.

—Yo pensaba, ahora, comprar otro campito. Ocho-cientas hectáreas... campo flor. Hoy o mañana me casaría con una joven... con una joven bien joven, ¿entiende usted?, bien joven. Yo estoy enfermo, mi amable amigo. Friso ya en los sesenta años. Pronto moriré.

Dicho esto se sonríe con modestia. Luego continúa:

—Entonces, una viuda joven y rica, ¡cuántas cosas podría hacer! Casarse con un joven honesto... viajar... tener uno o dos hijos! Usted, usted mismo podría casarse con mi esposa... con mi ex esposa. Dos fortunas unidas. Dos grandes corazones unidos. Yo veía todo eso. Y ahí tiene... El parlamento nacional... Muchos hombres sentados, fumando, sin saber qué hacer... Hay allí, al fondo, un hombre de corazón podrido, raquítico. Odia. Nos odia a nosotros. A sus hermanos. A los Abeles este Caín. Y habla. Y ya está la ley. Ya ve con qué sencillez. ¡Y para esto tanto luchar, tanta sangre derramada! Contra la madre patria, contra el Imperio del Brasil... ¡Su Majestad Alfonso XIII hubiera evitado esto!

Están frente al Club.

—¡Bueno, adiós!

Juan Carlos mira hacia atrás pero la calle está solitaria. Ni Manuel ni su perro.

Subiendo la escalinata oye la voz del que lo acompañara :

—¿Usted no tiene amigos diputados o senadores?

—¿Para qué?,—responde, tornándose sorprendido, sin descender de escalón.

—¡Para escribirles! ¡Aun sería tiempo de dar marcha atrás, Juan Carlos! ¡Es una obra patriótica, Juan Carlos!

Lo está mirando con los brazos tendidos hacia él.

—No, no tengo. ¡Adiós!

Sube casi corriendo. Saluda amablemente al galonado portero. Riendo atraviesa el hall. Pero, al entrar al salón del bar, una brusca desolación le cae encima. Escoge una mesa solitaria.

—¡Yo soy rico!,—se dice, sentándose.

Lo tiñe el rubor como si lo estuvieran observando en algo impúdico. Y musita con la cabeza clavada en el pecho:

—¡Qué vergüenza que el Estado tenga que intervenir!

El mozo pone sobre la mesa la taza de café, el platillo con azúcar.

—¡Qué sinvergüenzas somos! ¡Yo soy un Román Calero!

Lo llaman desde una mesa donde hay tres señores. Dos son ventrudos, jóvenes, de caras rojas. El **tercero** tiene una barbilla en punta.

Se acerca entregándose, como sometiéndose a un castigo, a una humillación merecidos.

El mozo lleva allí la taza de café, el platillo, el vaso de agua.

—¿Qué me dice de lo de los diarios?,—pregunta anonadándose uno de los gordos.

—De lo de las rebajas en los arrendamientos,— aclara el otro.

Son hermanos. Tendrán cuarenta años.

—¡Qué voy a decir yo!

Ha hablado con desaliento, cual si sintiera que un enorme fardo le doblara las rodillas.

Los gordos se apenan de él, al advertirlo. Se desorientan. Tratan de convencerse en lo íntimo de que al fin y al cabo no es para tanto.

—¿O será para tanto?—se pregunta uno de ellos.

—¿Podrá venir después otra cosa todavía?—recela su hermano.

Y tácitamente resuelven probar a conformarlo por solidaridad de clase. Aunque, por las recientes dudas, se conforman a sí mismos, también. Mientras, el viejo de las barbas de chivato, con leve sonrisa, los observa en silencio.

—Bueno,—dice uno de ellos—, es claro que es posible. . . Sí, lo esencial, ahora, es conocer en todos los detalles el proyecto de ley.

—¡Ja, ja! Conocerlo bien. . .

Del otro lado el segundo gordo le pincha el pecho con el índice, adivinando a su hermano.

—¡Ja, ja! Y una vez bien conocido. . . ¡se le busca la trampa!

El muchacho no reacciona con estas palabras.

Los gordos se inquietan, se entristecen más. ¿Se habrá algo, todavía peor, que ellos ignoran?

—¡No tiene azúcar!,—advierde el de la barba al ver que Juan Carlos va a llevarse a los labios el pocillo de café.

Pone, entonces, tres terrones. Revuelve. Bebe.

Ruedan hacia los campos dos campanadas.

Aun así, uno de los gordos mira su reloj de oro

—¡Al diablo! ¡ A trabajar!—exclama después.

Sólo Juan Carlos ha permanecido sentado. Antes de salir, el vejete sostiene, apoyando ambas manos en la mesa:

—Los títulos de deuda. He ahí el lugar seguro.

Marcha entre los hermanos que le discuten encendidos.

—¡Ah, sí!,—dicen atropellándose—. ¿Y el progreso? ¿Y el dar trabajo a la gente? ¿Si no damos trabajo quién va a dar? ¿Y si no hay trabajo cómo se vive?

Juan Carlos queda allí, solo, agobiado sobre su silla. Cuando al cabo de un rato largo siente argentino rasco de espuelas, alza la cabeza. Pero vuelve a inclinarla para que no se acerque el jefe de policía. Por suerte se ha sentado en el extremo del salón, en las mesas de dominó. Con los únicos que permanecen aún. Pues los demás se han ido al sonar las dos. A sus empleos, a sus oficinas, a sus escritorios: a sus mostradores.

Y él no quería estar solo, sin embargo.

Se incorpora. Sale. Tan abstraído que no ve al galonado portero saludarlo descubriéndose. Baja la escalinata. Se respira en la calle un airecillo fresco y puro. Va de espaldas al campo, hacia la plaza.

—¿Adónde iré?

Pasa una joven a su lado. Casi corriendo. Lleva envuelta en trozos de diario una botella de leche. Se advierte porque el papel está roto. ¡Cómo corre ahora la muchacha! Es rubia. Va ceñida por un traje claro. Se la traga la boca de un comercio. Hay en la puerta, pendiendo sobre la vereda, una bota alta, de montar. Pero no se mece al airecillo fresco de la calle, como un ahorcado. No se mece porque está fija, porque es de hierro.

Al pasar mira hacia adentro. Frente a una dama observante por encima de sus lentes de carey, la muchacha, enrojecida y sudorosa, destapa cajas. Una se vuelca. Caen un zapato blanco, pequeñito. De niño Juan Carlos, que ha hecho instintivo ademán de ir a recogerlo, enciende un cigarrillo. Aspira una bocanada.

La plaza está solitaria bajo la luz dorada, bajo los plátanos dorados. A su frente, la iglesia. Altísima, blanca. Con el gran reloj de tremenda campana. Se ven otras campanas por los ventanillos encimados. Hay campanitas chicas, también, en las dos torres. Para las misas y los funerales. En ese lado de la plaza se tiende una fila de autos. Son de alquiler. Algunos choferes duermen la siesta dentro. Insensibles a las campanas. Como si, por estar al pie de las torres, el sonido les pasara por lo alto.

Juan Carlos atraviesa la plaza. Pasa junto al monumento que tiene en el medio. Sobre una base sonríen cuatro leones de mármol, abúlicos, medio echados. De entre ellos sale una pirámide de granito rosa. Y allá arriba, sentados, de pierna cruzada, otra vez de mármol, cuatro ángeles rollizos. ¡Trasciende tal seguridad el monumento! Parece como que cada figura está confiada en las siete restantes.

Juan Carlos se hunde por una calle angosta que separa la Iglesia de la Jefatura. Vuelan palomas de nido en las torres. Blancas, resplandecientes en el sereno azul. No muy lejos se divisa el verdor de los campos apardado por la distancia. En este pueblo, casi en donde se pare,—o moviéndose de allí una cuadras—, uno ve, de día, el campo; de noche, la obscuridad. Y estas dos inmensidades agobian, achican. Y, al mismo tiempo, extrañamente, esperan.

Vienen hacia él dos cincuentonas largas. De rostro enjuto. Llevan rosarios en la mano.

Voltea una campana. Talán... Muy melodiosa. Tornan muchas palomas del límpido azul.

—¡Adónde iré?

Recuerda a Manuel Benítez, a su mujer, la mandadera de prostíbulos, Eustaquia. A su perro Tupambay o Coco. Dobla a la izquierda. Y sigue una calle que se despuebla a lo lejos, cada vez más verde.

Cuando termina el empedrado busca el medio de la calzada, que está más transitable. El paisaje se acorta de abajo, a sus costados, al hundirse en una prolongada zanja. Y luego va emergiendo otra vez. En la puerta de un rancho internado en un campito lo saluda una clara voz.

—¡Adiós, don Juan Carlos!

La mujer es joven. Tiene el vientre abultado. Parecen salir de abajo de su falda tres chiquillos harapientos, descalzos. Y un cuzco overo.

Lo contemplan trepados al alambrado, los niños; el perro saltando en el suelo.

Ya ha cruzado el "Abrojal", que cae también en la maldita jurisdicción del Bajo. Ahora ve el rancho de Manuel. Es de ladrillos hinchados de musgo, con techo de zinc. Bajo un ombú hay una batea de lavar ropa. Y al pie agua lechosa, estancada. Detrás del rancho se tiende una escolta de yuyos, de tártagos retorcidos. Y entre ellos pace una yegua tordilla.

—¡Pobres! ¡Pobrecitos!

Recuerda cuando los vió una noche entrar a La Cachimba, del brazo. Él, muy orondo; ella, con el temor dichoso de una novia, ¡recién entonces!

Para un cataclismo sentimental, Eustaquia, así, tan fea, fué un remanso, fué sombra, fué todo lo acogedor: lo que hace falta.

Ocurrió durante una campaña electoral. Uno de los candidatos era el hombre adorado por Manuel. La lucha lo tenía altivo y fiero. Sólo hablaba de cosas importantes. El perro, durante estos días, era invariablemente llamado Tupambay. Una noche, en un comité, anunció a los organizadores,—oliendo a alcohol de primus—, que iba a hacer uso de la palabra. Tomáronlo a chacota y rieron a carcajadas. Manuel vestía con paquetura. El primitivo poseedor de su traje debió de ser apenas un poco más alto. Llevaba cuello de celuloide pero sin la superfluidad de la corbata. Alguien, desde un balconcito, dirigíase a la concurrencia agolpada en la calle. Aplaudían. Delante, veíase agitar las manazas del negro Saura que siempre aplaude por encima de su cabeza. Indudablemente, de ser cierto lo que decía el orador, todos debían votar a aquel candidato. Hasta los cinco Faleró, indecisos, desconfiados al principio de la campaña, aplaudían más frenéticamente que los otros. Y se sacaban los sombreros, jubilosos. Cuando terminó el orador, la bandita tocó una marcha. Casi fúnebre porque, para que no se perdiera el del trombón, que estaba borracho, el director marcaba un compás muy lento. Y, de pronto, Manuel apareció en el balcón dejando a todos fríos, extraviando definitivamente al del trombón que produjo en su instrumento un sonido paralizante. Manuel sonrió con dulzura a la lejanía como a un amable ser invisible para los demás y dijo, persuasivo:

—¡Señores! ¡Concurrencia! ¡La vida es mala pero el hombre es bueno! Voy a...

Dos brazos lo agarraron de los hombros y lo sacaron del balcón. Y mientras los siguientes oradores disipaban las últimas dudas, Manuel, en un boliche

próximo, ahogaba en caña la sensación de su fracaso.

Más borracho que siempre al acostarse en su tugurio, se olvidó de apagar la vela. Algún movimiento la volcó sobre la cama. Cuando Manuel pudo saltar tenía un brazo y el costado del cuerpo achicharrados. Lo llevaron al hospital. Y, después de unos días de fiebre, de dolores atroces, Manuel supo por primera vez lo que era la felicidad.

Las monjitas del hospital se acercaban con recelo a aquel gran pecador de cara fiera. Pero disiparon sus inquietudes el dulce acento de Manuel, su docilidad, sus palabras agradecidas y corteses. Hasta la Hermana Superiora bajó cierta mañana a conocer a aquel endemoniado de las largas mentas que, sin embargo, tan bueno parecía a las monjitas. Manuel hasta la llamó Madre. Convencida de que no le habían exagerado en lo más mínimo, envióle después, con una de ellas, escapularios, medallas, estampas. Habiendo agregado nuevos elogios de un carácter que causó misteriosa sensación:

—Se ve que ha tenido ojos muy lindos.

Cuando Manuel pudo comer, su asombro y su dicha no tuvieron límites. Delicadas manos femeninas hacían para él dulces, pasteles, deliciosas golosinas. Lo mimaban como a un niño. Y él, que nunca fué tratado así, se afinaba hasta el niño que tenía en su corazón desbordante de ternuras.

La contemplación de una de las imágenes le produjo desde el principio un bienestar infinito. Sentado en la cama, con un brazo ceñido por los vendajes, se pasaba largos ratos mirando el rostro de la Virgen de ojos soñadores. Y un día, cuando menos lo esperaba, recordó que él vió una mujer muy parecida,

que miraba así. . . Entonces él no era un ex hombre era un soldado de la octava división revolucionaria. . . Se echó a reír para no confesarse su turbación. ¿Fue después del combate de Cerros de la Aurora? Ella tenía un traje celestino.

Manuel era el tema de la conversación de las monjitas. Experimentaban un asombro placentero. Si hubieran sido inteligentes se pondrían tristísimas. Pero sus ideas se alargaban apenas fuera de ellas; no pasaban del recinto hospitalario, más allá de cuya verja la vida desnuda se ofrece con todos sus horrores, aunque también con todos sus encantos. Acostumbradas a presentir en cada hombre a un escapado del infierno que agarra a la primera mujer que pasa para arrastrarla con él hacia las llamas, ¿qué no habrían pensado, antes, de aquel grandísimo pecador. —¡más aún que los otros!—, llegado una madrugada envuelto en un tufo alcohólico y con un olor a carne chamuscada que asociaba fatalmente la idea de Satanás? Y, ahora, ¿quién de entre ellas podría experimentar zozobras ante aquella cara aindiada, de lacios pelos y bigote ralo?

—¿Y ése es de los de la peor clase?—se preguntaban.

¡Si las monjitas siguieran pensando. . . !

Pero no lo hacían. Y, por eso, estaban contentísimas. Y las risas resonaban con más frecuencia en el amplio salón de costura.

—Hubo grandes pecadores,—decía una noche la Hermana Superiora—, que se volvieron buenos hasta fueron canonizados.

(Las monjitas, por obra y gracia de Manuel, suponían ahora canonizables hasta a los enfermeros.)

—Recordad, hijas mías, a San Agustín y a tantos

otros... Es necesario, Hermana María del Rosario, que mañana, al llevarle el chocolate, le insinuéis la conveniencia de hacer la Comunión. Debéis obrar con cautela porque los hombres, hija mía, tienen instintos feroces y, posiblemente, este empedernido pecador se pondrá furioso y llegará a decirnos palabras desagradables. No olvidéis que tiene el brazo derecho libre y que puede arrojaros sus frascos de medicamentos.

La aludida sonrió...

Y esa noche alguna monjita soñó cosas raras. Satanás, entre las llamas, completamente solo. Y en el Cielo los hombres, todos los hombres, hasta esos de enhiestos bigotes y ojos apasionados, tendían blancas, angélicas alas.

Alegremente llegaban las campanitas de la capilla. Manuel, con gran solemnidad, entró en ella sostenido por la Hermana María del Rosario que se alejó veloz en cuanto él se acomodó de rodillas frente al confesor.

—Cuéntame tus pecados, hijo mío.

—Y... yo... ¿cómo quiere que me acuerde?

—Bueno... por ejemplo... dime, ¿alguna vez has robado?

—¡Héle, loco! ¡Abaje esa prima, compañero! ¿Usted con quien cré qu'está hablando?

Con grandes dificultades para ambos terminó la confesión. Y comulgó... ¡todo!

Más tarde las monjitas rodearon la cama. Dulces, una copita de oporto, más estampas, pañuelos... ¡la mar!

Poco después, al Director del Hospital le comenzó una preocupación creciente. Manuel podía ser ya dado de alta. Se paseaba tranquilamente por los corre-

dores y el jardín, fumando buen tabaco encargado por las monjas; hacía pequeñas diligencias a pedido de los otros enfermos; las quemaduras estaban ya casi cicatrizadas. Pero cuando el Director del Hospital se aproximaba, Manuel ponía tal cara de sobresalto. . . Además, la Hermana Superiora, sin pestañear, habíale manifestado que Manuel ¡solía tener fiebre de noche! Todas las mañanas el Director subía las escaleras, con una resolución irrevocable. Mas, del extremo de la sala, lo recibía una mirada de espanto: una monjita llegaba hasta él para detallarle nuevas dolencias de Manuel, y el doctor terminaba por morderse los bigotes, nerviosamente.

Hasta que llegó el día de la catástrofe.

Un chiquillo avisó en el hospital que el sobrino de Manuel había perdido su "angelito". Manuel, después de meditar seriamente, comprendió que tenía la obligación de asistir al entierro. Obtuvo permiso para salir hasta las cinco de la tarde. Era un día hermoso, limpio. Las monjitas le dieron todo el dinero que había juntado y un ramo de flores. El dinero se lo regalaría a su sobrino para ayudar a solventar los gastos de la fiesta del velorio. Las flores, claro, para el muertito. Pero hay seis o siete pulperías entre el hospital y el Barrio Industrial, pasando por el Bajo. A las ocho de la noche a Manuel le iba taba recorrer algunas cuadras todavía. Y cruzar iría te a dos boliches con tentaciones de sirenas. Comprendió contristado que no podría pasar. Y que, además, era inútil porque el entierro se debió realizar a las cuatro. . . Entonces siguió bebiendo descontroladamente.

Las monjas se hicieron un ovillo en sus camisas al furibundo griterío de Manuel. Y comprendieron

que el demonio les había arrebatado definitivamente su presa.

El Director, por la mañana dió, desde su despacho, el orden de expulsión.

Ni una monjita había en el largo trayecto hacia la puerta. La Hermana Superiora tomó también disposiciones terminantes, porque un poseído es un espectáculo terrorífico.

Pero la Hermana María del Rosario, tan bella con sus ojazos melancólicos, espío el pasaje tras el visillo de una ventana. Vacilante el andar, la cabeza hundida en el pecho, cruzó el pecador. La joven religiosa no sintió el terror anunciado por la Superiora. Lo que sintió fué algo tan infinitamente puro que se echó a llorar.

Nada pudo borrar en Manuel el recuerdo de aquellas amables horas, de aquellas sorprendentes horas en que la realidad se adelantaba al ensueño, o, cuando menos, resucitaban ansias muertas hacía muchísimo tiempo. Y experimentó la necesidad de una mujer en su vida; como antes, como cuando era un soldado de la octava división y lucía en su sombrero una divisa blanca. Para que lo quieran a uno con el alma es imprescindible que lo quieran también con la bestia que cada cual lleva encima. Él lo advirtió con claridad e iba a proceder en consecuencia. Pero, ¿a qué mujer se podría acercar con esas intenciones sin que le produjera risa o miedo? Mientras el perro, —ahora Coco—, lo contemplaba fijamente, Manuel medía las dificultades de la empresa. . . Y, de pronto, cuando menos lo esperaba, sintió que la felicidad estaba de nuevo a su alcance. La mujer era Eustaquia, la mandadera de un prostíbulo. Los escrúpulos que nacieron en el alma de Manuel habían sido ahogados por esta rotunda reflexión:

—Los cuerpos son distintos pero las almas son toditas iguales.

Una noche los parroquianos de La Cachimba se vieron sorprendidos por la presencia de una pareja que, del brazo, llegaba hasta una mesa y tomaba asiento, ceremoniosamente. Eran ellos. ¡Manuel Benítez con una mujer!... Verdad es que Eustaquia no lo parece. Porque con unos mechones de pelo grises, tres dientes, una boca agolpada sobre el lado izquierdo, ojos que se esfuerzan por vigilarse mutuamente, y dos bultos de pellejos recogidos sobre el pecho, una mujer no parece una mujer. Ella pidió leche y él caña al azorado mozo. Manuel advirtió que en aquellas circunstancias debía extremar su galantería. Y pidió masitas para ella. Pero allí jamás las hubo. Contrariado, hizo traer dos panes criollos. Eustaquia bebía a pequeños sorbos y con gran ruido. Mojando en leche su sonrisa nueva.

—¡Adelante, don Juan Carlos! ¡Pase! ¡Ta dormidito!

Entra a la habitación de piso de tierra bien barrido. En las paredes hay muchos amarillentos retratos de los caudillos del Partido Blanco. Unos uniformados. Otros con trajes gauchos. Con divisas todas.

La sonrisa endereza un poco la boca de Eustaquia. Le salen mechass entrecanas bajo una especie de color celeste.

—¡Mírelo qué lindo!

Juan Carlos se aproxima a la cuna. Levanta un trapo. Aparece la cara del niño, pálida.

—¡Oh! ¡Es muy lindo!

Eustaquia se siente madre. Radiante, créese ahora en la obligación de ser modesta.

—¡No, que v'a ser! ¡Lo qu'es muy bueno!

Le arrastra un sillón destartalado.

Él va apoyando el cuerpo, receloso, hasta sentarse.

—Tiene ropa que no sabemos donde ponela. Todas li han hecho cosas.

De una gran caja de cartón comienza a sacar pequeñas prendas, blancas o de vivos colores. Entre cliente y cliente trabajaron para el niño las mujeres de las mancebías. Tan costosas como algunas de esas prendas pocos niños han usado en la ciudad.

—¿Conoce esto?

Es un gorrito tejido de lana y seda lo que le muestra en la mano.

—Sí, de la Nena,—responde sacudida el alma por una ráfaga de tristeza.

—¿Y esto?

—Sí, de la Nena.

Después de una prolija exposición se sienta ella también, en un banco.

A la cabecera del camastro, en una oleografía, está San Bernardo rodeado de perros. Como Eustaquia sorprende al visitante contemplándolo, se levanta, lo descuelga y se lo da.

—Lo compró él. ¡Como a él le gustan tanto los perros! Y a mí también me gustan mucho los perros.

Ha vuelto a colgarlo.

—¿No ve?,—dice señalando con el índice hacia una repisa—. Este es el mate que compro en cinco reales. ¡Usté ve, es tirao!

—¡Oh, qué preciosura! ¡Cómo no!

Es un ángel de loza, arrodillado. Sosteniendo el recipiente entre sus alas doradas.

Oyense vagidos.

Eustaquia se incorpora de un salto. Juan Carlos también se incorpora.

—¡ Se despertó!

Con la boca otra vez derecha, Eustaquia se inclinó sobre la cuna.

—¡ M'hijito! ¡ M'hijito querido!

Y le posa entre los labios el chupete atado al babero por un cordón blanco.

—Sáquelo y démelo, que yo lo tengo.

Juan Carlos vuelve al sillón. Y recibe en sus brazos al pequeño.

Este niño nació hace dos meses en el hospital. Su madre es prostituta, del lenocinio donde Eustaquia oficia de mandadera. Cuando salió del hospital, el problema del niño, crecientemente perturbador desde hacía meses, se planteó en términos perentorios. Hasta que Flora, consultada, halló una satisfactoria solución. Eustaquia es idiota pero es buena. Manuel es borracho pero es bueno. Y hay un panadero que ofreció una yegua para proveer de leche. El niño pasó, pues, a manos de la pareja, que recibiría una pequeña mensualidad para los gastos. Mientras, claro está, que no se arreglara cierto asunto en Montevideo, donde dos ancianos estaban ya casi a punto de perdonar un antiguo dolor. El primer día a Manuel le hizo gracia aquel muñeco. Al segundo, lo preocupaba. Se pasó una hora mirándolo dormir, pensando nunca supo qué. Después lo quiso, y se dolió cuando, por la noche, al llegar borracho de las tabernas, dió portazos enojándose con Eustaquia que discutía lo pirincho, volteó bancos conmoviendo la cuna. El niño, tan bruscamente despertado, lloraba. Manuel Benítez comprendió que, al día siguiente, tendría que meditar problemas imposibles de resolver en aquel preciso momento. Por la mañana, salió con el perro Coco o Tupambay sin vocear sus décimas. Se hundió

en una taberna y no la abandonó hasta las doce. Muy borracho es verdad, pero con una solución hallada: para no despertar al niño era necesario no salir de noche. Esa misma tarde, turbado ante el misterio del cambio de vida que se iba a iniciar, adquirió el sorprendente mate de loza. Compró también café tostado, en grano. Y a las pocas cañas, no más, llegó a su casa. Después de cenar, en el sillón que Eustaquia había aportado a la unión como dote, tomaba mate de café, cómodo. Ella cebaba el mate. El niño dormía. . .

Juan Carlos posa los labios en la cabeza cubierta de pelusilla. De pronto siente necesidad de hablar, de hablar de cualquier cosa. Pero lo interrumpe Eustaquia que parece haber adivinado su súbita zozobra.

—Ella lo dió. Él es ahora de nosotros. Y doña Flora me dijo, también. Él es de nosotros.

—¡Ah, claro!

—Ella no está aquí. Se fué a trabajar a Canelones. Comu aquí todo el mundo sabe la cosa. . .

Juan Carlos está recordando lo que oyó en los prostíbulos. De una manera u otra el niño irá a Montevideo. A casa de sus abuelos maternos, los únicos conocidos, o, si no, al hospicio.

Bruscamente la imagen de Olga aparece en el espíritu del joven. Con tal verdad en seguida, que anda por el cuarto. Y él, entonces, estrecha al niño sobre su corazón.

Es feúcho, pero mira fijo, endurece el cuello ya.

—Es de nosotros. Nosotros lo vamo a criar bien. El viejo le v'a comprar una alcancía.

Juan Carlos siente frío en el corazón. No se anima a mirar a Eustaquia, que se incorpora, sopla cenizas en un brasero, echa carbón encima, volviendo

a soplar. Mas ahora, de pie, por medio de una larga caña hueca. El carbón chisporrotea. Eustaquia pone una caldera. Tira la yerba al mate.

Mientras eso hace, Juan Carlos sí la mira. Pero cuando vuelve a sentarse, inclina la cabeza, y besa leve, repetidamente la mejilla del niño que comienza a llorar.

—Dispués, con el tiempo, tenemos qui alquilar otra casa con dos piezas.

Eustaquia ha alzado al niño y se pasea meciéndolo

—Dice el viejo qui asín él viene a la hora que quiere y nosotros no sabemos nada.

Y añade, con la imaginación en un futuro lejano

—¡Pobrecito! ¡El viejo es rezongón, pero es güeno el viejo!



Mientras tanto, en la habitación de la Nena, por mejor iluminada, el hombrecillo ha terminado con ella y con Zulema, quien, a pesar de no ejercer, se someterse lo mismo a la inspección médica dos veces por semana.

El médico ha puesto el espéculo dentro de una palangana de agua hirviendo que hay sobre una silla. Y anota algo en un papel con muchos nombres.

Entra la delgada, la triste, la de la faz pálida y los ojos verdosos: Julia. Y cierra la puerta que comunica con el cuarto donde están las otras.

Viste el traje negro, a faldas largas, que la afin más y la embellece. Le tiende una libretita gris donde está en pequeño su retrato. Él la deja sobre la mesa. Retira el espéculo del agua hirviendo, lo sumerge en otra palangana de agua fría.

Es un trance apenante, éste. Hasta para las más veteranas.

Enrojecida, la muchacha se tiende de espaldas en la cama, con una almohada bajo los riñones.

El doctor ha introducido el espéculo, apartando primero la punta del vestido con que la joven se defiende hasta el último instante. Hace luego un movimiento de torsión. Y destornilla una llave para que se abran las valvas del instrumento. La prostituta tiene la mano derecha sobre la cara. Como si el ruborizarse fuera también un motivo de rubor. El médico mira atentamente. Al cabo de un momento se incorpora meneando la cabeza.

La joven se ha vuelto a cubrir con el extremo del vestido.

Él la hace cerrar las piernas e incorporarse. El corazón le salta a la prostituta.

Observa, ahora, la garganta, la boca. Enciende un fósforo y vuelve a mirar.

—¡Oh, oh!—exclama con orgullosa satisfacción el hombrecillo.

Ha confirmado su sospecha. Descubre en el interior de los labios dos o tres llaguitas.

—¡Bueno, m'hijita, vos no podés estar aquí! Tenés que marchar al... a Montevideo,—enmienda, atenuando.

Julia siente que el corazón le pesa cual si brusca-mente se le hubiera vuelto piedra. Y los ojos se le dilatan fijos en el hombre y sin verlo. No es el miedo a la sífilis; es el terror al Hospital de Prostitutas, del cual se cuentan cosas espantosas. Advierte que ha quedado con la boca abierta. Y la cierra crispándola en involuntarios estremecimientos.

El doctor le percibe en la mano un billete de un

peso, doblado a lo largo, con el cual ella había entrado en la alcoba. Se lo agarra entonces. Y lo mete en el bolsillo. Pone de nuevo el espejuelo en su valija, después de sumergirlo en el agua hirviente. Preocupado se lava las manos. Sabe que todas se asustan. Pero comprende que la que, helada, lo está mirando, tiene un miedo cerval. Y ese espanto sin palabras lo apabulla. El doctor se apena a ojos vistas. Él no sirve para estas cosas. Él quiso ser escribano, antes. Recuerda que también le gustaba la agrimensura.

—¡Bueno!,—exclama cariñoso—, no hay que tener miedo!

Ella no dice nada. Y mantiene las dilatadas pupilas fijas en él.

—Yo daré cuenta a la Jefatura después de las cuatro,—prosigue,—para que no tengas tiempo de estar presa. El tren sale a las cinco.

Le posa, afectuoso, la mano sobre el hombro. Ella, entonces, mira al suelo acentuando un rictus.

—¡Comprendé que no puedo hacer otra cosa!
Como ella no habla, él decide irse.

—¡No es culpa mía!,—se dice revolviéndose, como si ahora él mismo se lo reprochara. Y agrega, en voz baja:

—¡Hasta la vuelta, m'hijita!

Se pone el sombrero. Se arregla la corbata. Coge la valija. Al salir apresurado, dice todavía, con voz dulce y conmovida:

—¡Adiós, Julia!

Su nombre, pronunciado con tal acento, toca extrañamente en el corazón de la muchacha y rompe el dique de las lágrimas.

Zulema, desde el otro cuarto, ha sentido el sollozo. Irrumpe interrogante. La Nena acude también por el corredor.

Rodeándole la cintura la lleva hasta su habitación. Detrás va Zulema que ha estado varias veces en el hospital y sabe lo que es aquello. Va mintiendo piadosamente, mientras algo en ella le permite, asimismo, sin embargo, sacar cálculos de lo que tendrá ganado su pupila, y de lo que habrá de darle de más y de si no será posible conseguir que la Coca se apunte... y de...

Un recuerdo hace que sollozos más violentos estremezcan el pecho de Julia. El del gauchito lindo de la noche anterior.

—¡Si supiera donde anda!,—piensa—. ¡Si le pudiera avisar!

Se sienta en la cama.

—¡Qué vida ésta!,—exclama con voz zamarreada—. ¡Qué infierno éste! ¡Pobrecito!

—¿Quién?

—¡No, nadie! ¡Es que estoy loca!

La Nena no sabe qué decir, abrumada. Por eso va a la cocina y libera a Milonga, encerrada por entrometerse a ver lo que no hay que ver en el cuarto donde estaba el doctor. Cuando regresa se dispone a arreglarle la valija a la muchacha. Se sube a una silla y desde allí la alcanza de sobre el ropero.

Zulema quiere descalzar a la doliente para irle poniendo los zapatos nuevos.

—¡No, dejemén! Él dijo que no iba a dar cuenta hasta las cuatro.

La patrona se emociona visiblemente.

—¡Qué corazón! ¡Flor de doctor!

—¿El tren sale a las cinco o a las cinco y media?

—A las cinco. No estarás nada presa.

—¡Sí, pero allí!... ¡Más peor que estar presa!

Los recuerdos abruma a Zulema. Palabras con-

formantes se le ahogan casi en los labios. Abandona el cuarto y vuelve al punto. Trae una libreta en la mano, un lápiz azul y lagrimones en los ojos.

—Vos tenés tres visitas fiadas,—dice entre un profundo suspiro—. Como es plata segura, me hago yo cargo de eso...

La Nena no halla camisas en el ropero. Julia indica una caja grande detrás del mueble. Y se suena con un ya empapado pañuelito rosa.

—Vamos a contar las latas. ¿A vos te quedan algunos otros reales?

—Sí, en la cartera hay... ocho pesos... o diez, no sé.

—Bueno, no llevés más, que te lo roban. Claro que si precisás más m'escribís en seguida. Y si querés volver, aquí siempre tendrás pieza.

—Sí, yo cuando pueda vengo... Le debo a la lavandera esta semana. Y el agua de olor que trajeron. ¿A ver?

Enjuga sus lágrimas. Pero, como le vuelven, se le estiran o ensanchan las letras del papel que ha retirado de la mesa de luz.

—Son veinticinco reales.

—¿Y la hechura del vestido está paga?

—¡Ay, no! Son... ¿cuánto dijo?

La Nena recuerda la suma.

Zulema aritmetiza.

—Bueno. Eso lo pago yo. Está tranquila. Lo pago yo.

Alguien se para en la puerta. Es Martín que llega a visitarlas.

Entonces Julia llora más fuerte. Abrazándose al muchacho como una hermana.

Él trata de conformarla. Y en una, sin responder

a las preguntas de Zulema sobre las posibilidades de arreglo con la Coca, se absorbe en una idea.

—¿Si Juan Carlos pudiera hablar con el jefe o alguien?

Todas se agarran a esta esperanza. Juan Carlos salvó una vez a la Coca bajo la promesa de recluir-la hasta que estuviera fuera de contagio, en el rancho de Pancho y el Flaco.

Apurado sale el muchacho hacia la calle. Bajo las campanadas de las tres de la tarde. Al trasponer el zaguán casi tropieza con Milonguita que huye casta, hacia el prostíbulo, de un perrazo vagabundo y cachondo.

La Nena siente ganas de llorar, ahora.

—¡Ah, si Juan Carlos llegara a tiempo!,—piensa—. ¡Qué bueno es, Dios mío!

En la cocina se encuentra con Zulema que está calentando agua para llevar unos mates a la caída en desgracia.

—¿Ves? ¡Si no te hubieras peleado, él estaría aquí, seguro!

—¡De veras!

Y suelta el trapo. Como si hubiera sido suya la culpa de que él, borracho, al decirle ella tan sólo que no tenía muchas ganas de ir al Centro, la derribara de un empujón.

—Bueno, tirele la yerba al mate. Ahora con llorar no se saca nada.

Y agrega, avivando a soplidos el fuego, cerrados los ojos, entre nubes de ceniza:

—¡Ah, muchachas, muchachas! ¿Quién las entiende?

Cuando la Nena entra con el mate, Julia supone que estos ojos grandes y buenos han llorado sólo por

compadecerla. Entonces, sin coger el mate, la abraza entre sollozos, agradecida.

—¡Todas dicen, querida! ¡Es el infierno aquello!
¡Todas dicen! ¡María Bustillos se envenenó en Florida por no ir!

Y lloran así, de pie en medio del cuarto. Y el mate derrama también sus gotas sobre el piso. La Nena llora por más motivos. Pero, al fin y al cabo, de una misma cosa invisible y siempre presente.



Al poco rato de salir Martín de la mancebía eran ya varios los que revolvían el pueblo en procura de Juan Carlos. ¿A quién iba a ocurrírsele ir a buscarlo junto a la cuna del hijo del lupanar?

Juan Carlos saca el reloj. Se incorpora.

—Van a ser las cinco. No lo espero más. Dele muchos recuerdos.

Se inclina sobre la cuna.

—A los niños no se debe besar. Pero en la cabeza no es nada.

Y posa repetidamente los labios, muy flojos, sobre la pelusa sedeña.

La tarde se demuda. Ahora hay nubes al Oeste. Y despliega el sol en ellas como un abanico de varillas oscuras.

Ya en el camino, oye la voz de Eustaquia:

—Si lo ve a Manuel y al Tupambay, digalés que vengan ligerito p'acá.

Torna la cabeza, entonces. Eustaquia va hacia yegua con un jarro y un banquito. Ahora se ve el petrillo. Parado como sobre patas ajenas. ¡Tan largo son!

Se oyen en la lejana torre cinco campanadas.

¡Adiós, Julia!

Juan Carlos se dirige hacia el Centro. Ataja por un campito. Una voz conocida grita atrás, con dulce júbilo:

—*Pas sobre la tierra a los hombres de buena voluntad!*

Se da vuelta y espera.

Viene hacia él el viejo Mangunga, agachado bajo una bolsa que no pesa nada porque sólo contiene algunos tarros invariables y vacíos.

—¡Don Juan Carlos!

Le tiende una mano percutida que el muchacho estrecha sin asco. El aire alegre del principio se altera bruscamente en el rostro del anciano.

—Hoy quería ir al comedor. Y la señora Basilia me dijo que no.

—¿Ah, sí? ¡Qué cosa! ¿Y cómo se halla esa salud?

—*¿Va para el Centro? Lo acompaño hasta alguna carnicería.*

Recalca bien la última palabra.

—No, señor. Usted esta noche come allí. Si no, me enojo!

Juan Carlos está apenado. Ignora si Mangunga ha resuelto en verdad no ir más a comer a su casa.

—¡Ay, don Juan Carlos, iré! ¡Yo no puedo comer en otro lado! A mí me dan en la fonda... a mí me dan en lo de la niña Olga... a mí me dan en lo de... todas partes. Pero su comida es distinta, don Juan Carlos. Usted no tiene lástima, usted tiene amor. Y yo como amor, ¿entiende lo que le quiero decir? ¡Mire ese pajarito, pobrecito! Esas semillitas que está comiendo estarían ahí, lo mismo, si no hubiera pájaros. La tierra no las ha sacado para darles de

comer. Ellos las encuentran... tienen ganas... comen. En su casa es que yo me siento pajarito Señor. Nadie me da. Yo como.

Se ha detenido y Juan Carlos también.

—¡Mírelo! ¡Já, já! Se revuelca, ahora... Se para y vuelve a echarse en el suelo. ¡Ah, gorrioncito loco!

Juan Carlos se distrae de la contemplación porque no es gorrion sino chingolo. Pero vuelve a sumergirse otra vez en ella.

—Nosotros antes,—prosigue el viejo—, éramos así. Cuando niños. Ahora no tocamos la tierra sino cuando tropezamos o cuando nos pegan. O ya muertos. ¿Por qué?

Un cuzco venido de los ranchos los ha visto al atravesar el campito y se les cruza al lado. Ahora mira al pájaro con ojos codiciosos, inmóvil, replegado.

—¿Por qué tenemos miedo a la tierra? ¿Por qué no la queremos? ¡Es nuestra madre, Dios la amó, don Juan Carlos! Fué un amor muy grande entre Dios y ella. Dios echó su aliento al barro. ¿Y qué es alentar? Alentar es querer, es darse. Es hacerla un poco lo de otro... ¡Quién pudiera haber visto aquello! Dios y la Tierra... ¿Se da cuenta, don Juan Carlos? Dios echándole el aliento, alentándola, diciéndole: “¡Serás yo!” “¡Serás yo!” ¿Y qué son los hijos? Son la madre separada. Toda la humanidad es la tierra incorporada para ser Dios. ¿Y por qué entonces nos hemos rebelado de nuestro origen?

El perro se arroja de pronto sobre el pájaro y queda saltando ante el fugitivo inaccesible y pánico.

Juan Carlos se encoleriza.

—¡Fuera!,—le grita pateando el suelo.

—¿Se da cuenta, don Juan Carlos? ¡Hasta dónde ha llegado el hombre! ¿Quién podrá acusar formalmente a este perro?

Han reanudado la marcha.

—Amamos los unos a los otros, dijo Nuestro Señor. ¿Y quién lo hace bajo la bóveda estrellada? La Tierra, sólo. Solito ella cumple. Hay muchos que dan cosas, sí. Pero, ¿quién ama a los otros? ¿Dónde está el que ama a los otros?

Se ha detenido y obliga a Juan Carlos a que se pare en el límite del campito.

—¿Dónde está? ¡Yo lo sé! ¡Está en usted! No es todo usted, pero está ahí.—Y le señala el corazón.

Hasta las últimas frases el muchacho lo escuchaba con gusto, con cierta emoción. Ahora, se siente en ridículo. Para peor, el vejete saca de un abultado bolsillo, luego de una vieja Biblia, papel de fumar y tres colillas que desmenuza y lía en un periquete. Este profeta echando bocanadas de humo apesotoso!...

—Ya es tiempo de que se haga por los hombres algo más que amarlos,—se dice el joven, rabioso.

Le aparece una arruga entre las cejas. Sus ojos quemarían los del viejo si se hallaran.

Levanta uno de los hilos del alambre que limita el predio y oprime hacia abajo el otro con el pie. Pasa Mangunga. Luego se desliza él.

El viejo lo contempla alejarse, con el sombrero en la mano alzada. Lo agita ahora.

—¡Oh, Dios mío!,—exclama con voz fuerte, pero para sí o para el mundo—. ¡Paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad!

—Eso está mal,—se dice Juan Carlos subiendo hacia el Centro.

Se halla frío, ahora. Y la misma arruga mantenida entre las cejas es atenuada por una sonrisa de desdén.

—Eso está mal. ¿Cómo va a haber paz si hay voluntad? ¿Cómo puede haber voluntad si hay paz?

Cuando golpea el llamador de lo de Olga, donde se oyen música y claras voces de muchachas, ya se ha repetido varias veces:

—En lo que debiera estar todo el mundo de acuerdo es en que yo soy un ser despreciable.

Ha acudido Olga, palpitante al verlo.

Estrecha la mano tímida entre las suyas.

—¡Que seas muy feliz, Olga!

—¡El anillito que me mandaste es precioso!

Desde la puerta de la sala unos ojos verdes los contemplan, radiantes: los de Lala. Ella siente unas ganas locas de besarlo porque, a pesar de todo, le hizo caso y vino. Otros ojos se les fijan con profundo interés: los de la regordeta prima de Lala.

El vals sigue en el piano. Deben de estar danzando unas con otras, las muchachas.

Lala hace como que se asoma a la calle para decirle por lo bajo:

—¡Así me gustas, Juan Carlos!

¿Por qué las parejas danzantes se deshacen cuando él entra, como si les sorprendiera su intimidad? Es que tal vez cada muchacha danzaba con un fantasma espléndido. Como no ha de haber ningún hombre en el pueblo. Con el ser soñado que tendrá que adaptarse a un pobre mozo, a un señor ya maduro. O que no podrá adaptarse nunca.

—Es un vals muy lindo. ¿Cómo se llama?

—Destiny.

—¿Vamos a oírlo otra vez?

Y vuelve el vals. Y, ahora también, la danza. Negligente, porque se cortó el ensueño y ellas están recobradas. Amiga con amiga, ahora. En el cumpleaños de Olga.

—¡Mira, Olga, qué atento! ¡Así dan gusto los hombres! Roberto ni se apareció para mi cumpleaños...

Como Roberto es el novio de la que habla, Olga enrojece. Juan Carlos no sabe qué decir. Pero salta Lala en su ayuda. Y lleva lejos el tema escabroso.

Con la mirada, Olga se lo está agradeciendo.



Esta noche no hace fresco. Hay, por lo contrario, un calor húmedo. Juan Carlos se ha sentado en la enramada de La Cachimba, a solas con un vaso de caña. Se siente profundamente desdichado. La visión del amigo suicida, las tristes impresiones que don Román Calero le despertara, la tragedia que estallará sobre Eustaquia y su marido cuando la inminente llevada del niño, se juntaron en su alma. Luego, se hundieron dejándole amargo fondaje. Hasta que empezaron a levantarse, enterneciéndolo más, recuerdos de cuando, como antenas de insectos, veía moverse las agujas de crochet en las manos de las prostitutas. Durante el día,—a veces entre cliente y cliente, por la noche—, todas se esmeraban en hacer prendas para el que iba a nacer. Preocupadas, nerviosas. La que no sabía, aprendió de las otras. Y semanas antes de dar a luz, ya la embarazada era objeto de agradables sorpresas. La primorosa mantilla de Luisa llegó a último momento. Porque con una que, a medio bordar, tenía, se limpió un hombre.

Y ella debió empezar de nuevo, arrojando al fondo, entre llantos, la maculada, contrariando a Encarnación, que aconsejó lavarla. . .

Estos pensamientos lo llevan, insensiblemente, a embargarse en su amor por la Nena. Quiere estar con ella. No hablarán nada. Él se sentará al frente y beberá caña. Estará bajo sus ojos. Bajo aquellos ojos que lo vuelven un niño protegido.

—Vivir me asusta, ésta es la verdad. ¿Yo no nací para vivir. . . ?

Comprende que no es posible pensar así, que eso no tiene sentido. Busca continuar la frase hasta conseguirlo. Porque hay veces que las palabras se tienden como puentes y por ellas, aunque se desvíe y desvirtúe, puede pasar el pensamiento.

—Yo no nací para vivir así.

Entonces piensa de qué otra manera. Mas ahí su pensamiento se va disipando cual humo en el aire. No retiene sino una naciente sensación vaga y dulcísima, ahora.

Bebe el resto del vaso. Quiere otra caña. Llama:
—¡Félix!

El mozo se asoma. Regresa al mostrador para traer la botella.

En la enramada con quincha de rancho cuelga un gran farol.

Frente a la nueva caña él posa el codo sobre la mesa y el mentón sobre la mano.

Un cuzquito overo cruza hacia el fondo. La ternura desbordante de Juan Carlos hace que lo llame a falta de otra cosa.

—¡Chicho! ¡Chicho!

El perro se estremece y se echa en el suelo. Se asusta que las palabras, a pesar del acento, lo han asustado.

—¡Venga, venga aquí, chicho!,—repite Juan Carlos, interesándose.

El can se aproxima, entre las piernas el rabo, la cabeza inquieta.

—¡Chicho! ¡Chicho!

La mano pasa por la cabeza, por el cuello, por el lomo que se arquea. Las miradas se encuentran, luego. Juan Carlos, entonces, bebe un trago.

Cuando vuelve a mirarlo, el perro tiene clavados los ojos en él. Unos ojos tristes y dulces. Como los de ciertas mujeres. También se les suele encontrar, a veces, en los hombres. Pero en raras ocasiones.

Juan Carlos le nota, ahora, una pata quebrada. Y en la blanca pelambre de la paleta, una costra parduzca.

Los ojos le están siempre clavados. Entonces él endulza la mirada posándola en ellos. Y experimenta intenso sosiego. Un como manto sedante, algo como una dulzura infinita mana para él de los ojos fijos, apenas parpadeantes. Y la paz gris y melancólica va brotando de su corazón, embargándolo todo.

El perro se ha echado en el suelo. Es feúcho, de clase inferior. Un cuzco ranchero cuyo dueño ha de estar borracho, irascibilitándose, acodado en el mostrador.

Los ojos sobre los ojos, ¡a qué antiguos remansos transportan, en qué mecedores ensueños sumergen, sobre qué blandos regazos hacen descansar!...

—¡Chicho! ¡Chicho!

El brazo se estira. La mano acaricia. El lomo se curva. Entorna los ojos el can.

Luego otra vez mirada con mirada. Y una voz, después:

—¡Camudá! ¡Venga acá, le digo! ¡Venga porque lo reviento di una patada!

El perro se incorpora. Y ya en la puerta que da al salón, sin detener su trote de tres patas, torna la cabeza y vuelve a mirar. Entonces, al encontrarse con los ojos de Juan Carlos, se para. Y se achica y se pierde cuando vuelve a oírse la voz:

—¡Camundá! ¡Vení o te rompo otra pata, caray!

Por la misma puerta se adelanta Martín. Tras él Pancho, hermano de Lala, y el Flaco. Escuálido, éste. Gordo y rozagante, aquél. Ambos con los ojos irritados y la palabra no muy segura.

Juan Carlos corta por la mitad la detallada narración de su búsqueda para salvar a Julia.

—¡Yo me quiero arreglar con la Nena!

—Y andá... Te está esperando siempre. Nosotros te acompañamos.

—¡No, quiero ir solo!

Hay un silencio en que las cañas suben a la boca.

Al mirar hacia la puerta, ve que el perro está de nuevo allí. Sobre sus tres patitas. Mirándolo. Con miedo tal vez de aproximarse por la irritación de su amo.

—Es la una y media. Vayan ustedes y le avisan para que no se acueste.

—Pero vamos todos...

—¡No! ¡A la hora de sala, no! No quiero encontrar a nadie con ella.

Se ha echado sobre el respaldo de la silla, el antebrazo sobre la mesa, las piernas extendidas. Y al hablar mantiene la vista dulcemente sobre la del perro desconocido.

Cuando los amigos se incorporan para retirarse, Martín le dice por lo bajo.

—¿Qué te parece, me arreglaré con la Coca?

—Y... si te parece...

—¿Pero vos qué decís?

—Arreglate. Vos la querés, Martín.

—Si, puede ser... ¡Pero es que ella me quiere!

—¡Félix!

El mozo vuelve a llenarle el vaso. Recobrando su cómoda postura, Juan Carlos mira hacia la puerta. Mas allí no hay nada. Y una voz, ahora desde la calle, le llega:

—Pero Camundá, ¿querés que te quiebre otra pata? ¡Vamos pa casa! ¡Ya vas a ver!

La luz amarillenta del farol parece que se le ha licuado dentro del vaso. Luz velada, melancólica. Apenas alumbradora.



El formidable reloj de la iglesia da las tres. Y la grave sonoridad envuelve en círculos el pueblo todo y sigue sobre los campos.

Del brazo, Juan Carlos y la prostituta suben hacia el centro por callejas a oscuras.

La luz eléctrica se ha apagado hace una hora ya. La luna splende.

—Lo encontré cuando yo venía... a verte. Salía yo y él estaba en el mostrador. Fué a buscar la guitarra y ya nos estará esperando.

—Yo me parece... que no lo he visto nunca.

—Es posible. Ya verás cómo toca. No lo conoces porque no va nunca a los cafés ni iba antes a los bailes. No quiere trabajar de músico. Dice que no se debe cobrar por tocar la música.

—¿Pero no te parece que eso está mal?

—No creas... A lo mejor él tiene razón.

La Nena duda aún. Mas comprende que no debe seguir insistiendo en eso.

—¿Y de qué vive entonces?

Se detiene apretándose a su amante. Por el medio de la calle viene un perrazo blanco.

—¿No será lobizón! ¡Hoy es viernes, me parece!

—¡No seas boba! ¡Y hoy es miércoles, no viernes, señora!

El corazón de la joven palpita con violencia. El perro pasa al lado de ellos y sigue su camino, silencioso.

—¡Ay, Jesús! ¡Qué susto me ha dado! ¡Tan grande y tan blanco!... ¿Qué me decías?

—¿Yo? ¡Nada!

—Sí, ¿qué me decías hoy? Que él vivía...

—¡Ah!... Es lustrador de muebles y pisos. Pero aquí pocos hacen lustrar sus muebles o encerar sus pisos. Pasa miserias. ¡Y si vieras cuántos chiquilines!...

—¡Pobre!

—Cuando están muy desarrapados, los da a gente pudiente, y...

—¡Eso está mal, ché! Digo... me parece.

—No, porque después, a los pocos días, cuando los han vestido y calzado, él pasa por la calle y da un silbido. El botija corre hacia él de donde quiera que esté. Y marcha con él de la mano, muy campante. Frente a otra morada, otro silbido. Y así hasta que reúne a todos. Y vuelven dichosos a su casa. Bien vestidos, contentos... ¡Míralo! Es aquel alto.

Entran al café.

Florismán está de pie, en el mostrador. Al ver a la pareja coge la guitarra de sobre una mesa y se aproxima. Juan Carlos hace la presentación. Él saluda a

la Nena afectado y caballeresco. Tiene un orgullo secreto y no bien discriminado en su ser, que esta noche se satisface ampliamente. Por eso se siente feliz y una energía inusitada le recorre las venas. Acaricia sus enhiestos bigotes rubios y apenas si interviene con gestos en lo que le conversan. Desearía ponerse a tocar de una vez por todas. Cuando hablan de eso, él afina la guitarra al aire, como guitarrero habilidoso que es y, en seguida, sus manos se convierten en dos arañas ágiles.

El mozo ha traído dos vasos de caña y uno de guindado

Los del mostrador, la gente que está en las mesas, se aprestan a escuchar.

Hay dos mujercitas, en una rueda, que sonrieron a la Nena cuando entró. Una es Estefanía, pupila de Iracema. La otra es Luisa, la rubia de lo de Encarnación.

—Si tienen gusto voy a tocar una milonga antigua.

El bordoneo es como una fuerza obscura que convida a apoyarse en él a algo esquivo y próximo. Esquivo y próximo porque a la vez parece que quiere y que se asusta. Hasta que, sobre los bajos crecidos, comienzan a temblar sonos claros. Pajaritos en el monte... o gotas de rocío en los alambrados... o, mejor, esas lucecitas que danzan en las noches misteriosas del campo...

La imaginación de Juan Carlos, suelta, anda alrededor de la guitarra. Un acorde, una frase musical, la aleja. Remolnea entre hundidos recuerdos... El instrumento la atrae de nuevo. La contiene mecéndola. Y la proyecta sobre otra región del alma a la que orillea sin penetrar. Va y viene por los senderos que abre y borra el guitarreo.

—¡Buenas noches!

Son el Flaco, Pancho y dos “chiruzas” desconocidas, bastante mal trajeadas, hurañas o encandiladas. O las dos cosas. Se sientan en otro extremo del salón.

Juan Carlos ni los ha mirado. Pero la Nena, sí. Y los observa con inquietud. A pesar de la ufanía de que rebosan, ambos muchachos tienen machucones en el rostro. Un ojo del Flaco mira con dificultad entre las hinchazones que lo circundan.

La Nena, impaciente, aguarda a que el guitarrero termine.

—¿Y a esos qué les ha pasado? ¿Y esas mujeres de dónde han salido?

Juan Carlos mira a su vez. Sonríe. Los invita por señas a sentarse con ellos.

—No,—gritan a una.

Pancho agrega, arrastrando un poco las palabras.

—¡Hoy no queremos música!

La Nena quisiera seguir inquiriendo. Pero el guitarrero ha anunciado:

—Vi'a tocar, si tienen gusto, una marcha militar.

Da un golpe seco. Comienza. Imita el tambor y los clarines... Pero por las seis cuerdas filtran ciertas cosas, no más. La guitarra no puede dar esos asuntos marciales y malos. Los atempera el instrumento de por sí. Y hace evocar el caminar inocente y fugazmente alegre de unos hombres sencillos, sin rencores, sin nada heroico que realizar, a no ser vivir.

Juan Carlos ha advertido la transformación del aire guerrero que otras veces oyó tocado por una banda. Es la primera vez que la percibe. Mira la boca de la guitarra como a algo misterioso y muy serio.

El guitarrero sigue, ebrio, enardecido. ¡Es que cuando hay gente como Juan Carlos, que sabe apre-

ciar! . . . Se da cuenta de que esta noche está tocando como nunca.

Con armónicos imita el clarín. Las bordonas, pisadas hábilmente, cuando no los dedos tamborileando sobre la caja, hacen los tambores. Y de todo esto sólo sale un movimiento que afloja el espíritu, lo abuena y lo invita a marchar por la vida con los demás seres, fraternalmente, entre dichas melancólicas.

¡Paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad!

El versículo que el viejo Mangunga le gritó por la tarde, surge de su memoria . . .

Florismán, la cabeza erguida, siente otra cosa. Ve un ejército enorme, con banda lisa al frente. Reluce el sol sobre las armas. ¡Banderas y banderas! ¡Con qué claridad se destacan los clarines!

Él no percibe que la caja sonora escamotea, modifica, retiene, bruja.

Un antiguo recuerdo que de un tiempo a esta parte le suele boyar casi en la superficie, emerge nítido en Juan Carlos. Él estaba,—cinco años tendría—, en la sala de la vieja Estancia. Miraba por entre las rejas el campo inmenso. A su lado, sobre un sofá tapizado de celeste . . . no, de rosa, lo sabe con seguridad ahora, había una guitarra. Cruzó a pie, más allá del jardín, con un caballo de tiro, el viejo Faustino, el soldado de Urquiza, de tajos en el rostro. Llevaba chiripá claro. Él, sin coger la guitarra, comenzó a pulsar las cuerdas. Una a una, lentamente, abstraído. Y en su corazón de niño surgió una infinita, acariciadora tristeza. Se sintió solo, abandonado en un lugar desconocido. Solo y triste y feliz en su soledad. Pasaba un dedito por las cuerdas . . . Y comenzó a

llorar. Caían las lágrimas por la palidez del rostro. Y se envolvía en los sones como en un manto tibio. No la sintió cuando ella entró a la sala... ¡Cómo se recortan claros, ahora, los recuerdos! Llega desde el fondo de sus años el acento de su madre. “¡Pero m’hijito! ¿por qué llora?” Él, sin saber qué contestar, dijo: “¡Tenía miedo!” “¿Pero miedo a qué? ¡No llore! ¿Miedo a qué, si está conmigo?” Posó la cara en el seno de su madre. Una dulce felicidad lo enternecía.

La voz de la Nena retrae la evocación.

—Un estilo bien lindo, si quiere, Florismán.



Se han ido hace rato casi todos los parroquianos y el cumplido guitarrero.

Vuelven hacia el prostíbulo.

Juan Carlos está conmovido.

—Parece a veces, Nena, que hay una gran presencia en la vida que comparte nuestro dolor, que compadece. Cuando, sufriendo mucho, nos ensimismamos, cuando estamos solos de toda soledad, o cuando estamos como yo contigo, ahora, sin turbarnos ni con el pensamiento, entonces se hace más presente aún ¿Será eso Dios, Nena? Pero es que a veces se tiene la sensación de que su sufrimiento es anterior al nuestro; que su dolor puede ser la causa del nuestro. Que Dios es desgraciado... que es impotente en algo. Que es un prisionero como nosotros... ¿Después de Dios puede haber otra cosa?

Se ha preguntado esto a sí mismo. Pero la Nena, que lo único que pudo entender fué la última frase, responde:

—¡Eso es un gran pecado, Juan Carlos!

—¿Piensas que esa otra cosa sería Dios, recién? Pero ¿por qué ha de ser condición de que así sea? ¿Por qué ha de ser nuestro Dios el último término?

—¡Ay, Juan Carlos, yo no entiendo nada, pero no hables así!

—¡Estoy muy mareado, Nena! No puedo pensar bien... ¡Qué lástima! ¡Me pierdo!

La idea de Olga llega secretamente, se funde poco a poco a su pensamiento y se aleja entre un remolino de imágenes disociadas.

—¡Qué lástima que esté borracho, querida! ¡Algo pasa en mí que pudiera atraparse!

Cae en una intensa sed de amar y ser amado.

—¡Nena, Nena, soy como un niño!

Suspéndese el silencio sobre el mundo. Nada se conmueve. Sólo en el cielo escintilan las estrellas.

—¡Ay, Nena, Nena! ¡Qué buena eres! ¡Qué bueno me haces, Nena!

Y estrecha contra su cuerpo el brazo de la joven prostituta.

—¡Nena, Nena, te quiero como un niño!

Desborda su corazón de ternura. Y le mana de adentro un sentimiento agradecido y sumiso.

La Nena, obscuramente, intuye. Obscuramente, pero es lo mismo. Lo siente seguro, de ella. ¡Y está tan conmovida! Se estrecha a él y le ruega que le rodee la cintura.

Arden límpidas las estrellas.

—¿Te das cuenta de lo linda que es la noche!

--Sí,—afirma ella.

Y comprende, de golpe, que la noche es muy hermosa y buena.

—¡Mirá las estrellas! Parece que es...

Su espíritu se ha alejado hacia otras noches y otras cosas. La frase se interrumpe.

—¿Qué parecen las estrellas? Decime.

—Parece...

Y sin exacta correspondencia con su pensamiento, sigue:

—Parece que nos están mirando... que nos quieren...

La Nena vuelve a mirar a las estrellas y acepta todo, sin esfuerzos. Los están mirando y amando las estrellas.

—Sí, Juan Carlos,—dice.

Y trata de apresurar el paso. Quiere llegar en seguida. Ansía estar ya acostada, entre sus brazos, ofrecida.

Él la pega a su cuerpo, obligándola a no apresurarse.



—¡Los labios! ¡Los labios! ¡Mordeme los labios!
Poco después, silencio.

En este lado de la ciudad ya todos duermen. Todos. Mientras allá, arriba, en el Centro, comienzan a abrirse miradas y puertas. Chirría la roldana de los aljibes. Transitan por las calles seres cuyo número se acrecienta. Y los comercios, despiertos un poco antes, esperan. Hay niños que han sido sacudidos bruscamente en las camas. Sólo en el Bajo reina la calma. La dicha o el olvido. Olvidos, al fin.

Ya está saliendo el sol.



Zulema había iniciado sin éxito tentativas para atraer a su prostíbulo a la Coca, la ex amante de

Martín. Era necesario suplir a Julia con otra tan atrayente como ella. Luego dirigió sus miradas hacia Lulú, bonita pizpireta de lo de Agueda. Y estaba ya a punto de sonsacarla, cuando se produjeron acontecimientos que dieron al traste con las tentativas. Parece que Lulú no quería ya a su marido, a Eusebito, sino al rubio que de manera tan significativa la había ceñido en el tango bailado a compás de un coro tarareante y pianísimo, porque la policía no permite música. Ideó un plan. Y sin participar a nadie, ni aun al Rubio, sus sentimientos, demostró interés por Eustaquio en forma tal, que llegó a no ser secreto para nadie. De esta manera, lo desagradable posible,—una pelea a puñaladas—, se efectuaría entre Eustaquio y su marido, excluyendo a su amor de toda contingencia peligrosa. La demostración culminó la noche en que Eusebito halló a Eustaquio acostado con su mujer. Se produjo la prevista escena violenta que no pasó a mayores por la decidida intervención de las otras mujeres y un guardián del orden público. Jurando venganza desapareció Eusebito del Bajo. Para deshacerse de su nuevo amante, de Eustaquio, que celoso revisaba siempre todos los rincones—y cuya exasperación ella no temía—, Lulú dejó, bastante a la vista, el borrador de una carta amorosa sin destinatario aun. El altercado que sostuvieron no dejó dudas a Eustaquio de que Lulú lo despreciaba. Satisfecho,—a pesar de todo—, porque le había sacado la mujer a Eusebito;—no pensaba que el resentimiento fué posterior a la falsía que él le hizo—, abandonó sin pena ni gloria el lugar de su aventura. . . . Pero ese mismo día circuló por todo el Bajo la noticia de que el Rubio, ignorante de tales tejes y manejes, se había arreglado con una prosti-

tuta recién llegada de Florida a la "pensión" de Iracema. Esto dejó a Lulú en el estado de completo anonadamiento que es de imaginarse. Con Eusebito, —se vuelve siempre a los primeros amores—, era imposible reconciliarse ya. La situación de Eustaquio en nada interesaba; pero, aun así, otra cosa muy distinta sería si pudiera contar con él, pretensión completamente irrealizable. Además, en su corazón batucado prematuramente desde años, algo era capaz todavía de amar y alimentar el sufrimiento. Y Lulú quería, ahora más que nunca, al Rubio afortunado. Por consecuencia natural, en vez de trabajar, agarraba de paño de lágrimas a los llegados a la mancebía, trocándolos de interesados por su cuerpo en contristados participantes de su infelicidad. Zulema vacilaba ahora, entre dejar las cosas quietas e insistir ante la atribulada muchacha, cuando un telegrama despejó el fosco horizonte:

"Diga si tiene pieza. Renée". Y la dirección.

Muy satisfecha, Zulema contestó al punto: "En efecto. Zulema".

Y se puso a imaginar cómo sería la tal moza. Momentos hubo en que llegó a tener totalmente dibujada una figura, con psicología perfectamente determinada. Mas, sedienta de superación, la borraba y en rápidos rasgos, construía otra. Mientras, hizo lavar el piso. Hasta ella misma, ayudada por la Nena, limpió vidrios y espejos.

Hoy, esta tarde, al tiempo que Zulema se apresta a recibir dignamente a su nueva pupila, Juan Carlos y Martín salen del Club. Martín ha decidido ir a ver a la Coca. No a proponerle un arreglo, que sabe de antemano que sería aceptado como tantas veces, sino a conversar, a verla. Le dejará unos pesos

para que vaya tirando hasta que el actual marido, el compositor de gallos, salga de la cárcel. Ella lo ha mandado buscar otra vez y debe ir.

Al llegar a la plaza, donde reina inusitada animación, se separan. Juan Carlos se dirige a la iglesia de gran gentío en el atrio. Martín toma a la izquierda atravesando el pueblo hacia el rancherío pomposamente llamado Barrio Industrial. Se ha formado alrededor del Molino Grande. Gracias a él. Y gracias también a la ley de ocho horas que obliga a establecer hasta tres turnos cuando, pasadas las cosechas, el Molino trabaja día y noche. Atraviesa la vía del ferrocarril y sigue hacia el Molino porque esta calle está empedrada. Luego se hunde entre zanjas. Le han dicho que ella vive tres ranchos después del "boliche" de los Peraza.

Ahora divisa la sórdida morada.

Entonces le surge un recuerdo, conmoviéndolo. Ve a la joven como en una noche, en el lecho, a su lado, poco después de enmaridarse. Absorto en otra cosa, él, por decir algo, le había preguntado:

—¿Me querés?

—Sí,—respondió la prostituta, también abstraída.

—Jurámelo. . .

—Te lo juro.

—Jurámelo por tu madre,—volvió a decir él, creyendo advertirle un gesto ambiguo.

La Coca se echó atrás e inclinó la cabeza.

Entonces, incorporándose a medias, él insistió, curioso:

—¿Eh? Jurá.

—No, a mí. . . yo nunca. . . no me gusta jurar por mi madre. Te quiero, sí. Si querés creerme. . . ¡Pero no juro por mi madre!

Y se le estrechó insinuante, lasciva, protestando su amor.

Naturalmente ingenuo, Martín creyó en la sinceridad de aquellas palabras. Además, empezaba a sentir afecto por la muchacha, y eso,—como sucede con frecuencia—, le daba la seguridad de que era suya. La incidencia, pues, se borró en su memoria. Hasta una tardecita lluviosa, a las semanas. Habían salido a ver llover. En automóvil. El amigo que los invitó iba en el volante, con Blanquita. Martín detrás, junto a la Coca arrebujaada en su abrigo de pieles. Ya quedaba a sus espaldas el Molino Grande y se internaban por la carretera que lleva al puente. El campo borrábase a escasa distancia, en el anochecer. Árboles, ranchos de hogar ya encendido, huían. El camino venía veloz a ensancharse bajo las ruedas... Pero a poco ella se fué estrechando a su absorto amante. Silenciosos miraban tras el cristal. ¡Debía de hacer un frío, afuera!... De pronto, el joven se estremeció. Quedamente, abatiendo la cabeza sobre el pecho varonil, ella había exclamado:

—¡Ahora sí, Martín, te juro por mi madre que te quiero!

Al detenerse frente al alambrado, alguien grita desde una de las puertas del rancho:

—¡Che, Coca, ahí tenés gente!

Ella se asoma ante la advertencia del otro inquilino.

—¡Entrá, Martín!

Avanza por una sendita en el patio cubierto de yuyos. Agachándose, traspone el umbral de una pieza de piso de tierra y húmedas paredes sucias de humo. Está demasiado oscuro el interior. La muchacha enciende una lamparilla cuya pantalla de lata no permite ir la luz hacia atrás.

Hay una cama de nogal destartalada y una mesa de noche a la que le han quitado el mármol. Sobre ésta posa un reloj despertador. Hay también dos bancos hechos de tablas de barrica. Y encima de un cajón de kerosene, una palangana, una peinilla, un jabón entre un charquito de agua espumosa.

La mancha blanca del cuerpo de la Coca se ha iluminado. Brilla el raso de su traje en partes roto y en algún lugar cosido sin cuidado, resto de un tiempo mejor que entristece al recuerdo. A pesar de todo, ¡qué hermosa está la Coca! ¡Cómo conoce él este traje de raso blanco con el cual ella se ponía un delicado collarcito de perlas falsas! Martín contempla conmovido su voluntaria sonrisa dulce y cruel a la vez, de la que es tan culpable, sin embargo, como la víbora de su veneno. Allí está todo lo inexplicable. Allí, en el vago pliegue de los labios...

Desciende la vista. Oprimido el corazón, mira aquellas piernas con medias agujereadas y las zapatillas a medio calzar donde hunde sus pies pequeños.

—¿Te dijeron que te mandaba buscar?

—Sí...

—Esperá, voy a aprontar el mate.

Introduce delgadas astillas en un fogón improvisado con ladrillos, que se advierte a un metro del suelo. Luego sopla, avivando el rescoldo. Yérguense llamas pálidas que hacen danzar en el rostro de la Coca fulgores extraños. Se incorpora y prepara el mate. Pregunta sobre lo de Zulema, sobre lo de Iracema. Interroga respecto de las posibilidades de nuevas lluvias. Pero su indiferencia es aparente. Está preocupada, atenta a los menores gestos de su visitante.

De pronto Martín siente un nudo en la garganta

al mismo tiempo que sonríe a la Coca. Es que por las desgarraduras de la manga ha advertido machucos en los brazos.

—¿Te pega él?

—No,—contesta.

Luego, agrega:

—Sí, me pega. Me da de filo con la mano abierta... Y duele más que con el puño.

—¿Y por qué no te vas de aquí? No conmigo... A otro pueblo, digo.

La Coca acentúa su sonrisa.

—¡Para qué! ¡Aquí estoy lindo!

Sonríe dulcemente, de nuevo, inclinada, vertiendo con cuidado un chorro de agua humeante en el mate cuya yerba ya ha hinchado. Luego se lo ofrece.

—¡Ah, Coca, Coca! ¡Qué mala cabeza, muchacha!

Como Martín sorbe el mate mirando al suelo, ella lo contempla a su gusto. Experimenta una sórdida ternura que la llevaría a torcerle los brazos para verlo llorar si no fuera porque sabe que sólo conseguiría un puñetazo. Se siente dichosa viéndole allí, sentado junto a ella, entristecido por ella. Desearía con todas las fuerzas de su alma que la habitación fuera aún más miserable, su ropa más andrajosa. Y desearía, también, colorete y rimel para sus mejillas y sus ojos. Nadie, nunca, se entristeció por ella. "Porque enojarse no es entristecerse", alcanzó a afirmarse cierta vez. Nadie llegó más que hasta desear su cuerpo para gozarlo o para explotarlo. Pero esto, esto que provoca esta tarde y que ha visto en otras oportunidades en los ojos de Martín, no, jamás, en nadie. Y ella tiene derecho a ser amada; a verse, a contemplarse amada. Cuando Martín la celaba en el prostíbulo, cuando la sacudía con furia por los hombros,

se embelesaba momentáneamente entre su espanto. Pero luego comprendía que con los otros pasó también lo mismo sin que por eso la quisieran. Sólo una noche, ¡ah!, aquella para ella inolvidable noche en que se fingió más borracha de lo que estaba y se tendió en el lecho después de vomitar sobre el piso, sorprendió en su mirada sobre ella una expresión indescriptible a la que su memoria se abrazó desesperada. Apenas si él habló. Y aun así, y aunque no la mirara, ella sentía llegar a su corazón abandonado y sediento algo como una caricia infinita que jamás conoció. Ella necesitaba el espectáculo de esa compasión removedora de sus fibras. Tendida en la cama, borracha de verdad, después, al final de las noches en la mancebía, de exprofeso desgreñada, con las ropas manchadas por la cal de las paredes, conseguía ser dichosa desde aquella vez. Hasta que el efecto creciente del alcohol la hundía en un abismo negro en el que se debatía gimoteando. Y quedaba dormida junto al muchacho abrumado. Y así fué exigiendo a su conducta y a su pobre cuerpo horrores más execrables a impulsos del hambre de amor puro que acrecía en su alma. La huída con el alférez. Las furtivas entrevistas con su abandonado amante. Los celos salvajes cuando llegaban a los prostíbulos mujeres nuevas. La vuelta al burdel. El retiro con Martín a los pocos días. La inexplicable fuga al rancho del Abrojal. El maridaje con el artero compositor de gallos que, de entrada, no más, le pegó sarna... Y entre todo esto, de cuando en cuando, la entristecida presencia del muchacho en medio de la ciénaga; es decir: su derecho reivindicado.

Se ha hecho un silencio. Sólo el tic tac del despertador avanzando sobre el tiempo. A la confusa cla-

ridad exterior, por la calle, salvando terrones, pasa un guardián llevando de la mano a un niño que llora. Detrás, lo sigue un cuzco, erguido el hocico, agitado el rabo, mirando con asombro el brusco cambio que se operó en su pequeño amigo.

Como la Coca se appena insinúa una carcajada.

—¿No te da tristeza que lo lleven preso!

—Se pasan el día apedreando los ranchos.

¡Ah, si ella pudiera tenerlo toda la vida así, dolientemente pensativo junto a ella! ¡Y ella sin medias, con ropas destrozadas y bien hermoso el rostro!

—¡Es un santo! ¡Es un santo!,—se dice.

Y ebria de amor, deseando en su desvarío morir en medio de esta felicidad suprema, descubre como al descuido el otro brazo y pone en evidencia violados moretones.

Martín se incorpora. Saca un billete de cinco pesos. Lo deja sobre la mesa de noche.

—¡Bueno, adiós, Coca!

—¿Y si me portara bien ahora?

Esto lo musita sin pensarlo, empujada por el deseo de seguirlo como una bestia humilde. No lo mira. Está de espaldas, tendido el cuello, inclinada hacia atrás la cabeza.

Martín sale abrumado y toma la sendita del yuyal.

Ella permanece en la misma actitud durante un rato. Soñando ya con una próxima entrevista en la que ha de encontrarla borracha, descalza, con la ropa en arrapiezos. O mejor aún... Se interrumpe. Vacila su ensoñación enloquecida. Pero sí, eso que piensa sería lo mejor. Mandarlo buscar y que la encuentre muerta... Tendida en la cama, con los desnudos pies enfangados... la cara bien pintada... y muerta.

Atardece rápido. Un perrito sigue al joven ladrando junto a sus piernas. Suben de las chozas blanquecinas humaredas. Cada rancho tiene una puerta que es la boca de un horno abierta en la oscuridad acentuada por momentos. Llega olor a carne asada. Y de los campos que deja a sus espaldas envolviéndose en sombras, un vago perfume, un silencio de paz. El nada ve, nada siente. Tiene aún delante dos brazos manchados de violeta. Y los ojos de la Coca crueles y tristes.

—¿Y si me portara bien ahora?,—le parece escuchar todavía.

Ahora camina sobre el piso firme del empedrado. De súbito, en la altura, el pueblo se puntea de focos amarillentos. . .

Ya está brillando una estrella.

Tiembla la estrella en el abandono de la inmensidad.



Cuando Martín, rumbo a lo de la Coca, se separó de Juan Carlos, éste había enderezado hacia la iglesia. En el vasto atrio cruzó por entre grupos de hombres, la mayoría de bota y poncho, que salían a fumar y regresaban después al interior, descubriéndose. Juan Carlos se adelantó y entró en el templo. De las naves pendían grandes paños negros. Bajo paños negros, estaban ocultos altares e imágenes. En la puerta él había depositado monedas en el sombrero de un ciego y en las manos tendidas de tres ancianas encogidas, con rostros de pasas. Se oía una voz grave desde el púlpito. Él, sin atender, pasó su vista por la muchedumbre arrodillada. A un lado del templo, sólo

hombres. Del otro, mujeres y niños. La luz exterior, tornada azul y roja y verde en los altos ventanales, llegaba abajo desvanecida. Buscó entre los sombreritos multicolores, buscó empujado por un deseo inconsciente. Avanzando por una de las naves laterales consiguió ver a Olga. Junto a su madre. Absorta. El hallazgo le hizo bien. Sintió nacerle una dulce ternura. Estaba muy hermosa con su sombrero rojo que dejaba asomar un fulgor de oro.

Cual si hubiera sentido algo sobre sí, ella alzó la cabeza y lo miró cuando él le clavó los ojos. Pero volvió a inclinarse. Y en vez de seguir escuchando el vozarrón resonante encima de su cabeza, la joven comenzó a mover velozmente los labios.

—¡Si rezaras por mí!

Una emoción profunda lo enternecía. Entonces puso interés en las palabras del oficiante.

De cuando en cuando una frase repetíase, destacada:

Padre, ¿por qué me has abandonado?

Aquel *¡Eli! ¡Eli! ¿lammá sabachthani?* que lo estremecía de terror en su pieza de estudiante, en Montevideo, ahora adquiría tan sólo el sentido de un ruego que iba a ser prestamente escuchado; de un clamor amoroso hacia una mano pronta a descender acariciante. Poco a poco fué sintiendo como si frente a él estuviesen todos los actos buenos de su vida. Y como si él, de hinojos, la cabeza hundida en el polvo desde el resto de su conducta, les pidiera perdón.

De pronto comprendió que brillaban ojos inclinados desde todas partes. Era el único que estaba de pie. Y se alteró su actitud sumisa. Se irguió más, se estiró. Lo inundó una energía salvaje. Fué a poner los brazos en jarras... Y se alucinó. Le estaban

atando las manos rodeado de puños amenazantes. Él se alargaba despectivo, sediento de dolor, entre una muchedumbre de mujeres y hombres con mantos hasta los pies. Vió entonces, a lo lejos, la Vía Sacra y el Arco de Tito. Y a Olga, a su lado, de rodillas, inclinada hacia la tierra. Es que se hallaban en la Roma Imperial. Siguiendo a Olga había asistido a los Misterios Cristianos. Iba a morir porque no se le antojaba contraer los brazos, romper las ligaduras, arrojarse como un tigre sobre la multitud. Y lo podría hacer, sí, porque le ardían las fuerzas en los músculos. ¡Oh, qué delicia lo envolvía! ¡Cómo era dulce morir! Ya se borró el gentío y se esfumaban las moles de piedra. Él estaba solo, de pie en la colina, muriendo, libre de ataduras, inmóvil. Y se hundía después, sintiendo un total contacto acariciante, como si, en los pies un gran peso, descendiera, las piernas juntas, los brazos a lo largo del tronco, alargadísimo, en mares sin fondo.

—¡Ché! ¡Te miran como a sapo de otro pozo!

Eran Pancho y el Flaco.

Salido de su ensimismamiento, Juan Carlos los contempló con expresión extraviada. Y los siguió, luego, hasta detenerse junto a una de las portadas. La pila del agua bendita estaba al lado, con un turbio ondaje.

Señor, ¿por qué me has abandonado?

La voz retumbaba en el templo. Y al fundirse por el eco, las palabras comunicaban a las almas un impulso embargador.

La presencia de sus amigos iba dejando cada vez más vacío a Juan Carlos. Poco a poco sintió crecientemente, hasta la angustia, la necesidad de estar solo.

—¡Vámonos de aquí?

—Vamos.

Caminando, se recobraba. Llegaron a La Cachimba, solitaria a esa hora. Y frente a su vaso de caña, mientras los otros se arrepentían de haber entrado, él se quedó meditabundo, ensoñante. Era un sueño sin imágenes visuales definidas. Como si una música eviterna lo condujera en brazos, haciéndolo dar su vida en un deleitoso sufrimiento.

Pasó una mujer con vestido de colores chillones. El Flaco había visto temblar un seno erecto. Haciendo señas a Pancho de que lo siguiera, se precipitó hacia la puerta. Después de un instante de vacilación, se echaron a la calle, tras ella, cauteloso el paso.

Juan Carlos experimentó un dulce alivio al quedar solo. El deseaba hundirse hasta el fondo, sin que nada lo perturbara, en el obscuro ensueño donde consumía su piedad. Mas, en ese instante, dos indios surgidos de la semi penumbra del café, se le sentaron en la mesa. Tenían camisas a cuadros, calcetines subidos sobre la bombacha que ensanchaban sus manos embolsicadas. Eran Aniceto y su hermano. Humildes bebedores en mesa ajena y velorios.

—¡Mándensen mudar de aquí! ¿No ven que quiero estar solo?

En un raptó de desesperación, se incorporó sacudiendo a uno de ellos por los hombros.

—¡Hoy es Viernes Santo! ¡Hoy no se pega!

Esto lo clamó el hermano de Aniceto con los brazos en alto.

La mueca rabiosa se trocó en rictus de amargura. Permanecieron mudos, de pie junto a la mesa, mirándose. Juan Carlos volvió su ira contra sí, mientras decía:

—¡Perdón, hermanos! ¡Siéntense! ¡Siéntense los

dos! Vamos a tomar . . . ¡Es que yo . . . ! ¡Es que me dan cada viarazas!

Golpeó las manos y pidió más caña.

—¡Sí, señor! Son esa cosa,—tranquilizaba Aniceto, sin sombras de rencor, aunque habría peleado, no más, de no haber sido Viernes Santo.

—¡Yo los aprecio! ¡Yo los quiero mucho!

Aniceto, seguro de contar con la aprobación de su hermano, aventuró una frase que él consideraba decisiva.

—¡Son cosa de la vida!

Cuando Pancho y el Flaco regresaron después de muchas cuadras de inútil andar felino, hallaron a Juan Carlos con una expresión transfigurada junto a los silenciosos hermanos de grandes cañas al frente. Resolvieron no acercarse y se acodaron en el mostrador.

Juan Carlos había luchado en vano por recobrar su ensueño primitivo. Lo presentía casi al ras de sus ansias, esquivo, inaccesible. Pero, de pronto, percibió un olor repugnante que le estrujó el corazón. Como el de una carroña ni muy lejana ni muy próxima. Y aquel olor emanaba de los pies de los hermanos. Lo asaltaron intensas ganas como de llorar; una mezcla de asco y compasión por los que estaban allí, inmóviles, satisfechos de su compañía, los codos en las rodillas, cruzados de brazos. El olor que ascendía lo acoquinaba en sí mismo como frente a una presencia inmensamente desdichada, y le volcaba luego su doliente piedad sobre ellos hasta trascender hacia la vida toda. Aparecióronle los paños negros de la iglesia, Olga, las palabras del sacerdote fundidas por el eco, el Enciavado. Y ante una compasión que crecía embargadora, experimentaba la necesidad ineludible

de permanecer allí, de someterse al suplicio de seguir aspirando aquello repulsivo que, ahora, en vez de revolverle el estómago, le abría cauces amplios a su piedad momentos antes contenida quién sabe por qué diques. Una tristeza sin límites lo envolvió. Y gozaba su corazón en un compartimiento, con la humanidad entera, de dolores, de desamor, de abandono, en las repugnantes alas que se tendían desde las plantas fraternas.



A las once de la noche Juan Carlos entra al prostíbulo solitario. Con sólo verle los ojos irritados y duros, la Nena tiembla. Juan Carlos está borracho.

—¿Qué va a pasar?,—se pregunta la muchacha abriendo la puerta de su alcoba.

—¡Nena! ¡Nena! ¡Todo esto es un bochinche que nadie lo entiende!

—¡Sí, Juan Carlos!,—asiente la Nena como autómata.

Recién entonces ve en el corredor al perro Tupambay o Coco. Y mirando hacia la calle descubre a Manuel Benítez, que ha vuelto a seguir por la noche las borracheras, después que le llevaron el niño. Al despedirse del joven evocaron recuerdos tristes, sin duda, porque, en espera del perro, está sollozando.

—¡Nadie entiende nada de nada!... ¿Y por qué no decirlo de una vez? ¿Para qué hacer creer que se entiende? ¿Eh? ¿Dime?

La Nena agacha la cabeza. Están de pie, frente a frente, en medio de la alcoba.

—¡Habla, Nena! ¡Hay que hablar!,—insiste el acento lastimero—. Si tú no me dices nada... ¡Tú, Nena, a quien yo quiero!

Le brotan lágrimas. Ahora ya no implora, arrastra con desaliento:

—Tú eres más desgraciada que yo... ¡No, no! ¡Yo soy el ser más desgraciado del mundo!

Ella se decide a cogerlo suavemente por el brazo y lo atrae hacia sí.

—¡Vení, echate en la cama!

—A mí nadie me compadece. Todos me envidian o me temen o me respetan. Sólo tú me tienes lástima. Y por eso te quiero.

La Nena le coloca una almohada bajo la cabeza. Y acaricia la amplia frente, los cabellos brillantes y negros.

—¿Dónde habrá andado? ¿Dónde habrá andado?, —se pregunta.

No comprende nada. Pero se agarra a esta obscuridad con toda el alma queriente.



El lecho se mece como una cuna. Luego asciende, baja, se eleva. La débil lucecita gira con las paredes y los muebles y la Nena. Todo gira, ahora, presa del vértigo...

—¡La pal... ang...ana!

La Nena acude, sostiene la frente del joven cuya cabeza pende a un costado de la cama. Un olor acre, ácido, invade la habitación. A las arcadas llegan Zulema y Renée, la ramerita nueva. Entre ambas le desprenden el cuello y aflojan la cintura. Han puesto el revólver con mucho temor sobre la mesa de luz.

Las violentas contracciones del estómago desatan lágrimas.

La cabeza vuelve a caer sobre la almohada. Renée,

entonces, saca del seno su pañuelito y enjuga los ojos y la boca. Y se incorpora y sale del cuarto, seguida de Zulema, porque oyen pasos en el corredor.

La Nena retira una frazada del ropero y la tiende sobre Juan Carlos.

Por la pantalla de la lámpara a media luz se difunde un suavísimo celeste.

Surgen a intervalos, de la boca del joven, palabras incoherentes cuya intensidad se va apagando. Después, muy débilmente, una palabra apenas musitada:

La Nena se inclina.

Sí, no hay duda: Mamá, dice.

La Nena entorna los ojos. Luego, obedeciendo a un secreto impulso, se inclina y le cierra los labios con su boca.

Cantan los recién entrados en la "sala". Se oyen muy lejos las pitadas de un soldado. Les contestan otras más próximas.

La Nena, manteniendo aún su boca, abre los ojos. Contempla al ya dormido. Se levanta.

Y por no dar lugar a que Zulema la llame, diríjese a la sala del bullicio donde todo se envuelve en denso humo.

Ahora no son sólo los hombres quienes cantan. Han obligado también a las mujeres.

Volvé de nuevo vestida
con aquel percal
que hicistes crujir con tus cortes
de habilidad...

Ruedan hacia los campos recónditas campanadas.



Juan Carlos, despierto, se revuelve en la cama. Alarga el brazo y mira el reloj. Son las diez, casi. A

medio vestir abre la puerta, malhumorado. Recuerdos de la madrugada irritan su ánimo. Sale al patio. Hay una luz radiante, cegadora. Entra a la cocina. No advierte a la criada ni allí ni en el vasto patio. Una puertita abierta allá lejos, contra el corralón, deja ver el vacío interior de la estrechísima pieza de tablas. . . . Pero en la cocina está encendido el fuego, sin embargo. Y sobre él, en la caldera, hierve el agua.

Habrá salido de compras. O estará a la vuelta, en la casa particular de la patrona.

Aprontado el mate torna a la habitación.

Sentada en la cama, lo está mirando mansamente la Nena.

Ante estos ojos resignados su malhumor se hunde, y lo embarga, creciendo, un tierno sentimiento.

Ella baja la vista y alisa abstraída la sábana.

—¡Anoche anduvo mal la cosa, ¿eh?, Nena!

La mano de la joven sigue alisando la sábana. Más que alisar, acaricia.

—¡Esto no debe seguir así! ¡Esto no puede seguir! . . . —se dice él en voz alta—. ¡Es que yo. . . ! ¡Y te quiero, te quiero, Nena!

Trae la caldera. Sentándose en la cama la posa a sus pies.

—Me duele el hombro. Fué al dar contra el ropero.

—¡Soy una bestia, Nena! ¡Una bestia. . . !

Alza la cabeza, interrumpiéndose. Envueltas en las diez graves campanadas de la hora, ha llegado, de súbito, un claro sonar de campanas echadas a vuelo. En seguida se une al repique estallar de cohetes y secos golpes de pistoletazos.

Juan Carlos se levanta. Sin atender al azoramiento de la muchacha, coge el revólver de sobre la mesa

de luz, sale al patio y descerraja al aire los cinco tiros.

Vuelve a la habitación con el arma humeante.

La Nena se quita las manos de los oídos. Cerca y lejos siguen las detonaciones entre el argentino campaneando.

—¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo ha...!

Al encontrar la mirada fija y perdida a la vez de la ramera, su sonrisa permanece surcada en los labios, pero la brusca, casi infantil alegría que la impulsó desaparece dejándola allí como colgada.

Se estremece. Las campanas se han vuelto mudas de golpe. Agachada la cabeza aguza el oído. Sólo siente el batir de su corazón. Una amarga pena por sí mismo le rebosa.

Rumor de espuelas en el corredor. Cruza frente a la puerta un hombre de botas. Es el gaucho que durmió con Renée.

—¡Güen día!,—dice sin detenerse.

—¿Te duele mucho el hombro?

—No, ahora casi no me duele. Si no lo muevo mucho, no. Moviéndolo así, sí.

Entre las últimas, espaciadas detonaciones, comienzan vivas y alegres las campanas.

—¡Nena! ¡Nena! ¡Yo soy bueno! ¡Lo siento! ¡A pesar de todo!

Ella deja caer la cabeza sobre la almohada y cierra los ojos.

—¡A pesar de todo! ¡Aunque no lo creas! ¡Sí, soy bueno!,—sigue oyendo bajo el campaneo jubiloso que celebra la Resurrección.

¿Pero qué es eso?

Al repique se han agregado golpazos en el zaguán. Y voces.

Juan Carlos se levanta. Entrebate con precaución el postigo. Está un grupo de soldados en la vereda. Y el propio Jefe de Policía. Alcanza a ver el hombro de alguien de particular. Enfrente, en lo de Iracema, otros soldados se precipitan hacia adentro.

El zaguán se estremece bajo nuevos golpes.

—¿Qué hay?

La Nena ha saltado de la cama y se aproxima.

—Vestite y salí a abrir a ver qué quieren.

Ella se viste rápido. Sale al zaguán entre los golpes y su palpitación recrudecidos. En cuanto mueve el pestillo, todavía encandilada, tiene que hacerse a un lado. Porque desde afuera empujan la puerta y se abalanzan todos en el corredor.

—¡Cuidado, que nadie salga! ¡A ver, todo el mundo afuera!

El Jefe de Policía, con su uniforme de coronel, pequeño, seco, de cabellos grises, es el que ordena así. Y, al hacerlo, se agita enfrentando los cuatro puntos cardinales. Como dirigiendo una batalla. Luego, da los buenos días a la prostituta con voz severa. Su entrecejo está tan fruncido que parece adrede. Al extremo de casi juntar las cejas, de ordinario bastante separadas.

El asombro y el espanto suben de punto en la muchacha al ver, al lado del jefe y el comisario, al mismísimo médico de la prostitución, que está pendiente de los ojos vueltos severos del Coronel.

—¿No hay otra salida aquí?

—No, mi jefe.

La Nena va a preguntar algo pero el miedo se lo ahoga en la garganta.

—¡A ver! ¡Que salgan todas, he dicho...!

Y corre a la tercera puerta cuya cerradura acaba de rechinar.

Renée la ha entreabierto; Renée que da un portazo, volviendo a echar la llave, al toparse con la espada y los botones dorados de la chaquetilla de alta jerarquía.

—¡Que salgan todas, he dicho! ¡O hago echar las puertas abajo!

El médico de la prostitución se hace un ovillo ante las palabras apocalípticas.

—¡Señor!,—consigue articular la Nena—. Yo... en mi cuarto... hay... pero...

—¿Cómo?

El comisario se inclina ante su superior y le habla en voz baja.

—¡Ah!, ¿él?...

Es evidente que las palabras del comisario lo desorientan.

—Que se quede, entonces...,—agrega reponiéndose—. ¿Y aquí también hay otro?

Como en el cuarto de Renée reina absoluto silencio, la Nena llama:

—¡Es la policía, Renée! ¡Abrí!

Entonces estallan sollozos, adentro.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Yo no abro! ¿Qué he hecho yo!

El doctor no puede contener su palpitación ante estas palabras.

—¡No, no!,—salta.—¡Que no se asuste nadie! Venimos a revisarlas... Hay denuncias de que existe sarna en los prostíbulos... ¡Nadie va a hacer mal aquí!

Al pequeño coronel, a medida que aprueba con cabeceos cada frase, se le contraen nerviosamente los músculos.

—¡No, joven!,—confirma perdiendo su marcial

compostura—. No tenga temor... ¡Abra sin miedo!

Y vuelve a recobrar su imponente cuando, dirigiéndose a sus subordinados, dice:

—Mientras a la policía se le tema no habrá verdadera policía.

Ahora quien cabecea aprobatorio es el doctor.

El coronel prosigue, enardeciéndose:

—¡Abra, joven, nomás!... La policía debe ser el amparo de estas mujeres...

Y como ve pendiente de él los ojos del facultativo, retoma la frase y la desarrolla ya sólo dirigido a éste:

—... el amparo de estas mujeres para quienes la vida fué injusta quizá desde la cuna... de cuya suerte quizá... mejor dicho, tal vez, nosotros mismos seamos culpables. La policía debe ser protectora, paternal...

Sus últimas frases lo acaloran.

—¿Así no le he ordenado yo? ¡A ver, firmes!

Los cuatro soldados, el comisario al frente, se cuadran rígidos, de dos en fondo.

—¡Media vuelta!... ¡dre! Marchen... ¡mar!

Quedan la Nena y los dos hombres en el corredor. Estos, perturbados hasta la evidencia por el terror siempre invisible de Renée.

El jefe se acaricia nerviosamente los bigotes bajo la sensación de que algo se le está olvidando. Cuando lo recuerda, da un salto que estremece al atribulado facultativo. Y grita a los que, contra el muro de la vereda de enfrente, ya se van a estrellar.

—¡Alto!... ¡al! Media vuelta... ¡dre!

La Nena se mete en la sala. Desde la puerta que la comunica con el cuarto de Renée, aplicando la boca al ojo de la cerradura, convence a su compañera.

—¡Salí, Renée, no seas así! ¿Ya no oistes lo que dijeron?

Renée abre la puerta. Tiembla. Y abrázase a la muchacha, sorda de susto.

—¿Qué quieren hacer con nosotras, querida!

Estas palabras ajan el corazón de los del corredor.

El jefe se adelanta y entra a la sala.

—¡Nada, nada! Yo soy la primera autoridad. afirmo que nadie va a hacerles mal! Aquí está el doctor... Venga, doctor...

Entra el otro, sombrero en mano, secándose con el pañuelo el sudor que le mana abundante de la frente.

—Aquí está el doctor que viene a revisarlas porque me han llegado denuncias de que existe sarna en los prostíbulos, sin determinar en cuáles. ¡Ustedes comprenderán que yo hago lo que tengo que hacer!...

—¡Bueno, desnúdense en una pieza!—abrevia el médico de policía—. Desnúdense completamente; saquense también las medias... ¡Ustedes comprenderán que yo hago lo que tengo que hacer!

Las muchachas enrojecen hasta la raíz del cabello.

Al advertirlo, él menea la cabeza como alejando su impresión penosa. Y se ve—para peor—en obligación de agregar:

—Y a Zulema también...

—¡Está en la casa particular!

El Jefe sale a la calle y ordena al comisario que vaya al domicilio particular de doña Zulema rogándole tenga a bien el presentarse.

—Bueno, doctor,—dice al volver—, mientras yo voy enfrente. Usted comprende que... no debo permanecer ya aquí.

El médico queda solo en la sala. Vacila un instante. El rubor que advirtió lo entemece. Asoma

cabeza por el corredor. Ve en la calle, inmóviles como estacas, a los soldados. Su corazón comienza a palpar apresurado. Y acercándose a la alcoba donde las dos muchachas se están desnudando avergozadas,—que el pudor nunca muere, se repliega tan sólo y busca otros refugios: el seno, la axila, la espalda, una rodilla...

—¡No, no se desvistan!, ¿se puede entrar?—murmura.

—¡Ay, un momentito!... ¡Bueno, ahora sí!

Trae cara de misterio. Plantado frente a ellas, tose, se compone el pecho... Y abandonando la habitación con el índice en los labios, de puntillas, regresa a la sala y se asoma de nuevo al corredor.

Cuando vuelve, siempre en puntas de pie, está cada vez menos inquieto.

Y las dos ramerás, cada vez más asustadas, oyen, entonces, casi al oído:

—¿Ustedes me juran que no tienen sarna?

Se desconciertan, mudas.

—¡Díganme la verdad! En el juego del brazo, en las ingles, en las corvas... una picazón... unas manchitas...

—¡No, se lo juramos, por Dios!,—responden a una, enterneciéndose, las prostitutas.

El índice sobre los labios significa que hay que hablar muy despacio.

—¿Me dan palabra?,—se asegura aún el facultativo, (a pesar de que lo violenta la exigencia), consciente de la gravedad de su acto.

Elas ratifican el juramento.

—¡Sí, por Dios!

—¡Bueno, confío en la palabra! Pero, aunque las maten, no digan nada a nadie!

Y voces que se aproximan lo alarman, aunque son de mujer y las conoce.

—¿Qué pasa? ¿Qué escándalo es éste? Mi casa...

Haciendo de tripas corazón, viene diciendo esto Zulema. Se precipita en el cuarto.

Renée ha saltado y le cuchichea al oído algo interminable, colgándosele.

Una mirada de creciente reconocimiento se va posando sobre el silencioso funcionario hasta hacerle bajar los ojos.

—¡Usted, doctor, es un caballero!

—¡Doctor, qué bueno es usted!,—desearían, a su vez, confesar las jóvenes.

—¡Por favor, hable despacio, no me perjudiquen ustedes! ¡Si me descubren estoy perdido!

Se ha puesto intensamente pálido.

Zulema asume de inmediato una actitud protectora. Le sonrío tranquilizándolo. Le palmea el hombro.

La magnanimidad que la va poseyendo la hace dichosa. Y esta satisfacción, cuya causa exclusiva es el doctor, le aumenta, a su vez, su recién revelado cariño por él, agradecida. A tal punto que se siente capaz de defenderlo con uñas y dientes en el más grave de los trances, ahora.

—¡Vamos, esté tranquilo! ¡Nada le pasará, se lo aseguro! ¡Qué mal nos conoce! ¡Por usted nosotras haremos cualquier cosa!

Las muchachas también experimentan arranques generosos. Ganas de quitarse allí mismo hasta la combinación y las medias. Aunque en condiciones normales el hecho de desnudarse totalmente ante ojos fríos, sin lascivia, sólo las haría sufrir en cierto grado, ahora les parece que es horrible. Y a pesar de

eso, ellas lo arrostrarían todo, por propio arbitrio, con tal de hacerle bienes al doctor.

—¡No tenga miedo!,—tranquilizan, también—. Nosotras... ¡No tenga miedo ninguno! Y si usted quiere...

—¡No!,—exclama ante los decididos ademanes—. ¡Bueno! ¡Gracias!... ¡Adiós!... Me voy... ¡Se los agradeceré toda la vida!

Por desgracia no escucha lo que Zulema, a modo de despedida, pronuncia fuerte adrede, para que lo oiga, como premio:

—¡Este hombre debiera ser ministro, lo que menos! ¡Y tener que andar en estas cosas!... ¡Ya no hay justicia en el mundo!

Luego agrega en tono natural:

—Vamos a conversar de esto con Juan Carlos. ¿Juan Carlos está durmiendo?

—Sí,—miente la Nena porque no vayan.

—¿Vamos a despertarlo?

—¡No, pobre!

—Bueno, cuando se levante me mandás buscar. ¿Y Remigia? ¿Dónde está Remigia?

—Habrá ido a alguna compra...

—¿Y a qué horas piensa poner el puchero esa mujer?

Sale.

Renée se tiende sobre la cama con el deseo de acomodar las confusas, contradictorias sensaciones experimentadas; de fijarlas ordenadamente en la memoria.

La Nena entra en su alcoba.

—¡Qué horror, Nena! ¡Qué horror esto!

La Nena se sorprende. Sobre todo después de la actitud del médico... Y en el último de los casos desnudarse así duele, claro está, pero...

—¡Y si yo te sacara de aquí!

Tiene la cabeza entre las manos.

La Nena se queda mirándolo, perdida la expresión. Va a tenderle los brazos cuando el joven se pone de pie, se estira. Y cogiendo el sombrero sale hacia el zaguán.

La Nena no oye:

—¡Estoy como un personaje de las novelas de doña Zulema!

Sólo oye un formidable portazo.



Los cafés, los figones, los “boliches” del pueblo están llenos de gente. En los que tienen cancha de taba gira “el güeso” sobre sí mismo, con gracia, por el aire. Junto al mostrador, en las mesas, se vacían copas, se reconocen agradablemente sorprendidos los concurrentes, se invita con insistencia sincera al que está solo,—amigo o no—, y rueda la plata “porqu’es redonda”.

Por las calles la misma inusitada animación. Pasan a caballo, en volantas, en carricoches, en charrets. Las mujeres que van a caballo o en vehículos sin capota, se resguardan del sol con grandes sombrillas de colores chillones. Quienes dejaron en la fonda sus medios de transporte, van a pie. El marido adelante, mudo y digno. Lo sigue su mujer, con el pequeño en brazos y, después, los otros hijos. De la mano. Rezagándose tras la ávida mirada.

Frente a la iglesia, en la plaza, se han formado grupos alrededor de escaparates donde se rifan mil chucherías; en torno a mesillas de juegos de azar;

frente a vendedores de dulces y de décimas... escuchando, sin advertir el fraude,—tan embelesado está el auditorio—, a charlatanes brasileños envueltos en yararás vivas, que ofrecen “grasa de serpente, producto enteramente velletal”.

En el rectángulo que determina un alambre tendido entre cuatro varillas de hierro, en el suelo, bajo piedras puestas para que el viento no las disperse, hay imágenes sagradas y retratos de caudillos que contemplan, embobados, los mirones.

—¡Hopa! ¿Quién es este matador de yacarés?

Un gaucho viejo y miope ha adquirido un San Jorge tomándolo por Aparicio Saravia, el postrer gran lancero nacional, el último gran jefe gaucho.

El vendedor, amablemente, explica la confusión y va a hacer el cambio con diligencia. Pero el anciano, ahora, insiste en llevarse los dos. Y abandona el corro arrastrando de atrás el poncho porque es bajito. Más allá se detiene y, casi pegándolas a los ojos, confronta preocupado las figuras.

En el interior de la iglesia el sacristán sopla las velas del altar que están a su altura. Después, con una larga vara provista de un cacharro en su extremo, va apagando cuidadosamente las que se hallan muy altas. Concluída su tarea desaparece por una puertita. Cojeando, perfumado de incienso y estearina quemada. Ilumina nada más, ya, la luz del sol tornada azul, roja y blanca al atravesar los ventanales.

Cristo ha quedado solo.

Porque ya ha resucitado.

Cada cual tornará tranquilo a sus cosas. Pues Jesús vuelve a velar por todos.

Junto a Dios.

Atento y todo misericordioso.



Zulema está muy satisfecha de Renée, la reemplazante de Julia. A más de linda es atenta, vivaz, conversadora. En la cara conoce a los que vienen a “franelear”. Han acudido muchos al saber que tiene una pupila nueva. La joven encantó a todos. Y la probaron los más.

—¿Ves, Nena?,—ha dicho la patrona a su otra manceba—. Vos sos buena pero te falta mucho, muy mucho. ¡Hay que avisparse un poco, hija! ¡No estar siempre con esa sangre’e pato!

Van a ser las dos de la mañana cuando llegan Juan Carlos y Martín. Y todavía hay gente. ¡Y eso que ya pasó la Semana Santa! En la sala y en una de las alcobas. Bebiendo.

Las tres se turnan atendiendo a cada rueda. Para ocuparse sólo queda un cuarto, el de la Nena, que utilizan indistintamente ambas muchachas.

Zulema se ha asomado al sentir el ruido del gancho que mantiene entreabierto el zaguán. Al reconocer a los dos jóvenes hace una seña a la Nena. Y vuelve a sentarse junto a los bebedores cuidando de que las botellas que están sobre la mesa se vayan vaciando lo más pronto posible.

—¡Vení, no te vayás! ¡Ahora que m’encelastes...!

—¡No, ya vengo! Esperame qu’en seguidita vengo... .

La Nena sale. Y rodeando la cintura de su amante los conduce a la cocina, al “comedor”, como atenia la patrona.

Allí se sientan. La Nena los deja cerrando la puerta. Ha dicho sonriente, al salir:

—¿Por qué no venías, Martín? Yo quería arreglarte... . Ahora te traigo a la nueva.

La "nueva" deja oír su voz en el corredor. Ha escuchado unos pasos y al acudir se topa con tres barbados gauchos, huraños en sus ponchos, que casi la asustan. Aunque jamás los ha visto, grita, radiante de sorpresa:

—¡Doña Zulema! ¡Doña Zulema! ¿A que no sabe quiénes están aquí?

Milonga se fué hace días. En el cajón de fideos queda todavía la bolsa de su colchón.

Sobre una silla yace, dejada para mejor oportunidad, una gruesa novela.

Juan Carlos se siente molesto. Mira el reloj.

El otro dice:

—Voy a invitarla a cenar a la nueva, ¿qué te parece?

—¡Me revienta venir a estas horas! Y... invítala.

—¿No ha agarrado a ninguno, no?

—Que yo sepa... No, estas noches ha dormido sola. ¡Si ha salido con nosotros todas las noches!

Se oyen carcajadas. Juan Carlos se irrita consigo mismo.

—¡No me gusta venir a estas horas! Y... ¡yo qué sé! Es que soy un atravesado. Si la saco de aquí, si la retiro, me parece que no la querría. Como si yo para querer tuviera que compadecer. Como si no me gustara más que lo triste, lo que me da lástima...

Hacia los campos invisibles pasan recónditas campanadas.



Ya han cerrado el prostíbulo.

Zulema, como todas las noches, se retiró a su do-

micilio particular, donde vive también una hija adolescente cuya pureza cuida la madre con permanente celo.

Las dos muchachas se arreglan para salir, mientras, sentados en la cama de la Nena, Martín y Juan Carlos esperan. La Nena, ya pronta, ha ido en busca de Renée y le ayuda a ponerse el abrigo de pieles. No hace frío. Pero, en cambio, ¡el tapado es tan hermoso!

—Che,—previene Juan Carlos en el momento de salir,—yo no voy a La Cachimba porque me espera Florismán en lo del Perro.

Martín va a decir que ellos no tienen inconveniente en acompañarlos a lo del Perro. Pero Juan Carlos agrega en forma terminante:

—Yo y ésta vamos a lo del Perro, entonces. Y ustedes, a La Cachimba.

Ya en la calle se despiden. Martín y Renée hacia el Centro. Los otros hacia los callejones del Bajo. A la claridad de las estrellas.

Del brazo van. A las pocas cuadras, entre ranchos cada vez más espaciados. Después, mirando a su derecha el campo misterioso.

—No era verdad que me esperaba Florismán,—entera Juan Carlos al llegar.

Son las primeras palabras que pronuncia en todo el trayecto.

Ya ha subido mucha gente al Centro. A penas si quedan tres o cuatro portales con luz. Los de Agueda, de Encarnación. . . Las puertitas del rancho de "Las tres hermanas" . . .

Entran al bodegón. En el mostrador hay un negro deforme bebiendo frente al patrón, al Perro. Y en una mesa, el Mellizo Juan con Eusebito, muy confidenciales.

Saluda y se sientan en un rincón. Como el piso es de ladrillos deshechos, sólo después de muchos acomodados las sillas consiguen afianzar sus patas.

Al trasponer el umbral, la Nena, inconscientemente, había recorrido todo con la vista por si estaba su amiga Margarita, pupila de Encarnación. Al no hallarla se tranquiliza.

—Yo mentí porque quería que estuviéramos solos. Renée es buena, sí, pero conversa mucho, ¿no te parece?

La Nena sonríe.

—Sí, es buena, sí,—responde. Y agrega:—Para mí un guindado.

El Perro trae.

—Es lindo a veces, estar solos y no hablar nada, ¿eh?

El patrón se sitúa de nuevo tras el mostrador. Es en realidad un bulldog no muy erecto y no muy vestido. Usa alpargatas sin medias, pantalones grises, camisa color pizarra. . . Y nada más.

El retinto personaje está al lado de un escaparate que contiene chorizos, queso, pan. . . y, dentro de una caja de zapatos, huevos muy blancos. Es forastero, del campo, el negro. Calza botas, viste bombacha y saco blancos. Gigantesco de tronco, aun así la cabeza resulta demasiado grande. Pero de medio cuerpo para abajo es muy corto. Visto del interior del mostrador, de donde está el Perro, provoca la idea de que el mostrador está sobre una tarima y que el piso es muy bajo. Mirado distraídamente desde la calle, sin verle las patatas, sensaciona como si estuviera de rodillas. Se halla borracho y tiene grave toda su cara buena. Grave como en una iglesia; cual presto a escuchar algo de suma importancia.

En cualquier circunstancia pocas palabras podría arrancar a la parquedad del patrón. Pero ahora menos que nunca porque lo tiene volado. Es que, de cuando en cuando, sin darse cuenta de lo ortigueante de su expresión, exclama:

—Sí, señó, la cosa é ansina nomá, don Perro!

El patrón se estremece a cada vez. Los ojos le fulguran. Hierve como “pava” de lata. Y, para colmo, la expresión honrada y desaprensiva del “muyinga” la retira del fuego. . .

—¡Socorro! ¡Socorro!

Al sentir tan urgente pedido de auxilio salen a la calle los contertulios del Perro. Alguno—¡el Mellizo Juan!—ya tanteándose la cintura.

A la puerta del rancho de “Las Tres Hermanas”, una de ellas, Eduviges, vuelve a clamar:

—¡Socorro, que unos gauchos me robaron la bombilla!

La mujercitas aparecidas en los portales entran penosamente defraudadas ante la escasa importancia del hecho. De lo del Perro sólo Juan Carlos se adelanta, dejando sola a la Nena.

La gritona, pequeña y regordeta, solloza hundiéndose en la obscuridad, al salirle al encuentro y cogerlo por los brazos.

—¡Es un recuerdo! ¡Es un recuerdo! ¡Nu’es por lo que vale! Pero ¿quién le pone precio a un recuerdo?

Con el dorso de las manos se seca los ojos.

Apiadado, Juan Carlos la tranquiliza y ruega que lo espere. Regresa al boliche, se aproxima a su amante.

—Esperame un ratito, Nena.

Juan Carlos ha hecho una indicación a Eusebito y al Mellizo, que lo siguen hacia la calle.

Entran, ahora, a la mancebía de "Las Tres Hermanas".

La damnificada, sentada en su camastro, a la hética luz de una lamparita, da las señas de los forajidos. Uno de los gauchos es bizco, con "bigote p'abajo muy ralón". El otro "patas tuertas, sombrero nuevo, calzoncillos celestes"...

—¡Bueno, bueno! ¡Ta bien!

No es posible continuar enterándose de detalles tan inútiles, tan íntimos, de misterio tan respetable.

Los compañeros de Juan Carlos se hunden en la noche, decididos, entre el ruido de espuelas del Mellizo.

—Es un recuerdo de uno qu'estuvo una noche y me dijo: "Tomá esta bombilla'e recuerdo!".

—¿Quién sería?

—¡Yo qué sé! No vino nunca más... ¡Y me olvidé de preguntarle el nombre!

—¡Bueno, no llores más, Eduviges! Estos te la traerán aunque sea del fin del mundo. ¿Y tus hermanas?

—Tan con dormida...

—Bueno, me voy.

Da un paso largo porque una tabla del piso está hundida y deja ver la obscuridad de la cueva.

—¡Ay, muchas, muchas gracias! Yo a ellos les vi hacer un güen regalo.

Entra otra vez al figón. La Nena le sonríe. Él llama al Perro para que le traiga más caña. Éste derrama de la botella, al servirla, porque está temblando de rabia. "Sí, señor, don Perro!"—acaba de repetir el confiado de color.

—Anoche nos acostamos tardísimo...

—Sí, tomo unas cañas y nos vamos. Vos comé, si querés. Lo que yo quería era pasear un rato solo, contigo.

Ella pide de cenar.

Sale al fondo el patrón y sacude a un indiecito que dormita en una pequeña cocina.

Cuando traspone la puerta ya una hollinada sartén se acomoda sobre las brasas.

El negro está contando los tirantes del techo.

—Demi'otra, don Perro. Pal estribo, ¿noverdá? Yo ya me viá dir a descansá. Luego, si Dios quiere, salimo con la fresca.

Al contar el último tirante había vuelto a reparar en la pareja. Una vez que el pulpero le llena la copa, deseando servirle cianuro, el negro comprende lo que desea. Y solicita:

—Envite una güelta... a... al matrimonio.

El Perro va, rabioso.

—No, gracias, estamos servidos.

—¡Sirvansén nomá, señore!

—No, gracias...

—¡Sirvansén nomá, señore! Esté... sírvansén nomá. Yo tengo mucho gusto n'envitá o cualquier cosa.

Juan Carlos apura su copa. Y el Perro la llena y la derrama.

—¡Salú!

—¡Salú, señó!

El negro queda muy satisfecho de sí mismo. Con el labio superior se quiere chupar unos pelos que tiene de bigote. Pero no lo consigue. Porque la mayoría le quedan a los costados de la boca.

Trayendo un mantel, aparece el indiecito de la cocina. Juan Carlos, entonces, levanta los vasos. Y el mozo tiende la mesa.

Al apoyar los vasos nuevamente, Juan Carlos se incorpora de un salto. El dueño de casa ha corrido

por detrás del mostrador y está luchando a brazo partido con el negro.

Vigilándoles las manos, haciendo esfuerzos, logran apartarlos con el cocinero.

—¡A mí no me ofiende naides!

—¡Yo no falto! . . . ¡Yo soy persona respetosa! . . . Yo si le dij'esa palabra . . .

—¡Qué palabra ni palabra!

Casi se les suelta otra vez el ya calmándose patrón, como si lo tocaran cables electrizados.

—¡Bueno, calma! ¿Cómo es eso don . . . don . . . Sandalio!

La vacilación al pronunciar su nombre, en que incurrió Juan Carlos, ha zamarreado nuevamente al tabernero.

—¡Don Sandalio, parece mentira!

La Nena tiembla en su rincón. Y hacia allí se dirige Juan Carlos con el negro. Lo hace sentar y obliga a la Nena a que lo acompañe. Él sale hacia la cocina donde el indiecito pudo arrastrar, a fuerza de brazo y labia, al jadeante dueño de casa.

—¡Yo sé, don Juan Carlos, que no lo diría adrede! Pero . . . ¡pero a cualquiera se la doy! ¡Pero, amigo, que si había cargao!

Apaciguado, vuelve al mostrador. Y Juan Carlos a su mesa.

—Perdone, señorita, si yo ha faltao n'alguna cosa,—está disculpándose en voz baja el negro—. Yo soy persona respetosa. La persona respetosa puede levantá la frente ande quiera . . .

Juan Carlos trata de convencerlo definitivamente de que todo se ha debido a la fatalidad. Pero el otro sigue, imperturbable y grave:

—Yo é'una cosa, amigo, le garanto, que lo que

é'yo, ¡ah!, a mí que no me vengan con cosa... Yo soy ansina, mire, señorita. ¡Sírvese, pué! Y disculpe si ha faltao.

El plato por delante, la Nena empieza a comer.

El negro se descubre, entonces, como al paso de un entierro.

—¡Mirá, Juan Carlos, el Flaco! ¡Vení, sentate con nosotros!

Ha llegado muy misterioso. Al ver al negro no acepta la invitación de la Nena.

—Ando en líos con una... Después les cuento.

Está "punteado". Los ojos se le achican y enrojecen.

Sale. Atraviesa el callejón. Y, cobijándose a la sombra de un paraíso, mira en derredor. En seguida llama a una de las puertas de la mancebía de Agueda.

La puerta se abre. Hay luz dentro.

—¡Entrá, querido! ¡No llegabas nunca!

Es Lulú. La última ex mujer de Eusebitito, la enemiga de Eustaquio, la perdidamente enamorada del Rubio, la actual amante de Faustito Perales, que busca consuelo a sus muchas desdichas.

—¿Y tu marido?

—En la timba. Cuando venga le digo que tengo dormida y se va en seguidita.

Se siente una tos acatarrada.

—¿Quién está en esa pieza?

—La dormida de Mabel. Un viejo de afuera. ¡Bueno, acostate!

—¡Traé caña, pues!

—¡Sí, cómo no! Pero andate acostando...

La bonita muchacha, casi desnuda, abre un ropero junto a la puerta de comunicación con la otra alcoba y retira botella y vaso. Sobre la mesa de luz se lo llena.

—¡Jum! ¡Ahy anda gente!,—dice en el otro cuarto a su compañera, la voz cascada.

—Sí, es la dormida de Lulú,—le contestan.

—¡Jum!

Y se sigue sacando las bombachas indeciso, con recelo, el viejo.

Los calzoncillos de franela amarilla están atados abajo con tiras blancas.

—Y para qu'es eso?,—pregunta la muchacha asombrada de las ataduras.

—¡Pa lo que a usted no se le importa!

El viejo se ha amoscado.

En lo del Perro han sido servidos dos nuevos vasos de caña.

—A mí, mire señó, a mí me gusta la amistá. Lo qu'es a mí, mire, ¡ah, no! no hay nada qui hacerle. Pa mí un amigo é'mucho, ¿sabe?, muy mucho. Adispué que yo... a mí no me... poque l'amigo é l'amigo, ¿nu halla? Y yo, qué quiere que le diga...

A Juan Carlos le parece que la Nena come con demasiada lentitud. No es que le desagrade la presencia del nuevo contertulio. En otra oportunidad le encantaría porque tiene algo inocente este corpachón grande en partes, chico en otras; cierta cosa bondadosa y simpática en su seriedad. Pero es que él deseaba estar solo.

Por fin salen. Lo han invitado a que los acompañe unas cuadras para alejar con él la posibilidad de otro incidente.

Al separarse, estrechándoles ya la mano muy cumplido, el negro advierte en el cielo brillar la línea plateada de la luna nueva. Entonces hace una reverencia, mientras exclama:

—¡Güena noche, Señora Luna!

Los amantes lo ven alejarse inseguro hacia su fonda. Ellos siguen, rodeados por la nocturna paz.

Próximos ya a la mancebía, la Nena se resuelve por fin a hablar:

—¿Por qué no saludaste a la luna nueva? Antes todos... Ahora... ¡Salúdala! ¡Haceme el gusto! ¡No seas malo!

—¡Buenas noches, Señora Luna!

Al volver a cubrirse, Juan Carlos va a soltar la carcajada. Pero el recuerdo fugaz de su madre y de los años en la Estancia cruza en su espíritu. La risa, pues, se ahoga bajo una oleada de ternura cuyo objeto, misteriosamente, se transmuta por la Nena.

Muy satisfecha, ella introduce la llave en la cerradura.

Botellas vacías sobre el tocador, sobre la mesa. Por el suelo, cajas de fósforos, colillas. Como es de mal agüero barrer de noche, ella recoge las colillas con la mano y las arroja afuera. Luego se lava y se perfuma. Aun así, se siente olor a tabaco y a alcohol en la alcoba.

Ya han apagado la luz. Juan Carlos fuma el último cigarrillo. Los ojos abiertos, el brazo deslizado bajo el cuello de la joven, cuya cabeza se junta a la suya.

Mientras tanto, allá en lo de Agueda, Lulú, olvidada y dichosa, va quedándose dormida.

A su lado el Flaco trata de conciliar el sueño. No le será esquivo, pues está bastante ebrio.

Un gallo hinca su canto provocando el de otros lejanos. Oye, ahora, balar un cordero. Ladridos, lejos, en el amanecer. Piensa en Noé, en su Arca. Su espíritu se adentra con solemnidad un poco ingravida en el Historia Universal... Noé ha anclado felizmente, entre ladridos, cacareos, balidos...

Y en medio de un suspiro prolongado, que es como el ancla del sueño, pierde la conciencia.

Golpazos en la puerta lo despiertan casi en seguida.

—¡Andate, t'he dicho!—oye que dice su compañera a la puerta cerrada—. Andate que tengo dormida con una persona de campaña.

Y una voz varonil, desde la calle, les enfría el corazón.

—¡Ah, sí? ¡Bueno, asomame las botas!

Después de un momento de natural anonadamiento, Lulú se incorpora. Abre sigilosa la comunicación con el otro cuarto y desaparece en él.

Al punto regresa con el par de botas del desconfiado, ahora dormido, anciano. Y, entreabriendo la puerta al callejón, las asoma bañándose en luz celeste.

—¡Vélas! ¡Vélas! ¡Parece mentira los papeles que m'estás haciendo!

—¡Tá bien! ¡Hasta luego!

Cuando vuelve las botas a su lugar, el sueño liviano le permite abrir los ojos al gaucho viejo, cuyas barbas se abren en blanco abanico sobre la cobija. Y tanteando la plata que tiene entre cuero y camiseta, el puñal que introdujo entre colchón y almohada, interroga enfurecido:

—¿Y en qué juego andas con mis botas?

La que duerme con él, despierta y mira sin saber qué decir a la casi desnudez amiga, de pie en medio del cuarto, a la difusa luz.

—¡Yo les iba a sacar el barro!—, consigue hallar, al fin, Lulú.

—¡Uta qu'empiezan temprano! ¿Y usted qui hace que deja la puerta abierta?

—No... Es que la chica... tiene... llave...

—¡Qué llave ni qué chica! ¡Jum! ¡Aquí no tiene que entrar ninguna persona!

—Es que como la chica...

La chica se ha vuelto a su cama y tapado hasta la cabeza.

El corderito sigue berreando lastimero.

—¡Abraham! ¡Abraham!,—oye el Flaco desde otro sueño erudito.



Juan Carlos se desliza de la cama. Abre la puerta. Entra un sol alegre. Deben de ser las diez. Anda la criada en la cocina. Oyese ruido de primus. Juan Carlos entra a la cocina y pide que le apronte el mate. Luego vuelve al cuarto. Huyen dos chingolos del corredor. Hacia el ombú que antes estaba solo, en el campo, y ahora, entre las casas que lo fueron rodeando, parece más solo.

La Nena abre a medias los ojos, los cierra, cambia de posición, refunfuña.

Recobra el sueño.

La criada ha entrado con el mate. Él pide que le traiga la caldera, y se sienta en la cama. Sorbe lentamente. Enciende un cigarrillo. Al atravesar el haz del sol, el humo se aclara. Pero, más arriba, recobra su lindo azul.

La Nena hace un movimiento. Y la sábana, retirada, permite ver los senos. Él observa una sombra violácea, con los bordes ya amarillentos. Recuerda el delirio de la reconciliación, días atrás. Mira fijamente la mancha que sólo él y no otro puede hacer en esos senos. Signo de propiedad en esta carne vendida; ofrenda reservada de quien se entrega, sin embar-

go, al primero que llegue. Sólo el preferido de su corazón tira con los labios de la blanca piel del seno hasta dejar una huella primitivamente roja. Cualquiera, con un peso, puede ser dueño de la mujer por unos momentos. Y soñar que es dichoso, que aquélla a quien ama está allí, entre sus brazos. Pero todo el dinero del mundo no conseguiría que alguien, sino el marido de la prostituta, le marque los senos.

Esta mancha lívida que se apaga y se renueva... Él sube la sábana hasta el cuello.

Con el mate en la mano, sin sorber, contempla el rostro, ahora. Las fosas de la nariz se deforman a cada respiro. Las pestañas se han convertido en cordoncitos negros. Como al acostarse se quitó el colorete, está muy pálida. Los labios también están pálidos. Esa palidez hace más negro el pelo...

Juan Carlos piensa en su madre y se echa atrás con violencia.

—¿No me das un mate?

La Nena ha sido despertada.

Se lava y se viste despacio. Da vuelta al colchón. Ha puesto las ropas de cama sobre un silla. Siéntese a alguien caminar por el patio. Es el carnicero. La criada se queja en la cocina de que la carne no es buena.

La Nena ha cogido una escoba. La ha humedecido. Barre la pieza. Juan Carlos, que sorbe el mate, vuelve a pensar en su madre. Esto lo enfurece como una profanación. Pero no consigue apartar la imagen de su espíritu. Ve a su madre barriendo, haciendo las camas en la casona familiar. Distingue su mirada honda y serena.

Le da rabia.

—¡Pobre mamá! ¡Soy un imbécil!,—se dice.
Mira con ira a la Nena.



El prostíbulo pierde, durante la mañana, ese carácter atroz del resto del día y de la noche. Después todo se alterará por momentos, tornará a recobrar su primitivo estado, volverá a alterarse. . . Hay ocasiones en que entre dos abrazos se cambian hombres sobre las camas. A cada vez el lecho y la almohada quedarán lisos como si nadie se hubiera echado allí; la humedecida toalla higiénica desaparecerá para ser reemplazada por otra intacta; las sillas serán tornadas a su lugar; se vaciará la palangana en el recipiente del agua sucia, y una calma expectante, tensa, dominará en el cuarto. Una calma elástica, que se reintegra en seguida de violada.

Por la mañana, no. Es muy raro que un cliente vaya a esas horas. Entran el panadero, con su canasto al brazo; el vasco de la leche. Resuena el latón de su tarro. Ofrece desde la calle el verdulero su mercancía. Discuten el precio las compradoras. Se cambian saludos, se predice el tiempo. Diríase que un niño va a irrumpir por la puerta a colgarse del carro. Arde alegremente el fuego de la cocina. Las ollas hierven. Un tufillo agradable invade el ambiente. En los chorros de luz danza el polvo que levanta la escoba. La casa se llena de claros rumores. Entra la vida con el sol matinal, recorre todo y lo enciende su sople reconfortante. Es una casa, entonces, como las otras. . . Después, sí, se detiene todo. Y en la noche aparece la luz que las puertas recortan. Y alrededor de ella, sombras, sombras que se acercan, se iluminan

un efímero instante y son tragadas luego por la obscuridad.



La Nena sale del cuarto.

Juan Carlos no puede apartar la imagen de su madre. Se funde con la de la Nena en su espíritu. Los recuerdos, el sentimiento de ambas, se entrecruzan, se confunden. Y esto le provoca ardiente cólera.

Se muerde los labios.

Vuelve a entrar la Nena.

Él le clava la vista y siente que su rabia se atenúa hasta hundirse en tristeza desolada.

—¡Mamá, perdóname!,—dice entregándose.

—¿Hablabas?

—Sí. . . Ven, siéntate aquí, Nena.

—¡Estás triste, hoy!

—Sí, pienso en mi madre, ¿sabés?

Hay un silencio.

—Tú eres buena, ¿verdad, Nena?

—Sí.

—Yo lo sé, pero es necesario que lo digas, que yo lo oiga.

—Soy buena.

—Aunque eres una prostituta eres buena, ¿no es cierto?

—Sí, soy buena.

—¡Mi madre era una santa!

Enciende un cigarrillo. Sigue el humo con la vista.

—¡Si vieras qué linda! Tenía el pelo negro, larguísimo, más que tú. Al despeinarse. . . ¡vieras cómo quedaba con el pelo suelto! Mi padre era bueno, también, pero. . . Y cuando se enfurecía temblaba la

casa. Si te miraba entonces, tenías que cerrar los ojos porque su mirada te llegaba hasta el fondo del corazón y te lo arrugaba. Fruncía las cejas así, ¿ves? Y miraba así...

La Nena, suspensa de las palabras, se estremece. Juan Carlos ha adquirido el mismo aspecto de cuando le pega.

—¡Pero mi madre era otra cosa!,—prosigue él.— Yo le buscaba los ojos adrede. Cuando era chico jugábamos a mirarnos. Ella ponía las manos en mi cara y yo hacía lo mismo con ella. Así, ¿ves?, como te agarro yo ahora. Y nos mirábamos. Ella reía. Pero yo no. Yo estaba serio. Y así, mirándonos, se nos saltaban las lágrimas... Hasta que empezó a toser. Entonces se acabó todo. Estábamos solos porque mi padre había muerto. Lo mató un indio, a traición, de una puñalada.

Se interrumpe un instante. Continúa:

—Yo nunca hablo a nadie de estas cosas, Nena. Pero hoy me moriría si no hablara... Tú nunca has visto brotar sangre de unos labios... sangre que viene de adentro, del pulmón. ¡Es horrible, horrible! No se puede hacer nada. Hay que dejarla salir. Uno se agita, se va del cuarto, vuelve, la acaricia. Ella no habla. Y a cada golpe de tos vuelve a aparecer la sangre. ¡Ah, si supieras qué espantoso! Ella mira las manchas del pañuelo. Escupe. Y te mira. Por no ver esa mirada te darías de cabeza contra la pared. Pero no puedes hacerlo. Tienes que dejar que te mire y tienes que mirarla tú, también. Porque lo único que le queda es mirar. Toda la vida se le sube a los ojos. Allí se ha refugiado hasta que se cierran. ¡Y si le da por llorar! ¡Ah, entonces dan ganas de matarla para acabar de una vez! Las lágrimas penden de las pesta-

ñas, ruedan por aquella cara resignada. Ella las enjuga con la mano, porque con el pañuelo se mancharía más de sangre. Y tú querías no haber nacido. Un día, uno de los últimos días, casi me pego un balazo. Yo estaba junto a su cama. Ella se sentía mejor. Le habían dado una inyección y respiraba bastante a gusto. “¿Vamos a jugar a mirarnos, como antes?”, le propuse. Y le llevé las manos a mi cara. “¡No, no! ¡Por el aliento!”

—¿No hay ninguna mujer aquí?,—se oye decir afuera.

—Sí, hay una levantada,—contesta la sirvienta—. ¡Nena!

Juan Carlos, de un salto, queda de pie.

—¡Que se vaya a la puta que lo parió!

Sale al corredor con los ojos como brasas. Recostado a la pared hay un gauchito.

—¡Fuera de aquí, vamos!

—Pero yo venía...

—¡Fuera, le digo!

El hombre vacila. Piensa en pelear. Pero, al fin y al cabo...

Se da vuelta.

—¡Quién sabe que habrá ahy!,—se dice—. Ya he de encontrar otra.

Monta a caballo y sale al trote.

Juan Carlos se hunde en el cuarto.

—¡Perra!,—ruge.

La Nena va a dar a un rincón, piernas al aire.

—¡Perra!

Un puño cae, implacable.

De la nariz de la Nena salta un chorro de sangre.

Sale a la calle, tambaleándose. Los golpes del corazón lo ahogan. Echa atrás la cabeza y respira el

aire ávidamente. En una esquina se detiene recostándose al muro. Se limpia con el pañuelo las manos enrojecidas.

—¡Yo estoy loco, Dios mío!



Entra a su casa. Por suerte nadie lo oye llegar. Se encierra en el cuarto de baño. Y con un cepillo se frota las uñas para quitar la sangre adherida. Vuelve a su cuarto. Toma un pañuelo limpio. Se desploma en un sillón.

Ahora sí lo ha sentido Basilia.

La negra se sorprende al verle la cara.

—¿Quiere mate, niño, o va a comer?

—No. Bueno, sí.

—¿Mate?

Basilia empieza a acarrear mate, muda. El aspecto de Juan Carlos la acongoja.

Él alza la vista, en una. Está Mangunga en la puerta, con su bolsa al hombro llena de cosas inútiles y sin peso. Tan inclinado, sin embargo, que la cabeza queda a la altura del pecho.

—¡Este pueblo caerá como Babilonia! ¡Me han apedreado otra vez la casa, anoche!

Juan Carlos lo mira como dormido. Sin que le lleguen las palabras. Y lo ve perfectamente, a pesar de eso. Le ve el fruncido de los pantalones a lo largo del cinto sin hebilla. Le ve un bolsillo hinchado por un tarro cilíndrico; el otro por una Biblia que asoma una punta de un negro ya pardo. Le ve los zapatos deformados, dobladas hacia arriba las puntas, sujetos con piolines blancos.

—¡Ah, ciudad!,—exclama el viejo—. *¡Ya nunca más te llamarán tierna y delicada! Siéntate y calla y entra en tinieblas...*

El anciano se detiene. Su dolor se le disipa al mirar asombrado a Juan Carlos. Y lo que ve lo desazona hasta el punto de que se atreve y pregunta:

—¿Pero no le da tristeza?

Como flagelándose, el otro responde:

—¡No!,—con voz sombría, sincera y firme.

—¿A un pobre viejo como yo!... Apedrearlo, asustarlo... ¿No?

—¡No, te digo!

Su acento se ha hecho cortante como vidrio.

—¡No siento nada, nada, te digo!,—repite con sed de hacer sufrir para sufrir más.

El “te digo” ha quedado en el aire. Le castiga los oídos, se los araña. Él nunca tuteó a Mangunga. Retrocede, entonces. Y el mundo se le viene abajo.

—¿Oye? ¿Se da cuenta qué horrible? Aunque lo viera desangrándose, en este momento no me compadecería.

Basilia llega con otro mate. Al verlos se irrita con Mangunga.

—¿Qué le habrá dicho este viejo bobeta?,—se dice—. ¡Pobre niño! ¡A las cosas d'él le cargan otras, todos!

Sorbiendo el mate Juan Carlos se agita, como si así apresurara la succión.

Cuando ella sale, él vuelve a hablar:

—¡A veces me parece que tengo cosas muertas dentro!

Ya de espaldas, el viejo Mangunga no lo oye, abrumado. Entra a la cocina. A su piel percutida la tiñe el rubor.

—¿No será para tanto?—se pregunta.

Uno de los recogidos de Juan Carlos, el Capitán, está muy sentado, con aire digno.

—¡Me han apedreado la casa, anoche, señor Capitán!

—¿Eh? ¿Cómo?

—Sí. Caían en el techo. Daban en la puerta...
¡Dios mío!

—¿Y usted?

—¿Qué iba a hacer yo? ¿Qué quiere que hiciera? Mangunga se apabulla. Él ha estado mal, sin duda.

—¡Con usted! ¡Maulas!

El Capitán se golpea en las rodillas con el puño.

—Es muy triste, ¿eh?

Indirectamente responde el otro, al decir:

—¡Hay qué acabar con el chusmaje! ¡Esos deben ser los coloraos!

Mangunga se ha querido alegrar cuando lo sobrecoge de nuevo la turbación.

—¿Y entonces Juan Carlos?—se pregunta—. ¿Y por qué esas miradas rencorosas de la señora Basilia?

No puede pensar más. Se queda sólo con una sensación amarga.



Comió como autómeta. Ha dado vueltas sin ton ni son por los cuartos, que se hallan igual que cuando vivía su madre y la vida le parecía también maternal. En uno de ellos la lanza de su padre está junto a la pared. Larga. De media luna.

Después sale a la calle y se dirige a lo de Olga; es decir: a lo de Martín, que es a quien cree que desea ver.

Golpea el llamador. Sale Olga.

—Adiós, ¿está Martín?

—¡Entrá!,—se oye una voz adentro.

—Está en el cuarto. Se iba a acostar otra vez, este haragán.

Ella ha mirado el rostro sombrío de Juan Carlos con ojos inquisidores. El se adelanta hacia el dormitorio.

Martín se ha reclinado en la cama.

—Me acosté casi de día. ¿Qué andás haciendo?

—¡He vuelto a cascar a la Nena!

—¡Qué bárbaro! ¿Y por qué?

—¡Yo no sé! ¡No me pude contener! Ahora vine aquí porque no puedo estar solo. Me muero de tristeza.

Está más triste, ahora, por la escena con Mangunga. Pero de eso no se anima a hablar.

—¡Te hace falta una novia, Juan Carlos!

Martín quisiera no haber dicho eso. Baja la vista confuso. La imagen de su hermana surge ante sus ojos.

—Sí, ya lo sé... ¡Pobre de la mujer que me toque!

—¡No, eso no!

—¡Si yo soy una bestia!

Llegan los acordes de un piano. Juan Carlos piensa en sus amigos de Montevideo y tiene la sensación de que algo puro ha entrado como una ráfaga en el cuarto.

—A Emilio le gusta mucho Debussy,—dice—. La última vez que estuve oímos juntos muchas cosas suyas. Pero Debussy...

—Olguita mandó buscar la opus 90 y ya se la trajeron. No quiere que te diga hasta que la tenga bien estudiada...

—¡Pobre Olga!

Se pasea por el cuarto. Y sus pensamientos hallan ahora una región de olvido y serenidad.

—Luis tiene esa sonata tocada por Kempff. Las mujeres no deben tocar Beethoven.

—¡No se lo vayas a decir a ella!

—¡Claro!

Martín comienza a vestirse. Juan Carlos va a la sala. Allí Olga ojea unas piezas de música, el alma ausente.

—¿Qué le pasa, señor Juan Carlos? ¡Está usted muy grave!

—¡Si vieras qué malo soy, Olga!,—exclama enterneciéndose de nuevo.

Ella no se anima a mirarlo. Sigue revolviendo los papeles.

—¿Sabes lo que me dijeron unas amigas? Que... que tú... ¡que no duermes nunca en tu casa! Si eso es verdad está muy mal. A pesar de todo lo que diga Lala.

Juan Carlos piensa agradecido en su amiga, mientras dice:

—¡Todo está mal en vida, Olga!

—¿Y por qué eso así, vamos a ver?

—Toca cualquier cosa. Los preludios de Chopin.

—No, ahora no quiero.

Están frente a frente. Ella ha inclinado la cabeza.

Se oye a alguien andar por el patio. Y el ruido de la cadena del aljibe. Chirría la roldana. El balde da un golpe seco en el agua y asciende, chorreando.

Juan Carlos hace un esfuerzo supremo y conjura a su madre. Inútilmente. Ella no aparece allí, junto a Olga tan bella. Quien surge en un rincón de la sala es la Nena. Tumbada en el suelo, sangrante, muda, asustada. Horrible.

Olga ha alzado la cabeza. Él mira estas pupilas verdes, esta boca pequeña, este rostro delicado. Sin personificarlos.

—Bueno, voy a tocar. Pero no quería, ¿eh?

Sentado en el sofá Juan Carlos cierra los ojos. Surgen acordes. Resignados. Impregnados de infinita tristeza. Él ve a Olga en el rincón, ahora. De bruce. Los ojos dilatados. La boca muda de espanto y sangre.

Martín entra con el mate.

Juan Carlos abre los ojos.

—¿Fumamos aquí?

—¡Sí, hombre!

Olga trae un cenicero. Con ese motivo abandona el piano. Ahora se sienta frente a Juan Carlos y se mira la mano.

—¡Es lindísimo el anillito!

—Olga, yo debo venir aquí más seguido. Me hace bien. Yo estoy muy solo.

—Sí, eso lo has dicho muchas veces. Y, después, te pasas meses...

—¿De veras que he dicho esto antes? Es que yo...

Un auto se detiene en la calle. Un hombre alto, ya entrado en años, abre la puerta del zaguán. Calza botas altas. Se para en la puerta de la sala y saluda a Juan Carlos. Luego desaparece hacia el interior. Martín sale tras él. En seguida cruza con una valija. Y aparece el hombre de nuevo en la puerta. Esta vez con un poncho de vicuña al brazo. Besa a la muchacha. Estrecha la mano de Juan Carlos, despidiéndose.

—Papá quería llevar a Martín a la estancia...

Martín llega guardando unos billetes en el bolsillo. Olga se ríe al advertirlo. Él, también.

Juan Carlos, sin saber por qué, se entristece.

—¿Vamos al patio? ¿Al solcito?



Ha llegado Lala. Turgente el seno bajo el saco rojo; rojos los carnosos labios. Se sienta también al sol tibio de otoño. Próxima a un rosál del que tronchó una rama a la que va quebrando sus espinas.

Olga se dirige a la cocina a hacer, en un periquete, bizcochos para el mate dulce. Martín va a dar vuelta el mate y a calentar el agua. Lala y Juan Carlos quedan solos.

Lejos, sentada en un sillón, en un cuarto, la madre de los jóvenes, abstraída, tiene los ojos clavados en el muchacho.

Antes de hablar, sin saber a ciencia cierta de qué van a hacerlo, Lala y su amigo ya están dulcemente conmovidos. Inconscientes desean, también, que ni Olga ni Martín se aproximen, esta vez.

—¡Gracias, Lala, ya sé que me defendiste!

—¿Cuándo?

—No sé...) Cuando le hablaron mal de mí a Olga.

—Mira, Juan Carlos, cuando agarres a mano a Ernesto y al de Pérez dales una paliza.

—¿Ellos fueron? Olga me dijo que eran unas amigas.

—Ellos y el gordo Juancho. Pero al gordo no le hagas nada porque sufre del corazón... Le dijeron no sé cuántas cosas a Olguita. Te tienen envidia. Yo se las canté en la plaza. Te envidian por las cosas que haces tú y que ellos no son capaces de hacer y que, francamente, me parece que no está bien que las hagas. Yo anoche, en la plaza, ¡les pasé una! Les

dije que eran unas mujercitas... Pero, ché, yo te digo: ¡Hay que tener más juicio!

—¡Claro que sí, Lala!

—Yo no sé nada de nada, y de eso menos,—continúa, con los ojos fijos en la pequeña rama que tiene en la diestra—. Pero de lejos se ve que eso no está bien. Yo veo, sin embargo, también, que para ser como tú hay que ser un hombrazo. Bueno y malo y todo junto, ¡pero un hombre, Juan Carlos! Malo no... quiero decir... tú me entiendes...

Lo está envolviendo con una mirada que se adhiere, ahora.

—¡Ay, Juan Carlos, si yo fuera hombre, qué amigos seríamos!

—¿Y mujer como eres no...?

—No. Yo quisiera andar por ahí, contigo... Yo quisiera irme... irme contigo al... contigo, si fuera hombre...

—¡Pero eso está mal!

—¡Sí, si yo te lo decía a tí! Pero es que... A veces, de noche, me acuesto y no duermo hasta la madrugada. Ahora mejor, después que se fué la Gorda... Yo qué sé... aunque esté dormida la que está con una... sí, es otra cosa, ¿eh?

Martín aparece con el mate.

—Cuando hierva el agua traigo la caldera. Olga tenía ocupado el fuego. ¿Y qué caras son ésas? ¿Se han enojado?

Lala sonrío.

—Al contrario! ¡Estamos mejor que nunca!

Quiebra en menudos trozos, entre sus dedos, la frágil rama.

Martín vuelve a dejarlos solos.

Un deseo oscuro, intenso, vela y ahoga las preocupaciones de Juan Carlos.

—¡Qué hembra!,—se dice mirando sin disimulo abstraído, las piernas hasta las rodillas de la muchacha, sus formas espléndidas.

Lala se pone a hacer la apología de Olga, de pronto. Con palabras entrecortadas, sin ilación, apresuradamente. Como quien dice algo perseguido de cerca, sin que esté seguro del tiempo a contar.

—¡Y te quiere, bobo! ¿Crees que te va a decir que no? ¡Y la hacen llorar con los chismes...!

Varias veces se aleja del tema, y vuelve a él empleando a fondo su voluntad.

—Lo que no hay que hacer es pegar. Tú... ¿Y la Nena qué dice cuando le pegas?

—¡No hables de eso, Lala! ¿Quién te dijo el nombre?

—Sabes... yo... ¡Pobre Olga! ¡Para ella no habrá otro hombre! Eres un Dios para ella... Yo... ¡Si a mí me pegaran yo no sé qué haría!

—¿Pero quién te va a pegar a tí, mujer!

—¡Sí, claro! No era eso lo que quería decirte... ¿A mí... quién?

Martín trae la caldera. Y se sienta junto a los jóvenes.

—Ya sé en lo que andan ustedes.

Lala se escalofría.

—¿En qué?,—pregunta Juan Carlos, caute'oso.

—Ésta no hace más que averiguarme lo que haces...

Lala enrojece y Juan Carlos palidece.

—Y es para sacarme lo que hace el hermanito.

Ríen los tres ahora.

—¡Me descubrió!

—¡Y sé más, sé más! Porque quiere enmendar al señor Pancho para arreglarlo con la hija del jefe de policía; con la mayor, con Pepita.

—¡Lala! ¡Lala! ¡Ayúdame, vení!

Lala se dirige con desgano a la cocina.

Juan Carlos ha quedado mirándola de atrás. Al alargar el mate se clava los dientes en el labio.

Lejos, sentada en un sillón, en un cuarto, la madre de Olga tiene los ojos fijos en él.



Llegaron vientos fríos en pos de las lluvias. En el cielo se ha podido huír, pero las cosas de la tierra, hundidos los pies, aguantan entre crujidos, imprecantes, gimientes. Vinieron echando contra el suelo pastos y arbustos. Partiendo ramas. Sacudiéndolo todo. Arrastrando clamores, chirridos, lamentos... Pasa el tropel invisible de las ráfagas, se encajona en las calles del pueblo, sacude puertas, se escurre por rendijas, llega hasta la carne de los guarecidos. Y sale al campo pleno, otra vez. Y lo aja, lo agacha, lo descordera.

Desde el atardecer, se aplacó el viento. Y entre esta relativa calma, sumamente contrariados, tornan Pancho y el Flaco del baile de negros junto al cementerio. Fué imposible entrar. Al salón, decorado con plumas de avestruz, pequeñas guirnaldas de huevos alternados, de perdiz y urraca, vistosos flecos de papel, no tenía acceso más que la gente de color.

El Flaco arde de ira. Pancho, resignado, escudriñando en la obscuridad del rancherío, se ha detenido de golpe. Ve una luz a las pocas cuadras. A estas horas, es baile o velorio, en fija. Mientras siguen, al fino oído de Pancho no llega el más leve rumor. Entonces,

—¿Vamos al velorio?,—propone.

Y señala la luz corta en las tinieblas; apenas un amarillito en lo obscuro.

Sus pasos silenciosos despiertan, sin embargo, ladridos que se van como ensartando unos con otros hasta el confín misterioso. Hay un frío que arde. Y un cielo, sin resquicios.

Sombras a los costados, inmóviles, en espera del viento, en una guardia absurda.

—¡Mire que costearnos a venir! Yo te lo dije...

Pancho, a quien la lucecita ya próxima ha ido reanimando, se vuelve a abrumar de golpe.

• —¡Pero cómo iba a creer que el negro Panta-león!... Y la culpa no fué suya, fué del presidente.

—La culpa es de toda la negrada... y nuestra.

Termina el trayecto. Ya están frente a la luz. Desde la calle ven en el interior del rancho, sobre una mesa, un ataúdcito entre cuatro velas largas.

—¡Mirá, velorio de angelito!

—No, señor, de enano.

Una muchacha, que se ha asomado tras dos perros, rectifica así.

Tiene ojos alegres, boca triste y un ceñido traje verde, aceitunado por la noche.

Entran todos al cuarto, ahora. Delante, ya sumisos, los cuzcos. Luego, Pancho y el Flaco, sombreros en mano, y la muchacha, curioseándolos.

Por el piso de tierra yacen diseminados infinidad de puchos y algunos que otros fósforos muy escasos. A pesar del frío de afuera, aquí hay más bien calor. El denso perfume de alhucema, que ya se sentía desde la calle, era allá más dulce que aquí. Porque aquí, a pesar de todo, es agrio. Y se va mezclando con un fuerte perfume de Agua Florida, de cuyo uso alguien, muy próximo, abusa. Junto a la entrada están

dos indios, ralos bigotes caídos, subidos escarpines sobre las bombachas, los pies en los travesaños de sus sillitas de paja. Parecen colgados por hilos del techo, los hermanos.

Uno de ellos se ha incorporado.

—Asiéntesé, don Pancho, nosotros estamos bien parao porqui hace rato qu'estamo. ¡Ché, levantate!

Su abstraído hermano obedece. Baja los pies, se pone las manos en los bolsillos de la bombacha, y también se incorpora.

—Asiéntesé usted tamié, mocito,—sigue el locuaz—. Asientensén lo dos.

—No, gracias.

El humo de la alhucema sofoca desde un brasero arrinconado, pues la muchacha arrojó a las ascuas un puñado de hojas.

—Asiéntesé, nomá. Yo y éste tamo bien paraos. Adispué tenemos tiempo'e sentarno tuita la noche.

—No, ya nos vamos a retirar.

Sin perder de vista a la joven, que también los observa, se sitúan a conveniente distancia del cajón y miran. Entonces se sobrecogen. El muerto, de pié, daría por la cintura. Brillan apenas los ojitos negros, apagados, de corto fulgor casi al ras del iris. Durante la enfermedad le creció libremente la barba, se le juntó con los bigotes y le ha agarrado casi toda la poca cara que tiene. En cuanto a las cejas, se ve que las tuvo unidas desde chico, es decir, desde que tenía poca edad. Un copete entremezclado de hebras blancas está echado donde debe haber frente. Mirado así, de pronto, parece que por error lo han acostado de espaldas.

Uno de los hermanos se ha aproximado, a su vez.

Y aunque recién lo conoció en el cajón,—el enano estaba radicado en campaña,—musita:

—¡Ta igualito parece mentira pobre finao!,—haciendo de la frase una sola palabra.

Está tan absurdo ahora como cuando animado, sin duda. Como antes parecía fuera de la vida, ahora parece fuera de la muerte. Cual si las fuerzas del vivir y el morir pasaran sin perturbar al infortunado campesino. Tal una roca entre ríos. Semejaba otrora un muñeco, algo sin vida; hoy no es una cosa con muerte. Lo que parece realmente ausente es algo exterior a él; una mano que lo hubiese manejado con hilos. . . Cuando se cierre el cajón, no. Entonces pensarán sin querer en algún niño. Y lo sentirán muerto aunque recobren su figura. Es preciso no ver al enano. Entonces, recién entonces, habrá vivido y habrá muerto.

—¡Taba'e Dios y no hay nada que hacerle!

Esto lo suspira una alta voz, casi desde la quincha del rancho. Pancho y el Flaco suben la vista por unas bombachas de mezclilla muy abultadas en uno de los bolsillos, la detienen en la herrumbrosa hebilla de un cinto de cuero de víbora, la siguen por una camiseta a rayas rojas y, más tarde, pasada una región estrecha, con grande prominencia al medio, contemplan ya la cara resignada del padrastro del enano. Ha surgido detrás de una arpillera sirviente de cortina a un hueco sin puerta. Trae un puñado de allucema que vuelca en el braserito. Sopla. Se tiene que poner de rodillas y asimismo agacharse porque, si no, el aire no llega. Y entre el humo gris claro que se tiende en perfumada cerrazón, se acerca a los recién llegados.

—Digan, ¿no tendrían dos dos riales pa ponerle al finado en las vistas?

Pancho, tosiendo, sólo halla una moneda en su bolsillo. Pero el Flaco pone la otra sobre la mano tendida.

Sin mirar, conservando su aire inmutable, cuchichean entre sí los hermanos:

—¡L'enano está dando un platal! ¡Esta noche no li abaja'e cinco peso, a lo meno!

—Veintiocho riale con esto do... Bueno, sentate. Bueno, com'e tan chico todo le tienen lástima.

Bajan a una el brazo, alzan sus copas ya en las últimas, beben y las depositan con cuidado en el suelo.

Pancho se ha puesto junto a la cortina de arpillerá por cuyo hueco desapareció la joven de ojos alegres, boca triste y ceñido traje verde, en pos de los perros. Un cuchicheo que a veces le llega, proviene sin duda de otra habitación más lejana que debe de existir. ¡Porque hablar a lo obscuro!...

Al colocar el padrastro las monedas sobre los ojos del muerto, parece que le hubiera puesto lentes. De lejos brilla la plata como cristal incidido por una luz muy de costado.

—¡Taba'e Dios y no hay nada que hacerle!,—repite la voz del techo—. ¡Pobre finao, esto es pa refrescarlo!

Y del abultado bolsillo retira un frasco de Agua Florida con que rocía el cadáver.

—¡Qué se v'hacé! ¡el mundo é el mundo!

Esto lo responde en alta voz uno de los indios. Y continúa susurrante hacia su hermano:

—¿Y no le calculá, Aniceto, qu'esta noche no v'a bajar di ocho peso?

—¡Jum!

—Ocho peso o siete vamo a ponerle.

—¡Jum! Mucha gente cré que ya lu han enterrao ayer...

—Sí, pero ¿qué me decí a la salida'el baile?

—Ahy no má, mocito. Ahy en la vela, no má.

El Flaco, que no halla sus fósforos, acepta la indicación y, ya el cigarro en la boca, lo aproxima a uno de los cirios. El estómago le da un vuelco como para salirse. Se echa atrás. Con tiempo de observar que los pies del enano, chatos y largos, han sido puestos en posición horizontal, uno sobre otro, talón con punta, y asegurados con un tiento, previendo que, verticales, no iban a permitir tapar el cajoncito.

Recruedece el humo. Curvándose, el dueño de casa desaparece detrás de la arpillera. Pancho sigue al Flaco, que ha ido a parar al medio del patio.

—¡Y era linda!,—exclama.

—¡Vámonos! ¿Quién?

—Ella, la muchacha, pues...

Mientras marchan, la chiruza del traje verde va adelante de Pancho. Retrocede a cada paso que dan entre las zanjas y los cardos. Retrocede de espaldas. Él le ve el rostro distintamente; la cara triste, los ojos alegres. Le ve el combo pecho.

—¡Pucha, qué cuzquerío!

Después que el Flaco dice esto, él lo oye un momento. Luego los ladridos caen fuera de su espíritu.

Por el camino, ya encuentran algún farol. Arriba brilla el pueblo envuelto en puntos de luz, rodeando el hueco negro de la iglesia.

—¡Pucha, qué porquería!

Pancho sale de su abstracción, encrespándose. Va a defender a la muchacha del presumido ataque intempestivo.

—¡A mí no me parece!

—¡ Por lindo que te fué!

—¿ Y qué iba a hacer en tan poco rato?

—Sí, si te quedás hubieras entrado. . .

Pancho se planta en medio del callejón. Ve delante la cortina de arpillera por donde desapareció la muchacha.

—O entro o la saco,—afirma arrogante.

—¿ Sacar a quién?

—A la chiruza.

El Flaco, que iracundo se ha detenido también, vuelve a seguir la marcha.

Pancho oye:

—Yo digo al baile.

Entonces se le aparea silencioso.

—¡ Mire dónde fueron a hacer el baile! ¡ Pegado al Cementerio! Y lo de las plumas y los hilos con cáscaras de huevo es un mamarracho.

—¡ Horroroso!,—concede Pancho.

—Pero había unas negras. . .

—¡ Horrorosas!,—interrumpe el otro, condescendiente.

—¿ Cómo? Había una de colorado que rajaba la tierra!

Infructuoso su esfuerzo por ponerse de acuerdo, Pancho guarda silencio.

Ya suben por la calle de La Cachimba. Resuenan sus pasos en el adoquinado. El frío corta. Ahora, ambos van pensando en el enano. La imagen ha esperado paciente a que las otras impresiones se debilitaran. Y surgió acomodada en su cajón, con las refulgentes monedas sobre los ojos y los pies atados.

—¿ Habrá muerto de qué?

—Y. . . de cualquier cosita; ¡ tan chico!

En La Cachimba hay poca gente. Martín está de pie, en el mostrador.

Cuando el Flaco y Pancho se sientan, él lleva a la mesa su vaso y se sienta, también.

—Yo voy a sacar esta noche a Renée. Traeré también a la Nena. ¿No han visto a Juan Carlos?

—No. Ya estará en el Club.

—Nosotros perdimos la fiesta por ir al baile de los negros. Y ahora, mientras nos vestimos... ¡y con olor a caña...!

—Ah, ¿fueron al baile? Yo también fuí y me atajaron. Y estuve en el velorio de un enanito. Un viejo me pidió “dos dos riales pa las vistas”.

El Flaco y Pancho se quedan helados ante la revelación. Luego se enardecen. Cañas sucesivas consiguen aplacarlos.

Un guitarrero duerme la mona, los brazos sobre una mesa y la cabeza sobre los brazos. La guitarra está a sus pies, como un perro. De cuando en cuando alguno del mostrador desaparece hacia adentro, hacia el cuarto de la timba.

—¡Mirá Milonguita!

La perra los ha reconocido. Se les acerca. Pero, cuando la quieren subir a una silla, ella se da contra la puerta del fondo, y desaparece también hacia la timba, reluciente el como corbatín negro.

—¿Vamos otra vez al velorio? Total...

—¿A seguir tapando vistas?

El mozo vuelve a llenar las copas porque Martín ha hecho una seña circular. Al cabo de un momento, Pancho insiste. Y con la inconfesada idea de allegarse otra vez al baile de los negros, el Flaco acepta oponiendo algunos peros.

Martín sale con ellos.

—Le debimos haber sacado más conversación. Parecía...

—Y hablale.

Se han vuelto de nuevo el cuello del sobretodo. Ahora se ha levantado viento. Y los cigarrillos se les consumen solos, por no sacar las manos de los bolsillos.

—¡Las dos ya!

De repente han quedado a obscuras. Simultáneamente suena la gran campana del reloj. Se detienen.

—¡Es una barbaridad ir!

—¡Y... vamos! Total...

Martín se separa para dirigirse al prostíbulo. En mitad del trayecto aminora el paso. Recuerda que lleva consigo una carta de la Coca, su ex amante. Esta noche se halla decidido a arreglarse con Renée, y teme que le encuentre la misiva amenazante y loca. La saca y la rasga en menudos trozos que se dispersan en el viento.

Pancho y el Flaco siguen más abajo aún. Luego tornan a la derecha. Libre de las casas, el cielo ahora parece más claro. Avanzan lentamente porque, cuando menos se espera, surge una zanja. O cardos que espinan.

—¡Tan bien que podíamos estar de baile!

Pancho recuerda una exclamación de su amigo que él interpretó confusamente. Por eso, dice:

—¡Había una de coloradito que estaba bastante buena!

—¿La viste? ¡Si estaría! A mí me parece que yo...

Ladran perros aquí y allá, asomándose a la noche. No lejos de los caminantes, un gallo torpe,—¡ni ciego que estuviera!,—saluda al día que debe andar recién por el Brasil o más lejos, ¡quién sabe!

Distinguen ahora el rancho y ven que consta de tres piezas. La del velorio y la siguiente están a obs-

curas. En la última, en el suelo, rodeado de sombras, un gran fogón.

Vacilan. Se mueve en la calle un bulto junto a la portera. Le brilla algo en la cabeza. Es un soldado. Cuando van a adelantarse para interrogarlo, dos sombras disociadas de un ombú se les aproximan.

—¡El velorio se suspendió! La polecía echó a todo y a nosotros del cuarto porque no dejan velar tanto días un mismo cuerpo. Lo milico dijeron que siendo otro cuerpo sí, pero el mismo cuerpo no.

—¿El qué?

Pancho tiene los ojos fijos en la puerta iluminada, ojos que se abren más a medida que escucha la insólita revelación.

—Nosotros estamos esperando al padraastro,—continúa el indio,—que jué a ver un primo d'él qu'es sargento. Asigún él, cré que consigue aunque sea hasta la salida'el baile.

Un cuerpo se recorta en la puerta, delgado y esbelto.

Pancho se abalanza por el campito, mientras el Flaco espera los acontecimientos.

—A nosotros no no s'envitaron a pasar a la cocina. Son uno s'animales. Y no s'han dao una caña qu'es pur'agua, nomá.

Pancho ha entrado. Y hay un remolino de sombras. —É caña flojona, nomá. Peru agua...

Pancho vuelve hacia ellos. El Flaco le sale al encuentro sujetándose el sombrero porque el viento anda suelto en el campito.

—¡Aquí tampoco se puede entrar! ¡Dicen que es tan sólo para los dolientes! Y que, además, el velorio está suspendido.

—¡No somos negros ni parientes del enano!,—exclama el Flaco con sarcástica ira.

—¡Hay como mil! Todos ya sin ojos de mamados!

—¡Bueno, vamos!

—Y güeno, ¿qué te parece, no siremo?—consulta a su vez uno de los hermanos.

El Flaco les lanza una mirada furibunda. Y encabeza el desfile.

—¡Velorio lindo ju'el del finao Senén Frone!
¡Guardia la zanja!

—¡Güena persona derecho viejo, sin despreciar, el finao Senén!

—Cuando dieron las doce sacó el reló el doliente principal y dijo, derecho viejo, nomá: ¡Que se cierran esas puertas y el que ya no vino que se joda!

—Tuvimo hasta el sol alto. Corría la bebida, nomá.
¡Y había unos costillares qu'eran una manteca!

—¡Eso era bebida! Había unas botellas platiaditas... Agarre po la sendita, nomá. Y ahora nomá viene camino güeno.

—¿Ustede nu estaban n'ese velorio, mocito?

—¡Nosotros no estábamos!

El acento es sordo y rotundo.

—Había uno altito asín medio com'usté.

—¡Nosotros no estábamos en nigún lado!

—Yo por eso decía qui a lo mejor...



Martín regresó a La Cachimba con la Nena y Renée, después de haber pasado por lo de Iracema, que se encuentra muy grave, con bronco pneumonia o cosa parecida.

Martín hace como que inquiera en el mostrador, y vuelve, diciendo a la Nena:

—Juan Carlos estuvo temprano, pero salió con un desconocido.

—Debe estar en lo del Tuerto o en lo del Perro. Yo quiero ir. ¡No me v'a echar, yo digo!

—A lo mejor está en alguna lotería,—insinúa Martín, que no puede desdecirse sin dar a desconfiar.— ¡Qué vas a ir hasta allá abajo, con esta noche!

—No, si a él no le gustan. Está en lo del Tuerto, seguro.

Los otros piden de cenar. Ella apura su vaso de guindado. Sus labios se han vuelto cóncavos hacia abajo.

A Renée, que está radiante, la llaman de una mesa del fondo dos mujeres con un mozalbete muy borracho.

—¡Qué bien! ¡Ya sé que te arreglastes con Martín!

—¡Qué bien, querida!

—No, no hay nada todavía... ¡Somos amigos, nomás!

—¡Vamos, egoísta!

—¡No, se los aseguro! Él ni ha pensado en eso... Bueno, hasta luego, queridas.

Momentos después, acentuando el rictus, la Nena se hunde en la obscuridad de la calle. A los pocos pasos encuentra a un viejo, guitarra al brazo.

—¿Y Juan Carlos está en lo del Tuerto?

—Güenas noches. Yo vengo'e lo'el Perro.

Se despiertan ladridos, en la noche. La Nena ha vuelto el cuello de su abrigo. El viento helado se le mete por las piernas. Cuando dobla a la izquierda y divisa las luces del Bajo, ve venir hacia ella las sombras de un grupo de estrepitosos. Entonces se atemoriza. Ella ya había sospechado que se iba a asustar. Ahora, al enfrentar a las sombras, el corazón la ahoga. Mas pasan de largo.

—¡Adiós, Nena!

Es Eusebitito el que habla. Ya va subiendo hacia el Centro la gente.

—¡Buenas noches!,—contesta entre la inercia del susto.

Apresura el paso. Como marcha entre terrenos baldíos y el campo está casi a su lado, a la derecha, nada resguarda de las ráfagas heladas. El croar desde los charcos, algún ladrido, ponen en la noche maléficos signos. Y los ranchos sombríos, los altos yuyos, los árboles...

—¡Ay, Juan Carlos, qué malo!

Una sombra viene hacia ella. Insegura, sesgueante por el callejón. La Nena se clava en el suelo. El hombre, entonces, se detiene un poco sorprendido. Pero a ella la ha parado el susto.

—¿Qué hacés?

—¡Yo nada! ¡Voy a lo del Tuerto! ¡Dejemé!

—¡Pero creí que querías algo conmigo, muchacha!

El borracho se torna, perplejo. Y la contempla ya de espaldas, corriendo casi, hasta desaparecer a los pocos metros, en lo obscuro.

—¿Y ésta es loca... o qué pucha tiene?

Vuelven a aparecer las luces, la puerta ochavada. Hay proximidad de seres humanos. Se oyen voces.

Detiene el paso. Y lentamente, toda ojos, sube los dos altos escalones de lo del Tuerto con miedosa ternura. Pero no está Juan Carlos.

—¿Y Juan Carlos, se fué?

—No ha estado aquí.

Atraviesa el callejón. Con una sonrisa casi llorosa, deseando ahora no hallarlo, va en su busca al prostíbulo de Encarnación, a la alcoba de Margarita.



Esta misma madrugada en su casa, Juan Carlos, quitándose el smocking, piensa:

—Hoy doña Basilia mirará hacia la cama y se llevará otro alegrón.

Se le dibuja una sonrisa. En mangas de camisa, asegura las puertas que dan al patio, conmovidas por el viento. Luego se acuesta. Apaga la luz. Y el sueño comienza a allegarse. Avanza lento, retrocede, vuelve... Como marea.

—¡Estos días estabas triste, Olga! Yo me daba cuenta...

—¿Yo? ¡No seas bobo! ¡Te parecería!

—No hay que estar triste, Olga, hay que estar contenta.

Ni él mismo advierte el total sentido promisor de estas palabras. Para Olga, sin embargo, expresan tanto como la declaración amorosa aun no escuchada. Gira en sus brazos, grácil. La mano varonil sobre su cintura. El vals los lleva como a hojas el aire. Habla de una dulce felicidad, de jardines en flor, cuando todo es encanto.

—¡Ese traje te sienta tan bien! Todos me han de mirar con envidia.

—¡Y yo que cuando me lo puse ya creí que no te iba a gustar!... ¡Además me decían que no vendrías al baile!

Ríe. Y escucha:

—¡Eres tan linda como buena!

—Marta y Elvira decían que no íbas a venir...

—¡Qué contentos están ustedes!

Es Lala quien habló. Va en brazos de un apuesto oficial. El traje le ciñe las formas espléndidas.

El vals los lleva. Allá lejos les insinúa como una velada melancolía. Y se despoja, travieso, de la fingida pena. . . . Todo es suavidad encantadora. La vida es bella. Lo dicen los violines. Esos flébiles arrullos son mimosos. Rozados apenas los labios con los labios, ¡qué embeleso! Manos sobre la frente, sobre los ojos. . . . Girad, girad oprimidos blandamente. Nada separará. No hay prisa. Volved, idos, tornad. Todo es suave y bello. Tú. . . vosotros. . . . La vida es dulce. Flotemos en este albo sueño. Oye este grato son. Es oro sobre oro. Se alza en el aire como un surtidor áureo. Es oro, son tus monedas de oro. Es oro sobre oro. La vida es bella. Brota el oro de las manos y corre por la tierra, cantarino. Canta que la vida es bella. Sí, sí,—canta,—la vida es un sueño encantador. . . .

—Olga, ¡si yo no fuera como soy. . . !

—¿Cómo eres?

—Malo. . .

—¡El lobo y Caperucita!

—¡Sí, tú te ríes. . . !

—¡Yo quisiera que este vals siguiera siempre!

. . . Flotemos en este albo ensueño. Sólo rozar los labios con los labios. Oprimir blandamente, apenas. No hay prisa. Nada, nada separará. Aspira tú las rosas sin temor al invierno. Los flébiles gemidos son de mimo. ¿Acaso no se escucha la áurea fuente? ¡Cómo cantan sus discos de oro derramados rodantes sobre la tierra! La vida es bella,—dicen.—¡Vivir es un ensueño encantador!

—Después te tengo que contar una cosa. . . . ¡Cómo están de extasiados ustedes! Después te tengo que contar una cosa.

Es Lala que pasa. ¿Será posible que se estreche demasiado al apuesto compañero? ¿Va roja de fatiga o...?

...Girad... Idos... Volved... Aspirad el perfume embriagador de la vida! Si hay invierno, está lejos. Rozad apenas. Que no haya prisa. Escucha la canción del oro. Idos... Volved... Girad... Manos castas sobre la frente. Sostenidamente, ahora, sobre los ojos... Aspira tú... oro... girad... lejos el invierno... aspira, aspira!

Un zumbido lejano...

El sueño.



—¿Se puede?

—Esperá... Bueno, ahora sí.

La Nena, entonces, empuja la puerta.

Renée está de pie junto a la cama, arreglándose aún la combinación que se acaba de poner apresuradamente para no aparecer desnuda.

—¿Martín se fué?

—Sí, recién se fué. ¡Ay, qué frío! Hoy venía el padre de la estancia. Por eso se levantó con este frío.

Ha puesto agua en la palangana. Y hace sus abluciones, estrepitosa.

Por los vidrios de la puerta entra la débil mañana de invierno. Se ve el desparramado jardín sin hojas. De donde está la Nena, el ombú puro ramas.

Aun con la toalla en la mano, dice Renée, de pronto:

—¡Ah, me olvidaba! ¡Mirá!

Y riéndose descubre a medias un seno.

La Nena advierte en él una mancha roja. Mientras acompaña a la otra con su risa,

—¡Me alegro!,—exclama.—Ya me parecía, ya me parecía que esto terminaba en arreglo. ¿No vieron a Juan Carlos?,—agrega luego, apenas sonriente.

—No, no lo vimos... Yo no me quería arreglar, porque total... pronto me voy. Pero...

Contempla el seno marcado. Vuelve a reír.

—¿Entonces te parecía que nos íbamos a arreglar?

—¡Claro, boba!

—¡No, no creas! Me gusta, sí, no digo que no, pero quererlo...

—¡Qué habrá hecho anoche!

—¿Quién? ¿Juan Carlos? ¿Qué va a hacer? Estaría por ahí, nomás. Yo quería ir al Bajo, pero se le antojó a él que no... ¿y qué iba a hacer?... ¡Cómo se va a poner la Coca, lo que sepa!

—¡Pobre! Si salen esta noche me llevan...

—Esta noche saldrás con nosotros y Juan Carlos, —asegura Renée mientras saca del ropero un traje de abrigo.

—¿Quién dijo, Martín?

—No, pero le decimos que lo traiga y nos vamos todos.

—No va a querer venir, yo sé...

—¡O lo trae o me divorcio!

Ríe a carcajadas. Se contiene de golpe.

—Es bueno, es muy bueno Martín, ¿noverdá?

Le sienta muy bien el traje de paño azul. La hermosa y palidece.

Súbitamente, poniéndose grave, sin mirar a la Nena, pregunta:

—¿Creés que la Coca lo quiere?

—Cuando andan bien parece que no, pero cuando andan mal se ve que lo quiere.

—¿Es linda?

—Es bastante...

—Me gustaría conocerla y no me gustaría...

La frase se interrumpe ante la criada que entra como una tromba trayendo en pos el frío de afuera.

—¡Ay, Dios mío! ¡Yo no quería despertarlas porque no sabía si tenían gente! ¡Ay, mi Dios!

Al cabo de un rato consiguen enterarse de lo fundamental. Su comadre Sandalia le fué con el cuento de que, hace ya algunos días, la negra Marcela le dió dos pesos a la lavandera de Renée para que le dejara llevar por un rato a su casa una combinación de la muchacha. Y concediéndole la misma importancia, cuenta también que, inexplicablemente, acaba de voltear en la cocina una caldera de agua hirviendo.

—¡Ay, Dios mío!

La idea de la Coca surge desde el primer momento en las muchachas. Pero recién cuando la cebadora sale como una exhalación a la casa de Zulema, en su procura, musita Renée:

—¡Esa es la Coca! ¿Qué hago?

La Nena está abrumada y muda.

—¡Ay, qué mala! ¡Qué culpa tengo yo! ¡Ni él!
¡Si ella lo dejó!

La Nena no habla. La mira con los ojos dilatados de espanto. Renée sigue pronunciando palabras que se van haciendo incoherentes. Es que al miedo se le ha ido uniendo una ira creciente que culmina en furor y que rechaza al miedo. De pronto, estallando en sollozos histéricos, se pone a patear el suelo.

—¡No me importa! ¡No me importa nada! Aunque me muera de hambre, aunque se me caiga la carne a pedazos, ni salgo de aquí ni lo dejo a Martín.

Pero con la decisión torna de nuevo el miedo. Un

espanto que crece, a su vez, mayor que las consecuencias imaginadas.

La Nena, que no atina a hablar, aunque comprende su deber de hacerlo, experimenta un profundo alivio al escuchar apresurados pasos. Y entregando la suerte de sus inquietudes a la patrona que llega, se pone a llorar ella también.

Zulema tiene los ojos irritados. Se ve por el brillo grasoso de la cara, por el seco desorden del pelo, que ha abandonado bruscamente el lecho y ni tiempo ha tenido de lavarse. Mientras se dispone a un minucioso interrogatorio piensa en la manera de resolver la dificultad,—por un no muy lejano resentimiento,—de llamar a la coya Macaria, bien conceptuada milagrera.

Renée, como la Nena, ha experimentado también una sensación de alivio y de confianza en presencia de la dueña. Secándose las lágrimas, ahogada por el hipo, sostiene empecinada:

—¡Si usted no me echa, yo no me voy de aquí, pase lo que pase!

—No, no te irás, muchacha. No todos los daños prenden. Y éste, agarrado tan a tiempo como lo vamos a agarrar. . . ¡Deme un mate, mujer! ¡No, primero traigamé el sillón del otro cuarto!

Zulema espera de pie hasta que el asiento llega.

—Bueno,—dice, sentándose.—Vos Nena, sentate ahí. Y vos, aquí. . .

—El hombre,—comienza a manera de preámbulo,—es una cosa divina. Es lo más divino que hay. . .

La frase la embelesa y la abstrae. De buena gana variaría el tema hacia regiones empíreas. Mas, recordándose, continúa:

—Es divino pero da muchos calentaderos de ca-

beza; de él vienen todas las desgracias. ¡Si lo sabré yo! ¡Bueno, es que la mujer, también, tiene cada cosa!

A pesar de estas palabras pesimistas, se le mantiene en el alma una sensación semejante a la de quien, en el rigor del verano, se echa agua encima. Es que, en la árida monotonía de su vida, los males,—por la conmoción que implican,—tienen algo de bueno.

Bien venidos, pues, los males,—lo único que llega,—máxime si, como éste, pueden ser conjurados por las artes de la coya ña Macaria. . .



Hasta el toque de oración, no es posible realizar el exorcismo. La Nena, que trajo al prostíbulo el resultado de la entrevista con ña Macaria, siguió después a la farmacia a comprar los indicados menjurjes.

—Yo trabajo solito con remedios de botica,—había expresado con cierto orgullo científico la anciana.

Como ninguna de las dos sabe escribir, la Nena ha tenido que ir repitiendo mentalmente por la calle, para no incurrir en olvidos:

—Azúcar “cándida”, anís estrellado, “lucema”, sangre de dragón, “menjuí”, incienso, mirra.

Regresa cabizbaja, los brazos flojos, con paso de autómatas, deseosa de que el camino al prostíbulo no tuviera fin. Algo misterioso y apenante ha traído a su sér incomprensibles advertencias.

En la cocina encuentra a Martín que dejó el cuarto de Renée para aprontar él mismo un mate porque allí nadie atina a nada. El violento ceño se acentúa más al verla. Y se desata en improperios contra la Coca perturbadora y perversa, contra las puerilida-

des de las otras. Cuando el chubasco amaina, la joven prostituta confía sus recónditas torturas:

—¡Ay, Martín!... En la farmacia encontré a una muchacha. Nos miramos ¡y me dió un frío en el corazón! Tenía carita buena. Pero lo mismo me quedé... sí, ¡a ver si la conocés!... era... ¡cómo te diré!... es delgada... tenía una cabecita muy linda, rubia, de pelo crespo... y unos ojitos verdes... y un traje azul, con un cuellito blanco... ¡Ah!, y un prendedor de oro...

—¡Es mi hermana, pues!

Martín ha palidecido.

—¿Olga?

—¿Cómo le sabías el nombre?

—Él la nombra, a veces... ¿Tiene novio?

—No...

La Nena siente que el llanto se le viene.

—Decime la verdad,—dice conteniéndose a duras penas. Le ha cogido las manos y lo mira fijamente a los ojos.—¿No tienen amores?

—¡No, Nena, te lo juro!

—¡Ah, qué tristeza tengo!

Y se pone a sollozar.

—¡Pero, muchacha! ¡Vamos, mujer! ¡Todas se han enloquecido aquí!

—¡Ay, qué cosa tengo en el corazón! ¡Qué cosa tan mala!



Van a ser las ocho. Y el toque de oración es inminente. A las siete llegó ña Macaria apoyando sus achagues en un grueso bastón de jacarandá. Sólo los ojos, que fulguran a veces, conservan su antigua

firmeza. De inmediato se encerró con Renée. Ahora, cuando la puerta vuelve a abrirse, la muchacha se revela muy tranquila, aunque descolorida y grave se le ha puesto la faz.

Después de cerciorarse de que se está preparando un buen braserío, ña Macaria acepta el sillón que en la cocina se le arrima. Saca de su sobado buche de avestruz chala y tabaco, arma un cigarro, y se pone a exhalar grandes humadas, silenciosa.

Ya una campana llama en la alta torre; ya otra la acompaña, disonante: talán... ton... talán... ton... Casi alegres. Pero, al entrar los sonos en el lupanar, hielan la sangre en las venas.

Las mujeres se han incorporado como por un resorte. La anciana hace echar brasas en una de las bandejas grandes. Y con ella en las manos, entra al dormitorio de Renée al tiempo que hace abrir de par en par la puerta al corredor y ordena a la dañada que vaya al otro cuarto, se desnude y aguarde.

Las ojeras violáceas se le ponen azules, de golpe, a la muchacha; casi negras. Su cara blanca espanta. Cuando la Nena acude a ayudarla a desvestirse, la encuentra temblando, dando diente con diente, los ojos desorbitados y fijos.

Pronunciando palabras ininteligibles, ña Macaria ha sacado del bolsico un botecillo y vuelca el pulverizado contenido sobre los carbones. Humo blanco, de penetrante olor, se eleva. Entonces se dirige resuelto a la pared opuesta al corredor y desde allí avanza lentamente, la humeante bandeja en alto. En el umbral, se detiene. Y luego, mascullando en voz baja algo que inútilmente trata de diferenciar Zulema, toda oídos, en el patio, circunda la habitación, pegada a las paredes, por el lado derecho. Ya otra vez

en la puerta, sopla las cenizas y hace el rodeo por el lado opuesto.

“Cuñataí”, ha creído escuchar repetidas veces Zulema. Cuñataí, que en guaraní quiere decir muchacha. Pero lo demás...

La voz, ahora con inflexiones extrañas de la vieja, ordena:

—Entornen la puerta. Y prendan las velas.

Zulema acude y enciende las tres velas ya pegadas con su mismo sebo a una mesita.

Ña Macaria solicita nuevas brasas. Que cuando llegan fulgurantes dispone sobre la bandeja colocada en el suelo, en medio de la pieza. Encima de la mesa están, cuidadosamente confundidos en una sola mixtura, los menjurjes que por la tarde trajo la Nena de la farmacia.

La puerta de comunicación con el otro cuarto se abre. Desnuda, la boca contraída, tenso el cuello, sosteniéndose en la Nena, aparece Renée, la carne azulosa de frío y espanto.

En fugaces asomos de desdentadas encías, los labios de la vieja muévense velozmente.

Un estremecimiento, que ahoga el grito ya debatiéndose en su garganta, sobrecoge a Renée cuando su manita es agarrada por la mano áspera y caliente de la oficiante. Sin soltarla, la coya ha echado sobre las brasas ardiendo una gran porción de la mágica mixtura. El fuego crepita. Se destacan breves llamas verdosas. Un humo espeso contonéase hacia arriba, cada vez más ancho, a la lívida luz de los cirios, borra los contornos, transmuta las cosas bajo sus flotantes mantos. Así, cogida de la mano, Renée pasa por encima de las ascuas. Pasa dos veces para formar una cruz. Y el sudor que le brota abundante

da a su cuerpo sin velos un aspecto metálico. Sobre la palidez lunar del nacimiento del seno se destaca la mancha con que fué sellado el maridaje. Ahora parece más oscura. Cual si, entre la lucha mortal del daño y el exorcismo, a toda costa se empecinara el derecho del "macho", del amor otorgado sin pago, del amor del alma.

La anciana abandona a Renée en un extremo de la alcoba, junto a la Nena muda. Y, agachándose, observa el fuego con profundo interés. Luego, la mano como araña vuelve a coger la mano de Renée. Azuzadas por la extraña mezcolanza de los polvos, se alzan nuevas llamaradas ante cuyos cuchillazos el humo asciende atropellante, huyente.

—Abrí las piernas y volvé a pasar . . .

La luz de abajo, la de las velas del costado proyectan sombras sobre el techo y las paredes. Algunas fijas, inmóviles como imágenes de obsesión. Otras cambiantes cual las formas del humo.

—Ya van dos cruces. Descansá.

Inclinada sobre el brasero, escudriña la vieja, mientras pegadas a la pared se estrechan las dos jóvenes confundidas en el mismo terror, en medio de un silencio que sólo turban, desde junto a los pabilos, los suspiros de Zulema, sus continuos sonarse la nariz.

Nuevamente Renée está al lado del fuego que a soplidos reavivó ña Macaria: trémula y esbelta, los brazos caídos a lo largo de las piernas aun juntas, el vientre apenas combo, el torso perfecto. Como otro ser maligno pugnante ya por dissociársele, medio cuerpo lanza una sombra espantable sobre la pared. La otra mitad, desde el techo, muestra en lugar del contorno real del seno una tumefacción monstruosa.

Entre el mar de arrugas de la cara de Macaria fulgura visible confianza, ahora.

—Pasá otra vez en cruz y ésta es la última,—ordena al tiempo que derrama sobre las ascuas repetidas pulgaradas de la misteriosa mezclanza.

—Güeno, ahora and'a vestirte. Era una saladura hábrbara y emperrada. Pero agarrada muy a tiempo.

Y agrega, lanzando por primera vez, al requerir su bastón, una mirada reflexiva sobre la desnuda:

—¡Tenés un cuerpo e' gloria! ¡Que Dios te lo conserve mucho tiempo!... Ahora, tengan cuidado de que el primer hombre que dentre al cuarto d'ella siá un cliente,—recomienda a Zulema, con quien ha quedado sola—. Si dentra primero algún amigo o eso, en la cuestión plata todo lo que si'ha hecho es al cuete.

Lía en chala su tabaco. Aproxima el cigarro a una vela.

—¿Y ahora quién me lleva a mi rancho? ¡Que me lleve alguna a mi rancho porque n'esta escuridá me mato entre las zanjas!



A través de la estrellada, serena, fría noche, la Nena conduce a ña Macaria, del brazo, trabajosamente, por el camino accidentado.

De las chozas irrumpen perros ladrantes y cargos, cuyos ojos ardientes, a veces, invisibles los cuerpos, dan la sensación de pares de brasas sostenidos en el aire por manos de misterio.

—¿Dentró a la botica, se miraron y vos sentistes eso?

—¡Una cosa en el corazón que me dejó helada, señora!

—Las almas dentran y salen de los cuerpos. A veces andan juntas y los cuerpos están a las leguas. Y cuando si acercan los cuerpos, que nunca si han visto, ellas si acuerdan de que se conocen. Tu alma y la d'ella s'encuentran juntas, en ocasiones, en un mismo lugar, segurito.

—¿Y por qué eso tan triste que sentí, eh, si ella tenía cara buena? ¿Por qué esas ganas de llorar tan grandes?

—Esperá, m'hija; esperá a qu'eso se resuelva... ¡Mirá el Cacique! ¡Venga Cacique!

Un cuzquito salta alrededor de las dos mujeres.

—¿Ya creía que no venía, Cacique?,—pregunta la vieja acariciándolo con su bastón.—¡No, venía, sí!... ¡Hay qu'esperar, Nena!



Ya ha salido Flora, patrona de un prostíbulo, que pasó a saludar y siguió a enfrente donde Iracema está gravísima.

Aguarda aún Eustaquia, la mujer de Manuel Benítez, que recién ha pocos días volvió a hacerse cargo de su puesto de mandadera en lo de Iracema. Postrada en cama estuvo después que le arrebataron el niño. Y se levantó porque “¡como nadie iba a verla!”... De hallarse Manuel y Coco o Tupambay en aquel momento, no lo llevan. ¡Pero ella, sola, con cuchillos de mesa! El niño no se condujo a Montevideo, con sus abuelos, como la madre acarició en el primer momento... Tampoco fué internado en el Hospicio, cosa en que también se pensó. A pesar de todos los inconvenientes, al mismísimo Canelones fué a dar. Al lado de su madre, que había sostenido:

—No me conviene dejarlo porque es muy chiquito y después no me va a conocer.

Cuando Fustaquia sale con la prestada bolsa de goma para el vientre siempre dolorido de Blanca Chica, la Nena enciende el primus.

Juan Carlos, que esta tarde se ha reconciliado, la frente pegada al vidrio de la puerta, mira al patio bajo la lluvia.

Ni relámpagos ni truenos turban la calma gris de la tarde. El ombú es más bello ahora, estilizado por el frío. Tanta hoja no lo dejaba ver. Más allá se advierte el trabajo anhelante de las enredaderas. Se han estirado por todo el muro durante el verano. Han clavado sus uñitas, después. Y bajo las inclemencias, esperan días mejores para seguir hacia donde a toda hora del día brilla el sol. Se han formado arroyos en el patio. Desembocan todos en uno mayor que pasa por la hendidura del muro, hacia la calle. Allí estas aguas se juntarán con otras. Cuando lleguen a ser muchas en el Bajo pueden abrirse paso hasta el río. Y con él, algunas, han de ver el mar. Allí, ¡jay!, aterradas, a viva fuerza, serán despojadas de lo que no entregaron ni a las orillas del gran cauce: hojas, ramitas del barrio maldito, los globitos amarillos de sus paraísos, esa caja de polvos ya pastosa e informe, la cinta que mariposeó sobre una cabecita alocada; ¡de tantas cosas se desprenderán!... ¡Atrás! ¡Atrás!,—gruñirán las topantes olas! ¡Fuera! ¡Sobre las playas la resaca!... ¡Y ellas ya solas, tan dulces! ¡Sobre el mar, hundiéndose inexorablemente en los abismos, cada vez, cada vez más amargas!

El espíritu del hombre se aleja hacia atrás en el tiempo, desciende, se desliza entre recuerdos. Alguno de ellos irrumpe de pronto, se aclara y se hunde en el olvido. Cual cosa vista a través del relámpago

mientras uno va en fuga. En la antigua Estancia él, un día, descalzo, bajo garúas frías... Desde el campo su petizo, reluciente por el agua... ¡Qué mirada tenía su padre!... Su madre, inclinada sobre la masa para las tortas fritas... Vestía de luto por su padre. Las manos entre la blanca masa...

De pronto su atención se fija. Apartando imágenes, como bajo la acción de un imán, un recuerdo se interpone. A la segunda vez de "garronear" a la Nena. Llovía igual que ahora. Se fundía al rumor de la lluvia el rumor del primus, tal como ahora. Ella estaba preocupada. Dejaba su asiento, hacía cualquier cosa inútil, volvía a sentarse aquella vez. Súbitamente exclamó, de pie, apoyándose en la cama:

—¡Yo quisiera que fueras mi marido, Juan Carlos! Sorprendido, él no contestó.

La joven lo miró fijamente a los ojos.

—Que vivieras conmigo...

Como él sonriera sin contestar, ella siguió, baja la vista, enrojeciendo:

—¡Dirás que soy una ofrecida!... Yo... si vos querés...

—Sí, Nena...

De un manotazo ella descubrió un seno.

—¿Me querés? ¡Bueno, marcame!

Él inclinó lentamente la cabeza. Y oficiando el ritual del maridaje malevo, pegó su boca al seno, apretó finamente los labios, tiró con fuerza luego de la piel hacia sí...

Llovía tal como ahora; se fundía al rumor del primus el rumor de la lluvia, igual que aquí. Aunque sintió como una quemadura, ella había mirado tiernamente el seno, unos instantes. Luego lo cubrió con la blusa y puso sobre él las manos. Alzó los ojos. De nuevo estaba intensamente pálida.

—Algún día te irás de mí...

—¡No seas boba!

—¡Sí, si yo lo sé! Para casarte con alguna... Así es siempre.

Juan Carlos no pronunció la palabra que ella aguardaba, sin embargo, por sobre todo y a pesar de todo.

Vaciló la Nena un momento. Luego, recobrándose, continuó:

—¡El día que te vayas no me digas nada, Juan Carlos! Yo no debo saber nada hasta después. No te despedirás de mí. Vendrás esa noche como siempre...

Los ojos le ardieron de lágrimas.

—¿Vos tenés novia, ya?

—¡No, te lo aseguro, Nena!

—Me besarás... me dejarás sin decirme nada, nada...

Una tibieza de rescoldo la posesionó. Su cabeza buscó el pecho varonil y se apoyó allí.

—¡Sé bueno conmigo, Juan Carlos! ¡Si todavía no te has ennoviado, voy a tener un tiempo para ser feliz!

La tapa de la caldera, resonando, despierta a Juan Carlos de su evocación. Torna la cabeza.

—Aprontá el mate, Nena.

Mientras ella lo prepara, él recuerda que, aquella vez, el mismo rumor interrumpió a la joven. Y que él había dicho:

—Aprontá el mate, Nena.

Silenciosa, la Nena se dispone al apronte. Y Juan Carlos vuelve a caer en su ensoñación.

Olga, la tarde anterior, le ofrece el mate. Le ve los ojos lindos mirarlo rientes. Esa noche, en la plaza, pasean juntos. Los acompaña Lala. Pero los ojos lindos están tristes... Tal vez se debiera a...

—¡Qué loca era Adelaida, una que había en Ta-
cuarembó!

Juan Carlos alza la cabeza. La Nena tiene el mate en la mano, esperando que hinche la yerba.

—Contaba cosas, siempre...—sigue la prostituta, al tiempo que disimula su actitud avizora—. Y decía que, cuando era jovencita, quiso a dos hombres a la vez... ¡y mucho!

Juan Carlos sospecha el secreto pensamiento de la Nena. Pero como guarda silencio, ella repone:

—¡Bueno, pasan tantas cosas! ¡Hay hombres que se casan y siguen con mujer en el Bajo...!

Y lanza, furtiva, una mirada sobre su amante.

Juan Carlos, como si cambiara la conversación, cual si no hubiera descubierto las secretas zozobras, la tranquiliza desde lejos; desvía la imaginación de la muchacha,—sin herirla ni hacerle demasiado conscientes sus inquietudes,—hacia zonas más promisoras.

—Estaba pensando, ché, qué lindo para invitar esta noche a Humberto Correa, el payador, ¿te acordás?, que anda aquí desde ayer con su mujer, aquella rubia linda, con voz de pajarito. Y a Florismán también lo invitamos. Y hacemos una buena guitarrada en lo del Tuerto o en lo del Perro. Y por no venirnos a lo oscuro, con el barrial, nos quedamos en lo de Encarnación o en lo de Flora y mañana nos volvemos, ¿eh?

Estas palabras surten el efecto deseado. Las sombras tétricas son empujadas por una luz radiante. Tanta es la dicha de la muchacha que se enternece hasta las lágrimas. Las disimula asomándose a la ventana, tras el cristal.

¡Cómo corren las aguas hacia el río! ¡Algunas de ellas, con cositas encima, llegarán al mar!... “¡Atrás,

atrás!", les gruñirán las topantes olas. "¡Atrás! ¡A la orilla la resaca!" ¡Y ellas, ya solas, tan dulces!

En eso ve salir a Eustaquia de lo de Iracema. La mujer de Manuel Benítez, la copropietaria del perro Tupambay o Coco, lleva los brazos en alto, asustada. Con su húmedo traje verde pegado al cuerpo, tan fina y larga,—más flaca y larga desde que la dejaron sin el niño,—parece un mamboretá.

—¡Se habrá muerto Iracema!

La Nena corre hacia la calle. Del prostíbulo le alcanzan una bolsa a la mandadera. Que ella dispone en forma de capucha, encasquetándose. Y ya inicia su carrera cuando la Nena la detiene.

—¡Voy a buscar al señor cura, que doña Iracema s'está muriendo!

La Nena se apena. Comprende que Eustaquia no es la más indicada para esa misión. Después de un instante de vacilación, regresa con ella y pide permiso a Juan Carlos. Luego da con los nudillos en la puerta de su compañera.

—¡Ché, Renée! ¡Levantate, que queda Juan Carlos solo!

Salen las dos mujeres de la mancebía. Eustaquia hacia lo de Iracema, la Nena hacia la iglesia, bajo el paraguas chorreante. La movieron a proceder así generosos sentimientos que le brotan como si agradeciera con ellos, como si justificara con ellos; cual si los ofrendara en el altar de su felicidad de nuevo cimentada; como quien liberta palomas.

Es una lluvia fina. En las veredas se forman charcos donde los pies precipitados de la Nena se hunden y chapotean. Las calles que atraviesa están desiertas. Parece más bueno el Centro bajo este cielo gris y esta llovizna fría. Reinan el silencio y la sole-

dad. Como si cada uno, aisladamente, olvidando sus cosas, aguzando el oído, se dispusiera a esperar, entre el rumor monótono del agua, una voz pura y presentida que hubiera de surgir de un momento a otro. . .

La Nena llega a la plaza. En un costado hay varios autos de alquiler. Sólo en uno está el chofer, porque los de los otros contemplan la lluvia desde un café próximo. A ése le dice que la espere frente a la iglesia. Y entra sintiendo que una creciente zozobra la asalta. Pide hablar con el cura a un viejo que mira llover sentado en el atrio, junto a la puertita de acceso a la torre. Y mientras él, cojeando, desaparece, la Nena avanza por el templo y se arrodilla a los pies de la María de brazos abiertos. Ha hecho esto sin pensarlo. Ninguna idea religiosa pasa por su mente. Se sintió, sí, presa de una angustia recóndita al entrar. Es que el miedo a perder a su amor en plazo más o menos largo, vuelve por otro camino, disfrazado de temor a sanciones de delitos imprecisables. Se halla junto a la Virgen en la actitud de quien, en el campo, se refugia bajo el ombú. . .

¡Qué hermosa está Ella con su coronita de plata!
¡Qué mirada tan buena tiene! El collar de perlas, a pesar de ser un duplicado,—que el otro sólo en las grandes solemnidades sale del escondido cofre,—le sienta encantador. El lunar en la mejilla, más mujer la hace. Gracias a él, a la redonda manchita negra próxima a la boca, se han llevado a cabo muchos diálogos silenciosos y comprensivos como el que ahora inicia la Nena. ¡Ah, qué bonito el ancho traje largo de seda celeste!

Alguien la toca en el hombro. Es un anciano sacerdote de cabellos blancos y rostro fresco y complaciente.

—Una señora que se está muriendo... Quiere confesarse... Vive...

Recuerda al fin la calle. Pero el número, no. Se esfuerza en su tribulación sin advertir que nunca lo supo.

El cura considera que eso no es necesario porque ella lo acompañará. Le ruego que espere un momento y se pierde por una de las naves laterales.

Entonces la Nena huye hacia el exterior. Y dejando librado al chofer la misión de enterar al sacerdote de la clase de mujer que es Iracema, abre el paraguas y se hunde entre la llovizna.



Varias mujeres acompañan a las pupilas y a la hermana de Iracema. Han llegado de los otros lenocinios atraídas por una secreta adunación de curiosidad y lástima. Hay también una negra ya vieja que suspira a cada instante un “¡Pobre mujer!” enternecido, y a quien las de la casa no pierden de vista porque es muy capaz de aprovechar la confusión para “alzarse” con algo.

Contristada, como sonámbula, anda entre ellas la hermana de la patrona, la insignificante mujercita llegada la tarde antes de un pueblo lejano a requerimiento de la enferma y por quien, en medio de sus angustias, hizo a sus mancebas esta recomendación:

—Si ven que viene mal vestida no se vayan a reír de ella,—para caer de nuevo en un sopor oscuro.

De cuando en cuando, la humilde forastera se enjuga los ojos, a los que fluyen gruesas lágrimas. De sonarse tiene la nariz enrojecida. Consulta la menor cosa con Flora, la patrona de otro prostíbu-

lo, que guarda una actitud severa y que, íntimamente, se siente feliz al considerarse decisiva en medio de tal caos. Ella fué la que indicó la conveniencia de llamar al cura cuando, a poco de llegar, oyó lo que, desde la madrugada, repite Iracema entre incoherencias de la fiebre. Las rameritas se helaban cada vez que, abriendo desmesuradamente los ojos, gemía la moribunda: “¡Tengo una cosa que confesar y no se la puedo decir a nadie! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!”. Bastó que Flora la escuchara una sola vez para que tomara una rápida, audaz resolución y ordenara a Eustaquia que fuera a buscar al cura. Ha hecho barrer las piezas por donde él pasará, determinando un itinerario arbitrario y minucioso. Ordena una nueva disposición de ciertos muebles... A todo acceden, diligentes, pupilas y visitantes. La hermana de Iracema, abrumada, anda al lado del gran corpachón de Flora, enjugando sus ojos y su nariz. Desde el fondo de su pasmo mantiene un sentimiento respetuoso y admirativo hacia la otra. ¿A ella se le hubiera ocurrido llamar al confesor, y las tantas cosas que son necesarias para preparar su llegada?

Flora, inagotable, ha mandado a su mancebía con mucho misterio. Eustaquia sale y vuelve sin aliento. Trae un gran crucifijo bajo su capuchón de arpillerá. Con él en alto, la churriana entra solemne en el cuarto de Iracema. Diríase que se ha identificado con un ministro del Señor. En el fondo ella, en aquel momento, querría asumir una importancia por lo menos equivalente a los ojos del mujerío y hasta a sus propios ojos. De puntillas algunas se han acercado a la puerta. Flora las hace echar atrás con amplio gesto imperioso. Vuelve sobre sus pasos. Gira la llave, ahora... Y al tornarse y ver clavados en ella

los ojillos dolientes de la enferma, comprende de golpe que está haciendo estas cosas sin saber a punto fijo para qué. Pierde su compostura. Traga abundante saliva. Deposita el crucifijo entre frascos y cajas de inyecciones. Se sienta en la cama... Recién en este instante se apiada verdaderamente de la que observa espantada. Antes, apenas si la había mirado. La contempla, ahora, con interés solícito. Advierte el rostro brillante, con esa grasitud que va dejando el sudor no enjugado. ¡Está lívida Iracema, los labios negros, cuarteados por la fiebre! Cuelgan de ellos girones de pellejo que dan la sensación de que acaba de comer y no se ha limpiado la boca. Flora pronuncia algunas palabras de esperanza que la otra parece no oír. Sólo cuando le acaricia los cabellos entorna los párpados y se le dibuja una sonrisa agradecida.

Una súbita idea, que llega como caída del cielo a justificar ampliamente las anteriores andanzas, hace que Flora se levante, coja el crucifijo y lo sitúe sobre la almohada, junto a la cabeza de Iracema.

—¡Esto te hará bien! Y ahora vendrá el cura...

—¡Cómo llueve!,—exclama Iracema oyendo recién el rumor del agua, que le trae una nueva, extraña zozobra. Y agrega:—¡Ay, no viene! ¡No ha querido venir!

Flora escucha estas palabras con visible desagrado.

—¿Y por qué no va a venir? ¿Qué se creará él?... ¡Somos de carne y hueso!

Se incorpora de nuevo. Paseándose por el cuarto, sostiene con rabia:

—¡Vendrá, sí! Y si no viene...

Lucha en vano por rematar la imprudente frase de manera que no inquiete más a Iracema. Se ha dete-

nido. ¿Qué puede decir ante los ojos angustiados otra vez fijos en ella? Experimenta ahora una ira sorda contra el sacerdote, ante la posibilidad de que no venga, contrariando así la realización de su sueño. Sin esto, todas aquellas disposiciones, aquel arreglo, aquella creciente expectativa que creó en las mujeres, su propia presencia resultarían absurdos. Y la cólera sin freno le hace decir con altivez, erguida cuan grande es en medio de la alcoba:

—¡Y si no viene ahí está Jesucristo! ¡Al fin y al cabo, el que perdona es él, no el cura!

Con desesperación, Iracema sigue escuchando la lluvia. Y le producen pánico confusas imágenes de diluvio y fin de mundos.

En el patio, bajo el corredor, se ha formado un grupo de muchachas que atienden, todas ojos y oídos, a una ramerita, a la linda Lulú, tan alocada siempre y ahora tan intimidada, que pudo asomarse antes de que Flora echara la llave.

—¡Tiene una tela en los ojos! ¡Una tela, sí! ¡La tela de los muertos!

Se exigen detalles. Ella satisface a todas. Muestra sus bellos ojos y se explica mejor.

De pronto estallan en carcajadas que ahogan con las manos. La vieja negra ha salido de la cocina escupiendo y entre arcadas. Es que a hurtadillas, después de un “¡pobre mujer!”, se ha empinado la botella de kerosene confundiéndola con la de caña.

Iracema gimotea ante palabras de fuego de Flora. Le torna el miedo a la muerte; a la horrible muerte que concibe negra y opaca como obscuridad de cueva. Trabajosamente, sin mover la cabeza, busca a tientas el crucifijo, lo lleva a los labios, lo besa muchas veces. Pronuncia palabras entrecortadas que se

van quedando atrás, que se estorban, más lentas que el pensamiento:

—¡Dios mío! ¡Dios mío querido! Yo siempre me acordaba de tí... a veces rezaba... Yo he rezado muchas veces... ¡Yo te rezo todas las noches!

Iracema miente bajo el mismo terror y el mismo sincero, efímero deseo de enmendarse, de las tantas oportunidades en que engañaba al comisario y a los jueces.

Flora no entiende el balbuceo.

—¿Qué?,—se pregunta, inclinándose sobre el lecho.

El chirriar del gancho al abrirse la puerta del zaguán, el brusco silencio en el corredor, la hacen salir precipitada. Pero sufre, con las otras, una cruel decepción. Quien ha llegado es la Nena. Mojada a pesar del paraguas. Se expresa con dificultad porque está fatigadísima.

—¡Ay, Dios mío!,—llega de adentro.

Flora se ha asomado a la puerta de calle. Vuelve con aire contrariado. Recostada a la pared, los ojillos de la hermana de Iracema están pendientes de ella.

—Debe ser alguna cosa muy importante la que necesita confesar,—piensa Flora en voz alta. Y dirigiéndose a la mujer:—Ella tiene una hija que cree que la madre es muerta, ¿no es cierto?,—interroga de pronto, con severidad impresionante.

La otra asiente con la cabeza.

Los cuellos tendidos hacia adelante, las muchachas se aproximan. Ha caído como una bomba la revelación. Ninguna oyó jamás semejante cosa.

—¿Cómo? ¿Han hecho creer a la hija que no tiene madre?

Una mirada de fuego hace retroceder a la joven

prostituta. Flora empuja a la hermana de Iracema y la lleva a un rincón de la cocina. Nunca había prestado atención a aquel asunto del que oyó hablar en cierta oportunidad en Paso de los Toros. Pero, ahora, le está concediendo la mayor importancia. Intuye una secreta correspondencia entre la falsa huérfana y el pecado de tan escabrosa como necesaria revelación.

—¿Dónde está esa muchacha? ¡Usted tiene que saberlo!

Lo dice en tono amenazador, anhelante de que la respuesta encuentre resistencia en su interlocutora, significando con ello su extrema gravedad.

Defrauda cruelmente sus esperanzas la rapidez de la contestación.

—Está en Montevideo, en lo de los Barcas, desde que se fueron de Paysandú.

—Barcas... Barcas,—repite mientras se repone del desaliento y cobra bríos.—¿De Paysandú, dice? Las mujeres irrumpen en la cocina.

—¡El cura! ¡El cura y uno de bigote!

Erguida, adoptando una actitud digna, la mujerona sale al corredor, mientras la Nena aguarda el momento de poder escabullirse sin ser vista por el que llega.

Tiene cabellos blancos y una bondadosa expresión. Tiende una mirada curiosa, disimuladamente picaresca en derredor. Ha traído un acompañante y testigo,—por las dudas,—que queda al lado del zaguán, severo y carraspeante. Ya de cierta edad, cejijunto, con enhiestos, gruesos bigotes, el caballero.

Flora esperaba una actitud más impresionante en el sacerdote. Después de una rápida ojeada comparativa, de buena gana pondría al de la puerta el traje talar, pese a su exagerada, puntiaguda pilosidad.

—Por aquí, padre,—indica sometiéndose con cristiana resignación.

Iracema se echa a gimotear. Ahora que está quien va a salvarla, la asalta un miedo cerval. Le parece que le corren la vida y que él no va a llegar a tiempo.

La calman palabras piadosas.

—¡Dios es tan bueno, tan bueno!,—dice el anciano con voz dulce.— Y... ¡nosotros somos buenos, también! ¡Nos arrepentimos porque somos buenos! Por eso es que... ¡Déjanos solos, hija!

—Yo por si precisaban algo.

—Ya no precisamos nada. Ve afuera y reza.

Flora sale presa de gran abatimiento. Y tanto por obligar a las otras a alejarse de la puerta, como para dar nuevas formas a las necesidades de su espíritu tan inexorablemente coartado por lo adverso de las circunstancias, obliga al rameraje a arrodillarse en torno suyo, en la cocina, sin rezar,—porque nadie sabe,—el ojo, ella, Flora, al corredor.



—¡Adiós!,—dice el confesor con dulzura misericordiosa.—¡Que Dios las ayude!

Y sale al encuentro de los bigotes del caballero, mientras se asoma a la puerta de la cocina un ramillete de lindas cabecitas tras el corpachón de Flora.

Tan suave acento conmueve a las muchachas. Permanecen inmóviles, tensos los cuellos, ocultos los cuerpos, mirándolo alejarse.

El zaguán se cierra tras él. Se oye el motor del auto puesto en marcha.

Un momento aun quedan silenciosas. Hasta que una de ellas, Lulú, con esfuerzo, suelta la carcajada.

Esto, provocado para sacudir el propio ensimismamiento, recobra a las demás. Y se diseminan por el patio, parloteras. Una saca la manita fuera del corredor y deja que el agua se la moje.

Dentro, una sensación de bienestar ha inundado el alma de Iracema. Se va quedando dormida entre imágenes confusas cada vez aparentemente más lejanas de la de la situación que confesara al cura. De espaldas como ella, a su lado, sobre su cruz, el Cristo. Ambos parecen mirar al techo, pensativos.

El espíritu de Iracema ha encontrado, de pronto, un cauce por el que se desliza sin obstáculos. Sueña que, completamente dichosa, va en un carruaje con llantas de goma, en un tibio día de primavera. Si su estado lo permitiera, comprendería que el coche es el mismo que la condujo en su extrema juventud, cuando aun el amor no había llamado a su corazón y era fiel al hombre que la hizo su esposa allá por el Arerunguá. Vivía en ese entonces protegida por una costra honesta de su conciencia que se resquebrajó a impulsos de una pasión enérgica. E hizo de aquella muchacha silenciosa y tímida, sumisa hasta aceptar un marido impuesto, esto de ahora. ¿Quién pudo sospecharlo al verla pasar por el campo, apenas púber, en un coche de llantas de goma, en el Arerunguá? Iba a su lado un estanciero ya entrado en años, serio y digno, con un cinto hinchado de onzas de oro en donde ella metió apresuradamente la mano una noche de invierno. ¡Ah, va veloz y silenciosamente a través de los campos, deslizada por un coche de cuatro caballos! Y aspira el perfume de un jazmín del país, blanco de florecillas, que hay frente a una Estancia grande, con rejas de hierro en puertas y ventanas... Un jazmín donde... Pero es Miranda,

el entrerriano, el que está a su lado... Es él quien le estira el pie para que estribe y se siente en las ancas de su pangaré...

Iracema hace un esfuerzo por retener las ideas y, perdida la conciencia, se queda dormida.

—¡Respira, sí, respira! ¿Cómo has asegurado que no respiraba?

Lulú tiembla ante la voz y la actitud impresionantes de Flora.

—¡Ay, me equivoqué! ¡Ay, sí, respira!



Han pasado muchos días. Pero al invierno le cuesta levantarse y seguir la vuelta. En sus esfuerzos hiela, llueve, sacude las cosas de la tierra. Y toma aliento y se debate.

Juan Carlos abre los ojos, sorprendido. Ve una difusa claridad por el entreabierto postigo. Distingue en la penumbra, tras una yunta aradora, a un ángel resplandeciente. Entonces recuerda. Está en el prostíbulo de Encarnación, en la alcoba de Margarita. Un rumor apagado invade el ambiente. Más claro sobre el techo. Llueve.

Alarga el brazo. En el saco colgado sobre una silla busca un cigarrillo. Lo enciende. Antes de apagar el fósforo se sienta en la cama y mira el reloj. Son las cinco y está anocheciendo.

Tiene sed. Se incorpora y se pone el saco.

Se levantó a las diez para venir. Porque lo habían invitado al cumpleaños de Margarita, su muy amiga. Cuando llegó ya estaban todos los convidados. Muchos habían traído presentes. Asistía Agueda con dos de sus pupilas. Dos muchachas de lo de Flo-

ra con un expresivo mensaje de su patrona. De lo de Iracema hizo acto de presencia sólo Blanca Chica, porque las otras no son amigas. De distintas mancebías, varias más. La Nena mandó su regalo. Pero no vino, por no encontrarse con Juan Carlos. Cuando están enojados no va a fiestas. Así ha procedido siempre. Margarita estaba radiante a pesar del tiempo que amenazaba aguarle el santo. Medias, peines, carabanas. Una combinación roja con su monograma. Otra azul, de seda de la buena. Un corte de vestido. Un perrito alcancía. El mate con boquilla y bombilla de oro y plata de Juan Carlos. . . La besaban todas al llegar y le deseaban miles de felicidades. Y se alegraban recíprocamente entre admiraciones y elogios a los regalos expuestos sobre una mesa, junto a la carta en papel rosa de Flora. Hombres, además de Juan Carlos, concurren Juan de Dios, marido de Luisa, el rengo Epifanio, que vive con Agueda, el pardo Luna, dos guitarreros,—Pagalday y Quintana, los mentados,—y el Mellizo Juan para asar el capón. El sueño causado por el madrugón, la comida copiosa, el abundante beveraje obligaron a Juan Carlos a buscar el cuarto de Margarita a fin de dormir un rato en seguida de los postres, entre las carcajadas del jolgorio.

La lluvia lo contraría. Se asoma abriendo el postigo. Ya hay luz en el boliche del Tuerto. . . Ve de costado el haz amarillo de la ochava. Un jinete pasa al trote, cabizbajo, envuelto en su poncho. Oye el chapotear de los cascos en el agua barrosa que, a los costados de la calzada, corre en riachos. Los paraísos en vano se sacuden las sombras. Y sus movimientos desprenden lo único que ya les queda en las ramas: unas esferitas amarillas que se incrustan en el fango o se alejan flotando en la corriente.

Sale al zaguán. Oye voces más lejos. Y le llega olor a tortas fritas.

El breve pasadizo da a un patio descubierto que al fondo limitan tres piezas con techo de zinc en media agua. Por una de las puertas ve luz.

Hay un sendero de ladrillos que él pasa corriendo bajo la lluvia. Entra como una tromba.

—Ya te íbamos a llevar mate...

—Sentate. Llueve sin lástima. ¡Ay, cierren!

Las primeras gotas dispersaron a los invitados hacia sus islas inminentes. Están solas Encarnación y sus pupilas. Laxos los nervios por el insomnio,—se madrugó para el apronte,—tarda la imaginación algunas de ellas y la patrona debido a la creciente borrachera.

Sorbe el mate, ávido. Y bebe un trago de caña.

Es en la gran habitación que se destinaba al tango hasta que la policía lo prohibió. Permanecen aún el tablado de la música y la escalerita de acceso. Los mantienen la esperanza en un cambio de jefe de policía, que no llega nunca. Sobre una mesa están las tortas fritas. Apetitosas, doradas. Junto al azucareiro para el mate dulce, también la caldera de entenebrecida panza. Y los vasos. En el centro de la mesa, la lámpara que huele a kerosene.

—¿Y cómo me voy, lloviendo?

—¡Y... quedate!

Esto lo aconseja Margarita, recibéndole el mate, con el espíritu parecido al de quien hace rayitas en el suelo.

—¡Claro!—exclama Encarnación. Y agrega, riendo:—Lo que sí que no hay cama disponible. Si no si arregla con alguna... aunque sea por una noche...

El mate en la mano, hincando los dientecillos en su torta, Margarita propone:

—Y... te acostás en mi cama... ¿qué tiene?

Estallan carcajadas.

—¡Ustedes se van a salir casando!

—¡Sí, de las mechas! ¿No te parece, Juan Carlos? Estas palabras de Margarita,—que ha enrojecido,—vuelven a provocar la hilaridad.

Al joven lo seduce, ahora, la idea de quedarse. El persistente rumor de la lluvia, la tibieza acogedora de la habitación, las cuatro mujeres que no turban su acariciada soledad. Luego, el fangal hacia el Centro, el agua misma. Y, más que nada, un secreto deseo de estarse quieto, de dejar pasar, de esperar.

Encarnación vuelve a llenar dos vasitos. Le alarga uno y se reserva el otro.

El mate se detiene, hasta que el agua se caliente de nuevo. Llevó la caldera una de las muchachas, a la cocina. La llevó Irene, delgada, linda, rubia. Echándose un trapo por encima, para atravesar el descampado.

Entra una ráfaga helada.

—¡Ah, qué muchacha! ¡Cierren!



Ratos después de cenar volvieron al mate en el dormitorio de Encarnación, espacioso, Arca de Noé del mundo inanimado, refugio de floreros, repisas, rinconeras, piezas de yeso y marmolina, almohadones, cuadros, estampas sagradas. Del gran reloj de pared pende un angelito colgado de un hilo elástico. Al menor tocamiento el de las alas se mece en el aire. Y sube y baja y asciende en seguida, entonces, cual si fuera de verdad y quisiera posarse y se quemara los pies.

El prostíbulo está tranquilo. Ha cesado la lluvia, pero ¿quién se anima en el Centro a arrostrar los fangales? Sólo vinieron dos, del mismo Bajo: el Mellizo Juan y el Chano, embarrados hasta media bota. Más por conversar con Juan Carlos. Ya se retiraron.

Detrás de los bostezos las mancebas se van levantando. Y Luisa se encuentra con Juan de Dios, que viene a acostarse.

Cuando Encarnación, mareada por quinta vez en el día, comprende que Margarita y su amigo permanecen sólo por acompañarla, los despide.

La joven meretriz se dirige a su alcoba seguida de su amigo.

—Vamos a cerrar el zaguán. Esas aturdiditas lo han dejado abierto.

Se asoman.

—¡Qué linda está la noche!

El viento que buscaba entrar hasta el último rincón estremeciendo puertas y ventanas, el viento que aullaba y volvía sobre los obstáculos empecinados, el viento siguió su fuga hacia los campos y ya no está en el Bajo.

Los techos en media agua son bruñidas láminas de plata. Al menor estremecimiento del aire, se evidencian aljófares que se desgranán. Luce, ahora, blanca y fría la luna. Brilla, reluce, fulgura atenuadamente el barro, a su influjo. Hay cristales tirados por todas partes. Grandes y en añicos. Ágatas verdosas, azuladas, levemente rojizas. Trozos de vidrio con vetas de cobre y de cobalto. Y una plancha de oro pálido frente a los jóvenes, a sus pies. Parece recién hechito el Bajo. Con metales preciosos, con pedrerías de apagados fulgores. Por gnomos muy experimenta-

dos y duendecillos de genio. Para sueños de niños. No ha habido tiempo, todavía, de recoger el material sobrante. Es que se escucha aún a invisibles obreros en los lagunones que se ensancharon donde empieza el campo.

¿Qué falta aún? ¿Alféizar de esmeralda en lo de Agueda? ¿Berilos y amatistas para las grietas del rancho de "Las Tres Hermanas"? ¿Acaso cuatro láminas de plata para substituir los "vidrios de lata" de lo de Flora?

Los jóvenes sonríen mudos, embobados en su deslumbramiento.

—Yo, una vez... cuando era chico...

Echan los pasadores y Juan Carlos traspone la pequeña puerta con la prostituta.

Parece más tibia la habitación.

Se acuestan castos como hermanos.

Las sábanas están frías. Se juntan las espaldas. Un brazo sale de entre las cobijas. La luz de la lámpara parpadea y se apaga.

—¡Buenas noches, Margarita!

—¡Hasta mañana, si Dios quiere!



El sueño cayó pronto sobre el joven. Margarita vela aún. Sin saber de dónde, una dicha serena y melancólica ha llegado a su corazón. ¡Si ella pudiera verse la sonrisa de sus labios! ¡Qué inquietud la sobrecogería, tal vez! Pero ella, así, con los ojos cerrados, no atina a nada, como un niño. Goza su felicidad sin remontarse hacia su origen. Le llega la pausada respiración del hombre. Da las dos horas allá arriba, en el Centro, la formidable campana.

¡Oh, qué bienestar intenso! Ella no mira pasar su embeleso; flotando en su corriente, va sin saber de dónde ni adónde. Va tan contenta que le asoman lágrimas. . . Poco a poco, comprende que se ha transportado a su niñez. Rebusca allí, entonces. Y, de manos a boca, da con los lejanos días en que su madre vertía caña en un plato, le agregaba azúcar y le aproximaba un fósforo. Aquello ardía en seguida con una llama de color verde amarillo y la habitación toda se transformaba en un mundo fantástico, poblado de cosas misteriosas. Azotaba el invierno, afuera, y el pecho de la niña estaba oprimido. Pero bebía luego aquel líquido todavía tibio y, entonces, el fuego corría por sus venas y una felicidad sin límites la hacía suya. Ella cerraba los ojos. La imagen de su madre, más bella que nunca iluminada por la luz de la caña, perduraba. Hasta que sus líneas se iban fundiendo a un paisaje surgido hacia ella, quién sabe de dónde. El pequeño lecho se balanceaba, giraba, comenzaba a deslizarse. Y Margarita era como el lobito muerto que viera un día, desde las barrancas, flotar sobre la aguas veloces del río. Iba igual, extendida, cerrados los ojos, fugitiva.

—¡Adiós!,—decían en un murmullo dulce por lo apenado, las riberas del cauce.

—¡Adiós!,—repetían los ranchos, los montes, las bestias, la pradera inmensa.

—¡Adiós!,—decíase ella, también, alejándose de sí misma.

Y llegaba, como el lobito aquel debió de llegar, al fondo de profundidades marinas donde formas graciosas la acogían amantes para mecerla entre cantos no del todo desconocidos, como escuchados alguna otra vez. . .

Cuando abre los ojos, ella le está tendiendo un vaso de agua tibia y el mate.

—¡Hay un barrial, si vieras!

El sol destruyó el encanto. Al pie del pueblo altivo, de torres amenazantes, el Bajo está otra vez feo y misérrimo.

Juan Carlos, acodado, sorbe el mate en silencio.

—¡Qué vida estúpida y estéril,—piensa frunciendo el ceño.

Advierte la dulce sonrisa de la muchacha. Sonríe a su vez. Pero ella ha percibido su seriedad y se pone grave.

Cabizbaja sale, y regresa con la caldera. Con el pie arrastra hasta junto a la cama un pequeño calentador a kerosene. Lo enciende con luz débil. Pone encima el agua.

El mate va de mano en mano.

—¡Yo soy un hombre muy desgraciado, Margarita!

Otra naciente sonrisa vuelve a apagarse en ella sin brusquedad, como sin sorpresa.

—Yo soy un estafado como tú, como todos ustedes, como todos los del Bajo. . . ¡Cómo será la cosa, Margarita!. . . ¡Yo rico, joven, fuerte!

Lo ha dicho en tono de confianza. Cuando guarda silencio, cuando entrecorta las frases, le da la sensación a Margarita de que va a seguir, de que continuará por mucho tiempo.

En efecto: de largo en largo, las palabras continúan surgiendo con acento de tristeza entregada, desprovista de rebeldías.

—Algunas cosas de las que me ahogan las veo bien. Otras son más malas porque no se comprenden. . . ¡Me han enseñado muchas cosas, Margarita! ¡He creído muchas cosas, Margarita! ¡Y comprendo, ahora, que detrás todo estaba hueco y negro!

Sin chistar, la muchacha aguarda el mate aún a medio sorber en la mano de Juan Carlos. Cuando el agua bulle en la caldera, saliendo por el pico un chorro de vapor, la retira y la pone en el suelo.

El pensamiento del hombre mana, tantea sin palabras, ya.

Vacía el mate. Ella lo llena y se pone a chupar, con los ojos fijos en el rostro del joven que, a su vez, tiene la vista posada en el suelo. . . Pero es sobre el calentador que la mantiene. En un alce de la angustia lo miraba casi sin darse cuenta. Las dos mechas encendidas que desprenden una leve estela de humo, la palanquita para moverlas, los tornillos, el trípode en que se asienta. . . Y de todo esto comienza a brotarle una sensación sobrecogedora.

Ha dilatado los ojos junto al silencio de la muchacha. Se le pone ante la vista toda la habitación, todo lo contenido dentro de las cuatro paredes. Los hierros de la ventana, los pestillos, la caldera con los remaches del asa. El balde. El lecho claveteado, el jergón de elástico. . . El misterio, entonces, lo invade con toda su potencia desconcertante. Y de entre él brotan hombres, muchos hombres, infinidad de hombres en la amplitud del espacio, en lo infinito del tiempo. Están haciendo camas, jergones, baldes, rejas, pestillos. Bajo el cielo igual. Pegando, juntando, clavando. Enciman moles de piedra. Casas. Casas. . . Hasta levantan una cruz y remachan allí a uno de ellos. Los brazos se alzan y bajan inconteni-

dos. Los hombres se suceden, pero los brazos parecen siempre los mismos, cual si troncos lisiados se ensartaran en ellos. Una voz que surge del corazón palpitante de la muchedumbre, se ahoga bajo los golpes. Tan compasiva es, que el que la escucha enloquece. Pero los hombres no oyen nada. Martillan, martillan. Y cuando de la voz, a pesar de todo, llega un eco, entonces redoblan los golpes, febricitantes; entonces un estremecimiento recorre a la muchedumbre agachada sobre la tierra; entonces se destaca más el estruendo de los martillazos. Los hombres se arremolinan igual que hormigas. El sudor corre largo. Los pulmones se abomban como para estallar. Los hombres no alzan la cabeza. Los martillos suben y caen.

—¿A algún oído atento, fuera del mundo, le llegarán esos golpes, tal vez, desde la obscuridad, como que levantan patibulos?... Sí, patibulos de las humanas esperanzas! Que toda realización nos va matando algo. Y el realizarlo todo será el Apocalipsis... ¿Y si la inteligencia... y si la inteligencia fuera un pérfido agente de muerte?

Eso piensa Juan Carlos, y a su piedad sin límites le brota ahora la necesidad de que se apiaden de ella, también. ¿Pero qué puede revelar él a la contristada ramerita que lo está mirando? ¡Ah, si no estuviera tan solo en este pueblo al que lo atan ancestrales cadenas! ¡Si en este día él pudiera sollozar frente a Luis, a Emilio, a Carlos; a aquellos espíritus fraternos de Montevideo, que se cansan los ojos en las tinieblas!...

Los brazos se elevan y se abaten. Los hombres se inclinan afanados. Los martillos caen y se alzan. Se yerguen muros, se tienden puentes, se incrustan ca-

reteras. Las máquinas atruenan. El mundo trabaja. . .

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Al darse cuenta de que exclama en alta voz, pretende disimular tosiendo, componiéndose el pecho. Mira a la asombrada muchacha, extiende la mano anticipándose al ofrecimiento del mate, pues el chorro del agua no lo ha llenado todavía.

Pero lo ha oído, sí. Él la vió estremecerse.

Se hace necesario hablar, pues, para que no crea que está loco.

—¡Yo soy un hombre muy desgraciado, Margarita!—dice sin saber a dónde va a parar.

Ella le alarga el mate.

—¡Yo soy bueno! ¡Yo soy un hombre honesto! ¡Y yo no sé qué hacer!

—¡Sos un santo! ¡Todos dicen! ¡Y sobre todo Bonifacio, porque le distes caballo y plata al hermano para que se escapara cuando mató a Laguna!

Esto lo ha dicho ella rápidamente, aprovechando la oportunidad de expresar algo que permita atraer a su compañero hacia cualquier situación concreta y comprensible para ella; que no la asuste tanto.

—¡Tú no sabes hasta qué punto soy bueno! ¡Hay que estar dentro de mí para saberlo! ¡Cuando hago mal, lo pago con qué creces en mi alma! Sin la esperanza de que haya un Dios testigo de lo que no sale de nosotros, sería cosa de pegarse un balazo. Yo quiero a todo. ¡Toda la vida, todas las cosas del mundo! ¡Y estoy solo y ciego!

El espíritu de la ramera ha perdido pie de nuevo. Y las cosas a las que pretende arrimarse, vuélvensele resbaladizas e inasibles.

—Pero es que todos los seres son infinitamente

desdichados. Como si el mundo entero, la Creación entera fuera un llanto vertido. ¡Parece como si Dios nos hubiera llorado, Margarita!

La joven apenas si comprende por las palabras. Lo que le llega hasta el fondo del alma es el acento, es la música de las palabras. Y se enternece más. Y entonces la pasión irrevelada hasta ese instante a su conciencia, avanza y se le patentiza. Ni en tantas horas de compañía. Ni en la fusión del tango, antes. Ni durante la noche anterior, acostados en el mismo lecho, carne con carne. Ahora, recién ahora, arrolladora como marea. Más allá del bien y del mal; pura, sin la máscara de la amistad en que se fingía, totalmente ofrendada.

Las lágrimas que siente brillarle la vuelven más buena. Con tal de decir algo, de compartir algo, ella también, sin buscar relación con las palabras que no ha comprendido, como quien con un beso hace olvidar, balbucea:

—¡Oh, sí!

Por ese ¡oh, sí! sin sentido, Juan Carlos comienza a desviarse. Su espíritu sube, como un pajarito aterido, a anidar en la imagen de grandes ojos negros, de cabellos sobre los hombros que, de su madre, guarda la memoria.

Y ante los ojos de Margarita, cuyos brazos ya van a alargarse hacia él, una figura se le ha dibujado, reprochadora. Tiene los ojos negros y profundos, el cabello derramado sobre los hombros: es la Nena.



Aquí el que nace en cuna blanca, blanco tiene que ser “hasta la muerte”. Y colorado se mantendrá el de

padres rojos, también "hasta la muerte". Alguna vez,—muy rara vez,—por aberración del destino, un vástago se desvía. Y en la familia blanca o colorada un gurí "sale" colorado o blanco. La desgracia ensombrece, después exaspera hasta el frenesí. Y la cadena uniforme se desprende, violenta, del eslabón espurio. Se olvida el nombre, que sólo ya en ocasiones emerge en un descuido y es contenido con los dientes. Los primeros días se acompaña a los heridos por el infausto hado como a deudos de un difunto. Eso sí, ahora sin aludir ni de lejos a la desgracia. Los jefes de familia, graves, sensibles a la patriarcal omnipotencia, padres como sacerdotes, ritualistas y solemnes, en los amplios cocinones o bajo los árboles del patio, rodeados por el cimarrón. El mujerío, paciente a todo, intimidado, sin animarse a llorar, desahogándose en suspiros en la habitación de recibo o en la alcoba donde la madre deshijada simula males extenuantes para justificar su postración ante los hombres.

A Juan Carlos, a veces, lo había seducido hasta conmooverlo la idea de irse con esos hombres que, abandonándolo todo, hasta las esperanzas de bienestar al alcance de la mano, se agrupan en el afán de destruir la sociedad para edificar otra más buena. El nombre de Lenin, que cruza la América desde Méjico hasta Tierra de Fuego, él lo pronunció en algunas oportunidades, primero que nadie, entre las guitarras, ante las pupilas dilatadas del indiaje. Pero él no pudo sacudir el yugo; desatarse de la cadena ancestral. Más allá del razonamiento, más allá todavía de las necesidades de su espíritu, algo lo mantenía ligado al pasado de la estirpe. A él también lo acusarían hasta como a Tabaré en la selva. Y no le se-

rían incomprensibles las palabras del ñandubay y del viraró, que él tiene sangre de tubichá en las venas. ¡Entristecer a los padres muertos!... “Abandona a tu padre y a tu madre y sígueme”, decía también la voz de este Nuevo Evangelio. Pero frente a la lanza paterna vigilante aun junto a la pared de uno de los cuartos; revolviendo trémulo el cofrecillo donde, junto con el abanico de su madre, se guarda la divisa cuya inscripción ella bordó al caudillo y éste lució sobre el sombrero en las batallas, lloró y no pudo.

Además, de pronto, una palabra, un recuerdo le borraba todo sentimiento que no fuera el de su Partido. Una ofensa a su divisa, un grito de fe en el obscuro ideal lo enardecían. Y la guerra lo hubiera hallado de los primeros, de punta en blanco con su traje gaucho, en la diestra la lanza de sus mayores y una divisa de leyenda recién tejida por queridas manos de mujer sobre la frente.

Además, también, a veces, una ráfaga glacial le traía el horror de su pensamiento lanzado hacia adelante. Era la sensación de la inutilidad de todo bien al hombre; de que, en el fondo, el hombre más vive de su desgracia que de su felicidad. Que afán de muerte es el amor, y afán de muerte es el arte y todo pensamiento. Aniquilar, borrar... A lo sumo incorporar y quedar solo. Solo en la soledad. Viviéndose solo, es decir: matándose.

Juan Carlos detiene su cabalgadura con un brusco sofrenazo. Por el camino, hacia el pueblo, va también, a grandes zancadas, el Mellizo Juan, entre revolidos del poncho y gran ruidaje de espuelas. Va solo y parece que son varios a un ojo avizor, a un oído atento.

—El partido presentará dos candidatos a la

presidencia de la República. Yo acompañaré a los amigos de mi padre, Mellizo. Me escribieron de Montevideo. Quieren que yo vea a mis amigos.

—¡Yo, con usted, voy hasta el fin del mundo!

—¡Gracias, Mellizo! Y tienes que ayudarme, ir viendo gente en mi nombre. ¿Los Peraza andan aquí o afuera?

—El qu'está aquí é el que vivía con la hija'e la finada Urbana. Ta'e pión en la cantera'e los Cepeda.

—Vélo y que pase la palabra a sus hermanos.

—El Bajo todito v'a marchar como tabla, asigún saco la cuenta.

—Dicen que al Perro ya lo comprometieron.

—Hablelé usted, nomá, que no le falla.

—Esta noche nos vemos en La Cachimba, como a las doce. Que vaya también Epifanio, Eusebito y Luna. ¿Bonifacio agarrará viaje?

Las palabras anárquicas del gigante le vuelven a la memoria.

—¿Bonifacio por usted? ¡Pero cristiano 'e Dió! ¡Ese no le falla ni abajo la tierra, nomá!

—Bueno, hasta la noche.

Espolea la bestia. Y avanza a galope hacia el pueblo que se defiende de las sombras con luz eléctrica.



Sentado en la cama, Juan Carlos alarga la pierna. Y afirmando una mano en la punta de la bota y la otra bajo el contrafuerte, el jorobadito tira hacia sí. Espera las bombachas, la chaquetilla corta, la gran golilla blanca que Juan Carlos le arroja a medida que se las quita. Y sale con todo como exhalación. Cuando el joven abandona el baño, ya el jorobado tiene el mate pronto.

—Hace rato qui hay una vieja en la cocina con ña Basilia. Dice ña Basilia que cebe yo el mate. ¡Cómo habla del campo!

El jorobadito está más achicado y triste que de costumbre. Es que hoy le andan los años niños. Se le vinieron en mesnadas. Y acamparon.

Entre mate y mate Juan Carlos comienza a vestirse.

Después entra a la cocina donde, muy sentada, Basilia escucha a otra anciana de huesos manifiestos y ojillos turbios, envuelta en negriverdosos trapos.

—...si no nos hubieran quitao el campo... Pero nos tuvimo que venir p'al pueblo... ¡Yo qué sé! ¡Se me van todos, sin decir nada, n'un redemente! El padre también se jué... ¡Y son güenos, son güenos, mire! Pero les dentra una cosa... S'empiezan a poner tristones... A este último le dije: "¡Mirá, vos te me vas a dir! ¡Te vas, sí! ¡Y p'ande, m'hijo?" "¡Yo qué sé!" Cuando dijo eso yo vide que s'iba.

—¿Y se jué?

—¡Seguro!

—¿Y aura?

—¡Yo qué sé! Pero como soy tan enferma...

Mascujando un pedazo de pan, calla al advertir la presencia del joven.

Basilia se incorpora. Y lo saca al patio apartando al jorobadito que escuchaba, todo oídos.

—Deme un peso, niño,—cuchichea.

Juan Carlos aparta dos del bolsillo del pantalón.

—Déselos.

Él vuelve a su cuarto. Tendiéndose en el sofá, sorbe el mate que el jorobadito, sentado en el suelo, junto a la caldera, le va cebando.

—¿Esa y'está muy concluída. Ya le falta muy

poquito... ¡Los güesitos, no más, asujetaos po'el cuero!

—¡Oh, sí!

—Y parece... ¡Pucha, eso que decía es una cosa bárbara!...

El jorobadito se queda un momento absorto, Luego, exclama:

—¡Flor di hombre, sin despreciar!

—¿Quién?

—¡Mi tío! Ese era un hombre, mire, que le garanto...

—Hoy empecé las recorridas, Carlín. Las cosas van a andar lindo...

El pensamiento de Juan Carlos, sin embargo, al decir esto, está fijo en las palabras de la anciana de la cocina. Y ve a aquel marido, a aquellos hijos huyendo de las ciudades. Sin campo ya, pero en el campo, por lo menos...

—¡Mirá si estuviera mi tío Gamarra! Era como costilla e'bagual, mire. Ese, diciéndole yo, marcha con usté hasta que las velas no ardan...

Y la palabra velas, con poder mágico, le trae hasta frente a los ojos dos chorreantes velones alumbrando la oquedad de una gruta serrana.

—Esta noche en La Cachimba espero a don Efrén Bustos, a Natividad Pérez... y a otros amigos. Yo creo que las cosas... si en todo el país tiran parejo...

—¡Ah,—piensa mientras,—con caballo de tiro, una noche... ¡Qué lindo! Adelante, adelante siempre... ¡Campo y cielo, nomás!

Carlín ve clarito a su tío a la luz de dos velas en la antigua cueva de un tigre.

—Sí, v'a ser una cosa bárbara... ¡Mirá si n'una d'éstas si apareciera mi tío Gamarra y me dijiera:

¡Ché, Carlín, aconsejame pa donde vi'a agarrar n'estas lesiones!

Una conversación así permite irse ensimismando. Las palabras casi no turban al auditor. El silencio va haciéndose tan natural que no asalta el escrúpulo de callar largo rato frente al otro.

El jorobadito inténrase en su pasado hasta perder la voz.

Juan Gamarra . . .

¡Oh, Juan Gamarra! ¡Oh, ánimo flaco en los lejanos días del Mal Abrigo! ¡Fruto ácido el del amor de una noche de una india misionera y un brasilero prófugo que encontró Juan Gamarra de sirvienta en una Estancia, y se llevó en ancas portando a la vez su infortunio! En el rancho, asentado en lo más abrupto, un solo despotismo a ejercerse, una sola boca a renegar y maldecir, una eterna disconformidad entre la paz serrana. Desde que de vuelta de unas pruebas en la pulpería él cayó con el niño,—con el niño de madre recién envuelta en un cuero vacuno, sola ya en la fosa al costado del camino, desnucada al caer del trapecio,—desde que cayó con el niño, entre ambos se repartieron los rencores que hervían en el alma de la fémina. Para él un alivio, para ella un acicate . . .

¡Oh, Juan Gamarra débil! ¡Oh, Juan Gamarra de facón a la cintura, de brazo ejemplar para el lazo y las boleadoras, cabizbajo ante los improperios, con rigideces de estaqueado frente a los castigos al infante. Las chancletas aspeantes de la arpía, cómo dejaban devastados los corrales de trocitos de ramas, los rebaños celosamente repuntados por el hombre entre las osamentas de lanares, rústicos juguetes! Mas, para consuelo, ¡qué lindas horas a la orilla de las

língas transparentes, entre los montes ásperos, cuando Juan Gamarra, a solas con el adoptado, volvía a recobrase! Era entonces algo más que Juan Gamarra. Era el verdadero, el que hubiese deseado ser. Y lo cierto y la mentira bebía ávidamente el alma del pequeño sin que, ebrio y grave ante el íntimo turbión, el parlante fuese capaz de distinguir la verdad del engaño.

—Una vez yo...

—Hace ya años...

—Cuando usted, m'hijo, andaba entuavía ajuera'el mundo...

Y la aventura del baile de las Morales donde sólo hubo un hecho real: su presencia en la fiesta, sin desafío con el taita,—pie con pie, brazo izquierdo a la espalda,—sin mujer que se interpusiera y lo abrazara llorando en la revelación al fin de una pasión secreta. Y la de aquella relampagueada noche, a cuchilladas con Mandinga, jinete el diablo en un redomón negro que al desviarse en sus corcovos lo salvó del lanzazo... Esto acrecía el amor admirado que la bondad de Juan Gamarra despertara embargador en el recogido. Y cuando en los cálidos atardeceres se disponían a bañarse allá entre las flores azules donde el molusco fija su nidial rosado, ¡qué arcanas sensaciones despertaban en el niño las plegarias ininteligibles, los resonantes golpes en el pecho velludo, aquellas, aquellas manos unidas y elevadas al cielo, previos siempre a las resollantes inmersiones! Y luego, los secretos de la sierra, las ocultas virtudes de los yuyos, los misterios zoológicos: la ciencia bruja.

—Usted, cuando ella no esté, llamemé siempre tío.
¿Qué íntima necesidad satisfacía?

—¡Tío Gamarra! ¡Tío Gamarra!

Y a solicitud del niño, Juan Gamarra enternecido, grato al tratamiento, predecía el tiempo; detuvo hasta a un pampero clavando una estaca entre signos cabalísticos, afrontándolo luego sobre un peñón de la sierra, formando una cruz con sus brazos extendidos.

¡Oh, Juan Gamarra bueno, que se levantó de un salto del cráneo de vaca donde se sentaba, al rodar el niño por tierra cuando la astilla de leña certeramente dirigida partió el espinazo! ¡Oh, Juan Gamarra débil, que agarró el asiento por un asta y no lo abatió sobre la testa desgredada!

Agachado ya para siempre, aun dolido, a los meses, tornaron las horas de admiración, asombros y escondida dicha. La guarida de un tigre ultimado hacía ya tiempo, gruta lóbrega, alumbrada con velones de sebo hurtados en la cocina entre sobresaltos, otorgaba ambiente propicio a las imaginaciones febricitantes.

¡Oh, Juan Gamarra!, con sus misteriosas salidas en la alta noche, escalofriando al niño hecho un ovillo en el lecho de chalas; con sus regresos sigilosos antes del alba, y aquel retumbar del pecho golpeado isócrono, apagada ya la vela! Bum... bum... bum... llegaba al oído del gurí, en el cuarto a veces ya con rayas celestes en la puerta y el ventanillo. Bum... bum... bum...

—Tío ha salido a andar con los vientos... Tío andará sonsacándole a la luna...

Y desgarraba las mallas retornantes del sueño su conciencia alucinada.

¡Galope desenfrenado hasta los mismos ranchos el de aquel amanecer! Y a poco entró Juan Gamarra apuntalando puertas. Crecía el día fresco y oloroso.

Por el patio cruzaban rumorosas las aves caseras. El niño oyó registrar en la repisa donde se guardaba el gran pistolón de doble caño. Y una mirada al sesgo permitió ver a Juan Gamarra ¡acostándose vestido! Bum... bum... ¡Qué potentes!

Por el hombro de los cuatro milicos sobresalían las carabinas terciadas a la espalda, aquella mañana, el sol ya alto, cuando venían llegando. Atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, se lo llevaron sin que él dijera una palabra. Carnear una ovejita de vez en cuando, en majada ajena, en rebaños enormes, pobladores de vastas extensiones que el horizonte no limita; carnear en majada ajena cuando no se tiene majada, no se puede.

¡Juan Gamarra hasta la comisaría distante! Y, luego, hasta el pueblo lejano para atravesarlo así, atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, sin decir palabra,—mientras se agolpaban en las calles los pueblerinos por ver el pasaje—hasta que rechinaron ya y por fin tamaños cerreros. ¡Y el niño arqueado y sin compañía; el espíritu sin nido, ahora, entre la menopáusica protervia!

Cuando aquel jinete extraviado en la serranía cayó al rancho; cuando, mientras sorbía el mate, confesó que sólo había comido durante la jornada unos pasteles comprados a un chiquilín, saliendo del pueblo, el jorobadito sintió que de pronto su doliente cautiverio abría una puerta esperanzada.

Tenía un cardenal azul en jaula colgada del ombú durante el día, junto a su camastro por la noche. Silbándose pasábanse las horas. El ave quién sabe qué. El niño afinando hasta deslizarlos por el silbo pensamientos motivados por su "tío". En su puerilidad, concebía la expiación como un peregrinaje sin

descanso ni retorno a través de sierras, de montes, de pampas; cruzando ríos, esteros y chircales; siempre marchando, siempre atadas las manos, siempre atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, sin decir palabra, delante del milicaje. Pero algo confluía también en el trino que emulaba con tanto donaire la garganta azul. Era su imagen contrahecha con un cordel por el cuello, de cuyas puntas pendía un canasto repleto de pasteles. . . Y retiraban pasteles, a cambio de monedas, manos que surgían de todas partes; breves unas, impacientes, de niños; otras grandes, tostadas como las viejas manos queridas.

Roncaba ya, aquella noche, la maldita. La aldaba de la puerta ascendió y bajó sin ruido. Como de mono en lo obscuro, el deforme cuerpito se escurrió hacia afuera. El cardenal azul debatióse contra la jaula hasta que la mano cuidadosa lo retiró y lo albergó en el seno. Ya a la media legua comenzó a silbar. Pero el plumado seguía mudo. El niño también sentía terror. La sierra, embrujada por la noche, estaba poblada de monstruos a la difusa claridad estelar; el retorcimiento de los talas eran brazos, dedos malos. Si silbaba era por eso, para que le contestara la avecilla y acompañarse así, en el tránsito. . . Negras culebras y serpientes negras tropezaban los tamanguitos de sus pies. Los ruidos de la noche, el gritar de algún zorro, esos graznidos ásperos de las rapaces nocturnas cayendo en el silencio que los traga al instante para llegar él sólo, él mismo a los tímpanos, desde por los pies hasta por los pelos. . . Ante una duda atroz se apagó el silbo sin respuesta. Pero no, llevándolo junto a sus ojos, vió abiertos los ojos del pajarito.

Luego la aurora, transmutando en bondades lo perverso. Cuando salió el sol, se hallaba ya próximo a la llanura. El camino que llegaba hasta el pueblo pasaba lejos. Aunque se le veía desde allí enhebrando las lomas. Lo transitaría de noche, por si se le buscaba.

Comió un trozo de pan. Introdújole unas migajas por el pico al mustio compañero y, poniéndoselo en un bolsillo de la chaqueta, que su mano a la vez cerraba y ensanchaba, se ocultó bajo la saliente de una roca y se durmió sentado.

Ya el sol mediaba el cielo cuando entreabrió los ojos. Ciego, refunfuñante, dolorido. Buscando alivio, se dejó caer de lado. Y el cansancio y el sueño lo apretaron de nuevo en el suelo... Estaban en la guarida del felino, bajo los velones vibrantes. ¡Oh, Juan Gamarra habilidoso! Los delgados tientos se cruzan, se abren, vuelven a estrecharse y confundirse. ¡Oh, Juan Gamarra taumaturgo, sanando al peticito con sus palabras sagradas! "Tío Gamarra, yo siento'ocasiones una musiquita linda y un redoble'e tambor y ruido 'e platillos". "Esa es la del círculo donde vos nacistes. Cuando aparecía tu madre, era como si se apareciera un ángel del cielo. Muy ajustadita ella en su traje de lentejuelas. Muy calladita y como mirando pa otro mundo...". Ahora aquella como ángel del cielo, de cuerpo donde la luz reverberaba, está a su lado. ¿Cómo se puede volar así, sin alas? Ella asciende en el aire con el jorobadito en brazos; se siente en las mejillas el fresco de la brisa que atraviesan raudos. El acurrucado lleva las manos rebosantes de minúsculas plaquillas de cristal. Fulguran en sus manos junto a la resplandeciente. Calladitos ambos. Como mirando hacia otro mundo...

Mas ¿quién rasguña ahora? ¿Quién arrima su mano como garras a la carga de la alígera, ascendente iluminada?

¡Mujer de Juan Gamarra!

Bruscamente despertó. Se revolvió manoteando la pesadilla aún pegajosa. Y un súbito pensamiento lo hizo poner de pie de un salto. Se tanteó el bolsillo, pavorido. Y metiendo dentro, temblando, la mano, retiró una piltrafa de sangre y plumas azules.

Estaba de espaldas a la roca, frente al campo largo.

¡Qué largo el campo, qué largo!

Cuando pudo llorar, ya se había acercado la noche. Y sobre el rocío, la luz lunar, en torno al niño, derramaba telas sutiles de lentejueles iridiscentes, como la abandonada vestidura de una trapecionista.

¡Asador el fuego encendido con los fósforos furtivamente acumulados uno a uno! Las tiernas mazorcas arrebatadas al lindero maizal ¡qué sabrosas! Apenas un humito, incapaz de delatar, en el zanjón profundo.

¡Buena persona el boyero! ¡Barroso! ¡Barroso, güey! Y el gurí muy sentado allá, arriba de los fardos de cuero.

Desde la barraca del descargo ¡qué lucerío!...

—¡Ché, Carlín, llevá esa caldera p'allá, pues! ¡Niño, ya son como las nueve e'la noche!

—¿Eh? ¿El qué?

—¡Que llevés esa caldera, pues!

—Bueno, que saquen la comida. ¿Y la vieja?

—Ya se jué, la pobre, bendiciendo la casa.

—¿Quiénes están en la cocina?

—El Capitán, que ya vino. Y uno que no sé de dónde lo ha sacao... y el ciego Perdomo que aura siempre cai con el chiquilín.

—¿Don Mangunga no vino?

—¡A ese siempre hay que calentarle la comida!...

No, no vino.

—Mejor. Dígales que vengan...

—Señor,—dice el Capitán al entrar,—éste es un amigo...

Y el amigo, que está destocado, se pone el sombrero y se lo saca en un saludo atribulado, anguloso.

El Capitán es pequeño y seco. Tiene bigotes blancos. Y unos ojillos que parecen más pequeños de lo que son porque las palabras de Juan Carlos alcanzaron mayor persuasión que continuos encontronazos, y muéstranse los ojos, de un tiempo a esta parte, a través de gruesos lentes.

Juan Carlos presta atención al viejo soldado de su padre que llegó un día al pueblo, se dió a conocer al muchacho, desensilló en el fondo y se quedó para siempre.

—Est'es un güen correligionario. Baliao en Tres Arboles, herido 'e lanza en...

—¿Ah, sí?,—corta el joven.

—Razón tiene el que habla... Usté v'a ver...

El de los pantalones a media pierna y saquito rabón ya está arrollando una manga.

—¡No, esas no! Muestrelé la'e la paleta...

El pequeño capitán revolucionario se acomoda los lentes a dos manos.

—¡No, no hay necesidad! Basta que el Capitán lo diga... Entre usted también, Perdomo... ¿Cómo te va, chiquito?

—Buenas noches pa todito el mundo.

El ciego estira la mano. Juan Carlos se la estrecha.

—Bueno, amigos,—dice en seguida,—los blancos están divididos. Yo voy a acompañar a los que fueron

amigos de mi padre. El que no tenga compromiso, si me quiere acompañar . . .

—¡Muy bien!,—exclama el Capitán—. ¡Eso está muy bien!

Es imposible comprender cómo el ciego sabe que su lazarillo ha cogido un calzador de zapatos. Pero lo cierto es que reconviene:

—¡Dejá eso quieto! Si no te portás bien no te vi'a sacar más . . . ¿Cómo decía don Juan Carlos?

—Que los blancos están divididos y que yo trabajaré por una de las dos fracciones . . .

—Yo con usted voto todas las veces que quiera.

—Gracias, Perdomo. Pero un solo voto, nomás. El gobierno deja votar varias veces a los colorados, pero a los blancos solito una . . . ¡cuando los deja!

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Yo y el amigo sabremo cumplir con nuestro deber.

Llama aparte al Capitán.

—Repártales,—dice entregándole tres pesos.

El Capitán cierra la mano, la hunde en el bolsillo del pantalón y no la saca, muy misterioso.

—¡Niño, se le enfría la sopa!



A las once de la noche, Juan Carlos entra a La Cachimba. Estuvo en la plaza, con Olga. A pesar del frío, gente no falta los jueves y los domingos en que la banda del pueblo, por entrar en calor, toca fuerte como nunca y con más breve intervalo entre pieza y pieza que en las otras estaciones, hasta adquirir los músicos rubicundez acalorada. En las noches siberianas, que las hay, atruena la banda, ensordece. Y las parejas de novios, para hacerse oír, tienen que gritarse sus ternezadas.

Olga estaba muy triste. Él, repuesto de la saudade atraída por las palabras de la esqueletada, al anochechar, sentía recobrar la salvaje, obscura energía que le despertara la recorrida a caballo. La fe en sí mismo lo hacía dueño absoluto de la muchacha, más allá de toda contingencia humana. Y el instinto femenino, que había percibido esto, en vez de alegrarse, husmeaba en vano la causa, descontando de antemano fuese del propio amor. Junto a ellos, Lala. Muda y, sin saber por qué, radiante. La vista de Juan Carlos, en una, se posó sobre el túrgido pecho de la amiga. Cuando las hijas del Jefe de Policía los detuvieron y, adelantada Olga, ellos quedaron separados del grupo, el joven, volviéndola a mirar, le dijo con brutal franqueza:

—¡Yo no sé como no tienes novio, Lala! ¡Qué hembra eres!

Estremecida, Lala quiso cambiar la conversación, cual si no hubiera oído.

—¡Hoy te vi pasar a caballo, gauchísimo! ¡Parecías al frente de los blancos!

Cuando Olga se les incorporó, ellos estaban graves.

—¿Ya discutieron otra vez?

A Lala le salió una risa corta, nerviosa, poniéndose roja.

Y entre las ráfagas heladas se abrió paso el turbión de sonos que soplaban en sus instrumentos, reconfortándose, los ateridos musicantes.

Entra a La Cachimba y ve que alrededor de una mesa ya están don Efrén Bustos, muy grave en su poncho negro, el indiecito Natividad, cuatro de los Faleros, sin arrugas la copa de sus sombreros y el ala levantada sobre la frente, colgante del ojal la cadena de oro que sigue tras el reloj hasta el bolsillo

superior del saco y de la que penden, a su vez, medallas, dijes, guardapelos. Y Bonifacio, el gigante, ¡el primero en llegar! Sumiso ya y sin voz desde la noche del puñetazo, como si lo hubiera recibido él.

Ulpiano Falero, el que ostenta más alta la copa del chambergo y más baratijas entre el ojal y el bolsillo, tiene la silla un poco retirada, se obliga a tender todo el brazo cuando agarra su vaso. Cual si estableciera, con la separación, una diferencia de jerarquía entre él y los otros. Al igual de los demás Falero, es gangoso. Don Efrén Bustos se debate a veces en su poncho y no entiende nada.

—Ami'ó 'Uan Arlos! (Amigo Juan Carlos) Arrimesé al o'on (fogón), 'amos 'rontos 'a re'o'ar al ene'i'ó en 'ual'iera 'erreno. (Estamos prontos pa "redotar" al enemigo en cualquiera terreno).

Juan Carlos estrecha las manos tendidas. Luego golpea estruendoso.

—¡Otra vuelta pa todo el mundo! ¿Y qué tal, amigo don Efrén?

—Bastante bien po'el momento.

—Las cosas van a andar lindo. Siendo dos los candidatos, la gente tiene donde elegir, ¿no les parece? No hay que olvidar que somos todos compañeros. Y que el verdadero enemigo es el de siempre.

—¡El 'om'añero é el 'om'añero! (El compañero es el compañero).

—¡Sí, claro!

—Semo todo sumo.

—¡Eso, don Efrén, eso! Propaganda sin ofender a los otros blancos es lo que quiero.

—A lo mejor los coloraos no sembrollan y le tenemo que meter otra güelta.

—¡Y le metemo, nomá! ¡Reclaramo la guerra,

nomá!... Yo tengo una garabina qui a una distancia'e 600 metro mi abaja lo que le pida...

El indio Natividad se ha interrumpido.

—¡Uta!,—exclama al cabo de un momento,—¡S'il mulato Marcelo nu está provocando con lo jojoj!

Marcelo,—“colorao como sangre'e toro”,—mira, en efecto. Y al ver que reparan en él, dispuesto ya a salir, saluda muy afectuoso.

—No, Natividad, él no provoca; él estaba mirando, solito.

—No... medio me parecía... ¡Lo qu'es si se pone a provocar v'a salir lindongo!

Se incorporan a la reunión Luna y Eusebito.

—¡A ver, otra vuelta! ¡Metanlé nomás, compañeros! ¡Pero don Efrén, le v'agarrar gusto a vidrio la caña!

—No, don Juan Carlos. Yo soy persona de poco tomar. Yo ya estoy algo cargao... Yo...

Al pensar en el triunfo inminente, el negro Luna se tapa la boca con las manazas. Cuando toma resuello, se le escurren algunas carcajadas. Pero las taponea de nuevo...

Juan Carlos bebe de un trago. Los ojos le fulguran.

—¡Metanlén! ¡Metanlén, cristianos!,—azuzo y se azuzo.

Y su mano cae potente sobre el hombro del que tiene al lado, prosiguiendo:

—¡Los vamos a correr con el poncho, Bonifacio!... ¡Hijos de puta! ¡Me degollaron dos tíos de oreja a oreja! ¡A mi abuelo lo reventaron en el cepo colombiano!...

Con los ojos chiquitos, el Mellizo Juan se balancea en la puerta de la calle. El poncho, demasiado tirado de atrás, arrastra por el suelo. Calza sonoras espuelas. El sombrero, lo trae a la nuca.

Haciendo esos, pero con el aire encantado de quien camina entre rosas, se aproxima al grupo.

—Toy con un amigo. Ansina que si gustan enviarlo. . .

—¿De dónde lo sacaste?

—Di al lao di un corralón. . .

—Que venga, sí. ¿Quién es, Juan?

—¡Yo qué sé! ¡É un amigo! Ta con nosotros. É blanco qu' é una cosa bárbara!

Al darse vuelta, al Mellizo se le ve una costra de barro en el poncho, a la altura de las posaderas.

—¡Este cristiano si ha caido sentao!

Y otra vez las manoplas a ahogarle carcajadas al negro Luna.

Ya vuelve Juan.

—¡Sigamé nomá, sigamé! ¡Todo son compañero dentro del mismo pelo!

Esponjado como viene bajo el poncho, sólo en los desvíos deja ver a un indio chico y flaco, descalzo, con un breve chiripacito y destocado.

—Este é un amigo'e lay que les presento.

—Pomuceno Copete, a su sórdene,—va diciendo el forastero a los que estrecha la mano.

—Sientensé. ¡A ver, caña!

La silla del Mellizo Juan le presenta dificultades de redomón al sentarse. Como si los demás estuvieran distantes, comienza, en cuanto se afirma, a darlos a conocer al hombrecillo.

—¿Ve? Est'es Juan Carlos, el que le dije hoy. Podrido en plata, pero derecho viejo, nomá. La plata d'él é de todo. Cuando usté precise pidalé nomá, compañero. Y se v'a topar con un gaucho flor. Hombre destruído porqui ha estudiaò sus güenos libro

que le cuestan sus güenos peso. . . ¡Y siempre a la de Dió qu'es grande, nomá, no como lo sotro!

A Nepomuceno Copete le crece un pasmo admirativo.

—Y este viejo qui usted ve, que parece una porquería, é don Efrén Busto, capitán en las revolucione, como mandao hacer pa la lanza.

Don Efrén se revuelve en la silla.

A Juan Carlos, por momentos, no le llegan las palabras. Una voz interior escucha; una voz salvaje que lo enardece.

—Y esto cuatro gangoso. . .

—¡Oigalé esos criollos, nomás! ¡Vivan los blancos, nomás!,—se oye, por suerte, desde la calle.

Son el rengo Epifanio, Margarito y un negro.

—¡Vivan! ¡Vivan!

Otra vez casi se da de espaldas el Mellizo.

—¡A ver, junten otra mesa! ¡A ver, caña!

Tras los últimos venidos, había aparecido el jorobadito. Como siempre, miró primero, cerciorándose de que no estaba una del Bajo, Margarita, de quien lo entristece dejarse ver así, tan torcido.

—Tomate una caña de parao, Carlín. Y andá a traerte a la Nena. Y vos, Eusebitito, a ver si te conseguís algunos guitarreros, pues!



Cuando termina la milonga punteada, don Efrén exclama, suspirando:

—¡A nuestra tierra hay que sacarle el sombrero! ¡Lástima el gringaje que la está estropiando tanto!

Por la expresión, se ve que lo que hacen los Falso es aprobar gruñendo como chanchos.

—¡Es buena, sí! Uno a veces se enoja con ella; ¡pero es una tierra querida!... Venga Nena, sientese aquí... Esta es mi mujer, estos son mis amigos.

—Yo de nombre la conocía... ¿Y qué tal? ¿Cómo va esa preciosa salú?

—¡Bien, señor!

Inconscientemente mira la Nena a todos los rincones por ver si hay mujeres. Y como no halla a Margarita se satisface.

¡Qué linda está con su traje negro, de botoncillos rojos en la pechera y los puñitos! El cabello le cae sobre los hombros...

Todos, hasta los que como Eusebito la tutean, le hacen finos cumplidos.

El Mellizo Juan, junto a su entrañable amigo de corto chiripacito y pies descalzos, rebosa una altiva ufanía.

A hurtadillas, la Nena observa el rostro de Juan Carlos. Está "cargado", sí, ¡pero tan contento!

En una de las cabeceras de las mesas acopladas se hallan Pagalday, cantor, y Quintana y Pitanga, los de las manos brujas, que acompañan.

—Cantá, Nena, a ver si...

—¡No, que hay gente!

—¿Y qué tiene cantar?

La resistencia es vencida. Espera a las advertidas guitarras que han empezado como a imitar zapateos. Y vuela la voz de la muchacha, clara y pura, y se refugia meciéndose sobre la música, cual avecilla en ramas sacudidas. Los acordes hacen, a veces, como un breve giro sobre sí mismos. Y la voz siempre prendida, arriba... De golpe callan las guitarras. Como pájaro que se mantiene en el vacío queda sola, la voz. Y los sonos se alzan. Y ella se po-

sa en ellos, mecida... Ahora la música se pica y quiebra.

¡Al agua patito!
Zambulló y se fué...
Cuidao no te pique
La puntita'el pie.

El coro de los hombres la como salpica:

Cutuque, cutuque, cutuque, tuqué.
Cutuque, cutuque, cutuque, tuqué.

Y vuelta la voz a quedar sola en el aire. Y a posarse sobre los rasgueos, después.

Si mi vida se cortara
Como tiento mal sobao...

Se mece en la ramazón sonora. Clara llamita en la oscuridad.

¡Al agua patito!
Zambulló y se fué
Cuidao no te pique
La puntita'el pie...

Y cuando pasa el estribillo, cabeceando hasta dar la barba en el pecho,—Juan Carlos con más vehemencia,—los hombres hacen coro:

Cutuque, cutuque, cutuque, tuqué.



—Esta vamo a dedicarla a la señorita, con el permiso'e la rueda.

Y desde las guitarras, bajo el farol de acetileno que cuelga del techo, van surgiendo seres y cosas que a cada cual le desenvuelven diferentes evocaciones.

El amigo del Mellizo Juan, Nepomucemo Copete, se ha puesto de pie, misteriosamente incitado por los rasgueos.

—Yo, si alguno me empriesta las botas o los botines, bailo. Si no, no, porque no luce.

—¡Tom'esta, shermano!

Con la decisiva intervención de Margarito, el Mellizo se saca las altas botas y queda mirando alternativamente al compañero y a sus pies desnudos.

Dos de los Falero han hecho un gran claro apartando mesas y sillas. Al inclinarse, la luz incide sobre las medallas, los guardapelos, las cadenas, y les pone el pecho como de generales que van a retratarse.

De balcón han tomado el mostrador los muchachos de la cocina, el patrón y uno de los mozos. Desde las otras mesas se vuelven ojos todos.

¡Qué linda está La Cachimba! ¡Por eso es bueno vivir aquí. Uno va así, sin saber qué hacer, a una taberna y, de pronto, la tierra querida y mancillada se le presenta. ¡Y le clama tantas cosas a través de las guitarras y las danzas! Uno, ¡claro!, no es capaz de acudir. Ya está muy "achicado", muy "entregado". Pero empujado por la caña le parece que acude. Le parece que huye con la tierra madre hasta estar solos, lejos de todo lo que desvirtúa. . .

El del chiripacito, ahora con pasos bien sonoros, se dirige al medio del espacio despejado y queda inmóvil. Aguarda un momento la música, cabizbajo. Luego se lanza en su corriente, los brazos tendidos, airoso, como flotando.

—¡Juijuijuijui! ¡Aijajá!. . . ¡Seguílo, Nena, seguilo!

La Nena ríe, primero. Pero cuando comprende que Juan Carlos lo exige en serio, se incorpora y sale,

también abiertos los brazos, al encuentro del indio, con carreritas breves, detenidas, entre las felinas zancadas.

—¡A ver, a ver esas nazarenas!

Sobre el zapato de charol, Juan Carlos calza apresurado las grandes espuelas de don Efrén.

Los dos hombres, ahora, zapateando frenéticos, giran en torno a la Nena. Ella se contonea también zapateando, aunque leve y sin salirse de un pequeño círculo cerrado a los danzantes, estirado el cuello, el aire nostálgico, los ojos en el vacío, como ante el altar de una divinidad máscula y cazurra.

Valiéndose del sonido diferente que produce el chocar con el suelo de la punta del zapato o el tacón con espuelas, Juan Carlos agrega un nuevo, brutal acompañamiento.

—¡Jujujuy! ¡Aijajá! ¡A ver, cuchillos!

Los cuatro Falero pelan, instantáneos, tamañas dagas. Juan Carlos escoge las dos más parejas. Y se aproxima de nuevo, blandiéndolas entre frenético batir de las espuelas.

—¡Oibajajá! ¡Eso está bonito! ¡Oibajajá! ¡Jujujuy!

En rápidas puñaladas cruzan las hojas de acero ceñidas al cuerpo del bailarín. Ahora chocan ellas, a su frente, sin que él contenga la danza. Alguna se desprende, pasa rozando el cuello en tensión y vuelve a caer sonora sobre la otra. Y sale a dar en la espuela. Y asciende fulgurante.

Los guitarreros se van haciendo un ovillo, cual si quisieran meterse en la guitarra para salirse por las cuerdas.

—Aura... y... ¡nos juimos!

Simultáneo al acorde final, Juan Carlos, de espal-

das al grupo, da media vuelta veloz, abre las manos... y entre los hombres que se echan atrás instintivos, quedan los dos cuchillos clavados y vibrando sobre la mesa.

—¡Eso sí qu'está bonito! ¡Tenemo que peliar por la libertá! ¡Venga conmigo, Tupambay!

Es Manuel Benítez que se adelanta con su perro desde la puerta. Las palabras, en seguida, se mojan en su llanto.

—¡El último que pelió por la libertá jué el gaucho Aparicio Saravia! ¡Ya naides pelea por la libertá!



Esta hermosa tarde primaveral Juan Carlos ha estado en la cárcel a visitar,—con tabaco y buenas noticias,—al Mellizo Juan, a Natividad Pérez, a Pedro Falero y a Bonifacio. Bajo fianza saldrán de un momento a otro. Los colorados, los blancos contrarios, provocaban desde el principio de la campaña electoral. Juan Carlos contenía a los impacientes. Pero, después que se vió obligado él también a pelear en el Centro, dió la orden, una noche:

—Vayan peleando, nomás...

Bonifacio casi descogota a un provocador deslavado. A Natividad lo acostaron de un palo. El Mellizo y Falero, después de "redotar" a un grupo adversario, pelearon como media hora en el camino real, con la policía, sin querer entregarse. Es que tomaron al pie de la letra las palabras de Juan Carlos, una noche, en lo del Perro. El alcohol lo azuzaba aquella vez. Y un odio por los que suplantán las cosas dei cielo lo estaba enardeciendo. Fué con motivo de una arriada policial para descubrir al que dejó panza

arriba a cierto pardo, en un callejón del Bajo; después del atroz martirio de aquellos a quienes se quiso arrancar la confesión de lo que no sabían. “El hombre es libre”,—había clamado—. “En vida nadie lo manda. Ni Dios. Para eso está el infierno. ¿Y si Dios juzga, a qué juzgar los hombres?”

Sin esa conversación como clave, resultaban incomprensibles los gritos que profería el Mellizo Juan, alentando a su compañero, entre cuerpeadas a los machetazos.

—¡Entriaguensén! ¡Entriaguensén, cristianos!,—intimaba el milicaje.

—¡Viva el Infierno, nomá! ¡Viva el Infierno!

—Yo tengo la culpa de esto,—va diciéndose Juan Carlos, desolado.

Atraviesa la plaza. La tarde es clara. El aire, ya primaveral, trae de los campos circundantes un perfume silvestre, cálido de actividades subterráneas. A través del humus de las hojas y las ramas podridas, en los troncos de cáscara que se despega, las yemas despiertan, en cierne ya la flor como su ensueño. Y al espíritu este rebrote, esta floración sobre la muerte, pone triste por ajenos, en la imposibilidad de remedarlos.

Delante va un grupo de adolescentes, el débil brazo cargado de libros.

Por la acera de enfrente, muy apurado, pasa Román Calero, el del sombrero como semilla de dátil con alas.

—¡Adiós, mi respetable compatriota y talentoso amigo!

—Yo tengo la culpa de esto!—va diciéndose Juan Carlos.—¡Como aquella vez!

Y se le aparece Luis María, el muchacho entraña-

ble que se abrió la cabeza de un balazo para apresurar el retorno hacia la patria divina que Juan Carlos, descreído en ese entonces, le mintiera conmisurado.

—Yo también... tengo... ¡A mí me sucede cada cosa!

El Bajo arde de odio y de cariño entre divisas tradicionales. Y este amor intenso y su opuesto necesario, que contribuyó a acentuar, él, racionalmente, no los justifica hasta ese grado. Además, sus palabras han ido más lejos, fuera del horizonte de los partidos, más allá de blancos y colorados. "El Centro es la civilización con su exigente desvirtuamiento. Aquí, en el pueblo, peor que eso, porque es un torpe remedo. Quien no se deshace y se reforma, al Bajo. A reventar entre las guitarras y la caña y los vicios apiadados. Todo el mundo está lleno de Centros y de Bajos; de pulpos chupadores de las vidas y de hombres escapados a sus tentáculos, perdidos en el oscuro instinto de la libertad que no se quiere entregar. ¡Hijos de los Bajos del mundo, bajadlo todo a la tierra! ¡Purificad, enterrad! ¡Que no quede piedra sobre piedra! Han invadido los campos dejando tras sí los alambrados, como la babosa su estela. Mío el árbol que ofrece ciego, todo extendido en ramas hacia los cuatro costados. Mía la carne que se desangra mirando sin comprender el sacrificio. Mío el hermano muriéndose por el sudor, levantador de mi techo que, por ser mío, será para mí solo. Mía la máquina, ahora. ¡Fuera hombres lentos, hombres que os fatigáis, hombres que queréis vivir, amar, tener mujer, hijos...! ¡Los que necesitáis dormir, fuera! La máquina trabajará por vosotros. Ella es sola en el mundo. Es el insomne Adán creado por el hombre. Y sin ansias. Trabaja antes del pecado. No

duerme nunca. No tiene hijos. No se cansa. ¡Y los hombres descoloridos de hambre frente a las máquinas relucientes de grasa! ¡Ah, ni una piedra sobre otra! . . . ¡Te invito a beber yo, Bonifacio! ¡Bebe una caña grande! ¡Dame un abrazo, Bonifacio! ¡Por el golpe que me diste en la cabeza, por lo que dijiste de los niños! ¡Sí, cortémonos las lenguas y ofrendémoslas en las cunas de los chiquitos! Bocas vacías, con el muñón al fondo, campaneando infructuoso. Mundo callado. Y, en el grandísimo silencio, los niños intentando voces desconocidas. . . .” “¡Viva Bonifacio, nomá! ¡Viva Juan Carlos, nomá! ¡Viva l'amistá, qu'es tan linda!”

—¡Si yo tuviera a mi madre! ¡La madre es un descanso!,—va deseando el joven.

¡Ojos negros, profundos! ¡Cabellos derramados sobre los hombros! ¡Regazo tibio, seno querido!

Delante va un grupo de adolescentes, el débil brazo cargado de libros. Juan Carlos camina ahora con los ojos fijos en ellos. En una bocacalle el grupo se triplica. Y desaparece, a los pocos pasos, por la ancha puerta del Liceo, donde un perrito, meciéndose sobre sus patas fijas, observa indeciso el entrar.

Cuando pasa, echa una ojeada. Ve el patio de baldosas rojas, los bancos, los percheros colgados en la pared. Piensa en su adolescencia, en sus compañeros. Y en estos mozalbetes que, con aire tan prematuramente grave, acaban de entrar. Allí, durante unos años, con asombro temeroso, oyeron hablar de hipotenusas, de equinoccios, de anapésticos y de espectroscopios. Tenían quince años y los encerraban para oír y recordar. Pero pasaba el tiempo. Y, de pronto, les venía una cosa. . . . Y se iban al Bajo, donde la guitarra clama tangos y milongas desnudos. Algunos

no salían más de allí. Otros iban y venían, abrumados. Las palabras del claustro llegaban a ellos, entonces, como hijas de un idioma desconocido, como ráfagas frías. Por momentos se podía escuchar el volido de una mosca. Otras veces, rumores sordos enfurecían al erudito profesor.

—Escuchen bien porque habrá que repetirlo: Farraones de la segunda dinastía: Bouzaou, Ka Kou, Binoutirou, Ouzas, Soudou, uno cuyo nombre se ignora, Nofirkeri, Nofirkasokari y otro anónimo: total nueve.

Con estas cosas los emparedan vivos. A algunos, no a todos. Porque se defienden olvidando o huyendo hacia donde la vida se ha refugiado, casi irreconocible, esperando la hora de subir devastadora sobre el Centro.

Las casas se van espaciando en rondas de corrales ya sin revoque. Ya no hay pavimento. Se pisa la tierra viva.

¡Ah, todo está ahí, en el aire, frente a sus ojos!

—Escuchen bien, señores: El sáfico se acentúa en cuarta y octava. El yámbico sólo se acentúa en la sexta. El dáctilo, también llamado anapéstico. . .

Salones oscuros, con pequeñas ventanas sólo hacia el lado del patio rojizo. Silencio. Y he aquí, nuevamente, la voz del profesor:

—Un endecasílabo también puede combinarse con un pentasílabo. Pero debe tenerse cuidado con. . .

Todo es obscuro aquí. Falta aire. Por la ventana no se ve más que piso y paredes. . . Y un poco más allá, está todo lo que aquí falta: aire, luz, amor, odio: vida.

—¿Y entonces qué te dijo ella?

—Que no, que no te quería más.

El muchacho siente como si una mano helada cerrara los dedos sobre su corazón. Sus ojos brillan. Y se pone rígido porque oye gritar al profesor:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Perturbadores! ¡Incultos!

Ahora es otra escena. Más simple. Trató de hundirla pero no hubo caso. Está ahí, bien clara. Es un pequeño cuerpo humano colgado del pescuezo al pasador de una puerta por un cinturón de cuero. Eso es lo que ve ahora Juan Carlos y se para en la cruz de dos callejones. Si pudiera ver otra cosa contemplaría lo que tiene delante. Algunos ranchitos, de cuando en cuando, entre terrenos baldíos. Y algún paraíso, algún lacio sauce llorón. Entre la tarde suspensa. Mas lo intercepta Isaías, el pálido, pecoso, pelirrubio Isaías. Su madre era lavandera, su padre peón del molino. Y cinchaban para darle carrera. Un titulado puede no servir para nada. Pero gana dinero. En el Uruguay, en América, así es. Y si su profesión no se lo da, entonces tiene lo mismo el camino despejado. Está siempre, para todo, primero que los otros. Un título de propiedad puede enajenarse mal, hipotecarse ruinosamente. Es posible obligarlo a ceder con malas artes. El título universitario no. Gana siempre. Y se sudaba sangre por el título universitario del pálido Isaías. “¿Y esto es saber?”, preguntó él, tímidamente, un día, cuando con dos compañeros repasaban en casa de Juan Carlos. Por fin uno de los otros, tartamudeando, había respondido: “Parece que es esto”. En siete meses habían dado Oriente, Grecia y Roma, álgebra y geometría, retórica y poética, cincuenta y seis autores en literatura. Y química, física, geología, mineralología, dibujo. ¡Y casi todo esto repasado hasta tres veces! No habiendo

comprendido algunos teoremas del principio, a medida que avanzó el curso de geometría las ∇ , las π , las R, los ∞ danzaban en forma más aquelárrica. Y el embrollo lo cogió como el pampero a una hojita. Cuando el presidente de la mesa, el que presidía aquellas diez o doce gravedades sentadas frente a la silla de Isaías, dijo: "Aplazado", apenas si impresionó un instante. Los ya examinados habían salido desencadenados. Los otros se estaban viendo sentados y eso los inhibía para pensar en otra cosa que en la silla. Isaías no podía decir a sus padres que tanto sudar era inútil. Cuando el portero abrió la puerta del excusado, lo vió. Tenía la cara lívida. Y la lengua largamente afuera.

Juan Carlos mueve las piernas. Sigue la calleja. Ve la barriada del Bajo, a su izquierda. Pero no dobla. Avanza dos cuadras más. Entonces se detiene, las piernas abiertas, los brazos caídos.

Sí, por ese callejón transversal pasaron una tarde con Isaías. Lo llevaban acostado en una caja blanca. Lo llevaban ellos, sus compañeros del tercer año. Los compañeros. Porque las compañeras se habían quedado en sus casas llorando. Mandaron las flores y se quedaron llorando. Los hombres iban detrás, tropezando a cada paso con el perro del niño, que se estaba inquietando por grados. ¡Qué livianito, ahora! Siempre fué delgado. Y los estudiantes enflaquecen en el repaso.

De donde se ha parado, vería el cementerio si no fuera porque la calle va subiendo, subiendo y luego baja de golpe. Y el cementerio está en la hondonada. Los hombres iban detrás. Lo llevaban al padre con un traje de mezclilla azul, la cabeza floja sobre el pecho. Cerraban la marcha algunos profesores. Sin-

ceramente apenados. Era que, en su concepto, Isaías había sido un excelente muchacho. E inteligente, algunas veces. ¡Si hubiera estudiado más! ¡O por lo menos atendido en clase!

Las imágenes retroceden por otro camino en saltos bruscos. Ahora vuelve a ver a Isaías colgado. Le ve su pañuelito verde asomar una punta por el bolsillo de la chaqueta. Torna sobre sus pasos. Tras el alambrado, a unas varas de la calleja, frente a un rancho, bajo un sauce llorón, están tomando mate los padres de tres chiquilines que allí también retozan, descalzos. Arde un fogoncito. Igual que antes. Y como hasta poco tiempo fatal, inexorablemente.

¡Cómo se balancean alrededor las pendientes ramas del sauce!

Juan Carlos aprieta los ojos.

Cuando llega a la calle del Bajo, dobla hacia él. En medio de la calzada hay un soldado. Largo y flaco. Inmóvil. De lejos parece un poste con un nido de hornero.

—Dejando de lado el que la cultura sirva o no para algo,—se dice el joven tristemente,—¿quién la trasmite? ¿Cómo es posible que haya tantos que la transmitan? La cultura no puede, no, no podrá ser nunca extensiva a un gran número. Por eso lo que en el fondo quizá sea, nomás, algo vivo, llega muerto. Los labios de esa gente son de hielo.

—¿Los labios, sólo?

Esto ha salido del cuerpo de Isaías que pende otra vez ante sus ojos, pegado a una puerta color lacre.

La imagen se borra. Él da con los nudillos en la puerta.

—Margarita, ¿estás sola? ¡Soy yo! ¡Abrí!

—Esperá que me ponga los zapatos. Te habías perdido ¿eh?

—Perdido, sí...—responde el joven con voz lúgubre.

Se oyen pasos. La puerta se abre.

—¡Entrá!

La pieza de Margarita tiene una puerta a la calle, ahora, a más de la que da al zaguán. Es que Encarnación mudó la mancebía. No fué que la casa estuviera “salada”; se comprobó sin lugar a dudas. Pero el negocio marchaba barranca abajo. Ya ni los santos de todas las alcobas, en castigos vueltos a la pared por orden de Encarnación, atraían clientela.

—¡Santos! ¡Santos hijunagransietes! ¡Van a dir a parar toditos a la calle, m'está pareciendo!

Hasta el bello y dulce Jesús con el cordero en brazos del cuadro de la patrona, pasó muchos días sin ver luz, dando la espalda. ¡Y nada!

La finca alquilada es la última de la barriada; junto al campo y con amplias comodidades para cabalgaduras. Se ciernen ahora grandes esperanzas. Bajo caución, los santos posan otra vez sobre los lechos sus dulces miradas.

¡Con qué encantado sonreír recibe Margarita a su amigo! Cautelosa, como quien maneja un objeto cortante o al rojo, inquiere por la Nena, mientras le ofrece una silla. Cuando se entera de que están peleados, el corazón le palpita. Pero mantiene su sonrisa porque ha descubierto que, de esta manera, le llegan ciertas cosas.

—¡Hasta vos sos malo, Juan Carlos! ¡Es que son malos los hombres, ché! ¿Por qué será?—sigue, ahora seria.—Nacen de vientre de mujer, como las mujeres. Y... ¡la fresca!

Una rama de paraíso se ve através de los vidrios encortinados del ventanuco.

Mientras se calienta el agua, Margarita va preparando el mate. Juan Carlos, sentado junto a la atareada, contempla la cabecita rubia. Siente tentaciones de pegarle con los nudillos, como a la puerta. Para preguntar: "¿Por qué esto y lo otro, todo?", a la vida misma que está adentro.

Ella se ha incorporado. Echa un poco del agua ya tibia dentro del mate y lo deja sobre la mesa para que la yerba se hinche.

Juan Carlos ve las caras del Mellizo Juan y sus amigos a través de las rejas. Piensa que la que anda en el cuarto está también entre rejas. Que la humanidad se halla enrejada...

—¡Vos sos una mujer muy buena, Margarita!,— exclama por nominar algunos de los sentimientos que lo embargan.

No era exactamente eso lo que quería decir. Vibran pues tales palabras lejos de él, sin dejar de ser suyas, como una resonancia, como si su voz fuera un eco en su propia voz.

—¡Muy buena, muy buena!— repite.

Ella se ríe vertiendo un chorro de agua en el mate. Se lo ofrece.

—Pa comprarme el que no me conozca, ¿eh?

Y poniéndose grave, agrega:

—¡No, en serio, a mí a veces me parece que soy buena! Pero en esta vida... Si hubiera sido muy, muy buena... ¡Pero, ché, desde que me quedé sin madre, había que ver! El patrón andaba conmigo cuando se le antojaba; los dos hijos, también. Ellos no, nunca me pegaron. ¡Pero ellas!... ¡Ay, Juan Carlos, yo recién te decía que las mujeres eran bue-

nas! Bueno, es que... Mirá, yo pienso muchas cosas a veces. Y he pensado que no hay malos ni buenos. ¿Qué te parece eso?

—Y... ¡yo qué sé! Tomá el mate, está lindo.

¡Ella está linda, también! Con su traje azul, de cuellito blanco. Ella, la que confió una vez (y sus palabras fueron apuntadas) a un hombre con quien durmió una sola noche, previa entrega a Encarnación de sólo cinco pesos porque ya eran las dos de la mañana: “Yo digo que Dios me reserva una felicidad muy grande. Tengo que tener una buena recompensa. Veo a otras tan felices... Yo nunca tuve novio. Ni siquiera tuve la felicidad de que un hombre se me declarara...”.

—¡Es que el mundo es un batuque muy grande, Juan Carlos!,—reflexiona ella, llenando el mate—. Se ve... de lejos.

—Yo estaba pensando, al venir, en cuando era muchacho...

—¿Y ahora qué sos?

—Ahora... voy a tener veintiocho añitos...

Su espíritu se absorbe en otras cosas. Las palabras de Margarita lo desensimisman, pero lo que iba a decir se le ha pasado de largo.

—¿Y qué pensabas?

—¡Qué sé yo! ¡En unas cosas tan tristes!

Ella lo deja. Ceba mate en silencio.

¡Qué bien se siente ella! ¡Qué embelesada está hablando así al de acento grave y melancólico! Ama a Juan Carlos como nunca a nadie. Y el colmo de su dicha es conversar con él de cualquier cosa. Cierta clara mañana, al día siguiente de su último cumpleaños, sintió, de pronto, que una palabra del hombre la convertiría en su hembra. Ahora, la idea de

que eso pueda llegar la vuela. Acostarse con él para entregársele. . . ¡Dios mío, qué vergüenza!

Se lo come con los ojos, sin embargo, ahora. ¡Qué hombre Juan Carlos! ¡Tan bueno, tan valiente, tan generoso, tan triste!

—¡Vos siempre estás triste, hasta cuando estás contento!,—exclama al cabo de un rato.

—¿Te parece, Margarita? ¡Y qué voy a hacer!

Más que las palabras es el acento lo que la impresionona.

—¡Sí, claro! Es que, mirando bien, todo el mundo es triste. A todos les falta algo, ¿te has fijado? Aquí en el Bajo, allá en el Centro. . . ¡Se siente un peso! Mirando bien, el mundo todo es triste. ¡De arriba abajo!

E interroga, de pronto, rápida:

—¿Vos qué pensás del mundo?

Juan Carlos trata de satisfacer la pregunta, sin saber a ciencia cierta qué contestar, cuando alguien dice sin abrir la puerta:

—¿Se puede?

—Sí, entrá.

Es Luisa. El rostro un poco ajado ya. Y la cintura flexible y felina.

Acepta un mate, mientras Margarita revuelve entre cajitas y frascos en busca de una pomada.

—¡Tengo que ir al Centro y estoy deshecha!

Y sale con el botecillo, untando ya los dedos en la crema y frotándose la cara.

Llenado el mate, Margarita suspira:

—Es seguro que hay algo, che, porque, si no, ¿a qué el mundo?

—¿Algo? ¿Algo qué, Margarita?

Las cejas contraídas, ella le tiene clavados los

ojos. Y el ceño se desarruga, de pronto, cuando suelta una carcajada.

—¡Nos hemos quedado que parecemos...!

La risa resbala en el alma de Juan Carlos sin penetrarla.

—Como si fuéramos...

Ella vuelve a ponerse seria, sin terminar la frase que, por otra parte, no podría concretar.

Posa la caldera en el suelo y se sienta al lado.

Tiembla la rama del paraíso en la ventana. La estremece un viento a poco desatado que viene de lejos, oloroso.

En estos callejones la policía permite abrir las ventanas. El que anda por aquí está dispuesto a todo. Si alguien pasara y quisiera asomarse vería, pues, a través del vidrio, el interior de este cuarto de lenocinio. Bueno: la cama, la mesa de luz... y una mujer callada, ahora, frente a un hombre también callado. Tomando mate.

—¡Qué lástima que sea tan bueno!,—piensa Margarita—. Los buenos... se deshacen solos, ¡caray! Empiezan a caer al Bajo... ¡Se les conoce de lejos!

—¿Lo damos vuelta?

—¡Sí, cómo no!

En algo con cierta semejanza piensa Juan Carlos junto a la ventanita. Lo piensa con toda su alma, sin las cobardías que momentos antes lo asaltaban.

—Es un funesto error,—se dice de los seres que ama,—creer que se les hará felices el día que se les proporcione trabajo a todos, que se les contemple y se les respete. No. Nunca para ellos habrá paz. Como no la habrá para aquéllos que, llegados a cierta altura de la vida, sienten de pronto un frío amargo en el corazón y detienen su actividad para acercar-

se a los Bajos, o para seguir, ya como máquinas. No, nunca para ellos habrá paz. Esta muchedumbre renovada que se corre de los Centros es la desterrada de la tierra, en cuyas venas la existencia no soporta el desvirtuamiento vital y se extingue sin calor y sin llama. La naturaleza, desde ellos, rechaza las organizaciones que la desconocen. Mas el hombre vence en el hombre. Cae una capa de plomo sobre el Bajo. Pero allá, arriba, en el Centro, a los triunfadores se les pudren los dientes, los huesos se les tuercen y comban, la sangre se les aguachenta, las miradas se les apagan, los cráneos se les pelan. ¿Para qué todo? Para vivir y para amar, para odiar y adorar y morir no hay necesidad sino de nacer. ¿Se hace otra cosa allá en el Centro? ¿Y en el mundo entero, y en el tiempo entero se ha hecho otra cosa, por ventura? Su amigo Isaías estaba muy bien corriendo en torno a su madre, cuando pequeño. Él mismo estaba muy bien pegado al seno de su madre, esperando ambos el sueño suyo. ¿Para qué, pues, lo que es inútil? Porque, en el fondo, todos los que hacen algo saben que eso es inútil aunque lo consigan; que no es lo que quisieran. El microscopio no es para mirar lo que muestra, ni se agita un tubo de ensayo para conocer eso precisamente que va a resultar. ¡ No hay que ser mentiroso!,—se dice—. En el fondo, toda investigación se propone subrepticamente otra cosa. Como si así se pudiera agarrar desprevenida a esa otra cosa... y cazarla. También puede investigarse para que nuestra grandeza haga olvidar nuestra pequeñez. Pues bien; no nos podemos olvidar. Regresemos, si aun es posible. O dejemos a los niños que se adueñen del mundo.

Eso de los niños, que oyó cierta vez a Bonifacio,

lo obsesiona de un tiempo a esta parte. ¿Bonifacio tendría...?

—Ché, ¿quierés que l'eché yerba nueva? Está más que lavado.

—No, vamos a dejar.

Ambos están demudados. Juan Carlos va ahincando cada vez más en sus pensamientos. Ella se halla perdida, mareada en los suyos.

A grandes gritos llega desde la calle:

—¡Peguenlén! ¡Tupambay, no se vaya, quédese aquí! ¿A ver quién se anima a pegarle?

—Esa es la voz de Manuel Benítez.

Juan Carlos se asoma. Y tras él, Margarita, enterándolo, aunque él nada ignora, de la causa de tal desasosiego.

Fué que el perro Tupambay o Coco andaba atrás de Milonga. No era posible consentir que el bello animalito cayera bajo el can feo y mendigo. Se le arregló una casilla en lo de Agueda, depositaria celosa. Y allí estuvo reclusa una temporada. Pero, para más seguridad, una mañana se condujo, con mil precauciones, a lo de Encarnación...

—¡A ver Tupambaycito si alguno se li anima!

...Una tarde sorprendieron a Tupambay o Coco ya en el patio. Se pasa el día en medio de la calzada, los ojos casi humanos fijos en el zaguán. Huye de las pedradas y el agua hirviente. Y cuando menos se piensa, aparece otra vez el maldito.

Esto cuenta Margarita, y es verdad. Lo que no dice ella,—porque anda debajo de su conciencia, como en las y los demás,—es que la idea de encastar a la perra con un animal de clase es un pretexto. ¿Acaso no trajo de quién sabe dónde el rengo Epifanio un fox-terrier lindísimo? Y el zapatero del extremo supe-

rior del Bajo, ¿no ofreció y expuso el bulldog que le prestara un abogado del Centro? ¿Y el de los Cepeda? ¿Y el del "dotor" Jacarandá, el yuyero? Todo ellos, después de un examen superficial, eran rechazados por las mujeres. Y el Tuerto, juez de última instancia, tuvo que fallar alguna vez, cuando el presentador era exigente, de acuerdo con el primer veredicto.

La virginidad perdida volvía a encontrar su culto en la virginidad de la linda perrita.

—¡Y cuando quiera v'a pararse en la calle, nomás! ¡Yo les v'ia dar piedras! ¡Yo les vi'a dar agua caliente!... ¡Ultimamente la calle es libre! Y no hacen más que andar alardeando muy alarifes que le van a echar tal perro y tal otro... ¿Y ande están esos perros? ¡Que salgan esos perros!

Tupambay o Coco está echado a sus pies. De los portales se asoman cabezas y se ocultan en seguida. En el boliche del Tuerto escuchan como quien oye llover porque la policía, en tiempos de elecciones, se pone muy "corsaria".

Manuel ha visto que, por el alto terraplén de la vía que tiene al frente, aparece un casco. Y luego la cabeza, los hombros, el tronco, ahora, de un soldado hasta las botas.

—Vamo, Tupambay...

El perro se niega a seguirlo.

—¡Pero vamo con la vieja, que nos está esperando!

Ya va descendiendo el soldado el terraplén.

—¡Pero vamo, le digo! ¡Chicho! ¡Chicho! ¡Uta, lo que debía hacer yo era agarrarte a palos!

Lo alza en sus brazos con ganas de zamarrearlo. Y da la espalda a las mancebías.

Su enojo se disipa como por encanto, al encontrarse de manos a boca con una esperanza. Ha alcanzado a distinguir a Juan Carlos en la puerta de Margarita, y una idea súbita le embarga el corazón y florece en cierto plan factible.

—¡Coco!,—dice—. ¡No esté triste, Coquito! ¡Esta la ganamo, Coquito! ¡Alguna tenemo que ganar! ¡Les vamo a robar la perra, si Dios quiere!



Junto a la tierra un celeste que se va haciendo rosado al subir. Y el rosa fuerte que, más arriba, se torna celeste. Envolviendo a la luna vaguísima. Tras cercos de cina-cinas rayan el cielo las cañas con sus plumachos enhiestos, con sus lanzas doradas. De un rancho lejano asciende humo en columna que se ensancha en el aire otra vez quieto. Pasa una vaca por el callejón. Tarda, lenta, con la misma expresión del paisaje en las grandes pupilas. Detrás, un niño. Tararea un estilo con voz velada. La canción se funde en el ambiente, como una nota más en un acorde perfecto. En el cielo, el celeste se azula. Sube y desciende diluyendo los rosa que ahora toman un tinte violáceo. Y la luna afirma su plata, su azogue, su brillo. Flota en el aire, casi imperceptible polvo morado. Un poco más de sombra y las estrellas desgarrarán sus velos. Rodeando a una cabeza desangrada.

—¿Y si la inteligencia fuera un pérfido agente de muerte?,—se pregunta el joven mientras sube hacia el Centro...—¿Si ella tendiera a un equilibrio mortal en su remoción del mundo?



Yuca Tatú, que bien pudiera trocar su nombre de niño por el de Yuca Quiyá, ahora, ha llegado por la mañana del Arazatí. Ha venido con un muy buen carguero de pieles de nutria. Ya las vendió. Tiene su cinto, por consiguiente, repleto de monedas. Y ha concurrido al Bajo a divertirse. Ya "anduvo" con una mujer. Ahora bebe caña, dichoso. A las dos, la muchacha vendrá a buscarlo a la pulpería. Después que se cierran los prostíbulos. Ya arreglaron el precio. Tomarán un rato juntos, como cuestión previa. ¡Es tan lindo conversar tranquilo con una mujer! Frente a frente. De cualquier cosa. Esto es casi tan bueno como lo otro; como darle un empujón en la cama y acostarse arriba. Se bebe y se conversa. Cada cual de sus cosas. Y luego el sueño y el deseo que llegan despacito, embargantes, promisoros. Una mano se dirige sin pensar hacia otra mano. Se bosteza con una sonrisa. De todo fluye como una corriente que converge en la pareja, que la rodea como a una isla y que sigue, insinuante, hacia la pieza a media luz donde hay una cama espaciosa, limpita. ¡Y esta demora sin zozobras produce algo tan hondo en el alma! Entonces, sí, después de esto, puede uno irse meses y meses a chapalear en los esteros, cuerpeando yayarás, rodeando el interior de la mísera cabaña del monte con lonjas de cuero de venado que ahuyentarán la víbora. ¡Entonces, sí! Porque uno sabe que al regreso, después de pasar por la barraca, la vida parece un sueño. Y hasta... Y hasta muchas cosas más que un sueño, piensa Yuca Tatú. Porque no olvida cierto acontecimiento memorable en su vida, cuando, después de

una semana sin salir de los callejones del Bajo hasta quedarse sin un cobre, María lo quiso seguir. María no era linda. Él la había observado muy bien al principio. Y la imaginación no pudo hacer nada, después, frente a las impresiones que, al conocerla, grabó en el espíritu su ojo avizor. Tenía la nariz un poco aplastada. Era pequeña y de senos flácidos. Pero, aun así, a él le fué gustando cada vez más. . . ¡Y se quiso ir con él! ¡Seguirlo por los esteros traidores a la choza donde se estira la piel de las nutrias y donde el cuero del venado cierra el paso desde lejos a las yayarás! Yuca Tatú comprendió que así, ya sin un cobre, era más locura que nunca llevarla. Pero pensó que trabajando mucho, mucho, que internándose todavía más en los esteros y atendiendo más trampas, podría regresar para la primavera y hacer bastante plata. Y Yuca Tatú enflaqueció entre las espadañas. Y regresó cuando permanecían aún los fríos sobre los campos del Arazatí. Mas en el Bajo ya no estaba María. Se había ido primero a Polanco del Río Negro; después. . . Unos decían que al pueblo de Olimar; otros allá por el Azul, en la Argentina.

—¡Pero, Carlito! ¿No le dijeron que estuve hoy en su casa?

—Sí, me dijeron. A ver, mozo, qué se va a servir mi hermano Yuca Tatú.



—¿Dónde anda mi nutriero?

Es la Petra. Es también un resplandor en las severas facciones curtidas de Yuca Tatú.

—Aquí hay un pedacito. ¿Cómo le va diendo a usted?

Después de un momento, Juan Carlos los deja solos. Se detiene en el mostrador, con el Tuerto, que abandona, por saludarlo, su libro diario, donde esta noche está anotando en el Debe: "Eusebitito tres cañas". "El Mellizo Juan no el que estuvo con él de botas coloradas veintiocho centésimos prestados". "El del sombrero de paja dos copas caña un paquete tabaco un librito papel" . . .

Luego el joven se hunde cabizbajo en la boca de lobo del callejón. Allá arriba, sin embargo, hay algunas estrellas. Parecen más lejanas que otras veces. Como si hubieran subido más. Como si la tierra hubiera bajado más . . .

Yuca Tatú se acomoda en la silla. Y frente a los ojos vivos de la muchacha, después de pedir dos cañas grandes, se dispone a conversar.

Juan Carlos camina hasta encontrar la calle de La Cachimba. Entonces tuerce a la derecha y va subiendo. Se ve allá, a lo lejos, el impreciso chorro de luz que sale del café. El pueblo duerme. Lo despierto anda en el Bajo, a sus espaldas, o, como él, va buscando refugio en las "cachimbas" del Centro. En la obscuridad recortan su masa más negra y opaca las casas, a los lados de la calle. Son casas bajas, chatas, de sombras tétricas. Ahora, en esta noche altísima y serena, provocan ideas absurdas de los seres que en ellas duermen. Extremadamente altos y enjutos, o gruesos y patizambos; con anchas cejas unidas y mejillas de cartón. Con caras que resonarían a hueco, sin despertarlos, si uno les diera "tinguiñazos" . . . Ah, la calle parece, ahora, un extraño cementerio de tumbas en doble fila que se estrecha delante y detrás del que la transita. Él siente resonar sus pasos sin que les conteste ningún otro rumor . . . Pero no.

Alguien avanza hacia él. Alza entonces la abatida cabeza. Reconoce. Es la Nena que viene del figón con su traje negro, de botoncillos rojos en la pechera y los puñitos, caído el cabello sobre los hombros. Lleva los brazos desnudos. Él se para, estremecido.

—¡Te fuí a buscar!... ¿Por qué sos tan malo conmigo!,—exclama buscándole los ojos.

El tono doliente desarma a Juan Carlos.

—¡Qué!... ¡Es que vos!... ¡Es que!...

Esto lo dice sin energía, como un niño empecinado.

—¡Si yo tengo la culpa, perdoname, Juan Carlos!

Va a prorrumpir en sollozos. Juan Carlos se crispa.

—¡Por favor, no llores!,—implora con desesperación casi iracunda—. Si lloras no me verás nunca más en la vida, ¿oís?

En seguida, bajando la voz:

—Vamos... dame el brazo.

Vuelve sobre sus pasos con la joven y toma a la derecha, hacia lo de Zulema.

Poco a poco, a Juan Carlos le van sugiriendo menos las casas tendidas a los lados de las calles. Va ensimismándose. El mundo exterior comienza a dejar de existir para él. Después, apenas un brazo que aprieta tiernamente contra el suyo. Porque lo demás de la mujer se ha fundido totalmente en su espíritu.

Al abrir la puerta de la alcoba, un olor a bebidas y humo de tabaco se abalanza hacia afuera, penetrante. En su apresuramiento por salir, la prostituta no había retirado las colillas de cigarro, las botellas y los vasos de la mesa, restos de una costosa fiesta que terminó allí, despidiendo a uno de la vida de soltero.

Como el barrer de noche trae mala suerte, ella recoge los puchos con la mano para arrojarlos al patio.

Se acuestan y apagan la luz. Él aspira el humo de un cigarrillo. Pasando el brazo bajo la cabeza de la joven, la acaricia.

—Dejame llorar...

—¡Estás loca! Ahora que... ¿No estás contenta, ahora?

—¡Sí, estoy... no puedo aguantar más!

Y se torna y lo abraza, sollozando.

—¡Boba! ¡Mire qué niña!

Arroja lejos el cigarrillo. Y la abraza, a su vez. Se humedece la boca en las mejillas, en la boca de la Nena. Ha posado la mano sobre el tibio seno. Y lo acaricia. Sin darse cuenta al principio. Ella lo apresa, lo cierra entre sus piernas. Hasta que él hace un movimiento rápido y queda encima. Una mano vuelve a pasar bajo el cuello de la muchacha, sigue hasta posársele en la frente, apretándosela. La otra se hunde bajo la cintura y atrae fuerte, sostenidamente, hacia él.

Cruzan hacia los campos tres campanadas recónditas. Más que de arriba de la torre, parecen haber surgido de lo profundo de la tierra.



¡Hoy es la elección! De un tiempo a esta parte, entre el creciente desaliento de Juan Carlos, suben enardecedoras la alegría y la esperanza.

A la una de la madrugada llega, acompañado por Martín, a La Cachimba. Se habían encontrado con Pancho y con el Flaco. Pero saludaron y siguieron.

Ya los colorados y los blancos, por íntimos que sean, no andan juntos hasta días, a veces semanas después de los comicios.

—Caña.

—Cañas grandes.

Hay mucha gente. Humo que atenúa la ya escasa luz. Olor a carne asada viniendo del fondo. Casi todos los concurrentes muestran en el ojal del saco una flor del color de su partido. Algunos, golillas tendidas. Flores y golillas blancas, pues La Cachimba es casi un cantón de los nacionalistas.

Golpes sobre las mesas. Ruido de vasos. Risas.

—¡Mañana los redotamos pa siempre!

—¡El cuiquerío nomás... como perro en cancha 'e bocha!

—¡Por fin les v'a llegar el turno!

Un indiecito, junto al mostrador, bebe con dos emponchados que, a cada movimiento de las botas con nazarenas, hacen un ruido de carros entre pedregales. Se acerca a la mesa de los arrinconados jóvenes. Tienen una alegría de niño en el rostro.

—M'iba a dir a dormir, pero ¡quién puede dormir n'una noche d'estas! Sirvansén di algo.

—Gracias, ya pedimos.

Entra el Mellizo Juan, con espuelas él también y poncho. Borracho y de golilla tendida, "nomá". Al ver a Eusebitito le tiende los brazos. Pero se le traban las piernas y da de bruces.

El otro lo ayuda a levantarse. Se abrazan.

—¡Hermano, estu'é una fija, nomá! ¡Tenemo el triunfo en la mano, nomá!

Se ha puesto los lados del poncho sobre los hombros, quedándole, así, como la ajada estola de un

cura más chico que su antecesor. Y, frunciendo la boca, imita el son del clarín tocando a la carga.

—¡A degüello, aurita! ¡Aurita a degüello!,—piden a gritos, jubilosos, los gauchos del mostrador.

El Mellizo Juan va a acceder. Pero como en el mismo instante aparece en la puerta del fondo el jorobadito, se echa sobre él, lo tumba y, haciendo como que manotea el cuchillo, le hunde un dedo en la garganta.

Entre la algarabía general Carlín se levanta iracundo.

Alguien, desde un rincón, hace tambor con su mesa. Saltan vasos.

El jorobadito sacúdense la ropa, jadeante.

—¡S'enojó, hermano! ¡Pero hermano...!

Una voz llega del patio, doliente y clara.

¡Oíme, patria querida!

¡Oí a tu hijo abandonado!

Se hace un brusco silencio. Entonces puede escucharse también el guitarreo del payador.

—¡Y pensar que el lunes ya nadie se acordará de ellos! ¡Ah, si yo tuviera valor! ¡Pero soy un cobarde, un egoísta asqueroso!

Se pone fuera de sí. Sus ojos llamean. Cierra la mano y la da en la mesa.

—Soy un miserable! ¡Yo, sí, yo que parezco tan bueno! ¡Si lo fuera arrojaría lejos todo lo mío, viviría como esos desgraciados, les enseñaría a matar y a devastarlo todo! ¡Pero temo, temo por mí! ¡Me da lástima de mí!

—¡Abandona a tu padre y a tu madre!—, recuerda en voz baja Martín, al cabo de un momento, mirando al suelo.

—¡Sí, sí! ¡Pero para eso se precisa grandeza! ¡Y yo soy una porquería! ¡Y pensar que todos creen que soy bueno!,—ruge golpeando nuevamente la mesa con los puños.

Calla, ahora. El rostro va adquiriendo su natural dulzura triste. En los ojos brillan lágrimas apenas contenidas. Bruscamente, cogiendo el brazo de su amigo, vuelve a hablar.

—Te juro que cuando alguien me mira con cariño y con respeto me dan ganas de llorar. ¡Dime que soy un miserable! ¡Dímelo fuerte para que lo oiga bien y me rompa los tímpanos!

—¿Y yo, entonces?,—balbucea ahogado Martín, con la boca crispada.

En el patio, el payador sigue desgarrante, entre la sombría milonga:

¡Ay, patria, qué desdichados!
¡A mí me ponen un yugo
Y a tí te han encadenado!

—¡Vamos! ¡Vámonos de aquí!

Al verlos retirarse, Eusebito sale y los ataja. Y de la calle, se aproxima con cara de sobresalto Manuel Benítez y su perro Tupambay o Coco.

—Voy entonces, ¿no?—pregunta Eusebito, muy misterioso.

—Sí,—responde Juan Carlos rehaciendo su cara descompuesta—. Ella a las tres v'a abrir la puerta. Vos esperá con cuidado de que no te vea alguno.

—¿Y nosotros?—interroga a su vez Manuel Benítez, por él y el perro.

Tupambay o Coco parece inquirir también, moviente la cola, los ojos fijos.

—Ustedes váyanse para su casa y esperen allí. Buenas noches.

Ya en la calle, un grupo que viene subiendo de las orillas del pueblo los reconoce.

—¡Viva el Partido Blanco! ¡Viva la Patria!

—¡Viva!—contestaron los jóvenes, descubriéndose.

Llegados al prostíbulo, sale Renée a abrir.

—¿La Nena se acostó ya?

—Sí, ya se acostó.

Renée rodea con un brazo la cintura de su amante y lo lleva a su cuarto.

—¡Ay! ¿No sabes que la Coca,—va diciendo muy disgustada,—otra vez me mandó decir...

—¿Por qué le haces caso? ¡Si la Coca es loca! ¡No le hagas caso!

Juan Carlos queda solo. Enciende un fósforo y empuja una puerta. Un instante permanece inclinado sobre la Nena dormida. Su forma larga y fina se dibuja bajo la sábana...

Se quema los dedos. Enciende otro fósforo y da luz a la lámpara.

Ahora, de pie en medio de la alcoba bañada en celeste, difusa claridad, los brazos a la espalda, mira hacia el lecho.

—¡Soy despreciable! ¡Hay que escupirme la cara!

Quiere cortar así un ensueño que le nace sin merecerlo, porque lo satisfaría y él debe expiar; que lo hace desarrollar situaciones de su deseo y que no debe consentir transcurran en su espíritu, ya que no se siente capaz de realizarlas.

Al acostarse, ella despierta, lo mira fijamente... Y le ofrece su boca.



Suenan las tres en la lejana iglesia. Y las campanadas pasan por encima del Bajo y siguen hacia los campos.

Duermen ya en el prostíbulo de Encarnación. Al escuchar la hora, Margarita se sienta en la cama, aguzando el oído.

Silencio.

Baja del lecho. Se ha acostado vestida. Sólo se quitó los zapatos. Que no se pone, ahora, al dirigirse en la obscuridad hacia la puerta de la calle.

Silencio.

La entreabre.

Junto a un paraíso distingue un bulto.

—¿Sos vos, Eusebito?,—pregunta muy por lo bajo.

—Sí.

—¿Y Juan Carlos?

—Ta n'en el Centro.

—¿Y Manuel?

—Ta en la casa d'él, esperando.

—Bueno, esperá.

Margarita abre la puerta que da al zaguán, sintiendo clarito los golpes del corazón. Sus pasos callados se dirigen hacia el fondo. La noche es estrellada y serena. ¡Qué ronquidos confiados los de Encarnación! Un gato, entre los yuyos, le muestra dos ascuas verdosas. Pero un momento, tan sólo. Porque las apaga y huye hecho otra de las sombras.

Junto al aljibe, Margarita se detiene. Vuelve a escuchar. Mira hacia atrás... Ya sigue.

—¡Chicha! ¡Chicha! ¡Quédese calladita, m'hijita!

La perra, reconociéndola, se agita ansiosa en su encierro.

La mano levanta la aldaba, entreabre la puerta. Cuando Milonga se escurre, la mujer la agarra y la alza como a un niño.

—¡Calladita! ¡Quédese calladita, m'hijita!

Ha pasado el aljibe. Tras ella, entre el yuyal, se han encendido de nuevo dos ascuas verdosas.

¡Qué ronquidos confiados los de Encarnación! Parece un serrucho sobre madera muy dura... ¡Jdrjjj! ¡Jdrjjj!

Se interna por el pasadizo y llega a la alcoba. Silencio.

Se asoma a la calle.

—Aquí está, tomála.

La perra pasa a los brazos de Eusebito.

—Está bien. Hasta mañana.

—Adiós, Eusebito. ¿Estaba la Nena con Juan Carlos?

—No.

—Adiós, Eusebito. ¿Entonces no estaba?



En la ya a obscuras habitación, la Nena duerme. Entre los brazos de Juan Carlos, descansa su carne triste. Él pega su cara a la cara de la joven prostituta. Una removedora ternura ha ido desbordando en su corazón. Voces, gemidos ahogados... Hacia él se dirigen. Manos implorantes... Poco a poco va trascendiendo su ansia hasta abarcar el mundo, hasta hacerle sentir que es la humanidad entera lo que tiene entre sus brazos, triste y fatigada, impura y santa.

Juan Carlos había querido cortar ese ensueño porque el desahogo que le trae no lo merece. Ahora le ha envuelto la razón en sus mallas y él lo acepta y lo vive. Inconsciente, aprieta más los brazos.

La Nena abre los ojos, estremeciéndose.

—Descansa, descansa con confianza. Estoy yo aquí, para siempre ya,—se oye la voz del hombre entre la obscuridad.

—¡Sí!,—contesta ella asombrada e inquieta.

Él sigue, aunque oprimiéndola más, dirigiéndose al mundo, del cual se siente un hijo ingrato.

—Ya nunca, nunca más volveré con los míos. Seré bueno, por fin. Seré espantosamente bueno. Moriré por tí. . . ¡Ah, no! ¡Más bueno, más bueno, todavía! Mataré por tí. . .

—¡Sí!,—repite la muchacha, ahora enternecida.

No comprende nada. Pero estas palabras, para ella sin sentido, son pronunciadas con un acento tan doliente y dulce. . .

Tañen las tres en la lejana iglesia. Las campanadas pasan por encima del pueblo y siguen hacia los campos.

Suenan los silbatos de los guardias. Y todo recobra su quietud.

Es la humanidad entera, callada, en sus brazos hercúleos. No es desvarío. Es verdad. . .

—¡Duerme! ¡Descansa! ¡Soy yo quien vela tu sueño! ¡Yo, que te amo!



La Nena se ha desvelado. Sin saber la causa siéntese más dichosa que nunca; segura como nunca de su amante. La rival presentida, a quien antes

imaginaba, según las circunstancias, alta o baja, rubia o morena, pero bella y pura siempre, y quien, desde el encuentro en la farmacia, se le presenta bajo las formas de Olga, va alejándose, borrándose, haciéndose cada vez menos temible, hasta adquirir tal aspecto de tristeza que a ella misma le causa piedad. Concibe hasta una solución conciliadora. Pero sólo un momento. Porque el ensueño, el ardiente, salvaje ensueño de su corazón, sigue arrollador. Y se ve ella sola dueña de su hombre; sólo ella en medio de una tibia soledad.

Lo cubre de besos.

Él enciende un cigarrillo y aspira el humo, ansioso.

—Después que voten todos, ¿me vendrás a buscar para ir a la Picada?

—Bueno.

—Pidiéndole vos, doña Zulema me deja salir desde temprano. ¡Qué lindo! ¡Andaremos en bote y todo!

—¡Claro!

Ella se sienta en la cama, acariciadora.

—¡Usted es muy malo!,—exclama.

Y jugando con la verdad como un niño con un cuchillo, radiante y sin memoria, agrega, mimosa:

—¡Usted es muy malo conmigo! ¡Me hace sufrir mucho! ¡Me da muy mala vida! Yo me tendré que ir de aquí...

No ha habido golpes, palabras que ortigan. Ni alzadas del pelo, ni empujones contra los muebles. Nunca ha estado de bruces en el suelo, llorando. Ni a sus oídos llegó jamás: “¡Perra puta!” “¡Te olvidas de que eres una puta y de que yo soy un hombre digno!”. Lo que ha habido es un amor hundido

en el embeleso. Y un niño grande junto a su corazón feliz.

—¡Yo me iré, sí! Me tendré que ir...!

Y ríe y lo besa, iluminada.

—¡Cállate!

Ella guarda silencio porque la palabra es pronunciada con mucho imperio. Pero tal alegría retozona le brota en el alma, que salta del lecho, se viste rápida y comienza a caminar a grandes pasos por la habitación.

Aventa con la mano el humo del cigarrillo. Aproximándose a la silla donde él colgó el saco, revisa uno por uno los bolsillos. Cuenta el dinero. Saca un lápiz. Abre las hojas del cortaplumas. En uno de los bolsillos halla una carta que Juan Carlos olvidó franquear. El sobre está abierto todavía.

Sentándose en la cama, despliégala al revés y, con infantil curiosidad, clava los ojos en los renglones para ella enigmáticos... De pronto, tal como cuando por la noche atraviesa el ancho patio del prostíbulo y entra con recelo a la habitación a oscuras y enciende la lámpara, así siente que las líneas pierden sus formas sobrecogedoras y se hacen amigas y le revelan su sentido. Una dicha inocente va resplandeciendo en su alma.

—¡Yo no quiero más que a la Nena!—musita cual si leyera—. Por eso no podré ser nunca más tu novio. No iré más a tu casa. No te escribiré más...

Los labios se mueven velozmente, ahora, pero sin pronunciar palabra. Hasta que, recobrando el hilo de su agitado pensamiento, continúa con voz sólo para ella perceptible:

—Adiós. Me quedo con la Nena. Para siempre. Para todita la vida.

Dos lágrimas asoman a sus ojos dichosos. Deja la carta sobre la silla.

—¡Ay, mi querido!,—exclama.

Y se arroja sobre su amante y lo cubre de besos.

Por la entreabierta ventana que da a la calle, por los resquicios de la puerta, penetra la luz celeste en que el azul de la noche se ha ido diluyendo. Y con la luz un olor fresco a gramilla, a tierra húmeda, a flor recién nacida.

Un carro cruza por la calle. Luego otro. Pasos apresurados de alguien que silba alegremente. Ladridos. La voz de un niño...

¿Un niño a estas horas, tan de madrugada?
Silencio.



Bocinazos de automóvil cada vez más frecuentes. Juan Carlos tiende la mano hacia el chaleco y mira la hora.

—Las cinco. Deben de ser los delegados a las mesas de campaña. Es temprano todavía. A las siete debo estar en el campamento.

—Te voy a cebar mate.

—Bueno, ceba.

La Nena abre la puerta. Una claridad ya dorándose entra en la alcoba.

—¡Dios quiera que ganen ustedes!—exclama al salir.

—¡Sí, claro!

Juan Carlos queda solo.

—Ganar... ¿Ganar qué?,—se pregunta de pronto, con rabia—. ¿Quién ganará nada? ¡Ni nosotros ni ellos! ¡Nadie!

Su ceño se desarruga. La honda tristeza de sus ojos vuelve a primar y a imponerse en la cara.

—¡Pobres!,—suspiró—. ¡Pobres de ellos, de mí, de todos!

Radiante, entra la Nena con el mate y la caldera. Y Juan Carlos experimenta de nuevo una ira sorda en el corazón.

Se incorpora a medias. Ella se sienta a su lado.

Al mirarlo, al ver un hondo pliegue entre las cejas de su amante, comprende que debe cebar el mate sin chistar, que no puede sonreírle ni hacerle una caricia. . . ¡Sí, sí! Que no debe hacer otra cosa que cebar mate.



Antes de las siete llega al lugar del campamento, campito con un enorme ombú y de rancho a la calle. En la calzada y también adentro, hay caballos maneados.

Entra al rancho donde está una larga tabla fundada en caballetes, con pilas de hojas de votación.

Entre los grupos, ve a Eusebito, al pardo Luna, a Bonifacio.

En el campo, cercado de pitas como de bayonetas, ya están preparando las canchas de taba. Otros hacen rueda junto al gran fogón donde los cocineros ponen asadores de reja y dos tachos enormes con agua a calentar para el puchero.

Eusebito se aproxima.

—Y'está la perra en lo'e Manuel.

—¿No te vió nadie?

—No.

—Bueno.

—¡Hoy ganamo, nomá! ¡Hoy sí que ganamo, nomá!

Es el Mellizo Juan, entre el ruído de sus nazarrenas, con su poncho, su golilla tendida y una ancha divisa en el sombrero. Amarillenta ya. La del finado su padre. Tiene una inscripción bordada en oro: "O libres o nada".

El Mellizo ha pasado por el rancho sin ver a nadie. Y se pierde en el campito, al griterío.

—¡Hoy ganamo, nomá! ¡Hoy robamo la plata, nomá!

Juan Carlos ha erguido la cabeza con los ojos llameantes. Va a gritar:

—¡No! ¡Mentira! ¡Yo también os he engañado! ¡No nos creáis, por el cielo!

Pero se contiene.

Agacha la cabeza y sólo musita, entre dientes, con doble sentido:

—¡Quién sabe!

Comienza a sorber un mate. Siente asco por sí mismo, obediente a oscuros designios de hombres a quienes apenas conoce; experimenta desprecio por todos los que lo rodean allí o ya se vienen acercando desde las rancherías y los campos circundantes: amigos suyos, antiguos soldados de su padre, hijos de esos soldados, que lo acatan ciegamente.

—¡Estos son los que tienen la culpa de todo! ¡Estos idiotas!

Una llamarada le quema los sesos. Tiembla de rabia. Agarra otro mate.

—¡A ver, imbécil! ¡Este mate está lavado!

Y en pleno pecho del cebador va a dar el mate arrojado con fuerza certera.

—¡Pero, don Juan Carlos!

El líquido verde e hirviente pone grandes manchas sobre la pechera de la camiseta, sobre el saquito de brin del cebador, sobre sus encogidos, casi a media rodilla, pantalones blancos.

El desgraciado saca el pañuelo. Se sacude la yerba, se enjuga. Y repite con amargura:

—¡Pero, don Juan Carlos!

Nadie los ha visto. Todos andan por las canchas de taba, por el fogón acogedor.

Juan Carlos saca también su pañuelo y lo ayuda a secarse.

—¡Es que yo me pongo loco, de repente!

—¿Y ahora, así?

—Ahora yo mando a casa a buscar un traje para vos.

Con los puños crispados Juan Carlos va hacia la mesa. Y entre las hojas de votación se acoda, sombrero.

—Don Juan Carlos, esto lo manda mi mama, y que después venimos todos.

Son una niña y un niño. Descalzos.

La niña le entrega un gran ramo de flores. Tiene los ojos luminosos, la cara fresca, la ropa en harapos. El pequeño, cubierto con chiripacito y camisa, ostenta un aire prematura, demasiado prematuramente grave. Provoca, sin embargo, más tristeza ella que él, a quien no los conoce.

Juan Carlos les ofrece unas monedas.

La niña las agarra, las mira y les sonríe.

—Dice que después venimos todos,—repite.

El gurí no dice nada. Mira, no más. Porque es mudo.

Salen hacia la calle.

—¡Pruebe! ¡Lo apronté otra vuelta!

Juan Carlos no se anima a mirar al hombrecillo del mate. Con los ojos bajos, dice:

—¡Ahora sí que está lindísimo!

Devuelve el mate. Las manos se posan a ambos lados de la cara. Poco a poco, un ansia infinita, una tensa compasión, van envolviendo su alma. Y siente como que le desgarran las ropas a manotazos; como que le arrancan los miembros y las entrañas en medio de una felicidad suprema. ¡Él se da, se da sin lástima! Adquiere, ahora, la forma de un árbol, de un ombú de grandes ramas extendidas, amorosas, protectoras...

Una voz lo despierta.

—¡Güen día! Deme una lista pa votar de los primeros por ser la primera vez.

Es el jorobadito.

Juan Carlos estrecha la mano que le tiende.

—¿A ver la balota? Te toca votar en la iglesia... Pero falta como media hora.

—Si cuadra vi'hacer un tiritito a la taba.

Carlín sale hacia las canchas con unas monedas recién embolsicadas.

—¡Pa la suerte! ¡Pa la suerte de las elesiones!

Esta vez el jorobado no se disgusta porque un pardo artero le palmea la giba. Al contrario, ríe alocadamente. Y con los ojos fulgurantes, corriendo, dando saltos, frenético, presenta a los próximos el lomo deforme, gritando:

—¡Toquen, toquen! ¡Pa la suerte! ¡Viva el Partido! ¡Viva la Patria!

Muy atareado, sin conocer a nadie, atraviesa el rancho, hacia la calle, el ruido de las espuelas del Mellizo Juan. Las sigue un indio grande, con pár-

pados de recién levantado que, al salir, lanza un grito ronco.

—¡Viva la memoria 'el finao mi padre!

En el primer coche que llega, Carlín y el cebador se dirigen a lo de Juan Carlos a hacer el cambio del traje.



—¡Al tiro voy dos riales! ¡Dos riales al tiro!

—Pago.

—¡Poniendo estaba la gansa!

—Un rialito más.

—Pago.

—¡Suerte nomá!

—Mama, el chiquito quiere teta.

—¡Ya voy, te digo! ¿Y la cédula es a rial el saque?

—Por un rial puede sacar cualquier cosa. Un puñal, una boquilla, un relós, un guardapelo...

—¡A ver los que tienen que votar en el Parque! ¡Ahí está el auto! ¡A ver los del Parque!

—¡Los del Párquee! ¡Los del Párqueee!

—A mí me dijieron que tenía que votar n'el Parque...

—¿No quiere dentrar n'esta suscripción pa este pobre manco?

—¡Caña fresquita! ¡A rial la copa! ¡Guarda, mudo! ¡Nu ande estorbando!

—Deme dos cañitas.

—Una primero y otra después, porque no tengo más qui un vaso.

—¡Mama, el chiquito está llorisquiando!

—¡Ya voy, te digo! ¿Y si no saco ni guardapelo,

ni bombilla ni nada?... ¡Ay, qué lindo qu'es este guardapelo!

—¡Jueguen, caballeros!

—Metete al siete, que s'están dando contra judías.

—E juego e menores...

—Sota en puerta. De cinco riales, tres riales y medio. De un rial, un medio. De un medio, un medio. De un medio, un medio, de un medio un medio, de un medio un medio... Doy en tres por cinco riales. ¡Fresquito! Falta un rial y medio... Güeno, me doy güelta... La sota! Doy cachucha por el peso, caballeros.

—¡Cuidao, de las espuelas! ¡No peche, pues, amigo!

—Y si nu entriegan el poder... ¡Jué sin querer amigo!... ¡Y si no entriegan el poder, se lo sacamo a punta e'lanza, nomá! ¡Viva la regolución, nomá!

—¡Viva la memoria 'el finao mi padre, nomá!

—¡Héle, no peche!

—Uno anda apurao, nomá.

—A ver los que tienen que votar en el Barrio Industrial. Ahí está el auto.

—¡Los del Barrio Industriaaal!... ¡A ver!

—Tráy al chiquito p'aquí... Venga, m'hijito. Tome la teta... ¡Qué lindo ese guardapelo pa guardarle un rulito pa cuando siá grande!

—¡Un rial, señores! Con un rial pueden sacar cualquier cosa. Un cuchillo, un relós, una pulsera...

—Esa taba está cargada! ¡A mí no me roba naides! ¡Te vi'a dejar el cuero como pa cernir melones, mulato trompeta!

—¡Esa... nu nu era... mi mi... taba! ¡Yo yo... degüelvo la plata!

—¡Peliá, maula! ¡Peliá, sarnoso!

—¡Guard'esa daga! ¡Respeten! Respeten estas canas!

—¡Mama, comprélé el guardapelo p'al chiquito y pa mí el relós di oro!

—Para la iglesia. A ver los que van a la iglesia.

—A rial la copa. Caña fresquita.

—¿Ves? Aquel qu'est'allí é mi tata. El de chiripá floriao. . . É nuevo el chiripá porqu'e una colcha.

—¿Y tu mama?

—Yo no tengo mama. Yo ante teniba. Pero asígún mi tata dice que nunca teniba. . . ¡Yo qué sé!

—Yo tengo mama, solito. Y bisagüelo.

—¿Y tata?

—Mi mama dice que mi tata lo mataro los coloraos.

—A mi tío lo mataro los colorao. Y al finao Urbano, tamién. Y a uno qu'era del Guaycurú, que le decían el Tordillo. ¡El colorao mata mucha gente!

—Tené un mosquito en la pata!. . . Mi mama tiene un espejo grande y un anillo. ¡E mu linda marde!

—¡Uta que debe ser lindo tener marde!

—¡Ah y seguro!

—Tuquito tiene una marde qu'é una seda. . . ¡Qué lo vele a ese mosquito!

—¿Ves cuál é mi mama? É aquella qu'está con el chiquito alza. Allá, al lao de las rifas.



¿Qué voz llega? ¿Viene de arriba, del cielo, o de abajo, de los hondones de la tierra? ¿Por qué no estremece ningún tímpano y se hunde en la cabeza y se revela?

¡Ah, no! Aquel hombre que va y viene por el campito y da órdenes e indica dónde hay que votar; aquel hombre al que se lanzan miradas de profunda simpatía, de amorosa fé, la está escuchando.

¡Mal hayas, sol de noviembre,—dice la voz,—bello sol de este desnudo día de noviembre!

Tú que enciendes la buena y la mala semilla y no llamas en el corazón al germen dormido.

Mal hayas tú, operador de milagros en la planta y la piedra, que no llegas al alma aterida.

Brilla, no más, sobre los ferrocarriles y los puentes, sobre los automóviles y los aeroplanos.

Dora la cúspide de los rascacielos, la antena de las radios y todo lo levantado sin goce por los que han sido constreñidos a curvarse.

Separa, diferencia, ¡oh, alto sol de noviembre!; que nadie confunda a un hombre con otro hombre.

Haz que se advierta el zapato descosido, el desgarrón del traje, la perla sobre el pecho y el anillo en la mano.

Arde en las pupilas alegres de los ahítos; patentiza el rubor y la lágrima en la faz del mancillado.

Muestra al ojo del sin cosas el predio cerrado, los caminos sin fin que han trazado los cercos para que no se detenga; senderos de muerte que alejan siempre y nunca aproximan.

Evidénciale, detrás de las vallas, el tierno cordeiro y la espiga en sazón.

Revélale los frutos del árbol de brazos contenidos a hacha cuando se alargan hacia afuera, y saca hacia su vista el interior de las casas de lecho y plato

Haz visibles las huellas de sus pisadas si delinque, y persíguelo con tu luz como perro de caza.

Y señálale al mismo tiempo las bellezas levanta-

das, diciendo al que no ha de gozarlas: ¡Mira lo que consiguió tu esfuerzo! Y al que tiene hambre: ¡He aquí tu orgullo, Rey de la Creación!

¡Ah, si pudieran cortarse las horas del día de las horas de la noche, y se arrojaran al abismo las luminosas!

¡Y se anegaran las usinas en sus fuentes, y se viviera días negros sobre la tierra!

¡Mal hayas, limpio sol de noviembre! ¡Mal hayas tú, el de todos los días del tiempo!

¡Oh, es de abajo que llega esa voz! ¡De los hondones de la tierra!



—Deme un pedazo de asao pa cinco.

—Deme asao pa once.

—¡No, no! ¡Primero el puchero! ¡Si no si'acaba l'asao!... ¡Saqu'esa mano, he dicho!

—¡Los gurises p'atrás! ¡A ellos se les v'a repartir aparte! ¡Los gurises tuitos p'al ombú!

—¡Deme asao!

—¡L'asao tuavía no, si'ha dicho!

—¡Métalé l'indiada, nomá! ¡Esto é sun triunfo completo, nomá!

—¡Viva la memoria 'el finao mi padre, nomá!

—¡Venga, Mellizo, tire un tajo! ¡Cuidao que s'enrieda!

—¡Yo no como, nomá! ¡Yo y este tenemo qui andar recorriendo, nomá!

—¡Mama! Mama! ¡Siá perdido mi mama!

—No llore, amigo. Por ahí tiene que estar. ¿Cómo se llama su madre?

—¡Justina!

—¡Justínaa! ¡A ver quién es Justínaaaa!

—¡Yo soy! ¿Quién me llama a mí? ¿Qué hay!...

—Yo teniba... miedo que si'había perdido!

—¡M'hijito, no llore! ¡Ya'stoy con usté! ¡No llore!

—¡Nu atropellen, pues! ¡Si van a comer todos, pues! ¡Cuidao con los tizones!

—Sí, cuando siá grande yo vi'andar de anillo... Ta lindo el puchero, ché. Tiene hasta garbanzos y hasta chorizos.

—¡Sí. ¡Y mirá, morcilla!

—Mi marde trajo una bolsa pa llevar carne. Ché y me dijo que cuando yo fuera grande l'anillo di oro con piedra era p'mí.

—¿Ah sí? ¡Ché, mirá tu tata viejo! ¿No come? Ta sentao n'el ombú, solo.

—¡Pucha, mi mama si'ha olvidao d'él! Y él no si'ha dao cuenta'e nada. Comu é sordo, comu é cegatón completo. ¡Y está muy ido!... Tiene ciento sai saños, va pa ciento siete.

—Vamo a'genciarle un plato.

—¡Vos ya tenés plato, gurí! ¡Vos ya tenés plato! ¡Retirate p'atrás! ¡Dejen acercar al mudito!

—É pa tata viejo qui está baldao n'el ombú... sentao n'aquella rais.

—A ver alguno que haya comido y tenga que votar en la Exposición.

—¡A ver, a la Exposición! ¡Alguno que haiga comido!

—¡Tan linda la selesiones, tata viejo!

—¿Cuándo?

—Digo... qu'están... linda... la selesiones.

—¡Ah! ¡Tan lindas!

—¡Qué barba machaza!

—¡Sí! Agarraselá si queré. No te dice nada. Tata viejo, ¿quiere má morcilla? Aquí nosotros tenemo.

—¿Cuándo?

—Digo... si quiere... ¡ma... morcilla!

—¡Ah, güeno! ¡Ta linda!

—Dejé el dedo quieto, tata viejo. É éte que l'está tocando la barba.

—¡En la mesa 'e la iglesia han peliao! ¡La polecía estaba haciendo pasar puros coloraos!

—¿Eh?

—¿Qué hay?

—¡A ver, hable!

—Ta herido Bonifacio, 'e machete en la cabeza... Y dos de lo Falero a bala... Y un sargento 'el batallón... Y un hijo'el finao Udosio... Y...

—¡Pero cómo!

—¡El desparramo'e milico! ¡Antes de caer, el Mellizo Juan abajó a uno de un mangaso!...

El medio día es cálido y sereno. En el cielo ni una nube. Porque aquello que va allá arriba es una bandada de garzas rosadas hacia el Oeste.



Desolado vuelve Juan Carlos del hospital. Por morir están Pedro Falero,—pues el balazo le atravesó el vientre,—y un sargento del cuerpo de línea, con heridas en la cabeza. Muy graves Bonifacio, el Mellizo Juan y cuatro milicos. Tendiendo a duras penas una mirada que se le volvía para adentro, el Mellizo Juan lo reconoció. Y como quien trasmite un parte, musitó desde las vendas que lo fajaban:

—¡No s'han derrotao en todo terreno, nomá!
Y apagó los ojos.

Juan Carlos entra a su cuarto. Se echa en la cama. A la vieja Basilia, que ha acudido, miente que quiere dormir para quedarse solo.

Su pensamiento, que poco a poco se va alejando de lo que lo rodea, planta su tienda en una región brumosa del espíritu. Y su ahinco, entonces, la concreta y la aclara.

—¡La vida animal, libre!,—piensa—. Europa nos ha perdido. Aquí pudo el hombre blanco desnudarse, renacer. Pero no lo dejaron. Le siguieron acumulando cosas hasta ahogarlo. ¡Estamos perdidos! ¡Pobres gauchos! ¡Pobres indios! ¡Pobres de todos nosotros! Nos quieren enseñar y nos quemán las entrañas. Hay que volver a la niñez del ser. Empezar de nuevo si no es posible permanecer. ¡Pobre América esclava!

Se revuelve en la cama. Su amor trascendido, que abre las alas ansiosas sobre todo lo creado, corre el riesgo, ahora, de perderse en la nada. Y hace pie en él, de nuevo. Se ama a sí mismo, ya, tierna y desesperadamente.

Acerca el brazo desnudo a su boca. Besa aquella carne suya de la que lo han querido alejar con palabras mentirosas y con libros traidores.

—En vez de descubrirnos nos han cubierto de cosas,—habla ahora al tibio brazo que posa junto a su cara—. ¡Y de qué cosas! Adentro solloza el animal que hemos hundido. ¿Quién podrá libertarlo, unirlo otra vez al collar de la naturaleza? ¡Ya no es posible! ¡Ya no podemos retroceder!

El otro brazo se ha recogido. Comienza a subir hacia el besado. Y junto a la boca que besa, su mano acaricia también, doliente y trémula.

—¡Ciencia! Cultura! No es que se añada dolor con la ciencia. No ha hecho otra cosa la ciencia que velar el dolor. Pero velarlo poniendo paños sobre los ojos; inventando problemas de solución fatalizada. Nosotros no tenemos miedo al dolor... ¡Si no le tenemos miedo!

Ya lo que piensa no se concreta en palabras. Sólo la música, una música brutal y rabiosamente amorosa,—un gran tango—podría expresar, ahora, lo que piensa.

La almohada chupa lágrimas. Él se da cuenta de que llora porque, al mover la cara, siente fría la almohada.

Entonces se levanta. Se lava los ojos. Sale.



—¿Me venís a buscar?

Él recién recuerda la promesa de llevarla a la Picada.

—Sí, vamos. Vamos caminando despacio. Hoy no es posible que haya autos disponibles en el pueblo.

La Nena se pone el traje negro con botoncillos rojos que tanto place a Juan Carlos. Está triste porque ha advertido el aspecto sombrío de su amante. Tiene apetito. Piensa en el asado jugoso y se le llena la boca de saliva. ¡A ella le gusta tanto el asado! Pero vuelve a mirar a Juan Carlos y la tristeza asienta definitivamente en su espíritu.

—¿Quién está llorando ahí?

—Renée, Renée es. ¡Yo no sé como Martín no le para el carro a la Coca! Le ha vuelto a escribir a Renée. Y ella no muestra la carta...



La noche es clara. Una luna grande cuelga entre el estrellerío. Juan de Dios, el dueño del rancho, desparrama brasas y clava el asado. Bajo una enramada con varias mesas, la Nena, sentada frente a Juan Carlos, está silenciosa. De cuando en cuando, clava los ojos en el vaso de caña. Luego los vuelve a perder en los anchos pilares que salen del agua y sostienen el enorme puente; en el bosque que sobre esta orilla se interrumpe en un breve claro, pero que en el opuesto sigue tupido a lo largo de la ribera antes y después del elevado terraplén.

De pronto él, apurando el vaso, se incorpora.

—Vamos a caminar. ¡Qué noche!

La Nena y Juan Carlos salen de la enramada. Del lado del pueblo se ven rayar la noche fugaces estrias de fuego. Están celebrando el triunfo los ganadores.

Marchan en silencio por el campo iluminado.

—¡Pobre del Hombre!,—piensa él—. ¡Todo es inútil, ya! ¡Sólo un cataclismo!

Respira el aire fresco, cargado de aromas y silencio. Un ansia salvaje arde en su corazón.

Se ha detenido. Hunde la mirada en el campo silente.

De pronto se agacha, coge a la Nena en brazos y se alza en la noche. Sus formas se recortan, ahora, en forma de tosca cruz. Él no ve eso porque mira rabioso hacia la ciudad que se destaca a lo lejos. Siente como que las antiguas razas, cuya tierra está hollando, le infunden una fuerza poderosa y oscura.

—Añangmembuí (1),—maldice con los ojos fijos en las casas de los hombres.

Comienza a caminar de nuevo en la noche. Erguido, oprimiendo contra el pecho la tibia carne.

Aspira a pleno pulmón. Avanza entre el monte con paso seguro y lento.

Ella ha entornado los párpados y sueña un sueño de cuna y madre. No ve, por eso, la mueca que contrae los labios del hombre. Ni su mirada ceñuda.

El río hace un camino de estrellas entre el campo. Cabrillea la luz en la corriente. Los coletazos del pez encienden, de súbito, un blanco chisporroteo.

—¡Un hombre, un hombre tremendo se necesita!, —piensa—. ¡Que devaste todo hasta que no quede piedra sobre piedra en las casas de los hombres!



Al sentir el contacto con el suelo, ella abre los ojos. Él se tiende a su lado y le muerde los labios.

En el delirio de la posesión, el monte escucha:

—¡Un niño, un niño! ¡Dame un niño, Nena!

La voz tiembla desesperante, con temblor de llama, en la calma nocturna. Y se obscurece hasta tenderse en un suspiro prolongado.

Se ha sentado sobre las gramillas.

La Nena jadea aún, con los ojos cerrados, tendida.

La contempla en silencio. Alarga la mano y la desliza por la frente, por las mejillas, por el cuello

(1) Imprecación guaraní. Literalmente: Hijo del Diablo.

de la joven. Luego la posa sobre el vientre mancebado.

A través del ramaje brilla el río. Cruza silencioso por entre el silencio de la tierra.

—¡Nena! ¡Nena! ¿Por qué eres una prostituta?

Ella permanece tendida, con los ojos cerrados. Pálida. Parece una muerta.

Juan Carlos le sacude sus brazos, su cabeza, sus hombros, ahora, como quien agarra las rejas de una cárcel.

—¡Nena, Nena! ¡Estamos acorralados! ¡Todos los seres estamos acorralados! ¡Sólo esto es santo y puro!—ruge. Y da con los puños en la tierra.

Un auto viene veloz por el alto terraplén, cruza el puente y se hunde de nuevo en la carretera.



—¡Vamos!,—ordena iniciando la marcha.

La Nena lo sigue a dos pasos. Siempre silenciosa. Goza obscuro su corazón algo que le llega directamente, atravesándolo, sin pasar por la conciencia.



El jefe de policía está inquieto. Ha colgado su espada y su galoneado kepis y se ha lanzado con ahinco sobre la pila de papeles de su escritorio, a pesar del creciente calor. Los dos oficiales y los escribientes se estorban presurosos por el despacho. En las oficinas tabletean las máquinas de escribir. Repica a cada instante el timbre del teléfono, contagiando

hasta a la más remota comisaría del departamento, la afiebrada actividad del jefe de policía.

Él lee los documentos, calándose unos lentes que guarda en el bolsillo superior izquierdo. Firma con letrita menuda que esta vez no es todo lo bella y clara de otras veces; se detiene para dar una orden breve, imperiosa, aunque en tono paternal, y hunde las manos en el montón informe de expedientes.

Cuando, transcurridas ya dos horas, la mesa se halla vacía, el jefe se incorpora, se pasea a largos pasos por la habitación y comprende con desaliento que no tiene nada que hacer. Entonces llama al abrumado secretario para comenzar a dictarle el borrador de un prolongado memorial al Señor Ministro. Pero, aun así, no consigue apartar de la mente la causa de tal inquietud; esto es, un pensamiento que busca de manifestársele desde las primeras horas de la mañana, casi en seguida de tomar el desayuno con sus tres hijas y su fiel esposa, en este treinta y uno de diciembre.

Como siempre, las jóvenes habían llegado después de sus padres al comedor. Y al besar, como siempre, la pequeña frente paterna, le solicitaron dinero para los gastos que demandaría la recepción del día siguiente. Sacó él un fajo de billetes, sonrió con ternura... y fijó los ojos en su esposa que, a la vez, lo miraba conmovida. ¡El primero de enero, lo más distinguido de la ciudad llegaría a felicitarlos con motivo de sus bodas de plata! Poco después, como siempre, dejó a sus familiares para acogerse durante breves minutos al ambiente propicio a la meditación de su gabinete particular. Se tendió en una chaise-longue, como siempre; como siempre encendió un puro y, entornando los ojos, se dispuso a re-

cibir allí, a solas, al celoso funcionario que hay en él. Pero entonces, cosa extraña en aquella hora, en aquel lugar, a la cual y donde exclusivamente se gestan y se miden y sopesan sus determinaciones de jefe de policía, vió pasar por su espíritu las felices horas de su vida conyugal, su creciente prosperidad económica y—después de aquel período de revoluciones donde sólo merecían galones los sanguinarios,—su carrera en ascenso, próxima ya al generalato, la obra de reconstrucción lograda gracias a su carácter firme... También se acoplaron en los declives de los últimos pensamientos,—no podía ser menos por tratarse de aquella hora y de aquel lugar,— las escenas en la capital, que lo llenaban de orgullo; cuando el señor Ministro se ponía de pie al verlo y le decía, llevándolo cariñosamente del brazo hasta la puerta: “¡Ni una palabra coronel! El Señor Presidente y yo tenemos en usted plena confianza. ¡Váyase, coronel!”

Entonces, en el preciso instante en que sentía sobre su brazo las manos de Su Excelencia, un sentimiento venido quién sabe de dónde se asomó y quiso irrumpir hacia su conciencia. Pero otras potencias de su ser lo rechazaron en seguida. Él tuvo sensación bien clara de esa lucha. Y se puso de parte de las fuerzas contrarias a lo que quería ser idea. Al principio, casi sin darse cuenta. Después, consciente y enérgicamente. Sin razonarla se negó a recibirla. Como a cosa espuria, inmerecedora por ninguna circunstancia del más elemental de los análisis. Sin embargo, algo en su corazón parecía dispuesto a acogerla con honda simpatía; con ese secreto afán de quien, inescuchado durante mucho tiempo, considera llegado el momento de volver por

sus fueros. El jefe miró el reloj. Todavía no era la hora de ir a la jefatura. Pero se incorporó, fué en busca de su espada y su kepis, besó a su compañera y salió seguido a corta distancia por el negrazo asistente.

Al mediodía se sienta a la mesa, presa, como nunca, de una creciente zozobra. De ordinario come frugalmente, no por otra cosa que a fin de guardar estrictas reglas de higiene alimenticia; mas esta vez almuerza menos de lo acostumbrado. Y en lugar de humedecer, como siempre, apenas los labios en el vino, se bebe, lo que nunca, dos copas rebosantes.

Su esposa e hijas permanecen calladas, respetuosas, expectantes. ¡Quién sabe qué problemas estará resolviendo la admirada mente!

Pero el silencio va haciéndose cada vez menos tirante. Los ojos de las jóvenes,—y sobre todo los de la matrona,—comienzan a iluminarse, con ligeras alternativas, hasta brillar alegres definitivamente. Es que el rostro del jefe, bajo la influencia del vino, se suaviza por grados, recobrando su natural gravedad dulce.

El jefe se siente dichoso allí, rodeado por sus seres queridos. Comprende que ha sido un hombre bueno, útil a la sociedad, fiel servidor de su patria. Fundó un hogar, veinticinco años hace. Y allí están los frutos de su amor en aquellas hermosas, honestas jovencitas... Una infinita alegría le crece en el alma. Con igual ternura, con idéntico agradecimiento, mira a su mujer, a las muchachas, a la mesa, a las sillas, a los muebles todos del comedor que adquirió veinticinco años hace...

—Estoy contento de mí,—dice—. Estoy contento de tí, esposa mía. ¡Estoy contento de ustedes, queridas hijas!... Yo...

Va a seguir ante las miradas humedeciéndose de las otras. Mas, de súbito, el sentimiento que desde la mañana acecha furtivo en aquella parte de su corazón pocas veces oída, surge libre de obstáculos y sienta sus reales en plena conciencia.

El jefe no continúa la frase.

Su esposa, atribuyéndolo a la emoción, se incorpora, corre hacia él, lo besa, le acaricia sus ralos cabellos grises.

Y, entonces, el zarandeado pensamiento sube y se sitúa con las alegrías. Pero, ¡cosa inaudita!, sin turbarlas, como una dicha más entre las dichas que flotan en el espíritu del jefe, reconocida, aceptada por todas. Por todas las otras, que giran en su torno como ante una Cenicienta amada, aguardada y bellísima.

El jefe espera a que las hijas abandonen el comedor. Luego conduce a su esposa hasta un sofá, la sienta a su lado y la entera de que acaba de tomar una resolución. Con voz velada pero firme, manifiesta:

—Esta tarde ordenaré que, celebrando el Año Nuevo, la policía permita tocar música y bailar en los prostíbulos hasta las cuatro... hasta las cuatro y cuarto de la mañana.

La señora apenas si atiende a esto. Lo toma como una importuna, efímera intervención del funcionario que hay en su marido, en medio de esta conmovedora escena conyugal. Mas él continúa grave, aunque radiante en su interior:

—Tú sabes que no dejo que después de las dos permanezcan abiertos los lenocinios. Tú sabes bien, esposa mía, que prohibí que de noche se haga música allí. Pero no es por maldad... ¡Si yo soy un hombre bueno!

Esta frase le tiende sobre el alma un bienestar tan intenso que se interrumpe para escuchar su resonancia.

—¡Sí, yo soy un hombre bueno!,—repite, conmoviéndose.

Con esfuerzo recobra el hilo de su discurso.

—Esta noche... después... de las doce, es decir, en el primero de enero, quiero que haya alegría hasta en esos lugares.

La dama, ahora, se impresiona admirativamente. Y brota en su memoria el recuerdo de los actos magnánimos de su esposo. Tantos son, tan claramente reviven que, entre el tropel que acude, éste que va a realizar, lógicamente, después de provocar la evocación, retrocede modestamente hasta un plano secundario.

El jefe se dirige al teléfono. Llama al Comisario de Ordenes. Le manda que haga advertir a sus subordinados y enterar a las patronas. Luego vuelve al sofá donde su esposa permanece envuelta en sueños suyos. Conmovido se sienta a su lado y la abraza. Allí, pegado a ella, se siente en este instante tan bueno como jamás se conoció. ¡Ah, más que cuando, por ejemplo, a pesar de la vista gorda que hacían los generales, él, al terminar aquella tremenda batalla de 1904, ordenó a su compañía,—segunda compañía del 16.º de Infantería—: “¡Piedad para el vencido!” ¡Más, mucho más!

Estrechando a su esposa, hasta experimenta cierto deseo sexual. Esto rebosa todas sus fibras. Vuelve a besarla. Abandona el comedor. Va al jardín y se despide con besos de las muchachas tendidas en hamacas a la sombra de los árboles... Después, cogiendo la espada y el kepis, sale palmeando al asistente que aguarda en la puerta.

Se le antoja fresco el aire de fuego de la calle. Una inusitada energía le recorre los miembros.

Y todo esto por aquel humilde deseo nacido quién sabe cómo, rechazado sin examen, zarandeado, que bien pudo quedar en el fondo de su ser ahogado, para siempre.

En la soledad de la calle calcinada, resuenan los pasos firmes del jefe de policía. Como si un tambor, inoíble para los demás, se los estuviera marcando.



La redoma de un cielo desnudo, de vidrio, sobre el pueblo. Miriadas de chicharras trozan el tiempo. Se oye su tarea en imprecisables aserraderos. A la tierra, entre piedra y piedra, tostada, vuelta polvo, se la llevó el viento. Brillan desnudos guijarros de mica. La carretera es una áspera cola de dragón: desgarrar y quemar. La mosca de vientre de esmeralda zumba en torno a las carroñas. Y su aguijón infecto hace llaga de brasa si pica en carne viva; arde como una aguja más entre las agujas del astro. Flamígera, la cúpula de la iglesia es el pendón de guerra de la fiebre. Azuza hacia los árboles y los pastos enjutos; hacia los colores que se demudan, hacia los hombres y las bestias jadeantes. El suelo se raja reventando raíces. Y la luz, precipitada por las grietas, registra sedienta, insaciable, enloquecida. Reseca, la tierra efluvia en busca de agua. La atmósfera tiembla bajo su oscura emanación. Ondula entre espectros de una floresta subterránea que asciende, huyendo. Las hojas se agachan ante la lluvia de fuego. A la menor corriente, se columpian y se arrojan al vacío, a la sombra del

árbol ya casi sin sombra. Los arroyos conducen al río sus aguas cansadas de barro. Llevan encima peces que trizaron la luna en cañadones ahora también muertos. Blanquean en el pardo de las corrientes exhaustas. Y desde las orillas, de cuando en cuando, se deslizan hacia ellos otros más, panzudos como ellos, hinchados, fétidos, abandonando el flotante cementerio de camalotes y de juncos. En los campos,—picos y palas quemando las manos—, bajo los techos de zinc, en los largos galpones, en las barracas, en los andamios pulmones humanos que se abomban como para estallar. Salpicaduras de sudor, única agua en la sed de la Naturaleza. Sangre es, inocente. Injustamente derramada. E inútilmente.

Un pájaro que cuelga en el aire ardiendo, lo hien-de, de pronto, hacia la tierra. Al llegar a la altura de los tejados... No. Se estrella contra las piedras.

Un perro abre los ojos al golpe, bajo averiada, pálida sombra. Lo mira. Sin ánimo, vuelve a entornar los ojos.



Esta tarde,—tan promissora por ser vísperas de Año Nuevo, tan buena para dormir la siesta,—en lo de Zulema reina extraña expectativa. En la habitación de la Nena, sentadas en sillas, sobre la cama, la patrona y varias mujeres que han llegado de visita portando abanicos incansables. Presiden la asamblea Zulema, grave y digna, y la Iracema de ojillos y voz infantiles; la de esos ojillos y esa voz que uno se sorprende de hallar en ella y aquí.

Dos días antes, ya se supo que la Coca había escri-

to a su ex amante, a Martín, al actual amante de Renée, la esbelta ramera que ahora duerme o hace que duerme, y a quien, después del frustrado maleficio, la Coca ha seguido hostigando valida de mil estratagemas. No se podría precisar a ciencia cierta quién trajo la noticia de la carta; pero ella, demasiado vaga, permitió el incremento de las más contradictorias versiones, cada una de las cuales cuenta con sostenedoras apasionadas. Una, consiste en que Martín recibió personalmente en su casa la carta, y que la devolvió con la mensajera, sin leerla. (Esto encontró poco apoyo en el Bajo, porque constituye casi un callejón sin salida. Sólo lo mantienen Flora y una de sus pupilas, Maruja, que ahora se encuentra de visita en lo de Zulema). Se afirma también que Martín la recibió por correo, muy lacrada; que la leyó y que al Tuerto habló de ella algo que no pudo ser oído. (Aquí el grupo mantenedor de esta versión se divide. Una parte afirma que muy bien pudo revelarle intenciones de seguir viviendo con Renée, mientras que las que no estiman a la muchacha presumen, con argumentos de peso, que fué todo lo contrario). Se dijo desde el primer momento,—también contó con quien lo defendiera durante casi veinticuatro horas—, que la carta era dirigida a Juan Carlos para que éste la entregara, pero que él consideró prudente no enterar de nada a Martín. (Mas esto halló cada vez menos eco). Hoy, por la mañana, se propaló la noticia de que Mabel, una pupila de lo de “Las Tres Hermanas”, había leído la carta, cosa que interesó hasta la impaciencia, sobre todo a Iracema, que acaba de enviar una mandadera requiriendo de urgencia a Mabel, aunque con exiguas esperanzas porque la veracidad de esta joven ha estado siempre en tela de juicio.

De pronto, en medio del intercambio de opiniones, —en el verdadero sentido de la palabra—, aparece la parda cebadora, con el mate y una noticia bomba que hace poner bruscamente de pie a la concurrencia. Eustaquia acaba de llegar de lo de la Coca, ha preguntado por Renée y está ahora en su cuarto.

La vida darían todas por hallarse en este momento en la habitación de Renée. Pero nadie se atreve a intentarlo porque conocen el genio de la muchacha.

Iracema sorbe el mate de un trago. Lo entrega a la cebadora. Esta abre la puerta para salir y se echa atrás.

—¡Ahí salen! ¡Ahí salen las dos!

En efecto: Renée, seguida de Eustaquia, pasa por el corredor, hacia la calle, sin siquiera mirar a los costados. La parda trasmite que pudo advertir la boca crispada y los ojos de fuego de Renée.

Casi todas vuelven a tomar asiento, anonadadas de curiosidad. Pero se levantan en seguida porque Iracema, con cuidado de no hacer ruido, ha entreabierto el balcón y ha sacado la cabeza a la calle.

—¡Van a lo de la Coca! ¡Van a lo de la Coca! ¡Dios mío, qué cosa tan espantosa!

Vuelve a su silla. Y sin reclamar el mate que yace vacío en la mano de la parda, exclama, consternada:

—¡Si me consulta no la dejo ir! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pónganme un poco de agua de olor en el pañuelo!

La Nena ha buscado apoyo en una silla.

—¿Pero que cree usted que puede pasar?,—implora Zulema presa de una inquietud que crece por grados, entusiasmante.

Iracema advierte que a ella misma aquello no le parece tan grave. Pero responde, sin variar su acento

lastimero, meneando la cabeza, feliz de mantener tanto interés.

—¡Ay, yo que sé, hija!

—¡Dios mío! ¡Jesús Santo!

La cebadora, al trasponer la puerta, se echa atrás, asustada.

—¡La policía está en el zaguán!—tartamudea. Y se va al fondo del cuarto, por las dudas.

Zulema, como dueña de casa, se siente en la obligación de salir. Cobra bríos. Y se asoma.

—Por orden del señor Jefe qu'esta noche pueden hacer baile hasta las cuatro y cuarto de la mañana.



Es noche blanca. Juan Carlos está bajo la enramada de La Cachimba, donde han quedado pocas mesas. La suya, la de un viejo alto y escuálido que toca por su cuenta, hace horas, el acordeón. . . y la de reclinatorio para un borracho que duerme un sueño cruzado de zozobras ¡por apurarse a celebrar el Año Nuevo desde la tarde! Las otras mesas se sacaron a la calle, donde corre más fresco. En torno a ellas, mucha gente, Mozos que poco frecuentan también hay. Mientras se bebe, se templan guitarras, se ensaya por lo bajo alguna canción. Los jóvenes se aprestan para ir de serenata.

Los de un grupo procedente del Bajo escudriñan entre las mesas. Luego, irrumpen en el salón, hacia la enramada. Allí está el que buscaban inútilmente para quién sabe qué jolgorio. Lo sacuden. Sin abrir los ojos, él arrastra, bronco:

—¡Dejenlón que saque cuchillo, nomás!

Estas palabras tienen la virtud de interrumpir por sorpresa al incansable acordeonista. Pero un momento. Porque, inclinándose, continúa de nuevo indiferente a todo lo demás.

Las doce campanadas llegan por fin desde la alta torre.

La taberna se conmueve del mostrador a la calle. La ciudad, desde el Centro hasta el último rancho del Bajo. Abrazos, augurios... Se invita a beber, se acepta, se retribuye...

Una esperanza tan imprecisa como honda,—por imprecisa es que renace su flor bendita—, abre en perfumes sobre el pueblo. Roza todos los corazones. Vela el presente y el pasado. Concede que el alma anime a capricho el porvenir.

En lo de Iracema, entran varios hombres bajo las doce campanadas.

—¡Feliz Año Nuevo! ¡Feliz Año Nuevo!

Las mujeres se besan deseándose, también, venturosos días.

A la ha poco llegada de Montevideo se le enciende la faz. Desea a su vez un feliz año a la muchacha que la besa y, de pronto, da vuelta y corre hacia su cuarto.

Arrojada de bruces sobre la cama, se sacuden su linda cabecita, el cuerpo todo.

La voz apenas comprensible de un borracho que recién traspone la mancebía, le llega:

—¡Feliz Año Nuevo, mozas! ¡Feliz Año Nuevo, señores!

—¡Igualmente! ¡Estreche esos cinco, don Bartolomé!

Lo del Perro, lo del Tuerto, se han convertido en avisperos. Y en los portales iluminados, ¡qué lindas

aparecen a los ojos borrachos Margarita, Luisa, Mabel, Juanita, Pocha, Julia, Lula, Angélica! . . . ¡Qué bonitas y qué al alcance de la mano! ¡Cómo sonríen! ¡Qué acogedoras! Hasta la “tomadora” de Agueda, Isabela, que sólo se admite en la mancebía porque las copas que bebe arrojan tanta ganancia como las “visitas” de las otras, hasta Isabela no parece tan grande y hombruna.

—¡Feliz Año Nuevo!

—¡Gracias! ¡Que le traiga mucha suerte a usted, también!

—¡Tomá este guardapelo como recuerdo de Año Nuevo!

—Bueno. Y vos, entonces, llevate . . . a ver . . . ¿esta medallita?

¡Qué agradables caritas! Hay que mirarlas, fijarse en el suelo y mirarlas, si uno camina . . . Por las zanjas y las piedras de la calzada y la acera misma.

¡Qué lindo todo!

Lo que es feo es entrar a las alcobas en una noche así, tan concurrida. “¡Apurate!” “¡Apurate de una vez!” O, si no, “Bum”. “Bum”, en la puerta. Y la voz impaciente de la patrona o de la capataza llamando a la muchacha. Y uno así, “mamao”, “cansao”! . . .

¡Qué noche tan blanca! ¡Qué bonitos trajes! Verdes, rojos, amarillos, celestes, blancos. De negro, en los portales, sólo Mabel. Pero no por su gusto, aunque le sienta muy bien. ¡Porque está de luto! Recién para el quince, si Dios quiere, se hará o se comprará un traje con alguna cosita blanca . . .

Ya los músicos se agrupan por orquestas, en los boliches. A la una, comenzará la danza. Y los tablados de los burdeles volverán como otrora a estremecerse bajo los musicantes estremecidos.

¡Ese Jefe de Policía! ¡El tango otra vez! ¡El tango bueno, el tango al que se entra mudo y no deja recobrar la palabra hasta el fin; donde la mujer se pega de las piernas a la cabeza, se separa, se aleja, se atrae; donde uno hunde a la hembra la rodilla hasta el encuentro, y la mece y la gira, la viborea y la clava de golpe, y la empuja y se confunden...!

La caña desaparecida de los vasos por el gazzate, asoma ahora a los ojos como a ventanas. Y allí se marea, a su vez, entre estas graciosas visiones: Lula, Blanca, Blanca Chica, Marujita, Petra, Bety, María, Micaela, Violeta... Verdes, rojos, celestes... el negro tan bien sentado al cuerpo, único entre todos... Amarillos, blancos.

Algún traje hay que un fino observador quizá reconocería. Lo debió ver desde la puerta del Club, entre los fracs y los smokings... Hay compradoras de ropa en el Centro que son vendedoras en los lenocinios. Y dentro de un vestido se puede estrechar al ser soñado, ahora, aquí mismito. Realizar lo imposible ayudado por la caña... Y el ansia que esta misma noche se está madurando, templando a fuego en el Centro, en mansión lujosa, en aristocrático salón, tal vez otra noche, aquí, de golpe, en mitad de la parranda, con motivo de un vestido...

—¡Mirala a esa'e la pollera colorada y el saquito blanco!

¡Qué noche tan blanca!

Allá en el Club, al primer toque de campanas, se han levantado las copas de champagne.

¡Qué algazara! ¡Qué bullicio!

Sólo una está silenciosa. Sólo una dulce niña está triste.

—¡Usted está triste, Olga!

—¿Yo, capitán? ¿Y por qué voy a estar triste?
Sólo una mano se crispa de obscuro encono, de pasiones inconscientes.

—¡Me hastío! ¡Yo no voy a bailar! ¡Me hastío!

—¡Gracias por la fineza, Lala!

¡Ah, qué noche tan blanca!

En La Cachimba, frente al vaso que renueva su contenido, Juan Carlos, solo. Próximo, el enjuto viejo gaucho que no deja de escuchar su música más que para tomar un trago.

A Santos Lemos no se le ve en el pueblo sino para la Navidad y hasta Reyes. Desde que cae de Carreta Quemada, compra un acordeón. Y en los cafés y figones se emborracha solitario, tocando su instrumento, indiferente al suceder. Ya avanzada la madrugada, su cabeza reposa sobre la mesa, entre el acordeón y el vaso no siempre vacío. Entonces, indefectiblemente, un soldado lo lleva preso. Con dificultades. Porque hay que comprender que el guardián del orden sólo dispone de un brazo, ya que el otro rodea la caja de cartón donde él mismo ha tenido que guardar al codiciado compañero.

¿Por qué los acordeones no cumplen jamás un año de vida?

¿Qué les sucede allá por los pagos de Carreta Quemada?

¿Dentro de qué zanjas se aplastan bajo el inconsciente descabalgado?

¿En qué trifulcas los desinflan? . . .

El último veintitrés de diciembre, como siempre, Santos Lemos llegó al pueblo, se compró un acordeón y desde entonces está tocando.

¡Qué noche tan blanca! Por los huecos de su quinchá, la enramada deja pasar, en los lugares donde el

farol llega a duras penas, los plateados rayos. ¡Qué lástima que el armiñado cendal que se cierne sobre el pueblo sea enturbiado por el amarillo de los focos eléctricos! ¡Lindo, sí, se va a poner después de las dos, cuando ellos se apaguen! Antaño, el alumbrado era a kerosene y no se encendían los faroles en las noches de luna. Ahora, que cuesta menos encender y apagar, los dejan, no más... Antes, no... Y aun más atrás en el tiempo, ni las noches negras ni las noches blancas eran turbadas jamás por estos fulgores enfermizos que de lejos toman el tinte de la planta del pie de los muertos. ¡Ah, no, ninguna de esas luces! ¡El hombre era libre! ¡Los rostros pálidos estaban lejos!

¡Qué lindo, qué lindo va a estar el pueblo después de las dos!

—Esto lo invita Justo Sellanes, don Juan Carlos.

—¡Eh?...

—Qu'esta caña la mandó echar Justo Sellanes qu'está n'el mostrador.

—¡Ah!

¡Qué noche tan blanca! Sí, pero antes... antes...

Es Liropeya!... La joven india, flexible cual el tallo del cipó, cuyo amor debe de emular en dulzuras al fruto del mburucuyá. Sus senos desnudos son firmes e intactos, pues aun ostenta en el rostro las cinco rayas azules de las doncellas. Va a situarse, como antes,—jella, atravesando el país del Sueño Helado!,—va a reclinarse junto a los urundays que escucharon un día la voz velada del valiente Yandubayú.

—¡Iporá, iporá cuñataí! ¡Picuí-mi! (1). Las cinco cabelleras de caciques adornarán tu tienda, sí, antes

(1) Linda, linda muchacha! Palomita.

de que sobre tus manos cuentas de nuevo la llegada de los soles fríos. Y entonces haré que en mi piragua del Paraná-Guazú los margays (1) dejen sus pieles y el chajá tibio plumón para que descanses tu cuerpo, mi errante caicobé.

¡Son los jefes muertos! ¡Es Oberá, "Resplandor"! ¡Es la esperanza de las tribus, es el esbelto Abá-Aihuba, "El Bien Amado!" ¡Son Zapicán y Yamandú! ¡Es Yandinoca!...

¿En qué substancia han sido conformados? Atraviesan los muros, imperturbables. Se sientan en cucullas a través de los moblajes. Sus airosas capas de piel de quiyá (2) no mueven una brizna. Su aliento no empaña los espejos. Silenciosas las plantas sobre el vacío botellerío del fondo.

Aparecen arroyos enjuncados y floridos. Y por ellos, cual si estuviesen helados, andan los clientes, los mozos del café. Pero sus cuerpos no traban el raudo deslizar de las piraguas, ni el estrépito de los vasos y las voces interfiere el cantar de las doncellas de pie en los esquifes de un tronco ahuecado; el canto que remeda la voz del annumby (3).

E imperceptibles aun para este mundo de fantasmas, más etéreos, más sutiles todavía, por los rayos de la luna, por las escalas incorpóreas del Astro Pálido, descienden los duendecillos indios; los que, cuando el caburé trina junto a su nido, tienden lazos invisibles y atraen hasta él las avecillas del holocausto; éstos que andan ya, ahora, haciendo, sin que los

(1) Gato montés de rayas negras.

(2) Nutria.

(3) Zorzal.

adviertan, fermentar embriagador en los tazones de barro el jugo del camoatí, y apagan ya y encienden al ñoandí (1) su farolillo como de translúcido berilo.

¡Qué noche tan blanca! El dueño del perro Tupambay o Coco, Manuel Benítez, al pasar muy orondo hacia su casa,—donde Eustaquia duerme confiada en su cama, a los pies el can y Milonguita—oyó el acordeón. Y llevó su sombrero alicaído, su raído chaquetón, sus pantalones desflecados hasta plantarlos frente al melómano. Y quedó en embeleso.

—¡No me lo pasa a mí un ratito! ¡Un ratito y nada, nada más!

¿Qué locura es ésta? ¿Pero es que algún día Manuel tocó el acordeón? ¿Cómo es que nadie en el pueblo lo sabía?

Sin detener la música, Santos Lemos había alzado la cabeza, con la mirada del que tiene medio ser en la vigilia y medio en el sueño. Ahora extiende los brazos.

Manuel Benítez, inhábiles los dedos, hace asmático el instrumento. A su conjuro, a pesar de eso, un turbión de recuerdos se le ordena en seguida. Que se van apartando, apartando, hasta situarse todos detrás de un rancho cercano a un montecito con un arroyo al pie. Al divisarlo, Manuel Benítez se enternece cada vez más. Y aviva la milonga, que jadea cada vez menos a medida que adquieren las manos la destreza de otrora. ¡Una antigua pena está allí! ¡Volvió a su corazón! Y bajo la atención de lucidez creciente de Santos Lemos, la sufre otra vez y se pone a llorarla.

(1) Bicho de luz.

¡Qué noche tan blanca!

Entre el grupo de hombres que ha tomado asiento en la enramada, Metilión avizora el horizonte. Y se inclina otra vez sobre las huellas, visibles para sus ojos en el pasto, del Guazuará (1). ¡Cómo cantan, de pie en las piraguas, las núbiles doncellas de frentes rayadas! Y ensueños blancos téjenles los geniecillos para sus sueños; blancos como la flor del guayacán. Pero ellas nada advierten. Ellas sueñan sin descubrir la aguja hábil,—de la más leve espina de ñapindá—, con que los incorpóreos adunan pétalo a pétalo, esencia a esencia.

Los del grupo llegado a la enramada son procaces y jaraneantes. El de cara redonda y gruesos lentes de níquel, el de guardapolvo blanco, ha reparado en Juan Carlos, en una. Se incorpora. Sin adelantarse, le hace una ceremoniosa reverencia, se descubre, lo felicita en alta voz y vuelve a sentarse. El ademán, casi estatuario, es de una solemnidad significativa. Está borracho.

Ya sentado, se inclina sobre sus compañeros para recobrar el hilo de la charla. Después de un instante aun de gravedad, consecuencia indubitable de su reciente homenaje, torna a ponerse alegre. Festeja, retorciéndose todo bajo su guardapolvo, prorrumpiendo en gritos ahogados que acompaña con palmas, con histéricos, convulsos zapateos.

¡Ahora lo reconoce Juan Carlos! Es uno de los sepultureros. Hace ya años él llevaba flores... Eran ramos de jazmines del país, de las pequeñas flores que su madre amaba tanto...

¡Qué noche tan blanca! ¡Cómo cantan las vírgenes! ¡Qué melancólica, ensimismada canción!

(1) Leopardo americano.

*¿Quién borrará de mi frente las tres líneas azules?
 ¿Quién borrará de mis sienas las dos líneas azules?
 Entre las ceibas en flor pasan con sus arcos y sus flechas, el vistoso quiyapí (1) flotando al viento, vueltas hacia la espalda las plumas de ñandú. Pasan esbeltos como el tronco del urunday. . . ¡pero mudos como las rocas del Guazunambí! ¡Y no miran en mis sienas las dos líneas azules! ¡Y no ven en mi frente las tres líneas azules!*

Allí, entre las luces del café, a través de mostradores y estanterías, se abre la selva obscura. Anahualpo atisba, puesto el dardo en el arco en tensión. Le mellan la mirada las tinieblas. . . Y he aquí que eficaces duendecillos le evidencian al yagueté, asomándole desde las pupilas del felino dos llamitas verdosas.

Por el camino primaveral la mujer blanca y bella, —derramado el cabello sobre los hombros,—lleva a Juan Carlos, niño, de la mano. Estiran gustosas al verlo, las margaritas, sus cabecitas blancas y azules y rojas. . .

—¡Traeremos del arroyo mojarritas de plata!
 ¡Cómo cantan las vírgenes!
 ¡Y qué noche tan blanca!



Pasó la noche de Año Nuevo y el horror de su madrugada.

La Nena oyó, desde el suelo, la iracunda voz encima:

—¡Salí de aquí perra! ¡Porque te mato!

(1) Manto de piel de nutria.

Ella, ya a punto de meterse en la cama cuando cayó, se levantó y volvió a vestirse.

—¡Fuera! ¡Pero fuera del prostíbulo! ¡No eres digna ni de estar aquí!

La muchacha, agobiada, entró en la cocina. Entornó la puerta. Y de pie, tras ella, se puso a llorar.

Juan Carlos se acostó temblando de rabia. ¿Habría salido ella? Sus pasos no se oyeron hacia la calle.

Zumbaban los mosquitos. Saltó de la cama y comenzó a vestirse. Iría a dormir a su casa. La pena en su corazón brotó tímida, azorada y como con miedo.

En la cocina la halló, llorando. Tras la puerta, de cara a la pared.

Le tornaron las ansias crueles. Pero se fueron en palabras.

Y luego había ordenado:

—¡And'acostarte! ¡Yo me voy a ir a casa!.. ¡No te quiero ver más!

Salió. Amanecía. Allá lejos, junto a una ventana, tres hombres y una guitarra.

La ira estalló. Se paró en la calle. Y la rabia sin desahogo venció a su voluntad. Regresó a la mancebía.

Ya la Nena lloraba, desnuda sobre la cama.

—¡No, no es posible! ¡Andate! ¡Pero te vas a la calle! ¡Andate, no te quiero matar!

La Nena fué a estirar el trémulo brazo hacia la silla donde estaba la ropa, cuando una súbita esperanza la hizo dirigirse al ropero y retirar de allí otro vestido... ¡El negro con pequeños botones rojos en la pechera y los puñitos!

Se lo puso temblorosa, aguardando el efecto. Y oyó, inexorable:

—¡Pero no a la cocina! ¡A la calle, perra! ¡Como los perros!

Esta vez sí los pasos se oyeron hacia el zaguán.

Ahora él trataría de conciliar el sueño, de olvidar los celos salvajes. . . ¡Contestar con Carlín que viniera él a la mancebía; que ella no podía ir a La Cachimba porque estaban de baile! No advertía que la patrona manda; que la Nena, por su parte, quería bailar allí, como antes. ¡Pero con él! Como antes, ¡tan lindo!, cuando era otro el jefe de policía. . . Aun no se habían enmaridado. Juan Carlos llegaba y ella ya salía. Pegadas las mejillas, dejándose ir a merced suya, entre guitarras; obediente a la presión de su mano en la cadera, apartada, unida a él, cruzando ante él inmóvil, estrechada otra vez, cara con cara, y llevada, girante. . .

Zumbaban los mosquitos.

Y se vistió por segunda vez.

Al trasponer él la puerta de la alcoba, la Nena, que había dado vueltas por las calles aguaitándole el sueño, abrió el zaguán. Y quedó helada.

Juan Carlos avanzaba por el corredor con un sonreír sardónico.

Y entonces, al pasar junto a ella, algo más brutal que el porrazo contra el suelo, más hiriente que los improperios del cuarto; el más amargo dolor en toda su vida de prostituta:

—¡Adiós, ché! ¡Feliz Año Nuevo!

Ya pasó la noche de Año Nuevo y el horror de su madrugada. Pasaron también la noche de Reyes y el despertar vacío de los zapatitos de la muchacha.

¡El año anterior! Lápicos de Michell, extractos de Guerlain y de Coty. . .

¡Generosa realeza!

¿Cómo pudo introducirlos y ocultarlos en la alcaoba sin que ella lo advirtiera? ¿Cómo no la despertó, cuando se levantó para disponerlos en los zapatos? . . . Y debajo, la seda del corte de vestido. Y las medias finísimas. . .

¿Pero cómo ella no se dió cuenta de nada?

¡Un año ya! ¡Un sueño!

¡Ay, Juan Carlos del alma!



De buena gana la Nena hubiera llamado aparte al jorobadito que, en el fondo, sólo visitó esta tarde el prostíbulo para verla y consolarla un poco. Pero Carlín, entre la madeja que envolvía su atención y la embrollaba, en seguida estuvo pendiente de los labios presurosos de doña Zulema y de Flora.

Se referían ellas a los ecos de la entrevista de Renée con la Coca. Y el jorobadito va de asombro en asombro porque la manera de presentarse los hechos casi no permiten a nadie sacar conclusiones definidas.

Parece que, en un momento culminante del encuentro, la Coca se arrodilló llorando e imploró a su rival que se fuera del pueblo. Pero no es posible averiguar el grado de verdad que hay en ello porque Renée no habló una palabra de lo conversado y la escena se desarrolló absolutamente sin testigos. Quien pudo haber revelado algo sería, pues, la Coca. Pero es difícil que diera, de ser exacta, una versión en la que su amor propio salía tan mal parado. Que Renée lloró, no cabe la menor duda. Máxime cuando, a la noche siguiente, es decir, en el mismo día en que Re-

née se fué del pueblo, el empleado de la oficina del telégrafo detalló el aspecto de la joven en momentos de extender el telegrama. Se aseguró también que la Coca había atemorizado a su rival amenazándola de muerte. Esto, desechado al principio, hubiera cobrado verdadera importancia después de la narración del empleado del telégrafo. Era muy natural que Renée llorara frente al grave riesgo surgido. Pero una escena sucedida al regreso de Renée al lenocinio, hacía imposible que la tesis de las amenazas hiciera camino. En efecto: la muchacha llegó relativamente tranquila, aunque preocupada a ojos vistas. Su cuarto se llenó de inmediato. Y la contenida curiosidad subió de punto cuando anunció a las otras prostitutas que había teleografiado a Santa Lucía, solicitando pieza. Luego de algunas palabras sin importancia,—que se recuerdan, sin embargo, en la esperanza de desenrañar hundido sentido,—expresó lo siguiente, casi consigo misma:

—Me voy porque ella lo quiere y yo no. Le dejo el camino libre. Pero me gustaría quererlo. Entonces me iría lo mismo. ¡Y entonces sí sería buena!

Una de las muchachas que, acuciada por la curiosidad, había acudido temprano por la tarde a lo de Zulema, soltó una hiriente carcajada al oír estas palabras. Y exclamó:

—¡Entonces sí que no te irías, hija!

La escena que sucedió dejó en el ánimo de todas una impresión imborrable. Por lo que tuvo de imprevista, por la inaudita revelación que entrañaba. Renée se irguió, se abalanzó sobre la que había proferido tales palabras y, mientras que con una mano se le prendía del pelo, le abofeteó con la otra, repetidas veces, el rostro.

—¡Lo quiero, sí! ¡Y por eso me voy!

Cuando consiguieron separarlas, Renée sollozaba presa de una crisis nerviosa.

—¿Pero en qué quedamos?,—interroga el azarado jorobadito—. Si lo quería ¿por qué se fué? Y si se fué ¿por qué lloraba...?

Una mujer entra corriendo por el zaguán. Es Eustaquia, la copropietaria del Coco o Tupambay.

Se precipita en el cuarto.

—¡Si ha ahogado Margarita! ¡Si ha ahogado Margarita, en la Laguna 'e Veinte Toros!

—¡Pero cómo es posible! ¡Ese ángel de Dios!

—¿Y a usted quién le ha dicho tal cosa?

En medio de grandes parpadeos, Eustaquia responde:

—Le dijo a doña Iracema un soldado qu'iba a todo lo que daba pa qui hablaran con la comisaría. Y ella me mandó a'visar acá, cosa que...

La Nena se queda anonadada. Con un esfuerzo se sobrepone y se dirige a su cuarto. Los celos que a nadie ha revelado, que ni a Juan Carlos dejó traslucir nunca, le están pareciendo un delito atroz.

—¡Pero cómo es posible! ¡Ese ángel de Dios!,—repite al sentarse en la cama y hundir el rostro entre las manos.

Zulema y Flora, seguidas por Eustaquia, cuya delgadez le permite sacarles ventaja, corren hacia lo de Iracema.

El jorobadito queda abandonado. Secos los ojos y la imaginación detenida.



Doña Basilia se aleja del cuarto de Carlín. Le fué imposible contenerle el llanto, arrancar una palabra reveladora de los motivos de su dolor.

Solo está, ahora, echado en la cama, de bruces.

...¿Cómo iba a elegir él, deforme, a la de los ojos verdes y el pelo rubio y la sonrisa alada? Convidó a la más fea, a la que, aun así, bastante contrastaba... Y adivinó su risa; se la vió venir. Y apenas si comprendió las chuzonerías de las otras y los hombres. Todo, todo estaba encerrado en aquella carcajada que cortaba en serrucho. Se halló como clavado, entre el griterío. Entonces, prorrumpiendo en llanto, se curvó más para ocultar el rostro enrojecido... Hasta que alguien se incorporó iracunda. Y una blanca mano de seda, sacudida de sollozos también, le acarició la frente, después del tirón por el brazo y el chirriar de los pasadores de la puerta. En el patio, ¡qué silencio! Y allí, dentro, en el cuarto, ¡qué blanca mano de seda, la mano de Margarita, sobre su cara fría! ¡Qué palabras tan tiernas! Él se sentía como un niño. Ella enjugaba las lágrimas del jorobadito y las suyas. Le posaba los labios sobre los cabellos en desorden. ¡Qué acentos tan dulces! ¡Más reminiscentes todavía que los de las banditas de los circos. El se le acostó encima. Y más que delirio sexual, fué beatitud del alma, entre el delirio del cuerpo, el suyo. Pero después... ¡Ah!, él estaba cegado en aquella alcoba, como si gasas blancas le velaran los ojos; pero después, ¡ah!, después, a la salida, al rato, pasado el deslumbramiento, Carlín recordó, de cuando estaba

arriba, la boca de Margarita, esquiva, pegada a la almohada. Entonces comprendió todo. La amó de golpe y...

—¡Carlín!

Reconoce la voz grave de Juan Carlos.

—¡Se ahogó! ¡Se ahogó! ¿Ya la encontraron?

—¡Sí, la halló Ulpiano Falero!... ¡No llores!

—¡Se ahogó! ¡Se ahogó! ¡No puedo!

Apresurándose a salir del cuarto al encuentro de ña Basilia, que viene con el mate y palabras curiosas, Juan Carlos abandona la habitación.



Cogiendo el cajón por las manijas el negro Luna, Eusebito y los dos indios salen del dormitorio y lo transportan a la gran pieza destinada al tango donde esperan el soporte, los candelabros y las velas aun sin encender. Ulpiano Falero, delante, todo de negro, alumbra con una lámpara.

Próximo a la caja fúnebre se alza, vacío desde hace tiempo, el tablado de los músicos. Las paredes están pintadas de azul profundo, roto por la humedad en distintos lados.

Los cirios proyectan en seguida una inquietud pálida.

Margarita está linda, lo mismo. Su boca, que fué ligeramente abierta por el agua cuando inútilmente le apretaron el estómago, sonríe con dulzura. Y esta sonrisa, forzada, se semeja tanto a la que a todos encantó cuando vivía!... Parece dormir entre las flores un tierno sueño de fácil despertar.

—Güeno,—dice el negro Luna,—vamo a dir de una vez a ver si damo con el viejo.

—Si se le hace cuesta arriba, ofrecele plata, nomás, —previene Encarnación—. Y que no vaya a maliciar adónde viene porque se les v'a echar atrás.

Eusebitito sigue al negro hacia la noche.

La patrona, las pupilas y los dos indios, rodeando el ataúd, toman asiento.

¿Quién, para la caja, eligió el color blanco, sólo usado con los niños y los doncellas?

No se sabe. Pero, indudablemente, debió hacerse así. Pese a su vida, está bien, ahora, una caja blanca para Margarita.

Con voz que en ocasiones se estremece, la dueña, dirigiéndose a los indios, cuenta lo sucedido. A pesar de ser ésta la tercera vez, ellos escuchan parpadeantes de atención.

—Cuando juimos a bañarnos a la laguna yo tenía un presentimiento. Pero no dije nada porque no sabía de qué. . .

Los indios, con caídos bigotes, con rojos escarpines subidos sobre las bombachas, han puesto los pies en los travesaños de sus sillas y han apoyado los brazos en las piernas. Parece que estuvieran colgados del techo, por hilos. Llegaron cuando el alboroto, al atardecer, y ya no salieron. Han de quedarse, mientras haya caña, “acompañando al cuerpo”, los hermanos.

— . . . y ¿qué iba a hacer yo, qué iban a hacer éstas cuando Margarita dió un grito y se hundió en el agua? Por más que gritamos, nadie nos oyó. Yo, entonces. . . ¡Ché, te llaman!

La aludida, Luisa, se incorpora y va donde la espera su cliente, un pequeño comerciante que, celoso de su reputación, no le gusta nunca mostrarse.

—¿Sabías que se ahogó Margarita?,—dícele ella con doliente acento.

—Sí, sabía. Sí, sabía. ¡Dame un...!

—¡Entrá, hombre!

Luisa, al salir, ha estremecido el aire. Y la luz del velerío desliza un fulgor metálico sobre la cabellera de Margarita.

Luna y Eusebio llegan al rancho de Mangunga, tan agachado como su dueño, y golpean las manos.

—¿Qué quieren aquí,—grita una voz débil que quiere ser bronca.

—Es que ha muerto una y nu hay quien rece, porque la qui había se ha olvidao.

—¡Fuera! ¡Fuera, fariseos! ¡Fuera, chusmaje!

Con fastidio piensa el pardo en Luisa, en la torpe Luisa que probó de rezar ante Encarnación y hasta interpoló un fragmento de décima. Endulzando su acento, insiste:

—¡Es de veras, don! ¡A ver si quiere dir a rezar un rato! ¡Es aquí cerquita, nomás!

¿El tono resulta convincente?

Aun no lo saben los llegados, porque ignoran el sentido de una frase mascullada adentro.

—*Ninguno que enciende una vela la cubre con una vasija o la pone debajo de la cama: mas la pone en un candelabro para que los que entren vean la luz.*

Las rendijas se iluminan débilmente.

—¿Qué es la muerta, peregrino?

—Y... es... esté... es Margarita.

—Para el Señor no hay nombres. ¿Infiel?

Luna vacila rascándose la cabeza. Luego, por las dudas, contesta:

—Fiel.

En el espíritu del cándido anciano el recelo ha dejado paso a la más completa de las tranquilidades.

La puerta se abre.

—¡Entren, señores! Esta es su casa. . .

Es una pieza de paredes y techo de tablas y latas. Sobre un camastro hay un colchón cubierto de bolsas y trapos. Hay también un cajón de kerosene, un plato, un jarro de hojalata y un cuchillo de arco de barril. Y papeles, más papeles, botellas, frascos, cajas.

Ante la sorprendida mirada de los visitantes, el dueño de casa exclama:

—La pobreza y la honradez son compañeras. Escrito está: *Le será más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar al reino de los cielos.*

El viejo agarra su bolsón de mendigo, pero lo deja en el suelo, en seguida. Y, una vez todos fuera, reata la puerta con un alambre.

—Es aquí cerquita, nomás. ¡ Se ahogó, la pobrecita!

—¡Qué cuadro! ¡ Pobre madre!

El negro se sobresalta. Pero Eusebito acude en su ayuda.

—¡Dejemé!,—exclama.

De los ranchos que bordean el camino, se abalanzan perros ladrando furiosamente. El viejo ha ganado el medio de la calle. Marcha con el corazón encogido, los ojos como brasas entre la obscuridad poco densa de la noche.

A la izquierda de los caminantes se abre el campo florecido de luciérnagas, dormido.

Dan un rodeo para no cruzar las calles de la barriada, que hubieran hecho desistir a Mangunga. Por la parte de atrás, atravesando campos, llegan al prostíbulo. Descubriéndose, el anciano se persigna y entra al cuarto mortuorio con un aire de importancia no desprovisto de dulzura. Luego de tender una mirada bastante sorprendida sobre la concurrencia, se aproxi-

ma al féretro, contemplando a la muerta. Allí se le disipan completamente nacientes dudas.

—¡Era un ángel!,—exclama arrobado.— ¡En la flor de la edad!

Y agrega solemne, con los ojos en el techo, sin ver una arañita que teje velozmente su red aprestándose a la caza:

—¡Abríos, puertas de la Eternidad!



Mientras el hombre se desviste, colocando la ropa con mucho cuidado sobre una silla, Luisa se acuesta. Al verse casi desnuda, recuerda más vivamente la trágica escena. Entonces cierra un poco las ya abiertas piernas... ¿Pero ella y las otras mujeres, qué podrían haber hecho? Y si no hubiese sido por los soldados y por Ulpiano Falero, Margarita, la pobre Margarita, seguiría en el agua. A estas horas, todavía en el agua... ¡ya boyando!

—Juan Carlos paga el entierro,—dice en voz alta. Encarnación corre con los otros gastos. Las bebidas y todo.

—¡Está bien! ¡Está bien!,—aprueba, admirado, el pequeño comerciante, quitándose los zapatos.

Es bajo, rechoncho. Tiene bigote negro. El pelo es crespo, de cuidadosa raya al medio.

—¡Seguro! ¡Si no, la hubieran velado en la comisaría! ¡Qué horrible!

El hombre no contesta. Está fastidiado. El cordón de su zapato se ha partido al medio.

—¿Y ahora?,—se pregunta con creciente furor.

—¿Eso no te parece muy triste?

—Por mí, que la hubieran tirado a los perros.

—¡Sos un animal!

Dolida, iracunda, se sienta en la cama.

El hombrecillo se sobrecoge. Balbucea:

—¡Fué una broma, muchacha!

Ella, ardientes los ojos, repite:

—¡Sos un animal!

Se tumba en el lecho, boca arriba. Una lágrima crúzale la sien y se pierde en el pelo.

—¡Vamos, pronto!

Él se tiende a su lado. La contrariedad producida por la rotura del cordón, el incidente con la mujer, lo han puesto nervioso y no le dejan imaginar a su novia con las carnes de la prostituta. Ha cerrado los ojos. Siente el contacto de todo un cuerpo con el suyo; pero la siempre fácil y necesaria ensoñación esta vez no se produce.

Al cabo de un momento, gemebundo, exclama:

—¡Elvira! ¡Elvira! ¡Elvira!

Hasta que la imagen deseada surge por fin al quejumbroso llamamiento. Y afina las caderas y ciñe las carnes y yergue los senos marchitos, exponiéndose.

—¡Ay, querida!,—ruge ya rehecho.

Un rumor llega de afuera. La voz del pordiosero destaca del coro oscuro que repite sus palabras.

—... *a tí llamamos los desterrados hijos de Eva; a tí suspiramos gimiendo y llorando...*

La cama cruje estrepitosa. Y eso desagrada al hombrecillo. Vuelto a la realidad, se detiene un momento.

—¡Pero, querida!, no te digo para que te enojés... pero, ¿por qué no haces arreglar la cama? ¿No ves... que es feo?

Con el lento pensamiento en otra cosa, ella no contesta.

—*Señora*,—se oye al viejo.

—*Señora*,—repite el coro.

—...*abogada nuestra... vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos... y despues de este destierro...*

El comerciante salta de la cama montado en cólera.

—¡No vengo más aquí! ¡No vengo más nunca!

Sin hacer caso, la mujer se viste rápido y sale.

—...*¡oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!*,—ruega el anciano, los ojos en el techo.

Ella cae de rodillas.

—*¡Oh, clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!*,—implora uniendo su voz a la de las demás mujeres.

Suena la hora en el reloj de la lejana iglesia. Desde el alto cielo la Cruz del Sur abre sus brazos piadosos sobre la tierra, sobre miriadas de luciérnagas de encendido farolillo entre los pastos, sobre grillos intermitentes, sobre las charcas donde el sapo canta arrobado junto a la estrella descendida; canta inmóvil para no despertarla al menor estremecimiento del agua. La Cruz del Sur abre sus brazos piadosos sobre la ciudad dormida y sobre el Bajo despierto.



Se sigue el mate. Los hombres también toman. No tienen escrúpulos. ¿De qué? Si se besan bien pueden tomar mate en rueda.

Sin duda alguna, tienen razón.

En la puerta, dos jóvenes prostitutas ha poco llegadas, se han quedado suspensas, contemplando la

abigarrada concurrencia entre la profusa iluminación.

—¡Está precioso el velorio! ¡Y ella lo merece!

—¡Sí, como no, pobrecita!

La Nena, que desde temprano solicitó permiso a su patrona para venir, no saca la mirada del dichoso y halagado Mangunga. Arden extraños sus grandes ojos.

Un “buenas noches” corta la disquisición. Es el Flaco. Se enjuga el sudor con el pañuelo. Está muy fatigado.

Se aproxima al féretro. Contempla a la muerta, tan amiga. Busca con la vista un asiento al mismo tiempo que decide irse porque aquella escena, allí, lo acongoja más, aún.

—Juan Carlos no vino?,—pregunta por decir algo.

—Hoy temprano vino. Pero después no vino. Segurito esperará pa venir a la madrugada. Digo yo... Vienen todos. Todito el mundo... ¡El se portó com'un caballero!

—Yo luego vengo con él.

—¿Gustás una caña?

—No. Hasta luego.

Casi se pecha con dos emponchados, al salir.

Estos, sorprendidos al mirar hacia adentro, se descubren, indecisos.

Uno todo de negro, es ya maduro. El otro, un adolescente.

—¡Dentren, si gustan!

Se consultan con la vista. Entran. Y mueven sus sombras en la pared y el techo.

La más joven de las ramerás, delgada y bella, ofrece en una bandeja caña y cerveza. Los que toman mate siguen optando por la caña.

—El cielo es lindísimo,—divulga Mangunga, sin

beber y rodeado de puchos, envuelto siempre en una fija mirada de la Nena—. Está Dios sentado en su trono. De un lado tiene a la Virgen y del otro a Jesucristo. Después, vienen los santos. Después, como un ser allá, los ángeles y los querubines. ¡Y qué pájaros tan bonitos y cantores! ¡Y qué cantidad! ¡Hay pájaros... así!

Y junta los dedos de su sarmentosa diestra.

El gaucho joven clava los ojos, con codicia, en Irene, la que le ha ofrecido de beber. Cuando vuelve a su asiento, casi frente al suyo, continúa mirándola. Le gustan las mujeres así, delgadas, tristes.

En una, al encontrarse las miradas, sonríe.

La joven demora un instante en retribuir la sonrisa. A no ser porque ella fué acompañada por un movimiento de cabeza, no la hubiera percibido, tal vez. Porque estaba abstraída en el recuerdo de una tarde del año pasado en que iba hacia el Centro, del brazo de Margarita. En la tranquilidad del ambiente, súbitas detonaciones las habían sobresaltado. Y en un rancho ya se disponían a colarse, por las dudas, debido a que el tiroteo se acercaba, cuando vieron desembocar el callejón una volanta antigua, entre nubes de polvo, los caballos lanzados a la carrera. Detrás, dos coches más aparecieron. Y luego fueron surgiendo en el recodo, a galope, de pie en los estribos, jinetes de ponchos flotantes que blandían revólveres y pistolas. Vestida de blanco, coronada de azahares, bella y triste, iba una jovencita en la volanta. Frente a un hombre entrado en años, de ostensible ufanía... Los brazos rodeando la cintura, así las prostitutas contemplaron el coche nupcial y su raudo cortejo, hasta que una cuchilla se interpuso y quedó humeante.

—¿Vistes, vistes la novia? ¡Qué lindo! ¿eh?

La sonrisa del gauchito turbó la evocación que ha traído un embeleso melancólico, más intenso del que debiera corresponder. Sonríe ella, a su vez. Tiene un instante de irresolución. Luego se incorpora y va a sentarse a su lado. Como quien, despertado, aun con sueño, tiene que vestirse.

Pero esta sensación es fugaz. Porque la conversación se inicia en tono menor; en el tono de su melancolía.

—¿De dónde sos vos?,—le pregunta bajito.

—Del Arazatí.

—Me parecés cara conocida.

—Yo anduve una vez con vos. Jué pa Semana Santa. ¿No te acordás? Estabas todita 'e blanco

—¿A ver? ¿A ver?... No, ¡no me acuerdo!

El emponchado de negro, Eusebitito y Luna, conversan de sus cosas. Cuando lo tienta la risa, el último encima ambas manos en la bocaza gruesa.

Los de rojos, subidos escarpines y bigotes bajos, cruzados de brazos, los pies en los travesaños de sus sillas, están mudos e inmóviles. No hablan más que al ofrecerse tabaco entre ellos; se mueven sólo para bajar el brazo y coger la copa de caña que descansa en el suelo. A fuerza de poner cara de circunstancias, se han entristecido. Uno, hace ya rato. El otro, Aniceto, el mayor, reciencito.

Encarnación ha cortado el discurso del viejo y re-traído, con eso, la mirada de la Nena. Los ojillos míopes de la patrona, arden. Está algo ebria.

—¡Todos la querían! Ustedes van a ver lo que se cierren las casas, lo que empiece a salir la gente e' las timbas. ¡Se me va a llenar la casa 'e gente!

Y sin reparar en el viejo Mangunga, por suerte absorto en la contemplación del cielo que pintó a

su capricho para hacerlo sensible a la concurrencia y que, ahora, a él también seduce, agrega:

—Y Flora, Iracema, todas van a venir con las muchachas... Ahí está la corona'e Flora. Ahí tiene su tarjeta. Sacale l'alfiler y léela otra vez fuerte, hija.

—A mi querida pupila,—lee, canturreando la peli-forrita,—que tuve una vez en mi casa donde... se portó perfectamente... como era su deber y fué... el encanto de todos tanto... amigos nomás como clientes. ¡Adiós, desdichada ahogada! ¡Adiós!

Bebe un gran trago de cerveza, mientras la lectora se enjuga lágrimas.

—¡Esto v'a ser un gran velorio! Y aquí no v'a faltar nada mientras a Encarnación le quede un cobre. Tomen hasta mamarse, nomás. Yo soy así... Yo...

El gauchito alarga la mano hacia el tibio refugio de los senos de su compañera.

—¡Aquí no!,—musita ésta—. ¡Hay que respetar! Él baja los ojos, confuso. Y luego, furtivamente, los posa sobre la caja donde Margarita, entre blancas flores compradas fuera del Bajo, por ahí, a cualquier precio,—¡quién va a pensar en flores fuera de estas circunstancias!—, parece soñar un dulce sueño.

—Si quiere, querido, vamos a mi cuarto.

La sigue pálido, sintiendo el golpeteo de su corazón. Al trasponer la puerta, le rodea la fina cintura felina.

Viéndolo, la Nena se entristece más. Y crecen en ella las ansias de estar a solas con la muerta. Y con Mangunga. Algunas veces ha oído rezar. Cuando pequeña rezó, también. Pero hoy, en esta noche en que la voz del sapo acerca la obscuridad hasta casi junto a las velas, las palabras se llenan de removedo-

ras resonancias. . . “*A tí llamamos los desterrados hijos de Eva. . .*” En cierta oportunidad, Zulema, su patrona, había dicho: “Hay muchos, hay miles y miles de rezos. Hay rezos de todas clases y colores. . .”

Al sacar el pañuelo para enjugar la frente, el viejo Mangunga deja caer un papel.

La Nena se apresura a recogerlo. Y se lo entrega.



Llegaron patronas de las otras mancebías, acompañadas de sus pupilas. La casa se va llenando de gente. Por la calle, Pancho distinguió en un grupo de mujeres a Lulú, la linda alocada de lo de Agueda que, enmaridada ahora con un empleado de la Estación, generoso de su dinero, cambió al Flaco por Pancho, manteniendo relaciones “ilícitas” con éste, ahora. Bastante “punteados” ambos, cogiéronse del brazo, entrando así, muy orondos, a la casa del duelo.

Ya no caben en la pieza mortuoria. Se disemina la concurrencia por el patio. Muchos hombres van a la cocina donde, entre caña y caña, se siguen dos mates porongos. Allí, en voz baja, Eusebito y Luna incitan a los gauchos forasteros para robarlos al monte, en lo del Perro, que ya los espera con todo pronto, mirando a cada paso el reloj despertador de la estantería.

Junto al fogón, en un banco, Ulpiano Falero, de luto por un hermano, cargado el pecho de cadenas, dijes, guardapelos, asume un aire de importancia esta vez muy merecido, ya que fué él quien se dió cuenta de que aquello que palpaba en el fondo de la laguna

no era "baba 'e sapo", era pelo. Y enredó los dedos en él, y volvió a la superficie con Margarita.

Encarnación, en su carácter de patrona de la difunta, ha adquirido situación de "doliente principal". Al abrazarla, todas las que llegan la compadecen, a su turno.

—¡Qué se le v'hacer! ¡Hay que conformarse!

—¡Hay que tener resignación! ¡La vida es así!

El alcohol y estas palabras producen su efecto. Lloro con sinceridad, llora a gritos, cual si la muerta fuera su propia hija que está de pupila, sí, pero en un colegio de monjas.

Y provoca el llanto en las demás. Irrumpen en el silencio de la noche alaridos lastimeros.

Del rancherío que circunda el burdel las oyen los perros, escalofriándose. Y comienzan a ladrar, inmóviles, con los cuellos tendidos hacia las estrellas ya ahogándose en la aurora.

Guau. Guau... Au... au...

—¡Dios mío! ¡Qué desgracia!

Guau... Au...

—¡Pobrecita!

Au... au...

Luisa desparrama sillas presa de un ataque nervioso. Los que, apartando mujeres, acuden de la cocina, la llevan a su cama. El gaucho enlutado consigue meterle la vaina del cuchillo entre los dientes para que, al morder, no se corte la lengua.

—¡Ponganlén un pañuelo con Agua Florida!,—recomienda Encarnación—. ¡Apretenlén los ovarios, a la pobrecita!

Y vuelve a posar la cabeza en el hombro de Flora, gimoteando.

Bruscamente agitada, la luz fulge sobre la cabelleira de Margarita.



Ratos después, de la pieza mortuoria sacan a una mujerona alta y gruesa, del brazo de otras dos que apenas si pueden con ella. Las sigue una muchacha, llevándole la silla.

—Usté venga con nosotras... Usté va con sus amigas...

La más borracha es Isabela, la “tomadora” de Agueda. Ya inconsciente, tiene los ojos duros, enormemente abiertos.

Cuando consiguen sentarla, permanece así, mirando fijo y sin ver. Un estremecimiento le llega por momentos. Como si recibiera sacudidas. Como si escuchara distantes voces y, atada de pies y manos, amordazada, no pudiera acudir ni con el grito.

—¿Por qué no l’acuestan n’algún cuarto vacido d’esos?

—A lo mejor, lo que precisa es un descanso...

—¡Sí, lo mejor es un descanso!

—Isabela, ¿no querés descansar un ratito n’una camita linda?

Esto, dicho a gritos, casi al oído, no provoca ni un fugaz parpadeo. Los ojos son dos vidrios pegados, sin engarce.

¿Qué atiende ella? ¿A quién escucha ella sola? Y siendo así, ¿qué palabra es la que la hace estremecer?

—Güeno, vamo a llevarla. Pasate el brazo po’el pescuezo.

—¡Cancha!

Junto a la cocina hay una covacha con cama. Es la habitación más alejada. Allí estará mejor.

Entornan la puerta. Regresan conductores y curiosos. Entre éstos, Pancho y Lulú, ebrios, del brazo, con el ensimismamiento placentero de dos novios por un florido jardín.

En el corredor se encuentran con Juan Carlos quien, recostado a la pared, observa absorto el gentío.

Pensando en el “marido” de la muchacha, el “mishé” (1) empleado de la Estación, que bien pudiera provocar un incidente al enterarse, Juan Carlos reconviene:

—¡No debieran andar haciéndose ver por todos, caray!

—¿El qué, Juan Carlos?,—salta Lulú con insólita gravedad—. ¡Es que si mi marido se entera a mí me ofende!

Y expresando en forma rotundamente ostensible el deseo de variar de conversación, pregunta a su compañero:

—¿Ché, Pancho, ¿cuándo es sábado? ¿El viernes de noche?

Pancho queda como viendo visiones.

—Según,—dice al cabo de un momento.

Esta respuesta satisface visiblemente, desde el fondo de su borrachera, a la muchacha. Mueve sus lindos ojazos por toda la órbita. Suspira... Y exclama en un arranque:

—¡Ay, qué felicidad! ¡Pobre Margarita! ¡Este velorio está precioso! ¿Por qué no nos sentamos? ¡Qué pocos asientos!... ¡Ay, se fué a incomodar!

(1) Mishé. Voz lunfarda con la que se nomina al que a fuerza de dinero, tiene amante.

Coge un vasito de la bandeja que le tiende una de las pupilas de la casa.

—¡Las mujeres adentro! ¡Las mujeres adentro!

—¡Van a rezar! ¡A ver las mujeres!

Las voces se corren.

—¡Las mujeres adentro!,—repiten.

—¡Ay!, yo... ¡Qué vergüenza! ¡Sin rosario!

—¡No, si casi nadie tiene!

—Hay un viejo que sopla, ¿noverdá?

—¡Sí, lo más bien se sigue!

Agrupadas las mujeres, genuflexas ya en torno al cadáver de graciosa sonrisa buena, Irene se resuelve por fin a dar la noticia consternante. El rezador ha desaparecido. Huyó quizás al darse cuenta de algo.

Otra vez de pie se reinicia, ahora por todos los rincones, la búsqueda. Que, en el excusado, provoca la zozobra iracunda de la vieja Agueda.

—¡No se puede! ¡Soy yo! ¡No les digo que soy yo la que está aquí. ¡Caramba!

En una de estas idas y venidas es que oyen, en el cuarto donde llevaron a descansar a Isabela, la borracha ya inconsciente, unos crujidos significativos del camastro.

Empujan la puerta. Pero ésta no cede. Han trancado por dentro.

Una de las compañeras de la accidentada se abre paso, enardecida y llorante.

—¡Es una maldá! ¡Pobre! ¡Es una maldá!

Y bate la puerta con los puños hasta hacerse daño.

Otras gritan, también:

—¡Dejelá! ¿No le da vergüenza? ¿No tiene lástima?

Una duda asalta la mente de todos con lógica uniformidad. A pesar de esto, recordando el aspecto del

viejo Mangunga, tan amable, tan dulce, tan bueno, nadie se resuelve a exteriorizar su pensamiento.

—¡Echen abajo la puerta! ¡Ay, qué maldá de las más grandes! ¡Echen abajo la puerta!

Y la muchacha golpea ahora con los pies.

Profiriendo graves amenazas, el negro Luna, Eusebito y otros hombres decididos se abren paso. Pero, en ese instante, el chirriar de la llave repercute en el corazón de todos. Y aparece un mulato en la puerta. Abrumado, confundido, consigue tartamudear:

—¡Ella me convidó!

—¡Qué, si está sin habla, asqueroso!

Eusebito, abrazando por detrás a Ulpiano Falero para contenerlo, ruega al cachondo:

—¡Haga el favor de “rajar”! ¡¡Mire, haga el favor!!

Alguien enciende un fósforo.

Terciada en la cama, las piernas al aire, descubierta hasta el vientre, está Isabela. Cuando le aproximan luz a la cara, abre los ojos. Y los deja fijos en el techo.

—¡Ahora te vamos a pasar la llave, Isabela! ¡Ahora te vamos a pasar bien la llave!

Junto al oído grita esto su compañera, todavía llorosa.

Los dilatados ojos permanecen inmóviles. Y un nuevo, casi imperceptible estremecimiento, le sobreviene.

—¡Ponganlán en el cuarto de la difunta. Así no se animan a entrar.

—¡A rezar! ¡A rezar! ¡Iracema sopla! ¡Ella ha aprendido!

Juan Carlos aprovecha la oportunidad. E indiferente a todo, absorto en remotos pensamientos, sale y se aventura por los callejones.

Alguien lo ha visto irse. Vacila, da unas vueltas sin ton ni son y, de pronto, abandona también la mancebía. Es la Nena.

Pero Juan Carlos ha desaparecido.



La Cruz del Sur ya no está en el cielo del amanecer. Las luciérnagas han apagado sus farolillos. Los sapos callan en los charcos sin estrellas, manchados cual si en un rito cruel alguien las hubiera sacrificado.

La luz produce en los habitantes del Bajo el mismo efecto que en las cucarachas. Todos se encierran presurosos en sus refugios.

Junto al féretro blanco, dos mujeres borrachas duermen, sentadas.



En el saloncito de sesiones del club están, muy gravemente arrellanados en mullidos butacones de cuero, varios señores.

—¡Son las seis menos cuarto, ya!

—¡Bah! Un pequeño retraso, en un joven, no tiene importancia.

El que está a la derecha del jefe de policía es don Luciano, uno de los hombres más respetables del pueblo. Suyas son las últimas palabras.

—¡Oh, ya sé! Yo no hacía ninguna inculpación.

Quien esto replica es un médico de barbilla de chivato y mirada tan puntiaguda como la barba.

Se hace un silencio frío. Se mueve el picaporte,

atrayendo los ojos. La puerta, al abrirse, ha dado paso a dos fatigados gordos rozagantes. Aun son jóvenes.

—¡Ay!, ¿no vino todavía? Nosotros supimos que él iba a venir, y vinimos. Pero como nos dijeron que era a las cinco y media, veníamos casi corriendo.

Los intrusos, sin advertir la desagradable impresión que su presencia ha causado, toman asiento.

—¡Ay! Nosotros nos decíamos que íbamos a llegar al final. Para peor, a éste se le antojó afeitarse. . . ¡Sí, hablarle es lo mejor! Yo, en cuanto supe de la reunión, dije: “¡Sí, hablarle es lo mejor!” La ciudad está escandalizada, revolucionada. . .

El jefe de policía se ha puesto de pie. Y se pasea, las manos atrás, fastidiándose por grados con los importunos.

—Con el apurón,—dice el otro gordo—, me dejé ardiendo la cara. ¡Es que hay que ver! . . . ¡Cualquier día sucede una barbaridad! Lo de menos sería que ande siempre entre la chusma. Allá él. Pero es que la está perdiendo más de lo que está. ¿Saben lo que le dijo la mucama, el sábado pasado, a mi hermanita, porque la reprendió con toda razón? “Hay más pobres que ricos. Cuando a ellos se les antoje, usted tendrá que hacerse la cama”. Ella no pudo sacar eso de su cabeza. Lo tuvo que oír a alguien. Y ese alguien tiene que ser de las juntas de él. Y él, cobrando todos los años sus rentas, que para nada le sirven porque las tira. . . Y él, con una amante a quien va a ver en pleno día. . . Y ahora que digo esto, lo de Lala que se lo hagan tragar a otro. Si no hubiera gato encerrado, dirían francamente que son novios. A la pobre Olguita la tienen de pantalla. Los han sorprendido mirándose escandalosamente. . . ¿Y

no ven que con Olguita ni se ennovia ni se deja de ennoviar? ¿Qué quiere decir...?

El doctor, al ver los gestos de desagrado de don Luciano, saca de nuevo su reloj e interrumpe:

—¡Las seis menos dos! No es posible que...

Una mano se ha posado en el picaporte. Alguien empuja la puerta: Juan Carlos.

Al trasponer el umbral, se sorprende. De inmediato presente algo desagradable.

Todos se han puesto de pie.

—¡Oh, querido Juan Carlos!

—¡Así deben ser los hombres!

El jefe de policía y don Luciano se adelantan a estrecharle la mano.

—Amigo mío,—dice el coronel,—agradezco, en nombre de todos, que haya aceptado nuestra invitación.

—¿De qué se trata?

Don Luciano levanta la diestra, acallándolo.

—¡Siéntate! ¡Sentémonos, señores!

Conjeturando afiebrado, se sienta en la butaca colocada por uno de los gordos delante de las demás.

Don Luciano se compone el pecho. Se ve en su rostro un dolor sincero... Habla con gravedad y ternura al mismo tiempo:

—¡Nosotros te queremos, Juan Carlos! Tú eres bueno. Tienes un gran corazón. Es de los grandes corazones el tuyo. Lo sabemos quizá mejor que tú. Pero...

—¡Nadie duda de su bondad, Juan Carlos!,—salta el jefe de policía, severo y digno.

El "pero" aquel flota en el aire como una nube en un cielo donde no cruza el viento.

Juan Carlos tiene las cejas contraídas.

—¿Pero, qué pasa?,—interroga escudriñando los rostros solemnes.

—Pero es necesario cambiar, cambiar de vida,—apresura, contra su propósito, don Luciano.

Aquello vago que presentía era esto; eran estas palabras pronunciadas en tono paternal y doliente.

Juan Carlos palidece. El aire se le ha tornado tibio y pegajoso, insuficiente. Y la ira se le muere al nacer, entre una tristeza que lo embarga.

—Eres joven, culto, fuerte. Eres rico. Hay aquí, en el pueblo, muchachas lindas y buenas. ¡Elige una, Juan Carlos! ¡Cásate! ¡Funda un hogar! ¡Perpetúa tu nombre y tu vida! ¿No has pensado qué va a ser de lo tuyo, cuando mueras? ¿Eh? Dime.

—No,—responde el joven, ahogándose.

Uno de los gordos agrega, con palabras que resuenan a vidrios rotos:

—¿Y qué será de ese dinero sin dueño?... ¿Ves que no piensas?

En otras circunstancias, Juan Carlos hubiera saltado como un tigre ante la frase y el acento. Pero nada lo ofende, ahora. Momentáneamente, como le suele acontecer, está cerrado para todo lo que no sea sufrimiento.

Entre el chirrido que el gordo produce en el corazón emocionado de los demás, don Luciano continúa:

—Ya ves, yo... nosotros,—enmienda su error pa-decido porque las palabras frías del gordo hiciéronle desear estar solo—. Ya ves, nosotros ¿crees que en el fondo somos tan buenos como tú? Por mi parte, yo no, te lo aseguro.

Juan Carlos, las pupilas dilatadas, está pendiente de lo que oye. ¡Ah, si no estuvieran los otros, delante de los cuales el hablar lo avergüenza, cómo cambiaría

su actitud muda! Porque con él, con don Luciano, se puede hablar razonablemente, por lo menos.

—Y ya ves, nosotros, menos buenos, luchamos. Hay que luchar. Ya ves, Juan Carlos, está bien empleado el término. La vida es una lucha. ¿Contra quién? ¿Contra qué? No se sabe. Pero hay que luchar. Al que se entrega, eso,—recalca la palabra y la repite,—eso se lo traga. Hay que vivir... hay que procrear...

—¿A ciegas?,—interrumpe, arrepintiéndose en seguida.

—A ciegas.

Don Luciano busca unas frases que no le salen, cuando tercia el doctor, seguro y firme como cuando opera.

—Además, Juan Carlos, estás perdiendo a nuestros hijos, a los hijos del pueblo. ¡Le salen a uno con cada teoría!... No quiero decir que tú los aconsejes. Pero ellos empiezan a seguirte, te imitan... Quieren ser como tú. Y eso no está bien. Además... tú eres solo. Ellos tienen padres, hermanas...

Los gordos aprueban con interés.

Como un trapo en el asiento, está Juan Carlos. Los mira extraviado.

El jefe interviene.

—Estas palabras, que le agradecemos nos escuche, podrán parecerle egoístas. Quizás haya un poco de eso. Es legítimo. Es humano...

Se pasa el pañuelo por la frente. Hay en su expresión nobleza afectuosa y triste.

—Usted será el primero en reconocer que es humano. Pero hay algo más, en lo que usted quizá no crea: se lo decimos, también, porque lo queremos... Así, como lo oye.

El jefe de policía se conmueve a ojos vistas.

—Usted es un caballero. Usted es un gran corazón. Nadie puede sorprender en sus actos un móvil oculto. Cuántas veces, en mi casa, al ver a mis hijas adentrándose en la vida con tanto candor, con tanta inocencia. . . ¡Ya ve que me coloco en una situación escabrosa! ¡Y no la temo, la afronto!. . . Mirando a mis hijas, he pensado muchas veces, para ellas, en hombres como usted. Y vea qué tristeza para los que lo queremos: en hombres como usted, pero no de su conducta.

El montón de ropas aquel de la butaca del frente, se conmueve.

—Yo siempre he cumplido con mi deber,—prosigue el jefe—. Es mi único mérito, lo reconozco. Y bien, por usted, a mi edad, he dejado muchas veces de cumplirlo. Usted. . . o sus amigos, no acatan a la policía. En el Bajo hay frecuentes disturbios. Mis subordinados saben que a su amante usted le. . .

El coronel retrocede la expresión. Ha visto implorar la mirada del muchacho.

—La ley no es pareja, me han dicho muchas personas respetables. . . ¡Y tienen razón, Juan Carlos!,—sigue con acento suplicante—. ¡Por primera vez, dondequiera que yo estuve, la ley no ha sido pareja!

Saca su pañuelo. Se enjuga la frente.

Se hace un silencio. Sólo se oye el ansioso respirar de Juan Carlos. El aspecto legal que ha tomado la cuestión le permite hacer pie, de nuevo. Se va recordando. Puede ya reflexionar.

—¿Y si tuvieran razón estos idiotas?,—piensa.

Ha sido injusto con don Luciano, al envolverlo en el hiriente epíteto. Lo comprende en seguida. Eso consigue que su voz, ya firme, no manifieste a los demás lo que estaba a punto de decirles a todos.

—Bueno, ¿qué voy a contestar a lo que me han dicho? Les agradezco el interés que se toman por mí. No sé hasta qué punto lo merezco. Comprenderán que esto me hará meditar mucho. Yo... claro... decir ahora... en seguida... ustedes ven...

Han quedado muchas cosas por decir. Otras, contra lo que se deseaba, se escaparon. Pero Juan Carlos ya está de pie y les tiende la mano, con un aire crecientemente ceñudo.

—¿Amigos como siempre?,—pregunta, al advertirlo, el jefe de policía.

—¡Ah, eso sí, amigos como siempre!,—añade vivamente uno de los gordos clavándole los ojos con inquietud.

—¡Oh, claro que sí!



—¡Ahú! ¡Ahú! ¡Abajadlo todo!

El Bajo hormiguea. Los callejones se van poblando de gente que irrumpe de las casuchas, de los ranchos; de hombres que se levantan de los campos, descansados por la ira. Las mujeres que en tropel se incorporan, traen armas, también: hachas, trozos largos de hierro, palos. Los puños se tienden amenazantes hacia la confiada ciudad de arriba. Y entre los ladridos de la perrada inquieta y trabante se cruzan humanos alaridos. El Mellizo Juan tiene un sable corvo. Una pesada maza se ve en la diestra de Bonifacio. Llevan teas encendidas muchas mujeres.

Entre el humo que enardece, estallan las primeras detonaciones como señal de avance. Y, en jauría, se precipitan hacia el Centro. Y entra a las casas el hu-

racán devastador ante el corto pasmo de los habitantes. Las teas incendian. Los brazos armados se abaten implacables. Caen con estrépito las puertas y los muebles; silenciosos los de cráneo partido.

—¡Ahú! ¡Ahú!,—azuza el de cuerpo chorreante de sangre, el de brazo incansable, él, Juan Carlos.

—¡Ahú! ¡Ahú!

Y su hacha cae sobre las cabezas que se abren apenas crujientes.

—¡Ahú! ¡Ahú!

A su lado Bonifacio sube y baja en silencio el brazo armado. Y la muchedumbre enfurecida desborda por las calles en irresistible ascenso. Por las calles, donde corrió siempre la basura del pueblo, ahora la chusma sucia sube tras el de cuello almidonado y zapatos de charol: los tarados, los borrachos, los sifilíticos, los hambrientos, los piojosos, los extenuados, los tísicos, los gonocóccicos. Descalzos, en alpargatas, de botas. Con sombreros, con vinchas. Enfurecidos de amor. Aquélla, lleva aún las moñitas de papel con que ondea el cabello atractivo. Sobre flotantes faldas, un escupitajo ha pegado la envoltura de un preservativo.

—¡Ahú! ¡Ahú!

Esa gran mancha sobre la albura del traje no es sangre, todavía; es permanganato derramado...

—¡Ahú! ¡Ahú!

Y el viejo Mangunga, de rodillas entre las turbas, abre la boca sangrante. Sangrante a viva fuerza, porque ni su voz debe interrumpir los primeros silencios de la tierra.

—¡Ahú! ¡Ahú!

¡La corriente se ha invertido! Todo sube ahora del Bajo hacia el Centro. Se desploman las casas. Las

llamas del incendio envuelven a los muertos, secándolos, volviéndolos carbón. Y como ratones, buscan y abandonan inútiles escondrijos los de la ciudad. Al principio son las tres hermanas, son Blanca, Blanca Chica, Agueda, Flora; son los Falero, el Mellizo, los apocalípticos. Ahora son seres transmutados, desconocidos, como máquinas de exterminio, como bestias de arrasar. El humo envuelve al pueblo por los cuatro costados. Las paredes se rajan, llameantes. Entre las ramas que arbolan las calles se mecen cuerpos suspendidos por el cuello. Tienen la lengua afuera. Como flamas que han quedado inmóviles, atadas al leño. Y sus pies patean aún las frentes de los que cruzan sin mirarlos hacia las casas todavía no tocadas por la devastación.

—¡Ahú! ¡Ahú!

En el cielo se evidencia el resplandor de otros incendios. Y el aire calcinado trae el estruendo de otras hecatombes. Están ardiendo las ciudades, todas las ciudades. América entera ha escuchado la voz de un nuevo Yamandú (1).

—El hombre no es tan sociable como se le ha hecho creer. Él lo que quiere es estar solo. El instinto de soledad es el que mueve al arte y al pensamiento y al amor.

¡Pero no! ¿Qué voces pueden repercutir a no ser las implorantes? Porque las lenguas de los que masacran cayeron hace rato en el polvo. Y su muñón se mueve como en campana hendida el resto de un badajo. Sólo ¡Ahú! ¡Ahú!, para lo cual no se requiere lengua. ¡Ahú! ¡Ahú!, gutural.

(1) Yamandú planeaba una sublevación simultánea y general de la América del Sur.

¡Con qué acento guaraní sale ahora el grito de guerra de los indios!

—¡Ahú! ¡Ahú!

Las mujeres huyen con faldas de llamas, con cabelleras de llamas. El gigante ha cogido al hombrecillo por los pies. El cráneo estalla contra las piedras. Cae entre la hornaza el cuerpo chisporroteante.

—¡Ahú! ¡Ahú!

Por las ventanas salen humo, llamas, cabezas con brazos. Y se derrumban bajo las chispas.

¡Sube la mancilla! ¡Esta vez se ha invertido la corriente! Sube y salpica y empapa y anega. Sólo desciende la sangre por la tierra quemándose que no la deja enfriar. Sólo la sangre y algunos hombres con niños muy pequeños, intactas las lenguas, en brazos. Descienden sangre y ellos hacia el Bajo. Y el cielo se ennegrece y enrojece.

—¡Ahú! ¡Ahú!

Bajo los pies de las turbas ya está quieto el viejo Mangunga. Reventado, destrozado, sin un gemido ya. Sólo sangre por los labios inmóviles. Y la Biblia caída del bolsillo, deshojándose bajo las pisadas siempre hacia arriba, revoloteando entre los calientes remolinos, incendiándose de pronto, como mariposas en llamas. En los escombros asoman los hierros al rojo de las máquinas. Inservibles ya para siempre, retorcidos, esqueléticos.

¡Qué hermoso es sentir hundirse el hacha en las cabezas! Sin ruido se parten y el cuerpo cae sin ruido.

—¡Ahú! ¡Ahú!

Tras una masa palpitante que se desploma, surge Olga. Los ojos verdes son de víbora. De viborilla. . . El hacha se alza y baja hendiente. . . Y, lanzando un gemido, Juan Carlos emerge de su alucinación.

Aun perduran un breve instante, entre el café, las furias desencadenadas. Hasta que se disipan con las últimas ruinas humeantes, con el cuerpo de Olga que se ha incorporado intacto y le mantiene, hasta esfumarse, sus melancólicos ojos verdes.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Nadie tiene culpa de nada! ¡Todos somos igualmente desgraciados! ¡Los de arriba y los de abajo! ¡Los que orientan y piensan para las ciudades también son tristes y desalentados!

Cuando se recobra totalmente, saca el reloj. ¡Oh!, todavía no pueden llegar sus amigos, con las mujeres que fueron a buscar para ir al rancho de la Picada. La pesadilla ha durado escasos minutos.

Pide más caña. Le parece haber vivido toda su vida en ese breve tiempo.

No viene nunca la caña. ¡Ah!, ahora sí le trae el mozo la caña. No encuentra en el bolsillo el pañuelo. . . Sí, estaba allí. Se pasa el pañuelo por la frente.

¿Quién lleva sus pasos hasta él?

Es la Nena. De carne y hueso.

—¡Pero Juan Carlos! ¡Yo no puedo ser más buena contigo! Te hago todos los gustos, te he respetado siempre. . . ¡y el día menos pensado me vas a matar!



Descienden del auto. Mientras el Flaco y Martín se dirigen a lo de Iracema a buscar dos muchachas, Pancho, alzando una guitarra que llevaba entre las piernas, entra a lo de Zulema, cuyas artes consiguieron sacar a Lulú de lo de Agueda.

Al asomar la cabeza y verlo, la joven corre a su encuentro.

Como todavía hay gente, Pancho se resigna a sentarse bajo el ombú del fondo, en una de cuyas ramas se balancea un gran farol rodeado de bichitos.

Se quita el saco. Hay calor de tormenta.

La ramerita desaparece en uno de los cuartos. Cuando regresa trae un vaso servido.

—¡Ay, esperate! Están unos empalagosos que no se van nunca. Se están contando hace ratos de cuando ellos eran chicos. Si querés, andá tocando la guitarra...

—¿Y tu marido no se aparecerá más tarde?

—¡No, señor! Le dije que tenía dormida a las dos, y se fué muy tranquilo.

Lulú vuelve a desaparecer. Y en ese instante llegan los dos jóvenes acompañados sólo por Chichí, la linda pupila de Iracema. Gladys no pudo venir porque la patrona contrató su dormida con un viajero que no tardará en aparecer. Llorando se quedó a lágrima viva.

—Caña para todo el mundo,—pide a gritos el Flaco, rodeando la delgada cintura de su momentánea compañera.

La Nena, que los roncebaba, trae la bebida.

—¿Y esa guitarra? ¿Van a la Picada?

—Sí, estamos de asado.

—¿Y Juan Carlos va?

—Quedó esperándonos en "La Cachimba".

—¿No dijo nada?

Martín se compadece.

—¡Está más triste, si vieras!

Croar de sapos en las charcas próximas. Negro el cielo, sin una estrella. De cuando en cuando, se desliza entre las nubes algún rayo de luna. Da la sensación de que es tibio y pegajoso.

—Yo tengo miedo de ir al café porque, a lo mejor, lo agarro de mala vuelta. Anoche me pasé llorando... ¡Y lo quiero, lo quiero porque es bueno! ¡Ah, sólo yo sé, Dios mío, lo bueno que es!

Una difusa luz rojiza estremece el cielo. Y viborillas de fuego lo cruzan de arriba a abajo.

—Mirá, él está deseando arreglarse. Vamos, te llevamos a "La Cachimba". Nosotros seguimos, dejamos a éstas y volvemos a buscarlos.

—¡Ay, bueno!

Corre la Nena a su cuarto, se desviste y se pone el traje negro con botoncillos rojos en la pechera y los puñitos.

Cuando sale, ya la esperan los demás en el corredor. Menos Lulú que, muy nerviosa, está sacando permiso a la patrona porque los de las reminiscencias no piensan en marcharse.

Apretándose, caben muy bien los seis. El auto parte hacia el Centro.

La puerta de lo de Iracema ya está cerrada.

—¡Pobre Gladys! ¡Se quedó llorando!

Frente a La Cachimba, el auto se detiene. Y desciende la Nena.

—Antes de media hora los venimos a buscar.

Se oye el guitarreo de Pancho. Va a cantar, seguro, porque se compone el pecho.

Desde la entrada, la Nena mira a todos lados... Sí, él está allá, en la penumbra de un rincón.

—¡Pero Juan Carlos! Yo no puedo ser más buena contigo...

Comienza a llorar. Mas allí donde está, tan a lo oscuro, nadie la ve.



La Nena sonríe, ahora. Da esa impresión triste del sol bajo la lluvia. Juan Carlos, silencioso durante casi todo el tiempo, ha tendido su brazo, apoyando el codo sobre la mesa, y le acaricia el cuello.

Cuando el Flaco y Martín vuelven a buscarlos, ellos se incorporan sin ganas.

El auto sale veloz. A cada tumbo, la Nena se abraza a su hombre, sobresaltada.

En el cielo, como locos, cruzan los relámpagos. Hay olor a tierra húmeda en el aire.

Próximo a la enramada, de la cual pende un gran farol amarillento, reluce el fuego donde el costillar se asa. Beben hombres y mujeres. Pancho bebe... y sigue con su guitarra.

Al llegar el auto, se hace un brusco silencio. Juan Carlos desciende y da la mano a la Nena. Ésta se le cuelga del brazo.

Entonces un coro horripilante, bronco, estriado de vocecillas agudas, se eleva en el espacio celebrando la reconciliación de los amantes.

Juan Carlos se descubre y agacha la cabeza haciendo esfuerzos por sonreír.

La Nena clava los ojos con inquietud en los grandes vasos de caña.

Hay mesas bajo la enramada. Se traen dos bancos más del rancho. Juan Carlos apura un gran trago.

Al lado pasa el río, silencioso, entre la noche. A la derecha, queda el puente con sus pilares enormes. Junto a la enramada, un álamo altísimo. Luego, el monte.

El Flaco, que al llegar cambió su saco por el poncho del dueño de casa, se ha apoderado de Chichí. La abraza envolviéndola en el poncho, y se pasea con ella, fuera de la enramada. Inútiles protestas de Martín, quien asegura que la mujer es suya. Y de Pancho porque le disminuye el auditorio. Imperturbable, el otro sigue paseándose con la muchacha. Avanza en dirección al río. Regresa. Pero entonces, simulando que anda por la ciudad, la empuja cortésmente y la cambia de costado sin descubrirla del poncho, cediéndole el lado de una pared imaginaria. Ella intenta huir. Él la aprieta bajo el brazo. Y, con el otro, hace ademán de saludar a alguien, muy distinguido.

—¿Conocistes a ése?

—¿A quién?—pregunta asombrada Chichí, hundiendo la mirada entre la noche.

—A ése que pasó. Es mi tío. ¡Excelente persona, sin despreciar! . . .

Se interrumpe. A pocos pasos de la enramada, ha visto un olvidado catre cubierto de blancos cojinillos.

El cielo se estremece de rojo, se agrieta. Y allá lejos, lejísimos, del lado del Mal Abrigo, rezongan sordamente los truenos, cual si alguien los tuviera encerrados en las grutas de las sierras, y esperaran impacientes, revolviéndose, la señal de arrojarse sobre el mundo.

Hubo un momento, al principio, en que para el ánimo de todos, flotaba Margarita sobre las aguas. Pero, poco a poco, o descendió o subió: desapareció sin dejar rastro. . . Aunque Lulú permanece callada como nunca.

—Vamos adentro, ¿quierés?—convida la Nena.

Entran los dos al rancho. Inocencio enciende un farolillo y les lleva una mesa y dos vasos. En seguida quedan solos. Se miran en silencio.

En el rincón iluminado hay un recado, cabezas de vaca para asiento de la gente, cuando es mucha, y una damajuana hasta la mitad de caña. Hay también una escopeta colgada de un clavo. La luz de los relámpagos deja ver, a veces, el resto de la habitación. Dos catres de cuero, una palangana sobre un cajón, un par de alpargatas y otro de botas ensebadas. En una de las paredes se hallan clavados dos grandes cuchillos. Allí cuelga, también, una cola de vaca con una peinilla entre las cerdas.

La Nena y Juan Carlos están acodados en la mesa, mirada con mirada. Sus sombras se proyectan, parte sobre la tabla, parte sobre el piso de tierra. Y la luz recórtalas en pálido.

El bebe caña. Deja posados flojamente los ojos en la mujer. Como quien mira a un perro querido, de ser hundido e irrevelable. Nunca podrá fundirse con ella totalmente, confundirse. Sólo llega hasta el estrechamiento de la carne. Allí lo detiene su muro tibio. Lo otro debe permanecer sumergido en los lindes oscuros de la animalidad. Al clamor de sus ansias sólo responde siempre, como el eco de algo que permanece muy lejos, esa mirada húmeda y mansa. Las palabras de ella nada consiguen traer del interior brumoso. Las suyas, que podrían despertarla, apenas si tiemblan un momento en la conciencia de la joven, como gotas de agua en una superficie ardiente. Para deslizarse enseguida hacia la nada.

Comienza a acariciarla. La Nena aproxima su asiento. Y le deja caer la cabeza sobre el pecho. Él le pasa el brazo por los hombros. Su mano roza las pestañas, alisa las cejas, desciende hasta los labios, torna a la frente, juega con los dedos sobre la mejilla. Es un animal, un inocente y triste animal lo que

tiene a su lado. Una bestia santa. Ese mirar tan suyo, que ahora no ve por la posición del rostro, lo transporta a su niñez recóndita. Recuerda el corral de las lecheras lentas. Con aquellos balidos, con aquellos ojos, en el atardecer también despacioso. A veces la luna llevaba su palidez a la escena. Y alguna estrella que hacía más alto el cielo...

Afuera resuenan carcajadas.

El Flaco, a viva fuerza, había obligado a Chichí a tenderse con él en el catre en descampado y húmedo.

—¡Apague la luz!,—ordena con imperio—. ¡Dese vuelta para la pared!

Martín los ha visto. Se echa al suelo y se arrastra sigiloso hacia la pareja. Pancho canta a voz en cuello, adrede. Parece que las cuerdas de la guitarra van a estallar, tan fuerte las pulsa. Cuando Martín consigue situarse bajo el catre, sin ser visto, escucha, asombrado, el cuchicheo.

—Mañana voy a hacer arreglar el techo,—dice el Flaco con la mayor naturalidad—. Por lo que he oído, parece que este año tendremos un invierno llovedor...

Bajo el catre, Martín apoya las espaldas y empuja, de golpe. Con un grito de espanto, Chichí rueda por el suelo. El Flaco persigue al importuno, pero lo pierde entre el monte.

Afuera resuenan carcajadas.

Por las mejillas de la Nena ha comenzado a rodar el llanto.

Él vuelve a rodearle el cuello. Le parece bien que la Nena lllore así, mansamente. Que lllore así por ella, por él, por la vida sin sentido.



El cielo, apretado en gris sucio, deja escurrir la claridad del amanecer. Y sobre ella se deslizan, a veces, relámpagos. Los truenos no se escuchan. Dormitan, seguro, en las grutas serranas del Mal Abrigo.

Bajo la enramada, sobre dos mesas que fueron juntadas, han quedado los restos del asado. Y vasos manchados de grasa. Ahora unos siguen con vino, otros han vuelto a la caña.

Pancho, de nuevo con la guitarra, la vista en las ramas que hacen techo, canta.

Cruzando entre los pensamientos que el alcohol ha ido provocando, el tango deja a todos meditabundos. Hasta que, poco a poco, se recobran.

Cuando la Nena y su amante suben al bote, sienten risas. El Flaco, en cuatro pies, ladra y se abalanza furioso sobre el guitarrero, con riesgo de romperle el instrumento.

—¡Señora, espante su perro!

—¡Ah, bandido! ¡Si a vos no se te puede dejar sin cadena!

Juan Carlos, embargada la mente por la caña, desamarra y hunde los remos.

—¡Qué extraño todo esto, Nena! Estos idiotas... las risas, el tango, el fuego... en la noche... Y yo entre todo... ¡Ah, Nena!

Desde los árboles próximos se oye cantar de pájaros. Cruzan entre el ramaje, oscuros, como pedradas arrojadas por manos invisibles. El monte despierta. Se llena de rumores, de débiles crujidos. Silenciosa, el agua mece mataojos, laureles, barrancas, foscas

nubes. Se han juntado sobre el río, lo de arriba y lo de abajo. Se estremecen. Se estremecen oyendo de nuevo el bronco bramido que viene de lejos, de allá, del Mal Abrigo.

Él rema rítmico y con fuerza. Se desliza el bote, veloz. La Nena mira las orillas fugitivas. ¡Está tan contenta ahora! ¡Y, como nunca, locuaz! ¡Juan Carlos ha estado tan afectuoso! Tiene las cejas contraídas como cuando se enoja, pero está bueno. La Nena se siente hondamente querida. Percibe que llega hacia ella el amor de Juan Carlos como algo material, como una emanación envolvente y defensora.

—¿Quién es el dueño de todo esto?,—pregunta.

—Nadie.

—¿Cómo nadie?

—Sí, nadie,—reafirma él, aunque ya han pasado las estrechas tierras fiscales.

—¡Qué fenómeno!

Parpadea asombrada.

—¿Entonces,—continúa—, todo el mundo puede venir aquí y andar por todos lados y quedarse aquí, si quiere, y nadie lo echa?

—¡Claro!

—¡.....!

Sube los remos y deja que el bote sea llevado por la corriente.

—Habrà una época en que toda la tierra no tendrá dueños,—sostiene con voz sorda—. Y por eso ella será para siempre de todos los seres.

—¡Pero eso no puede ser! ¿Estás loco, muchacho?

—¡Sí, sí! Nosotros no veremos eso, pero llegará.

—¿Pero, y los montes y las estancias y todo?

—¡Todo! ¡Toda la tierra, te digo!,—repone, en-

fureciéndose al pensar que él es también propietario de grandes tierras—. ¿No oyes?

Y vuelve a decir a gritos:

—¡La tierra toda!

Todaaa, repite el eco desde el monte.

La Nena se asusta. Le parece que el eco es la voz de un ser lleno de misterio y de poder a quien ha exasperado su obstinación.

Él comienza a remar otra vez. El bote vuela sobre el río.



Giran para regresar al rancho.

Al principio, las palabras de Juan Carlos habían embarullado la mente de la Nena. Miraba lo tantas veces visto como si fuera por primera vez. Los árboles, las barrancas, los lindos lugares, cobraban otro aspecto para sus ojos. Parecíanle más acogedores, más bellos, más buenos. Es que no eran de un dueño. Es que eran de todos. De ella, de Juan Carlos, de Pancho, de . . . Pero al pensar en lo otro, en lo del mundo, sentía como si su pensamiento chocara contra una barrera. Eso no lo comprendía por más que se esforzaba . . .

Ahora no piensa en nada. Siente, no más; siente una inmensa dicha conmovedora.

El aire puro ha refrescado a Juan Carlos. De regreso de un remoto ensueño por regiones de fe, sonriente, rompe el silencio:

—Hoy te asustó el eco, ¿eh?

—¡Me dió un miedo!

—¡Boba!

Sigue remando. Se ríe.

De pronto, pronunciando rápida y marcadamente las sílabas, grita:

—¡Nena!

Nenaaa . . . se oye en el monte.

A ella le hace gracia.

—¡Nena!

Nenaaa . . .

Entonces ella se incorpora en su asiento y grita, también:

—¡Juan Carlos!

El eco reproduce algo sordo, confuso.

—¡Já, já! ¡Está enojado contigo! ¡No te contesta!

La Nena se estremece. Aquello se le antoja de mal agüero.

El bote avanza rozando pendientes ramas de sauces y sarandíes, apartando camalotes que ya perdieron su linda flor azul.

—¡Nena!

Nenaaa . . .

Como de vidrio brilla el río ahora. Pero no daña los ojos. Entre las ramazones, ha crecido el coro de los pájaros. Aunque hoy se quedarán sin el sol, no es nada. Hay que cantar. No se le ve, pero Él los escucha. Allá, arriba de las nubes foscas.

Salta a tierra y amarra el bote.

La Nena se apoya en la mano que él le tiende y salta, también.

—¡Apúrense! ¡Se viene el agua! ¡No venían nunca!

Empiezan a caer las primeras gotas.



—Robar es... como un ser... Usté, como un ser... saca plata, algún relós... algo que al dueño le haga falta... Pero n'unas majadas viejas bárbaras cargar una oveja, a eso no se le puede llamar robo... ¿usté nu haya?

—¡Ah y seguro! Güeno, como l'iba contando...

—Ladrón de algo viene a ser...

—¡Güeno!,—dice el otro, decidido a desviar la conversación del tema doloroso,—me despedí del güen boyero, todavía mi acuerdo que me regaló cinco riales, y empecé a meter talón derecho al pueblo. N'un red repente me quedé como estaca, mire, en la oscuridá. Sentí clarito que de allá del Mal Abrigo m'estaban diciendo: "¡Pobre de vos si te le aparecés de noche a un perro!" "¡Tu figura es capaz di hacer persinar al mismísimo Mandinga!" Tuve miedo de que al llamar a algún rancho se asustaran y me acostaran di un palo. Me acomodé en un zanjón. Y esperé las barras del día. Di hay jué que llegué a lo'e las lavanderas.

—¡Sí, la pobre n'el fondo era güena! Lo que tenía era el geño...

—¡Sí, tenía un geñazo bárbaro!... Mozo, traiga otra güeltita, qu'esta la pago yo.

—Güeno, si viera... después que Dios se acordó d'ella, yo siempre tropiando nomás, n'el norte. Y ocasiones decía: Tengo qué abajar al sur a ver si n'una me topo con mi sobrino. ¡Y yo que casi no dentro! Me par'en la dentrada y ya iba a pegar la güelta. Y n'un red repente veo y... ¡Pero mire lo que son las cosas del mundo!

Beben las copas recién servidas.

—Con que ya sabe, amigo Carlín, yo le doy mi recazo, qui usted estará muy blandito 'e carnes. Y yo marchó n'el de tiro. Saliendo aurita, p'al medio día estamos en l'Azotea 'e los Barcelones.

—Sí, yo me voy, nomás! ¡Yo aquí ya nadita tengo que hacer.

—¡Güeno, no llore!

—¡Yo lo qu'es a usted lo sigo hasta el fin del mundo, mi tío!

—¡Güeno, no llore! ¡Pucha que vamo a estar lindo! ¡Mire que yo lu extrañaba! Siempre decía: ¡Ande andará!... ¡Ande andará!... ¿Cuánto es el consumo, señor?

Pagan al mozo. Se incorporan.

Ya en la calle, dos recónditas campanadas los envuelven y siguen hacia los campos, llevádoles el alma.

La noche es clara y fría.

Van atravesando el pueblo dormido, entre el ruido de las grandes nazarenas del alto, enjuto anciano.

Cuando las casas empiezan a ralear, doblan a la derecha.

Una mujer ya está a punto de desembocar en el callejón que han tomado ahora.

Va sola. ¿A estas horas?

—¡Pero paresé, tío Gamarra!,—exclama Carlín cogiéndolo de un brazo—. ¡Sí, sí, tío Gamarra, esa es la Nena! ¡Esa es la qu'era la mujer d'él!

Se ocultan tras un árbol.

—¿Ande irá sola, a estas horas? ¡Vamo a seguirla, tío Gamarra! ¿No s'irá a tirar al río?

La luna esplende en el cielo. Bajo su cendal, el mundo se ha quedado como un niño dormido. Y todo

lo que antes estaba obscuro, ha arrojado su sombra sobre el suelo y se deja vestir en luz plateada.

—¡Sáquese las espuelas, mi tío!,—cuchichea Carlin—. Así no nos descubre el ruido.

Turban la paz ladridos. La mujer se interna en un callejón de ranchos a los costados.

—¡No, p'al río no va! Est'agarrando pa... ¿Estará agarrando a estas horas pa lo'el viejo Mangunga?... Si es que vive n'el mismo lao donde antes. Porque yo, desde que nos dispersamos todos... Desde que todo se jué barranca abajo...

Se ve la choza. Y por la puerta entreabierta, luz.

Entre el yuyal, se ha perdido la Nena. Aparece en seguida junto a la puerta.

Luego, la luz se evidencia ya sólo por las rendijas.

—Tío Gamarra, ¿a esto usted qué le calcula?

—Tendrá plata el viejo y vendr'acostarse con él... ¿No habías dicho qu'era mujer de la vida?

—¡No, a'costarse no! ¡A'costarse no, tío Gamarra! ¡Él es un santón!

—¡Entonces vendrá a consultarlo... Güeno, vamo a dir a ensillar, que si no...

—Pero tío Gamarra... Sigamé, sigamé un poquitito...

Callan porque ya están muy próximos.

El jorobadito un poco alzados los brazos, Juan Gamarra con una nazarena en cada mano, poniendo ambos muy cuidadosos los pies en el suelo antes de apoyar el cuerpo, van rodeando el rancho.

—Quédese usted aquí, tío Gamarra. Yo me vi'acercar a la ventanita.

De ventana hay dos tablas interceptando un hueco en la pared de cebato.

Una voz cascada y animosa le llega.

—*Alégrate, oh estéril, la que no paría; levanta canción, y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto: porque más serán los hijos de la dejada que los de la casada, dijo Jehová.*

Ensancha el sitio de tu cabaña, y las cortinas de tus tiendas sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y fortifica tus estacas.

Porque a la mano derecha y a la mano izquierda has de crecer; y tu simiente heredará naciones, y habitará las ciudades assoladas.

No temas que no serás avergonzada; y no te avergüences que no serás afrentada: antes, te olvidarás de la vergüenza de tu mocedad, y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria.

El jorobadito saca un brazo del ovillo en que está convertido y hace señas a Juan Gamarra de que se aproxime. Al mismo tiempo, arrima la cara a una rendija.

Sentado en el camastro, la vela en una mano, en la otra un libro, lee Mangunga, transfigurado. Frente a él, sentada en un cajón, la Nena.

—*Porque como a mujer dejada y triste de espíritu te llamó Jehová, y como a mujer moza que es repudiada, dijo el Dios tuyo:*

Por un pequeño momento te dejé; mas te recogeré con grandes misericordias.

—¡No, no!,—clama la joven, rompiendo a llorar—. ¡Yo estoy perdida! ¡Yo estoy perdida!

—¡Bobita! ¡Escuche lo que viene! ¡Sin llorar! ¡Sin llorar!

Y la voz conmovida, poco a poco recobrándose, vuelve a tomar el hilo:

—*Porque esto me será como las aguas de Noé; que juré que nunca más las aguas de Noé pasarían*

sobre la tierra; así he jurado que no me enojaré contra tí, ni te reñiré.

Porque los montes se moverán, y los collados temblarán; mas no se apartará de tí mi misericordia, ni el concierto de mi paz vacilará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de tí.

La Nena, sin enjugar el llanto que mana ahora callado, mira brotar las palabras de la boca desguarnecida. Y a la boca miran también los que están tras la ventana, suspensos.

—*Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo;—sigue oyéndose,—he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré.*

Tus ventanas pondré de piedras preciosas, tus puertas de piedras de carbunclo, y todo tu término de piedras de codicia.

Pegada la boca al oído de Juan Gamarra, el jorobadito no puede menos que cuchichear, como desahogo:

—¡Mirelá qué linda que está ella! ¡Y qué cosas tan lindas le están diciendo!

Juan Gamarra no se mueve. Sólo oye el palpitante de su corazón y la voz del otro anciano.

—*Con justicia serás adornada; estarás lejos de opresión, porque no la temerás; y de temor, porque no se acercará a tí.*

Si alguno conspirare contra tí, será sin mí: el que contra tí conspire delante de tí caerá.

He aquí que yo crié al herrero que sopla las ascuas en el fuego, y que saca la herramienta para su obra; y yo he criado al destructor para destruirla.

—¡Mirelá! ¡Mirelá qué linda!

El viejo ha dejado el libro sobre la cama y sobre el libro el candelero. Incorporándose, camina hacia la Nena.

—¡Pobrecita!,—dice acariciando los cabellos que se derraman hasta los hombros—. Estas palabras son mejores que las de anoche, todavía, ¿eh? ¡No llore! *Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré!*



Desde la alta torre se arrojan cuatro campanadas hacia los campos.

—Es mansito. Yo te subo. L'estribo está muy cor-tón. . . ¡Güeno, no llore!

—¡No, deje, deje nomás, tío Gamarra! ¡Dejemé nomás a mí!

FIN

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EL 23 DE NOVIEMBRE
DE 1933, PARA LA SOCIEDAD
« AMIGOS DEL LIBRO
RIOPLATENSE ».

ENCUADERNADOR

Mariano Rodríguez

FECHA DE

24/12/61

